EN TORNO AL HOMBRE

13.ª EDICIÓN

JOSÉ RAMÓN AYLLÓN

INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA

RIALP

EN TORNO AL HOMBRE

13.ª EDICIÓN

JOSÉ RAMÓN AYLLÓN

INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA

RIALP

JOSÉ RAMÓN AYLLÓN

EN TORNO AL HOMBRE

Decimotercera edición

EDICIONES RIALP

MADRID

Colombia, 63 - 28016 Madrid (www.rialp.com)

Primera edición: abril 1992

Decimotercera edición: noviembre 2016

Realización eBook: produccioneditorial.com

ISBN (versión impresa): 978-84-321-4737-1

ISBN (versión digital): 978-84-321-6028-8

ÍNDICE GENERAL

DICCIONARIO DE FILÓSOFOS

DICCIONARIO DE TÉRMINOS FILOSÓFICOS

AUTOR

CAPÍTULO PRIMERO

EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS

«Quedé desfallecido de escudriñar la verdad.»

SÓCRATES.

1. LA EQUIVOCACIÓN DE ALICIA

Alicia estaba sentada a la orilla del río. Era una tarde calurosa y aburrida, pero de pronto sucedió algo inesperado: apareció un conejo blanco con ojos rosados. Vestía chaleco y llevaba prisa. Mientras consultaba su reloj de bolsillo iba diciendo: «¡Dios mío, qué tarde voy a llegar!».

Hay algo en lo que todos los grandes científicos se parecen a Alicia. No es normal que los conejos hablen, y ahí empezó la insólita aventura de la niña que siguió al conejo, se coló por su madriguera y entró en el país de las maravillas. Los conejos no hablan, pero el de Alicia hablaba; tampoco parece que las piedras puedan hablar, pero los científicos, igual que Alicia, observan lo contrario. Galileo aseguraba que el Universo es un gran libro, abierto ante nuestros ojos, escrito en el lenguaje de las matemáticas y de la geometría; y que si dominamos ese lenguaje tendremos acceso a un mundo mucho más sorprendente que el descrito por Lewis Carroll.

De la mano de Copérnico, Kepler, Brahe, Bruno, Galileo, Newton y hombres como ellos que se aplicaron a un infatigable trabajo de observación y cálculo, se nos ha hecho patente que el Universo es un gigantesco país de las maravillas. La madriguera por la que penetraron en este nuevo país fue el objetivo del telescopio, y ayudados por el lenguaje de los números empezaron a explorar lo desconocido y a registrar descubrimientos asombrosos:

Que la Luna se mueve alrededor de la Tierra a la velocidad de una bala de cañón (1 km/s); y que sigue a la Tierra en sus 365 días de órbita solar a una velocidad de 30 km/s; es decir, ambas recorren más de dos millones y medio de kilómetros diarios. También hemos llegado a saber que el sol, con todo su cortejo de planetas, camina incesantemente a la velocidad de 20 km/s, sin apartarse lo más mínimo de su ruta: una inmensa órbita elíptica alrededor de la constelación Sagitario, que repite cada 150 millones de años.

Sabemos también que nuestra galaxia, la Vía Láctea, tiene forma de disco, y que la luz tardaría cien mil años en atravesar su diámetro. La galaxia más cercana es Andrómeda, a dos millones de años luz. Con estos datos nos podemos hacer una idea de cómo debe ser un Universo en el que ya hemos descubierto diez mil millones de galaxias semejantes a la Vía Láctea, cada una con cuatrocientos mil millones de estrellas semejantes al Sol, con sus respectivos y obedientes satélites.

Pero aquí no termina todo: sólo hemos dado cuatro datos insignificantes. Lo que hace aumentar nuestro asombro es descubrir que estas cifras inverosímiles son similares a las que rigen el mundo microfísico, donde los electrones se mueven a velocidades que darían la vuelta a la Tierra en pocos segundos, o los protones que podría recoger una simple cuchara pesarían veinticuatro millones de kilos; o donde las moléculas de una piedra cualquiera se mueven a 1.000 km/h.

La Biología, a su vez, tiene mucho que decir en este terreno de lo increíble. Para darnos cuenta de la velocidad con que se forman y ensamblan las células de un mamífero en los meses de gestación, bastaría señalar lo que duraría esa gestación si se formara y acoplara una célula cada segundo: varios millones de años.

Cuando el biólogo se sienta a comer y toma una sopa de letras, su boca nunca se traga un texto coherente. Es impensable que la cuchara pueda topar con un lugar de La Mancha, o con que Gallia est omnis divisa in partes tres, y mucho menos con las biografías de Cervantes o de Julio César. Y si se cocinase una sopa enorme para alimentar a todo un pueblo, aún sería más impensable que aparecieran íntegras las andanzas de Don Quijote o del general romano.

Sin embargo, el mismo biólogo sabe que el insecto más insignificante es una sopa de células en número incomparablemente mayor al de las suculentas letras. Y que esas células componen un «texto» de una coherencia máxima, que se repite con exactitud en cada uno de los millones de individuos de esa especie.

Si aplicamos la metáfora de la sopa al conjunto de cuerpos celestes que integran el cosmos, volvemos a encontrar a escala macrofísica

el mismo orden que observamos a nivel microfísico. Un orden para el que resultan insuficientes nuestros adjetivos, pues está, como señaló Einstein, más allá de la capacidad de nuestra imaginación.

El propio Einstein se percató —como todos los grandes científicos— del contrasentido que supone la inteligentísima configuración de un Universo compuesto por multitud de seres no inteligentes: «Yo considero la comprensibilidad del mundo como un milagro o un eterno misterio, porque a priori debería esperarse un mundo caótico, que no pudiera en modo alguno ser comprendido por el pensamiento.» El famoso físico añadirá también que «éste es el principal punto débil de los positivistas y de los ateos profesionales».

Si Lewis Carroll hubiera sido un gran científico, habría reconocido que el auténtico país de las maravillas es el mundo real, mucho más rico e inverosímil que cualquier otro mundo imaginado. También Colón estuvo en América sin sospechar que aquello era América; la equivocación de Alicia fue del mismo estilo.

2. CANCHA PARA LA FILOSOFÍA

El mundo está lleno de aspectos asombrosos. «Una de las cosas que siempre me ha asombrado del baloncesto es que si piensas en ello, ves que realmente es un juego estúpido: tratas de introducir una pelota en un pequeño aro. Pienso en la cantidad de horas que he gastado haciendo eso y todavía no puedo creerlo» (Larry Bird).

Sin embargo, hay realidades infinitamente más asombrosas que el baloncesto, aunque las multitudes no suelen apreciarlas y, por tanto, no disfrutan de ellas como lo hacen en los estadios. El país de las maravillas no es el de Alicia sino el nuestro, nuestro pequeño mundo, nuestro Universo. Pero hay que saber descubrir sus maravillas.

El mismo hecho de ser es quizá lo más asombroso que puede aparecer ante nuestros ojos. ¿Por qué el ser y no la nada? Ser significa haber sido arrojado a la existencia. Pero ¿por qué?, ¿por quién?

También el hecho de ser hombre es, para el hombre, cuestión más que problemática. Podríamos escribir durante horas cómo son nuestros amigos o las ciudades que conocemos. Pero ¿qué podríamos decir si nos preguntan qué significa ser hombre?

No existen preguntas más profundas, y de su respuesta dependerá el personal modo de ser, de obrar y de entender la vida. Vernos como hijos de un Ser Creador no es lo mismo que vernos como evolucionados hijos del mono: la diferencia es radical.

A preguntas de esa índole se refería Aristóteles cuando decía que en el comienzo de la Filosofía estaba el asombro. Porque la Filosofía no es más que la valentía de buscar respuestas a las preguntas más inquietantes. Las ciencias también constituyen una búsqueda sin término, pero sus preguntas no comprometen como las preguntas filosóficas. Aunque el principio de Arquímedes tenga unas

aplicaciones importantísimas, cualquiera preferiría saber cómo se puede ser feliz, o qué se puede esperar después de la muerte.

La Filosofía es una búsqueda valiente en un doble sentido: por una parte, no encuentra nunca la fácil exactitud de lo cuantificable (el pensamiento, la justicia o el bien no se pueden medir ni pesar). Por otra, el conocimiento filosófico es mucho menos teórico de lo que se piensa, en la medida en que alcanza verdades que afectan a toda la conducta humana y la comprometen (si sé lo que es la justicia, no me puedo permitir ser injusto).

Si la dimensión práctica de la ciencia es la técnica, la dimensión práctica de la Filosofía es la configuración de la conducta humana: de las personas singulares y del colectivo social. Para ello no es necesario que todos sepan Filosofía. El hombre de la calle no es un experto en termodinámica ni en electrónica, pero el ordenador, el reloj, el ascensor, el televisor o el automóvil que usa a diario no han podido ser construidos sin un conocimiento riguroso de esas materias. El hombre de la calle tampoco es un experto en Filosofía, pero el grado de libertad social que posee o de justicia que le ampara, el acuerdo común sobre los valores que todos deben respetar o el régimen político en el que vive son cuestiones que sólo han podido ser resueltas tras siglos de reflexión filosófica. Aunque él lo ignore, es así.

Así pues, la Filosofía configura la vida. No es lo mismo pensar —por ejemplo— quela conciencia es un pegote cultural o que, por el contrario, es la brújula que señala un norte invisible pero auténtico: el deber moral. En el primer caso, todo estaría permitido; en el segundo, lo que se puede quedaría subordinado a lo que se debe.

Filosofía significa amor a la sabiduría. La sabiduría es un conocimiento que va más allá de la ciencia: intenta un buceo hacia el fondo de las realidades más profundas y complejas. Desde los tiempos de la Grecia clásica buscaron los sabios un saber último y universal acerca de la realidad; un saber que no se quedaba en lo físico, que buscaba esa cara oculta de lo real que no se aprecia con los sentidos, pero que la inteligencia capta como radicalmente importante.

3. ALGUNOS EJEMPLOS

Los hallazgos realizados en esa cara oculta han sido siempre decisivos. Cuando la Revolución francesa proclama el triple ideal de libertad, igualdad y fraternidad, está defendiendo tres grandes valores que nadie se atrevería a calificar de materiales, y que todos reconocerán como ejes fundamentales de la existencia humana.

El capitalismo es un sistema económico. Pero detrás del capitalismo hay una filosofía que concibe al hombre como ser libre, con derecho a la propiedad privada y a la libre iniciativa laboral. También el socialismo es una doctrina económica y social, con una filosofía bien definida a sus espaldas: la que considera al colectivo social como lo verdaderamente importante y real, de paso que concibe al hombre como mera pieza de la maquinaria estatal. No nacerá con derechos, pero se los otorgará el Estado. Al no poseer derechos en propiedad, el hombre podrá ser despojado de ellos cuando lo estime el legislador.

El psiquiatra austríaco Víctor Frankl dedujo de toda su experiencia carcelaria que la causa de los campos de concentración alemanes no fueron los ministerios nazi de Berlín, sino la filosofía nihilista del siglo XIX: el hombre no tiene naturaleza, es un producto de la historia cambiante, un simple animal evolucionado, primo del mono. Entonces, ¿por qué hacer discriminación entre parientes? Si al mono se le puede enjaular en un zoológico, al hombre se le podrá encarcelar en un campo de exterminio o recluir en un «hospital psiquiátrico». Si el hombre es un animal más y hacemos jabones con grasa animal, ¿por qué no hacerlos con grasa humana?

Entre una época histórica que admite la esclavitud y otra que no la admite, la diferencia está originada por una idea sobre el hombre. Pero la igualdad radical del género humano no es precisamente una idea científica, y tampoco su igual dignidad. En nuestros días, su olvido ha llevado a consecuencias lamentables como el racismo o los genocidios. Porque si no somos iguales y nadie nos ha concedido

derechos inviolables, la ley imperante ha de ser la del más fuerte.

Con estos ejemplos sólo se pretende poner de manifiesto que la vida humana está asentada sobre bases inmateriales cuyo estudio compete a la Filosofía. Por lo demás, cualquier actividad humana presenta un aspecto técnico y otro moral. El dominio técnico de un arma de fuego, de una cámara de cine o del lenguaje escrito no suprime nunca la moralidad de su uso: un buen tirador puede asesinar, se puede filmar algo que degrade al actor y al espectador, y cualquier escritor puede mentir. Los ejemplos se multiplican en una época en la que los avances técnicos en campos como la comunicación, la medicina o lo militar ponen al alcance de sus protagonistas posibilidades insospechadas.

Por ser lo moral un terreno extracientífico, quien quiera condenar el abuso de esos medios técnicos sólo podrá hacerlo desde un criterio que se alcanza con la Filosofía, pues la bondad o la maldad de los actos humanos son aspectos inmateriales y fuera del alcance de los métodos experimentales de las ciencias.

4. FILOSOFÍA Y CIENCIAS PARTICULARES

Las parcelas particulares de la realidad son estudiadas por las denominadas ciencias particulares. Cuando esas parcelas son materiales, las ciencias se llaman empíricas o positivas, pues su estudio versa sobre lo empírico: sobre lo que se presenta ante nuestra experiencia sensible.

El otro conjunto de ciencias particulares lo constituyen las llamadas ciencias humanas. No son ciencias empíricas porque su objeto de estudio ya no son las dimensiones físicas de lo real, sino aspectos o manifestaciones de la interioridad humana: la Lingüística, la Historia, el Derecho...

A diferencia de las ciencias particulares, la Filosofía quiere ser un estudio de toda la realidad. No escoge parcelas, y además adopta el punto de vista más profundo, el de las últimas causas y principios de lo real. No analiza cómo son las cosas: lo que le interesa de verdad es por qué son las cosas, y por qué son como son.

En su estudio de la totalidad de lo que existe, la Filosofía distingue tres grandes campos: el mundo (Cosmología), el hombre (Antropología) y Dios (Teodicea). En la medida en que la Antropología filosófica es un estudio del principio vital —psique—, se convierte en Psicología. Y en la medida en que el mundo y el hombre —y, por supuesto, Dios— son mucho más que materia, la Filosofía estudia todo lo que poseen «más allá de la física», y se convierte en Metafísica.

La causalidad, el tiempo, la sensación, la libertad, el instinto, la contingencia, la felicidad y otros muchos aspectos de la realidad son evidentemente inmateriales. La misma constitución de la materia expresa un profundo orden, pero el orden es una cualidad no material, que no podemos ver, sino entender. Las ciencias empíricas pueden explicar cualquier cuerpo por el orden de sus elementos, pero lo que no pueden explicar es el orden mismo, pues es algo que

se da en lo físico, con lo físico, sin ser físico.

Fueron los griegos quienes empezaron a estudiar lo que había «más allá de la Física». Y Leibniz, dos mil años más tarde, aseguraba que «todo sucede en los fenómenos naturales de un modo mecánico, y al mismo tiempo de un modo metafísico, pero la fuente de lo mecánico está en lo metafísico». La Metafísica se ocupa de los problemas que aparecen en el límite de la investigación física. A lo largo de la Historia, ambas tareas han ido frecuentemente unidas en las mismas personas, aunque con diverso éxito (piénsese en Pitágoras, Tales, Aristóteles, Alberto Magno, Descartes, Leibniz, Pascal, Newton, Einstein...). La razón es ésta: los grandes hombres de ciencia, deseando encontrar más allá de la ciencia las respuestas a los últimos porqués, continuaron la búsqueda de la verdad por el camino de la Filosofía, pues «todo verdadero investigador -dice Einstein- es una especie de metafísico oculto, por muy positivista que se crea».

5. ALCANCE DE LOS CONOCIMIENTOS CIENTÍFICOS Y FILOSÓFICOS

Tanto las ciencias particulares como la Filosofía llegan a verdades ciertas. Y cuando no pueden hacerlo, intuyen soluciones más o menos oscuras. Las incógnitas son patrimonio común: ningún científico se atreve a decir en qué consisten exactamente la materia, la energía o la luz; y sobre el origen del Universo o la diversificación de especies vivas sólo pueden ofrecerse explicaciones más o menos verosímiles.

Esta situación lleva a grandes científicos a reconocer las limitaciones de la ciencia. Einstein declara que en la armonía de las leyes que rigen la naturaleza «se manifiesta una racionalidad tan grande que, en comparación con ella, toda la capacidad del pensamiento humano se convierte en insignificante destello». Por eso entendemos que «la ciencia, a pesar de sus progresos increíbles, no puede ni podrá nunca explicarlo todo. Cada vez ganará nuevas zonas a lo que hoy parece inexplicable; pero las rayas fronterizas del saber, por muy lejos que se eleven, tendrán siempre delante un infinito mundo misterioso» (Gregorio Marañón).

¿Hasta dónde llega la Filosofía? Ciertamente, no elabora una concepción exacta del mundo, pero consigue no olvidar jamás el problema del sentido último de la realidad. Porque el mundo es, pero no se basta, está ontológicamente mutilado. Misión de la Filosofía es buscar al mundo su integridad.

La Historia, muchas veces, no sabe quién pintó, quién escribió, quién construyó..., pero afirma la existencia de artistas anónimos. Tampoco la Filosofía sabe quién ha diseñado un mundo a la medida del hombre. No lo sabe de forma precisa, pero sabe que detrás de esa ignorancia no se esconde la nada, sino el secreto fundamento de lo real. Los grandes filósofos han sido hombres obsesionados por esa curiosidad, auténticos amantes de la sabiduría. Todas sus soluciones han sido siempre provisionales, pero han nacido de una verdad

decisiva: la experiencia de la gran ausencia. Pues al salir al mundo y contemplarlo, se les ha hecho patente lo que Descartes llamaba «el sello del artista».

En última instancia, la explicación de los límites del conocimiento científico y filosófico puede formularse así: «lo que el conocimiento capta en el objeto es real. Pero lo real es inagotable y, aun cuando llegara a discernir todos sus detalles, todavía le saldría al paso el misterio de su existencia misma» (E. Gilson).

CICERÓN: las ventajas de la Filosofía

«Así es cómo la sabiduría se convierte en la fuente de todos los bienes. Y el amor a la sabiduría es, de acuerdo a la palabra griega, aquella filosofía que constituye el don más fecundo, más brillante y más alto impartido a los hombres por los dioses inmortales. Pues ella sola nos enseñó, junto con los otros conocimientos, el más difícil de todos: el de nosotros mismos, y la regla que lo prescribe tiene un significado tan profundo, que no se atribuyó a un hombre cualquiera, sino al dios de Delfos.

Aquel que se conozca a sí mismo empezará por sentirse en posesión de algo divino; concebirá su propia naturaleza como una imagen consagrada, obrando y pensando siempre de un modo que sea digno de tantos favores divinos; y cuando se examine a sí mismo, sondeándose por entero, descubrirá todos los dones que le dio al nacer la naturaleza y todos los instrumentos de que dispone para obtener y alcanzar la sabiduría. Pues desde el principio formó en su mente conceptos de las cosas que estaban oscurecidos; pero después de aclararlos bajo la dirección de la sabiduría, comprende que nació para ser hombre bueno y, por eso mismo, hombre feliz.

En efecto, cuando el espíritu haya conocido y percibido las virtudes, repudiando su dependencia y su complacencia con respecto al cuerpo, cuando haya eliminado el placer deshonroso, dominando todo temor hacia la muerte y el dolor, cuando haya formado una sociedad de amor con los suyos, considerando suyos a todos los que le están unidos por la naturaleza, cuando haya adoptado el culto de los dioses y la pura religión, agudizando la mirada de los ojos y de la mente para elegir el bien y rechazar el mal (virtud a la que se llama prudencia por su relación con prever), ¿cómo nombrar o mentar a un ser más feliz que el hombre?

Del mismo modo, cuando haya contemplado el cielo, la tierra, el mar y la naturaleza entera, cuando haya visto de dónde nacen las cosas, adónde se dirigen, cuándo y cómo perecerán, cuál es su

elemento mortal y caduco y cuál es su elemento divino y eterno, cuando casi haya aprehendido al Dios que las gobierna y las rige, cuando haya reconocido que no es el habitante de un lugar determinado, completamente encerrado entre paredes, sino el ciudadano de un mundo total constituido en forma de ciudad única, entonces en medio de esta magnificencia, observando la naturaleza y conociéndola, ¡oh dioses inmortales, cuánto se conocerá a sí mismo, de acuerdo con el precepto de Apolo Pitio! ¡Cuánto despreciará, desdeñará y reputará por nada las cosas que el vulgo mira con admiración!

Y a todas estas conquistas él las protegerá, como por medio de una muralla, recurriendo a la dialéctica, al conocimiento de lo verdadero y de lo falso, al arte de descubrir las implicaciones y las contradicciones de las ideas. Una vez convencido de que está destinado a vivir en sociedad, comprenderá la necesidad de emplear no sólo el arma sutil de la dialéctica, sino también un arma de mayor alcance y de efecto más duradero, es decir, la elocuencia que gobierna a los pueblos, da fuerza a las leyes, castiga a los malos, ampara a los buenos y ensalza a los grandes hombres. Así es como presentará de modo persuasivo a sus conciudadanos preceptos conducentes a su salvación o a su buena fama, así como podrá exhortarlos a la virtud, apartarlos del vicio, consolar a los afligidos y estampar en sus monumentos eternos los hechos y los dichos de los héroes y de los sabios junto con la ignominia de los malvados.

Éstas son las múltiples y enormes facultades que descubren en el hombre los que desean conocerse a sí mismos; y la sabiduría es la que las produce y las educa.»

CAPÍTULO II

MAS ALLÁ DE LA CIENCIA

«Las más hondas palabras del sabio nos enseñan

lo que el silbar del viento cuando sopla

o el sonar de las aguas cuando ruedan.»

A. MACHADO.

1. CIENCIA Y CIENTIFISMO. ÜPTTMTSMO Y DESENGAÑO

Poco después de obtener el Premio Nobel por sus investigaciones en el campo de la neurocirugía, John Eccles escribía estas reveladoras palabras:

«Una insidia perniciosa surge de la pretensión de algunos científicos, incluso eminentes, de que la ciencia proporcionará pronto una explicación completa de todos los fenómenos del mundo natural y de todas nuestras experiencias subjetivas: no sólo de las percepciones y experiencias acerca de la belleza, sino también de nuestros pensamientos, imaginaciones, sueños, emociones y creencias (...). Esta extravagante y falsa pretensión ha sido calificada irónicamente por Popper como "materialismo promisorio". Es importante reconocer que, aunque un científico pueda formular esta pretensión, no actúa entonces como científico, sino como un profeta enmascarado de científico. Eso es cientifismo, no ciencia, pero impresiona fuertemente al profano, convencido de que la ciencia suministra la verdad. Por el contrario, el científico no debe pretender que posee un conocimiento cierto de toda la verdad. Lo más que podemos hacer los científicos es aproximarnos más de cerca a un entendimiento verdadero de los fenómenos naturales mediante la eliminación de errores en nuestras hipótesis. Es de la mayor importancia para los científicos que aparezcan ante el público como lo que realmente son: humildes buscadores de la verdad.»

El sueño de una ciencia que lo sepa y lo pueda todo procede quizá del Siglo de las Luces: en medio de un mundo dominado y sin secretos, el hombre alcanzaría la felicidad para siempre. Pero el sueño de la Ilustración se convirtió en algo peor que una pesadilla: el horror gigantesco de dos guerras mundiales.

Rodeada por los avances tecnológicos más asombrosos, la mitad de la humanidad ha sufrido también medio siglo largo de totalitarismo comunista, un sistema calificado como la más grande empresa carcelaria de toda la Historia.

Cabe sospechar, a la vista de tales resultados, que la pretensión de conseguir respuestas científicas para todo, científicas soluciones absolutas, es una superstición. Es otorgar a la ciencia poderes que no tiene ni puede ni podrá tener.

La mentalidad cientifista del que sale a la calle gritando «tengo respuestas: ¿dónde están las preguntas?», es de una gran simplicidad. Sin embargo, es una mentalidad demasiado corriente. En revistas y libros de divulgación científica es fácil encontrar planteamientos que —a menos que respondan a móviles ideológicos o económicos– resultan grotescos. Un científico prestigioso como Hoyle, por ejemplo, es capaz de asegurar que «si la gravedad fuese menor en la Tierra, no cabe duda de que las aves (...) podrían adquirir cerebros pensantes, y entonces resultaría poco probable el dominio del hombre». Para Hoyle, el vuelo exige un cerebro poco pesado; con menos gravedad, el cerebro de las aves podría ser mayor, y llegaría a pensar (!). El razonamiento parece de ciencia-ficción, pero además, si el pensamiento depende del tamaño del cerebro, uno se pregunta por qué los elefantes no son sabios. Y si la gravedad fuera menor, ¿sólo el cerebro de las aves tendría derecho a crecer?

2. LA CUESTIÓN DEL SENTIDO

Aun cuando la ciencia sea rigurosa, es preciso admitir que una imagen del mundo puramente científica será siempre incompleta, parcialmente real. Es muy posible que la existencia del Universo no carezca de sentido. Y es seguro que el hombre necesita encontrar un sentido a su vida. Pero el sentido no es una cuestión científica, está más allá de los porcentajes y de las ecuaciones, como lo están también los proyectos, las intenciones y las esperanzas...

Cuando Otto Hahn descubrió la fisión del átomo de uranio, puso el último eslabón de la teoría que hizo posible la bomba atómica. La noticia de la destrucción de Nagasaki le llegó al campo de concentración inglés donde se encontraba internado. Su reacción fue intentar abrirse las venas con los alambres de espino que cercaban el campo. Por fortuna, sus compañeros lograron disuadirle, y escucharon esta confesión desolada: «Acabo de advertir que mi vida en conjunto carece de sentido. He investigado por puro deseo de revelar la verdad de las cosas, y el saber teórico acaba de convertirse en poder aniquilador.»

El desengaño de Otto Hahn es el desengaño de toda una época. Una sobrecogedora impresión de amargura invadió a todos los que se habían empeñado en alcanzar la pretendida cima del conocimiento. El mito del eterno progreso les decía que la máxima ciencia llevaba a la máxima felicidad. Pero «esta ilusión multisecular hizo quiebra en las trincheras de Verdún. La Primera Guerra Mundial puso trágicamente de manifiesto que el saber teórico puede traducirse en saber técnico y en poder sobre la realidad, pero no conduce automáticamente a una mayor felicidad de los hombres si quienes ostentan tal poder y saber carecen de una conciencia ética adecuada a su responsabilidad. En qué consiste esta ética no lo determina la ciencia, sino la Filosofía. Tras siglos de febril incremento del saber científico, éste acaba mostrándose en la situación límite de la guerra como una actividad humana sumamente menesterosa» (López Quintás).

Por la misma época, Husserl, que había abandonado las Matemáticas por la Filosofía, desenmascaraba el cientifismo con palabras severas: «La ciencia no tiene nada que decir sobre la angustia de nuestra vida, pues excluye por principio las cuestiones más candentes para los hombres de nuestra desdichada época(...): las cuestiones del sentido o sinsentido de la existencia humana».

3. DESCARTES: EL PRECIO DE LA EXACTITUD

Desde que nace la ciencia moderna con sus descubrimientos maravillosos, con leyes de una exactitud asombrosa, y con el fruto sabroso de una técnica que eleva enormemente la calidad de vida, nace también la tentación de conocer toda la realidad con exactitud matemática. Y como ello no es posible, el precio que se paga por esa exactitud va a ser el reduccionismo.

Abundan los ejemplos. Uno de los más característicos lo ofrece el intento de explicar la inteligencia humana. Quizá resulte imposible saber exactamente qué es el pensamiento, pero si reduzco el problema a una cuestión de neuronas puedo tener una tranquilizante impresión de exactitud: 1.350 gramos de cerebro humano constituido por 100.000 millones de neuronas, cada una de las cuales forma entre 1.000 y 10.000 sinapsis y recibe la información que le llega de los ojos a través de un millón de axones empaquetados en el nervio óptico. Por lo demás, toda neurona es una célula viva que puede ser explicada por la química orgánica.

Así pues, puedo explicar lo suprabiológico en clave biológica; y entender la biología como procesos químicos; y expresar lo químico de forma matemática. Ahora bien, lo que siempre se preguntará cualquier lector medianamente crítico es qué tienen que ver el carbono, el hidrógeno, las neuronas y la expresión matemática de sus procesos, con algo tan poco matemático como sostener la más inocente de las conversaciones, entender un chiste o captar el cariño de una mirada.

A pesar de ello, el empeño por conocer toda la realidad con una exactitud semejante a la del conocimiento matemático se dio en Descartes con fuerza irresistible. Pero Descartes olvidó algo esencial: que las matemáticas son exactas a costa de considerar únicamente los aspectos cuantificables de la realidad. Pueden afirmar que la vía férrea mide 3.200 km, y que este halcón pesa tres kilos. Ambas magnitudes también pueden ser exactas, pero su

exactitud no dice nada sobre las propiedades del hierro y las cualidades del halcón. Lo real nunca podrá expresarse totalmente en cifras, porque las cifras sólo expresan magnitudes, y la magnitud es sólo un aspecto mínimo de las cosas.

Los números no son entes ni cualidades de los entes. Son signos convencionales con los que el hombre expresa parte de la realidad: delante de mí pasan dos hombres, veo que son dos, pero el número 2 no me dice si son hermanos, padre e hijo, buenos amigos o simples desconocidos; tampoco me informa sobre sus gustos, sus manías o sus enfermedades. Saber que son dos hombres es saber con exactitud que son dos, y nada más. Por eso, la sola exactitud matemática es un conocimiento notoriamente insuficiente.

Además del falseamiento reduccionista, la pasión por conquistar la exactitud llevó a Descartes a invertir la naturaleza del conocimiento. Sabemos que la verdad surge en el hombre cuando lo que conoce coincide con la realidad. Pero lograr esa coincidencia no siempre es fácil, y Descartes quiere un conocimiento sin margen de error. ¿Cómo lograrlo? Aceptando como verdades únicamente las que presentan una coherencia racional subjetiva. La inversión cartesiana consiste en hacer depender la verdad no de la realidad sino de mi voluntad, que es quien aprueba la coherencia de mis ideas.

Confundida la verdad con la coherencia, la voluntad se encargará, cuando la realidad se presente oscura y compleja, de elaborar coherencias subjetivas tranquilizadoras, tan sólidas como las matemáticas. Y de la exactitud matemática se tenderá a la exactitud total, cediendo a la tentación de descubrir el secreto último de lo real; es decir, de proponer una teoría definitiva y autoconvencerse de su verdad: todo es extensión y pensamiento, dirá Descartes.

Cuando lo real es evidente, el método cartesiano resulta inofensivo: ahí está el sol, y yo no dudo de ello. El peligro aparece cuando el objeto de conocimiento ya no es tan radiante y evidente, porque entonces Descartes decide otorgarle una claridad subjetiva sobre la que pretende apoyar una verdad indudable. Hasta Descartes, la evidencia se fundaba en la realidad; desde Descartes, es elaborada por la inteligencia y admitida por la voluntad.

Todo esto puede resumirse así: de la misma manera que el conocimiento matemático es exacto dentro de un aspecto limitado de lo real —lo cuantificable—, la pretensión de extender esa exactitud sobre toda la realidad es un empeño imposible y contradictorio, porque toda exactitud es un molde subjetivo que falsea en la medida en que impone su propia forma.

4. COMTE: BALANCE DEL POSITIVISMO

La Ilustración exclamó: ¡Basta! El hombre ha vivido hasta ahora prisionero de creencias irracionales y de saberes supersticiosos, basados en la autoridad y en la costumbre. Pero ha llegado la hora de la Razón: ella arrinconará a la ignorancia, iluminará el camino y dirigirá los destinos de la humanidad.

Para el pensamiento ilustrado, fielmente expresado en la Enciclopedia, los conocimientos religiosos y metafísicos no son más que explicaciones ingenuas que elabora el hombre no científico. Pero el progreso de la ciencia acabará por iluminar todos los sectores y aspectos oscuros de la realidad, y mostrará la esterilidad de tales pseudociencias.

Augusto Comte, hijo legítimo de la Ilustración, supuso que la humanidad atraviesa en su historia tres etapas sucesivas: la religiosa, la metafísica y la científica o positiva. Por eso denomina positivismo a su sistema. Según él, el hombre primitivo ignora todo, teme todo y cree que las fuerzas de la naturaleza son dioses y espíritus superiores. Con el tiempo, la razón va depurando esta explicación politeísta hasta llegar a un solo Dios, concebido como supremo principio metafísico. Pero la evolución constante de la razón acaba por descubrir que la metafísica es irreal e innecesaria: para explicar totalmente el Universo basta con el conocimiento científico basado en la observación de los hechos y en la deducción matemática. El misterio desaparece y se convierte en problema; es decir, en algo que se resolverá cuando poseamos todos los datos.

Esta ley de los tres estadios —religioso, metafísico y científico o positivo— es ciertamente pintoresca. Si la Metafísica sustituye a la Religión, ¿cómo explica Cornte que los europeos de los siglos góticos sintieran una atracción irresistible por la Metafísica y , a la vez, fueran hombres profundamente religiosos? Y si la ciencia entierra a la Religión y a la Metafísica, ¿qué decir cuando los científicos más grandes se declaran íntimamente metafísicos y

religiosos? Cornte quiso acabar con la Filosofía y con la Religión, y consiguió que las tesis positivistas fueran para muchos intelectuales los dogmas de una nueva religión laica. Científicos y hombres de letras creyeron ciegamente los postulados más dudosos y las conclusiones más ingenuas. En nombre de la ciencia triunfó demasiadas veces la credulidad. Asombra, por ejemplo, que hombres corno Baraja llegaran a sostener ideas como las que aplica a uno de sus personajes: «¿No era científicamente un poco absurdo el furor que le entraba muchas veces al ver las injusticias del pueblo?(...) ¿No estaba también determinado, no era fatal el que su cerebro tuviera una irritación que le hiciera protestar contra aquel estado de cosas violentamente?»

El caso es que el positivismo dominó gran parte de la cultura europea durante un siglo. Fueron los años en los que la revolución industrial y científica llevaron a pensar, con entusiasmo general, que el progreso humano y social, además de constituir la verdadera y única fuente de la felicidad, era imposible de detener. Antiseri y Reale señalan los siguientes rasgos de esta compleja corriente de pensamiento:

1. A diferencia del idealismo, en el positivismo se reivindica el primado de la ciencia: sólo conocemos aquello que nos permiten conocer las ciencias. La ciencia es el único medio de solucionar todos los problemas individuales y sociales que agobian a los hombres.

2. Nace la sociología, entendida como la ciencia de los hechos constituidos por las relaciones humanas.

3. La época del positivismo se caracteriza por un optimismo general, que surge de la certidumbre en un progreso imparable que avanza hacia un bienestar generalizado, en una sociedad pacífica y llena de solidaridad entre los hombres.

Así pues, el positivismo tiende a cierto totalitarismo ideológico, pues identifica su verdad con toda la verdad, y pasa por alto lo que

Dostoievski denominaba la mitad superior del ser humano, ese complejo mundo de la interioridad personal. De los positivistas se puede decir, con palabras de Antonio Machado, que desprecian cuanto ignoran. Precisamente Einstein escogió la palabra misterio para expresar la incalculable racionalidad del Universo, y añadió que ahí se encontrará siempre el punto débil de los positivistas.

No es necesario repetir que la verdad científica no es toda la verdad, y que la verdad del positivismo tampoco es toda la verdad de la ciencia. Esa mitad superior del ser humano siempre estará por encima de los fríos datos de laboratorio, y así lo expresa, con versos contundentes, E. E. Cummings:

Mientras tú y yo tengamos labios y voz

para besar y para cantar,

¿qué nos importa si algún hijo de tal

inventa un instrumento para medir la primavera?

El positivismo aspira a la objetividad, pero tampoco la objetividad es toda la verdad. «La versión integral de la realidad no es, como tantas veces se supone, el puro objeto, sino esa complejísima trama de lo objetivo y lo subjetivo que constituye la existencia» (E. Sábato).

Existen múltiples ejemplos. Para la objetividad, el resultado de una guerra como la del Golfo (1991) se puede resumir en estas palabras de la prensa: «En cuarenta días de guerra y cien horas de ofensiva terrestre, Estados Unidos y sus aliados han dejado muertos a cien mil soldados iraquíes y heridos de gravedad a cincuenta mil; han hecho casi doscientos mil prisioneros; han destrozado cuarenta y una de las cuarenta y dos divisiones de Sadam y liquidado la Marina, gran parte de la aviación y casi todo el armamento blindado iraquí, además de destruir centrales eléctricas, edificios oficiales, centros informáticos, depósitos de combustible,

aeropuertos, puentes, nudos de comunicación y otros muchos millares de objetivos estratégicos. Todo esto lo consiguieron los aliados con un número de muertos inferior al que hubo en las carreteras españolas en el último puente de Navidad.»

La noticia es objetiva. Pero la verdad está muy por encima de la objetividad, porque «cualquier coste en vidas está por encima de nuestra capacidad de valorar» (George Bush). Porque un soldado muerto es mucho más que un número menos en el total de combatientes. Era un simple muchacho nervioso y con miedo, una figurilla insignificante en el desierto, pero tenía detrás centenares, millares de antepasados, siglos innumerables de herencia. Y le iban a seguir muchas generaciones... Un diminuto trozo de metal bastó para acabar con todo. Cada soldado caído tuvo una historia diferente, privada. Cada uno tuvo que interrumpir un amor, una ilusión, una esperanza. Y todo eso es imposible de ser reflejado, aun por la más escrupulosa objetividad. Fueron precisamente los horrores de las guerras mundiales los que acabaron con el sueño positivista de un mundo feliz por el camino de la ciencia.

5. REALIDADES EXTRACIENTÍFICAS

El éxito de la ciencia, y también su límite, consiste en su capacidad de cuantificar. Pero los aspectos cuantificables de la realidad no son toda la realidad. Tú pesas 70 kg, pero tú no eres 70 kg. Y mides 180 cm, pero no eres 180 cm. Las dos medidas son exactas, pero tú eres mucho más que una suma exacta de centímetros y kilos. Tus dimensiones más genuinas no son cuantificables: no se pueden determinar numéricamente tus responsabilidades, tu libertad real, tu capacidad de amar, tu antipatía hacia tal persona o tus ganas de ser feliz.

Para ir más allá de lo físico —que estanto como salir del campo de las ciencias— no es necesario hablar de otro mundo: lo no material se da en la materia. «Hemos visto la cara de Einstein —escribe Gilson—, pero ¿hemos visto su saber? Hemos oído su voz, que era material, pero ¿cómo hemos entendido el sentido de las palabras que pronunciaba? Si existe lo inteligible, existe lo inmaterial; y puesto que está ligado a nuestro cuerpo, que es material, existe lo inteligible en lo sensible.»

Con otras palabras: un pensamiento no es algo que honradamente podamos calificar de material: no tiene color, sabor o extensión, y escapa a cualquier instrumento que sirva para medir propiedades físicas. Volvemos a citar a Eccles: «Los fenómenos mentales trascienden claramente los fenómenos de la fisiología y la bioquímica.»

Se podría pensar que lo psíquico es mera función del cerebro, lo mismo que la bilis es producto del hígado: pura secreción de la materia. Pero el hecho de que un proceso mental tenga su sede o apoyo en un proceso fisiológico no autoriza a identificarlos, sino sólo a señalar su concomitancia. El aparato eléctrico no funciona sin ser enchufado, pero el enchufe no es la causa de su funcionamiento ni de la electricidad. Enchufe y cerebro son condiciones, no causas.

Ya hemos dicho que el orden es una cualidad que se da en la materia y no es material. El orden pone de manifiesto que la realidad ha sido diseñada con precisión, con una finalidad (irónicamente se ha dicho que «no es temerario creer que el ojo está hecho para ver»). Ese diseño inteligente de lo real apunta a un diseñador. Un anticlerical como Voltaire reconoce que «hay que taparse los ojos y el entendimiento para pretender que no hay ningún designio en la naturaleza, y si hay designio hay causa inteligente, existe Dios».

Dios, sin embargo, no está en el punto de mira de las ciencias particulares, pero a la vez es el Ser más inevitable, pues constituye la condición última de toda existencia. Aunque el origen radical del Universo no pertenece al estudio de las ciencias, algunos científicos han vislumbrado una acción creadora detrás de hipótesis como el Big Bang. A ello se refieren las palabras de Robert Jastrow, director del Goddard Institute of Space Studies de la NASA: «Para el científico que ha vivido de la creencia en el poder de la razón, la historia de la ciencia concluye como una pesadilla. Ha escalado la montaña de la ignorancia, y está a punto de conquistar el pico más alto. Y cuando está trepando el último peñasco, salen a darle la bienvenida un montón de teólogos que habían estado sentados allí arriba durante bastantes siglos.»

Así pues, no es legítima la pretensión de considerar como único objeto de conocimiento lo que se puede medir, contar, verificar...: expresar numéricamente. El prestigio de la ciencia llena la Edad Moderna, pero al tomarla como único conocimiento posible, «se observa que no colma la vida del hombre, pues no habla de valores, de sentido, de metas y de fines, de todo cuanto el ser humano requiere en su vida diaria auténtica. El mundo de la objetividad científica es un mundo cerrado e inhóspito» (López Quintás). Más allá de la ciencia hay otra cara de la realidad, la más interesante, y también la más interesante del ser humano, esa «mitad superior» donde aparecen aspectos tan poco cuantificables como los sentimientos: no se pueden pesar, pero nada pesa más en la vida. Se ha dicho que lo más importante en la vida son los amigos, pero la amistad no es asunto científico.

CAPÍTULO II

LA MATERIA Y LA VIDA

1. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Si el acueducto de Segovia se derrumbara mañana, el montón de escombros estaría formado por las mismas piedras que vemos hoy airosamente levantadas. Pero sólo serían piedras, no acueducto. Por lo que parece, no está en la piedra la causa principal del monumento, sino en el arquitecto romano.

Pero, ¿qué añade el arquitecto a la piedra para que ésta se sostenga en el arco? Sólo cabe afirmar que añade un orden particular: algo tan evidente como inmaterial. Sin orden, las piedras no se sostendrían sobre nuestras cabezas, ni las palabras formarían el poema, ni los colores el cuadro...

¿Se podría decir lo mismo respecto a la diferencia entre lo vivo y lo inerte? Parece que sí. Porque el conjunto de elementos que forman un ser vivo pueden ser reunidos en un laboratorio guardando la misma proporción. Sin embargo, en el laboratorio, esos elementos seguirán formando una mezcla inerte. ¿Qué le falta a esa mezcla?

Uno de los científicos más prestigiosos de nuestro tiempo, el astrofísico Fred Hoyle, se plantea el problema en estos mismos términos: «¿Qué distingue nuestro yo animado de los objetos inanimados? Por descontado no son los átomos individuales de los que estamos formados. No existe ninguna diferencia entre los átomos de carbono de un acantilado y los átomos de carbono de nuestros cuerpos; ninguna diferencia entre el hierro de nuestra sangre y el de una sartén{...). ¿Qué provoca, entonces, esa diferencia? Evidentemente debe tratarse de la ordenación de los átomos.»

En la misma línea, todos podemos hacemos las siguientes preguntas: ¿qué diferencia habrá entre yo y mi cadáver un segundo antes y un segundo después de mi muerte? ¿Qué pieza clave es la que provoca, con su desaparición, el desmoronamiento de toda una complejísima arquitectura biológica?

Puesto que la materialidad de mi cuerpo puede permanecer invariable en esos segundos que marcan el tránsito de la vida a la muerte, sólo cabe pensar en la desaparición del programa que mantenía ensamblados entre sí a los componentes materiales. Llegar a dicho programa es una conclusión sumamente interesante. Quiere decir, entre otras cosas, que la materia queda descartada como causa de la vida, pues, si lo fuera, todos los cuerpos estarían vivos.

Hoyle, sin embargo, después de constatar la diferencia de orden entre la materia inerte y la viva, parece dar en falso el último de sus pasos: «¿Qué elemento de las ordenaciones provoca esa diferencia crucial?» Ningún elemento puede provocar esa diferencia puesto que todos los elementos de la materia viva y de la inerte son comunes.

Si la diferencia entre un edificio y el montón de ladrillos que lo originó está en el orden, ese orden no lo introduce ninguno de los ladrillos, sino un factor diferente y externo: el arquitecto. Un factor que, por otra parte, ha de ser inteligente, y se nos escapa desde hace más de veinticinco siglos, convirtiendo en profética la intuición que llevó a Heráclito a asegurar que por ningún camino encontraríamos la solución al enigma de la vida, aunque los recorriéramos todos.

Galileo decía que la naturaleza habla el idioma de las matemáticas, y ello es verdad en cuanto que el hombre de ciencia puede traducir el orden del cosmos al lenguaje numérico: la naturaleza está sujeta a leyes, y esas leyes se pueden expresar por relaciones aritméticas.

De hecho, la ciencia ha conseguido expresar matemáticamente muchas de las leyes de la materia. Y la mejor prueba de la verdad de tales conocimientos son las aplicaciones tecnológicas. Pues la técnica no es más que el aprovechamiento humano de esas leyes. Es copiar a la naturaleza sus programas de acción para beneficiarnos de sus virtualidades. En este sentido, la técnica es la primera manifestación de pirateo informático.

Sin embargo, hay una ley que la ciencia no consigue atrapar entre fórmulas, un programa que no se deja copiar: el programa de la vida. ¿Qué no darían el MIT o la NASA por hacer ese maravilloso descubrimiento. Aristóteles lo intentó, y llegó quizá hasta el fondo, pero sólo para comprobar que en el fondo reinaba la oscuridad.

Por su condición de preceptor de Alejandro Magno consiguió que éste le trajera de sus campañas en Asia todas las especies animales y vegetales desconocidas en Grecia. Sobre esta materia prima estudió, reflexionó y escribió De anima: un tratado sistemático que fue calificado por Hegel como «la mejor obra y la única de interés especulativo sobre este tema». Con todo, lo que Aristóteles concluyó, después de su buceo exhaustivo por las profundidades del problema, fue lo siguiente: de la causa de la vida sólo conocemos sus efectos: por ella «vivimos, sentimos, nos movemos y entendemos los hombres». ¿De dónde viene esa causa?: «de fuera».

Eso es todo. En los umbrales del año 2000 seguimos pensando lo mismo, a pesar de los intentos constantes por salir del atasco. Pero la naturaleza sigue guardando el secreto del programa con el que da vida a sus criaturas. Nosotros sólo hemos sido capaces de darle un nombre poético: alma.

2. UN PROBLEMA GENERAL: LOS REDUCCIONISMOS

Intentar conocer a fondo la realidad es un empeño que sólo puede emprenderse acotando previamente una parcela. De lo contrario, es imposible profundizar. Sólo cuando dividimos y escogemos una pequeña porción, es posible un conocimiento intensivo. Eso es la especialización. Ahora bien, en el especialista se suele dar una deformación profesional típica: la de considerar que aquello que no se puede obtener con su método científico no es real. Eso es el reduccionismo. «Cada especialista, después de mucho tiempo de trabajo con un determinado método de investigación, tiende a pensar que la esencia del fenómeno estudiado es la que puede establecerse desde su posición metodológica» (J. Choza).

Así, cuando la biología afirma que en el ser vivo no hay nada más que biología, se convierte en biologismo. De igual manera, si la antropología explica al hombre renunciando a la trascendencia, se convierte en antropologismo. Y la sociología en sociologismo, y la psicología en psicologismo.

Sin embargo, no se debe hacer de lo vital o lo social, de lo anímico o lo humano, algo absoluto; la ciencia no puede ofrecer nunca una cosmovisión, pues por definición es limitada. La expresión nada más que... aspira a explicar todo, pero se queda en casi nada. Cualquier cosmovisión unilateral, aunque se apoye en las investigaciones más modernas, nos deja insatisfechos: es completamente insuficiente ver en la alegría o la tristeza, en la fe, el amor o el deseo, nada más que danzas moleculares o saltos cuánticos.

«Hace al menos cincuenta años mi profesor de ciencias naturales decía, paseando por el aula de enseñanza media: “La vida no es más que un proceso de combustión ..., un fenómeno de oxidación.” Me levanté sin pedir la palabra y le lancé impetuosamente la pregunta: “Entonces, ¿qué sentido tiene la vida?” El reduccionismo se concretaba en aquel caso en un oxidacionismo» (V. Frankl).

En otros casos se nos dirá que el amor, la lealtad, la solidaridad, la compasión o la amistad son nothing but defense mechanisms and reaction formations (nada más que mecanismos de defensa y formas de reacción), como apareció en el American Journal of Psychotherapy. Pero entonces se hace difícil explicar por qué muchos hombres han muerto por defender esos valores.

También podemos encontrar definiciones como ésta: «El hombre no es más que un mecanismo bioquímico, movido por un sistema de combustión que da energía a unos ordenadores.» Comparar el sistema nervioso central con un ordenador es algo legítimo. Pero afirmar que el hombre no es más que un ordenador, es una osadía sólo justificable por ignorancia o por sospechosos motivos extracientíficos.

El error de todo reduccionismo está en su unidimensionalidad: casi siempre en la suposición de que el sentido de lo real no es uno de los elementos que lo integran. Y es cierto que el sentido no es un elemento material, pero sin él, tampoco podríamos hablar de la estructura de la materia. Si la evolución biológica, por ejemplo, no tuviese un sentido, tampoco sería evolución: tendríamos en su lugar un caos de mutaciones inconexas. Pero si hablamos de evolución, es porque suponemos un sentido, aunque dicho sentido u orientación sea algo así como el apuntador en las obras de teatro.

Un físico nos diría que el color rojo es un tipo preciso de vibración, de una determinada longitud de onda. Pero ¿no es nada más? Si el físico fuera ciego de nacimiento, ¿qué idea podría formarse del rojo, a partir de su longitud de onda? Es seguro que su idea no tendría nada que ver con la imagen del que ha visto una puesta de sol o una rosa.

El estudio del pensamiento y el cerebro es otro de los ejemplos más claros de lo que venimos diciendo. La fisiología es capaz de afirmar que el pensamiento no es más que un proceso fisiológico. Pero entonces también habría que decir que la Novena Sinfonía o El Entierro del Conde de Orgaz «no son más que» procesos mecánicos con raíz fisiológica: la pluma de Beethoven sobre la partitura y el pincel de El Greco sobre el lienzo. Pero no parece que lo que se admira y valora en los genios sea precisamente su fisiología.

Así pues, el método es el camino que se escoge para penetrar en la realidad, pero desde diferentes caminos se tienen puntos de vista diferentes: no tengo la misma vista desde el fondo del valle que desde la cima. Cuando esto se ignora, se absolutiza lo que por definición es relativo: el punto de vista.

3. UN PROBLEMA CONCRETO: EL REDUCCIONISMO MECANICISTA

La parcela de la realidad estudiada por las ciencias experimentales es precisamente la realidad experimental, material. Y el método empleado es también empírico. Pero ello no equivale a afirmar que lo material se explica sólo por lo material. Tal afirmación es propia del materialismo y del mecanicismo.

En el Museo de Historia de Washington se representa un cuerpo humano de setenta y siete kilogramos de peso. Transparentes vasijas de diversos tamaños contienen los productos naturales y químicos que se encuentran en un organismo humano de proporciones semejantes: cuarenta kilos de agua, diecisiete de grasa, cuatro de fosfato de cal, uno de albúmina, cinco de gelatina. Otros frascos de menor capacidad contienen carbonato cálcico, almidón, azúcar, cloruro de calcio y de sodio, etcétera. Ante esa representación, surge en el visitante una pregunta necesaria e inquietante: ¿está todo lo humano contenido en esos recipientes?

No parece que la mera suma de elementos de la tabla de Mendeleiev haya producido nunca un ser vivo, como tampoco las piedras producen nada por sí solas. ¿Acaso se puede explicar un edificio por sus ladrillos? ¿No exige una idea previa y una mano de obra que lo hagan realidad? A esa idea previa se la denomina causa inteligente y final (porque persigue un fin: la realización del edificio). La mano de obra es la causa eficiente; los ladrillos, la causa material.

Explicar cualquier cosa —también los seres vivos— atendiendo sólo a sus componentes materiales es, en el fondo, no explicar, pues todo lo que existe ha requerido, además de su materialidad, un diseño previo y una ejecución del diseño. Las causas inteligentes y eficientes de los seres vivos no están a la vista, no las conocemos. Pero eso no nos permite negarlas. Tampoco vemos a los arquitectos y esclavos egipcios que levantaron las Pirámides, y nadie duda que

existieron.

El mecanicismo es la concepción materialista de los seres vivos, la consideración de los organismos como mecanismos en los que no hay más que un puro conjunto de elementos y fuerzas fisicoquímicas. Tal explicación podría ser suficiente dentro de un planteamiento estrictamente empírico, pero el científico sabe que la realidad no se agota a ese nivel. Ya Platón había hecho pronunciarse a Sócrates en ese sentido: «Admito que si no tuviera huesos ni músculos no podría moverme, pero decir que ellos son la causa de mis acciones me parece un gran absurdo.»

A este respecto conviene hacer tres consideraciones importantes:

1. Que el orden es una cualidad no material que se da en lo material (hasta tal punto que el desarrollo de la ciencia moderna se halla ligado a la convicción profunda de que el Universo es profundamente racional: no existen hombres de ciencia sin esa convicción).

2. Que el orden sólo puede ser concebido por una inteligencia (si nada sale de nuestras manos sin una idea previa, se impone considerar qué manos inteligentes habrán moldeado la admirable arquitectura del Universo. Ésta es la última de las preguntas que puede formularse un científico, para la cual ya no hay respuesta científica).

3. Que el orden se busca con vistas a un fin: la perfección del conjunto (el mismo Voltaire reconocía que «hay que taparse los ojos y el entendimiento para no ver ningún designio en la naturaleza; y si hay designio, hay causa inteligente». Irónicamente se ha dicho que, aunque el orden y la finalidad son inmateriales, «no es temerario creer que el ojo está hecho para ver». Y en cualquier caso, aunque no sean visibles, son visibles sus efectos: las estructuras de los seres, tanto orgánicos como inorgánicos).

Gilson, para ilustrar la insuficiencia del punto de vista mecanicista,

propone un certero ejemplo: «La explicación del movimiento de un viajero sentado en un tren puede hacerse totalmente en términos de mecanicismo: franqueo de cierta distancia, a cierta velocidad media por hora, en cierto tiempo, gracias al funcionamiento de una máquina que gasta cierta especie y cantidad de energía(...). Pero el resultado no respondería a la pregunta que este viajero podría formularse a sí mismo: ¿qué hago yo en este tren? Pues la verdadera respuesta sería: voy a Marsella. Ningún método científico de información permite adivinar la presencia, en el sujeto, de esa intención».

4. CONSIDERACIONES FILOSÓFICAS SOBRE EL SER VIVO

La ciencia suele explicar los fenómenos desde el antes al después, justificando lo que hay, a partir de sus elementos (hay agua porque hay hidrógeno y oxígeno). Ése es el punto de vista de la causa material. Sin embargo, los elementos de un ser vivo no bastan para explicar aspectos fundamentales como el automovimiento, la coordinación funcional, la sensación o el comportamiento instintivo.

No bastan porque, siendo comunes a lo vivo y a lo inerte, tienen propiedades diferentes —y algunas veces contrarias— según estén formando parte del ser vivo, o libres en su estado natural. Esto se pone de manifiesto en la muerte: lo que antes formaba un organismo donde todas las partes eran interdependientes en virtud de un plan unificador, al perder la vida pierde cada parte no sólo su condición de parte, sino su misma existencia. Por eso, el cuerpo vivo no puede ser cuerpo si no está vivo. Sin vida, lo que fue cuerpo se descompone en pulvis, cinis et nihil, como reza el famoso epitafio.

Es decir, así como la lámpara existe apagada, y el automóvil inmóvil, el cuerpo de un ser vivo no puede existir ni antes de poseer la vida ni después de perderla. La causa de un cuerpo vivo es, pues, su vida, y no al revés. Aristóteles lo expresó de forma definitiva: «para los vivientes, vivir es ser». Moverse y alimentarse son cosas que el animal hace. En cambio, vivir no es algo que el animal haga, sino la causa de todo lo que hace.

También por eso, en el ser vivo no son las partes las que explican el todo, sino al revés. En realidad, los seres vivos no están compuestos por partes; es decir, no se han formado por acumulación de órganos. Es importante repetirlo: no son las partes las que se han unido y han compuesto al ser vivo. Al contrario, es el organismo vivo quien desarrolla en sí mismo órganos y funciones diferentes. Las máquinas constan de partes o piezas anteriores al todo,

ensambladas sucesivamente.

En el ser vivo, las partes son generadas por el todo, por el mismo ser vivo, y surgen sincrónicamente. La máquina se puede armar y desarmar. El ser vivo, por carecer de partes, por ser un todo indivisible —eso significa individuo— no se deja armar ni desarmar.

Éste es el punto de vista de la causa final, que opera en sentido inverso a la causa material. Ésta lo hace desde el presente, y aquélla desde el futuro, pues el fin es lo que se pretende, algo a lo que hay que llegar. La causa final es muy conocida por los filósofos, pero los científicos la acusan de antropomorfismo: comparación ilegítima entre los modos de proceder la inteligencia humana y la naturaleza. Sin embargo, el descubrimiento del código genético comienza a descartar tal sospecha, puesto que si los genes son capaces de construir un organismo completo, es porque tienen en sí el plan y las estrategias posibles de construcción.

5. EL «CENTRO DE CONTROL» DEL SER VIVO

La biología molecular nos dice que el cuerpo humano está compuesto de cien billones de células. Y cada célula está formada por millares de millares de moléculas (datos muy parecidos a los de otras especies animales). Si hubiera que levantar ese rascacielos biológico ensamblando una molécula por segundo, sería necesario hacer trabajar en paralelo a cien billones de empresas constructoras durante algunos centenares de millares de años... Así que lo menos que podemos decir del embrión, que hace todo eso por sí mismo durante nueve meses, es que es un excelente arquitecto.

Una larga tradición filosófica argumenta que el trabajo simultáneo y coordinado de esos cien billones de astilleros monocelulares sólo es posible si hay un centro de control que sincroniza desde el principio todos los astilleros, retiene en su memoria lo que han hecho, y sabe lo que todavía queda por hacer. La formación de un ser vivo es posible gracias al conocimiento presente del propio pasado y del propio desarrollo futuro.

Para cualquier ser vivo, el centro de control es el principio activo que unifica los muchísimos millones de programas que trabajan en equipo. Desde hace muchos siglos se le ha llamado psique. Y como retener el pasado y poseer el futuro implica no estar sometido al tiempo, la inmaterialidad aparece como un rasgo esencial de lo psíquico. También en la sensación se evidencia este rasgo: toda sensación es inmaterial, pues no se puede decir que un cuerpo vivo, al sentir su propio peso o al conocer a un elefante, pese más.

La tecnología humana, capaz de elaborar objetos altamente sofisticados, se muestra incapaz de producir una sola célula viva. La pequeñez de tal estructura presenta una complejidad inimitable. Sin embargo, a partir de dos células reproductoras, el embrión humano se irá formando durante nueve meses, al ritmo vertiginoso de casi cuatro millones de células por segundo.

Además, aunque no sabemos cómo, cada célula sí sabe el lugar exacto que ha de ocupar en la formación del tejido que le corresponde. Todo parece previsto con previsión y precisión incomparables. ¿No es necesaria la previsión —visión previa, concepción previa— en la realización de cualquier construcción compleja?

Lo curioso de toda previsión es que actúa en sentido contrario al del tiempo físico. Estamos acostumbrados a observar la sucesión desde el presente hacia el futuro. Sin embargo, pre-ver significa ponerse previamente en el futuro y atraer y dirigir hacia sí el presente. Y eso sólo puede realizarlo un principio no material y no temporal.

Los filósofos griegos fueron los primeros en apreciar esa extraña peculiaridad de las causas inteligentes, y a partir de ese hecho argumentaron la inmaterialidad e intemporalidad de la inteligencia. Por ser un hecho de experiencia psicológica, muchos hombres de ciencia lo han visto y han llegado a la misma conclusión. No deja de resultar reconfortante constatar que la perplejidad de un astrofísico como Hoylees la misma que la de Aristóteles, e idéntica la conclusión a que llegan ambos.

Fue Aristóteles el primero que se atrevió a escribir que las causas inteligentes trabajan desde el futuro: en el punto final del recorrido de la flecha está el blanco, pero en el blanco ha estado antes la intención del arquero. Hoyle va a exponer la misma idea con otras palabras. La experiencia de la Física indica que todos sus procesos conducen inevitablemente a la degeneración. «Es como dejar una antorcha encendida. El haz de luz, inicialmente brillante, se va oscureciendo de modo progresivo y llega a desaparecer. En Biología, la situación es la contraria, pues, a medida que se desarrollan, los organismos vivos aumentan su complejidad y recogen información en lugar de perderla. (...) La conclusión que habría que sacar, a mi entender, es que los sistemas biológicos son capaces de utilizar de alguna forma el sentido opuesto al tiempo (...), deben estar trabajando de alguna manera con el tiempo al revés. Si pudiesen producirse acontecimientos no sólo del pasado al futuro, sino del futuro al pasado, podría ser resuelto el problema, al parecer irresoluble, de la incertidumbre cuántica (...)»

«Es mucho menos difícil esforzarse por resolver estas cuestiones en

un sentido del futuro al pasado, puesto que entonces nos acercamos a la última causa, en lugar de alejarnos de ella. La última causa es una fuente de información, una inteligencia, si se quiere, situada en el futuro más remoto.»

Por otra parte, cuando los seres vivos se mueven, se nutren, se reproducen y conocen, realizan todas estas operaciones por sí mismos y desde sí mismos, sin dejar de ser lo que son. Cuando se reproducen, no pierden su integridad como la pierde un cristal que se rompe en pedazos. Y cuando se nutren, el alimento se asimila, se hace uno con el organismo, no queda como un pegote extraño y añadido.

Esa capacidad de obrar sin perder la propia identidad se llama inmanencia (del latín manere in= in-manere, que significa permanecer en). «Inmanencia significa que hay un sí mismo en el ser vivo que permanece siempre, y en el cual permanecen también los efectos de las operaciones realizadas (...). Estar vivo quiere decir, para un ser, que se le queda dentro lo que ha hecho o lo que le ha pasado (...), como queda el alimento, los recuerdos, las destrezas adquiridas, el saber, etc.» (J. Choza).

Esa posesión de sí mismo o identidad formal que mantiene el ser vivo a través de los constantes cambios bioquímicos y fisiológicos es lo que exige, según hemos visto, la presencia de la psique como principio unificador no material. «Se nos puede objetar que no es razonable creer en algo invisible; lo obligado sería más bien no creer en lo que no se puede ver. La verdad es que lo invisible, por el hecho de serlo, no tiene por qué ser irreal. Intentaré comentarles esto al hilo de un diálogo que sostuve en cierta ocasión: un joven me preguntó qué hay de la realidad del alma, siendo ésta totalmente invisible. Yo le confirmé que no era posible ver un alma mediante una disección ni mediante exploración microscópica; pero le pregunté por qué razón iba a exigir esa disección o exploración microscópica. El joven me contestó que por amor a la verdad. Entonces le llevé al terreno que yo quería; sólo necesité preguntarle si no sería el «amor a la verdad» algo anímico, y sobre todo si él creía que lo anímico y cosas como el «amor a la verdad» podían hacerse visibles por la vía microscópica. El joven comprendió que lo invisible, lo anímico, no puede encontrarse mediante el

microscopio, pero que es un presupuesto para trabajar con el microscopio» (V. Frankl).

6. SERES VIVOS Y MÁQUINAS

De lo dicho, podemos concluir que un ser vivo es una materia formalizada desde dentro, formando unidad sustancial. La máquina, en cambio, es una materia formalizada desde fuera, formando unidad artificial y accidental. En la máquina, la materia y la forma no se copertenecen recíprocamente. Todas sus piezas pueden existir sin formar parte de ella, y por eso se fabrican con anterioridad y pueden recambiarse y sobrevivir al desguace.

En el ser vivo no hay independencia entre la materia y la forma, porque la forma (alma) es el programa de constitución de la materia (cuerpo), y la materia suministra energía para el despliegue de la forma. Por eso no puede decirse que la psique sea anterior al cuerpo, o el cuerpo a la psique, puesto que ambos son interdependientes a la hora de constituir un organismo vivo.

Así se entiende que la diferencia entre la máquina y el ser vivo no estriba principalmente en las funciones, pues se puede programar una máquina para que se mueva o memorice datos. Lo decisivo es que la máquina no tiene cuerpo. Y no lo tiene porque no tiene psique: el acto formalizador del cuerpo físico orgánico.

7. ASPECTOS FILOSÓFICOS DE LA HIPÓTESIS EVOLUCIONISTA

Como es sabido, hay ciencia cuando se descubre el orden de una parcela de la realidad, cuando una heterogeneidad puede ser reducida a leyes integradoras. Y eso es lo que intenta la biología: encontrar un principio unificador dentro de la pluralidad aparentemente heterogénea de los organismos vivientes. «Mostrar cuántos y cuáles son los factores y las leyes, y las articulaciones entre ellos, que pueden dar cuenta de la diversidad de formas de los organismos, de sus semejanzas y diferencias estructurales, su aparición y desaparición a lo largo de la historia de la vida, sus semejanzas y diferencias en el proceso de desarrollo ontogenético» (J. Choza).

Desde Darwin, su teoría de la Evolución representa el más persistente intento de explicación de estos hechos. Hablar de evolución biológica es constatar el progresivo perfeccionamiento de los seres vivos. A partir de ahí, las semejanzas morfológicas entre las especies que se suceden en el tiempo hacen pensar que unas aparecen a partir de otras, de manera que entre los organismos primitivos y las posteriores formas de vida más complejas ha podido mediar una constante relación causa-efecto.

El registro fósil pone de manifiesto esa semejanza morfológica entre las especies de estratos contiguos. Cabe preguntarse si la mera semejanza entre dos especies constituye una prueba definitiva de su unión filogenética. Lo único cierto, en razón de su evidencia, es la progresiva complejidad y perfección de las especies a lo largo del tiempo. Por eso, el concepto de Evolución sólo se puede aplicar de forma estricta a dicho escalonamiento perfectivo. Si lo aplicamos al encadenamiento, estamos haciendo una simple conjetura.

Por otra parte, estamos tan acostumbrados a pensar que la Evolución explica la diversidad biológica, que no caemos en la cuenta de estar afirmando una tautología: que la Evolución explica la Evolución. No nos damos cuenta de que la Evolución no puede

explicarse a sí misma: es ella la que necesita ser explicada.

La imagen que Galileo propone para el Universo —un gran libro escrito en el lenguaje de las Matemáticas y de la Geometría— es adoptada por los evolucionistas radicales para el capítulo que narra la historia de los seres vivos sin haber sido escrito por ningún narrador: un capítulo escrito por el mismo papel. Sus ideas y sus páginas se ordenan y se suceden, como en los demás capítulos, unas en función de otras, pero en este caso la ordenación obedece a una especie de capacidad inteligente del propio papel, que Darwin llamó selección natural y adaptación al medio. Para Galileo, es el escritor quien selecciona las palabras y las adapta al contexto. Para los darwinistas, selección y adaptación están ahí y escriben por sí mismas el capítulo de la vida. Darwin pide un enorme acto de fe en la capacidad que la materia se otorga a sí misma para ordenarse y mostrar ante nuestros asombrados ojos «el mayor espectáculo del mundo»: los seres vivos.

Los dos principios evolutivos propuestos por Darwin se han revelado inconsistentes. La Genética se encargó de demostrar que las adaptaciones al medio, ciertamente insignificantes, no se transmitían hereditariamente. Y en cuanto a la selección natural, resulta obvio que la supervivencia de los individuos más dotados no es causa sino más bien consecuencia de su mejor dotación. En todo caso, la selección natural es un principio de selección negativo: en lugar de producir, elimina. Su acción es similar a la de un gran incendio que destruye la mitad de una ciudad: no construye ni aporta nada, pero cambia la fisonomía de la ciudad.

Sin embargo, un buen ejemplo puede hacer creíble cualquier error, y perpetuarlo indefinidamente entre el gran público. En el ejemplo evolucionista más clásico se afirma que la jirafa tiene el cuello tan largo porque prosperaron solamente las que pudieron alcanzar el alimento de las ramas altas. El inconveniente de esta explicación es que no han aparecido restos fósiles de jirafas «en vías de desarrollo», puesto que son iguales desde su aparición, hace dos millones de años. Además, las crías de jirafa se hacen grandes alimentándose de las hojas bajas, y las hembras, que miden un metro menos que los machos, tampoco tienen problemas de comida y de supervivencia (Francis Hitching, The neck of the giraffe, where

Darwin went wrong).

Actualmente los biólogos prefieren hablar de la teoría sintética de la evolución, elaborada combinando el principio de la selección natural (Darwin) con las leyes de la genética (Mendel).

El registro fósil manifiesta un escalonamiento desde las formas más simples e indiferenciadas en los comienzos de la historia de la vida, hasta las más complejas y diferenciadas en los períodos más recientes. Cada eslabón es salvado, según la teoría sintética, sumando muchas pequeñas mutaciones, de las cuales son rechazadas por el entorno las incompatibles con él.

Frente a esta teoría está la postura de la macroevolución: los grandes cambios no son una suma de cambios pequeños (microevolución), sino el resultado de macromutaciones. El inconveniente de esta teoría es, según los neodarwinistas, que en la escala zoológica no se registran grandes cambios, sino gradación. Sin embargo, los partidarios de la macroevolución consideran «grandes cambios» los que dan lugar a grandes saltos cualitativos como la aparición del ojo, o, en el paso de peces a reptiles, la aparición del pulmón en los anfibios y en los peces pulmonados, etc.

La última palabra quizá la tenga en estos momentos la Biología molecular, para la que cada vez resulta más claro que la aparición de variantes de DNA tiene mucho más de determinación molecular que de puro azar. Frente al neodarwinismo, mutacional y aleatorio, la «alternativa molecular» abre paso, cada vez más, al concepto de programa evolutivo.

8. EVOLUCIÓN Y CREACIÓN

Frente a los que piensan que todo en el Universo surge de un proceso evolutivo, otros se colocan en el polo opuesto y afirman que todo procede de la acción creadora de Dios. Así planteadas las posiciones, la polémica resulta inevitable.

Unos y otros forman una especie de extrema izquierda y de extrema derecha en tomo a un problema en el que, como siempre, la solución no está en los extremos. Porque las nociones de evolución y creación, bien entendidas, no se excluyen.

Aunque se descubrió en la Biblia, la noción de creación es también de índole metafísica y, por tanto, racionalmente demostrable. Todo en el Cosmos puede quizá explicarse por leyes científicas, excepto la realidad misma del Cosmos: saber cómo funciona no es lo mismo que saber por qué existe. Pues bien, preguntar por la causa de la existencia es preguntar por la causa última y definitiva. Una causa extracósmica, no identificable con ninguna realidad finita porque todo lo finito ha recibido el ser. Esta breve argumentación puede parecer difícil, pero es inevitable. Si no aceptamos un Ser Infinito y Trascendente, hemos de admitir que el mundo se ha creado a sí mismo, y convertir lo finito en infinito.

La creación es la producción de la realidad ex nihilo, de la nada, sin partir de ninguna materia previa. No es transformar algo preexistente sino producir radicalmente: una absoluta innovación, un rendimiento puro.

La evolución es una hipótesis científica que intenta explicar los mecanismos de cambio de los organismos biológicos. Por tanto, se ocupa del cambio de ciertos seres, no de la causa del ser de esos seres (valga una comparación arriesgada: observando el movimiento del balón con el que se disputa un partido de fútbol —y suponiendo que los jugadores fueran invisibles— se podría llegar a descubrir el sentido del juego y alguna de sus reglas, pero no se

tendría la menor idea sobre la fábrica donde se hizo el balón. No obstante, a nadie se le ocurriría decir que el balón existe desde siempre o se ha hecho a sí mismo). Creación y evolución no pueden entrar en conflicto porque se mueven en dos planos diferentes.

Sin embargo, hay conflicto. Y, además, provocado por ambas partes. Por parte del evolucionismo, cuando traspasa los límites de la ciencia y afirma que todo es materia y, en consecuencia, sólo la materia puede dar cuenta de sí y de sus propias transformaciones. Por parte del creacionismo, cuando confunde el plano del ser con el del devenir, y piensa que todo cambio equivale a una nueva acción creadora de la causa primera.

Pero tanto el evolucionismo como el creacionismo radicales son erróneos. La creación no es un acontecimiento que necesite repetirse. Lo creado ha sido creado para conservar el ser. Las cosas creadas no sólo han sido alzadas al nivel del ser, sino que son constantemente mantenidas en ese nivel. Mas la materia es esencialmente cambiante. De manera que la creación de cosas materiales no sólo no excluye la mutación de esas cosas, sino que la exige: ha de ser una creación evolutiva (A. Llano). Y ello se consigue siendo la misma realidad creada capaz de operaciones propias. Operaciones que, al estar intrínsecamente dotadas de finalidad, manifiestan que la causa creadora es inteligente, y posibilitan el conocimiento racional (expresable en leyes) de esa misma realidad.

Lo que realmente hay es, en definitiva, una creación de cosas materiales que evolucionan porque han sido creadas con sentido y finalidad. Por eso es posible una explicación del origen de los organismos vivientes a partir de la materia inerte. Lo que ya no parece igualmente explicable es el origen del hombre, precisamente porque nos encontramos ante un ser material con capacidades que trascienden la materia. Para la aparición del hombre —no sólo de la especie, sino de cada hombre— sí se debe pensar en una especial intervención de la causa creadora.

9. CIVILIZACIONES EXTRATERRESTRES

De forma periódica los medios de comunicación recuerdan a la opinión pública que nuestro planeta es insignificante en la inmensidad del Universo, y que la probabilidad de que exista vida en otros planetas es alta. En este sentido, algunos científicos piensan que en nuestra galaxia se dan las condiciones necesarias para que existan al menos mil civilizaciones extraterrestres. Esas condiciones son: una estrella similar al sol, que proporcione energía y sea centro de un sistema planetario con órbitas regulares; planetas con masa suficiente para que su gravedad retenga el agua y la atmósfera; un disolvente universal como el agua; giro de rotación para diferenciar la noche y el día. A esto añaden que en el espacio se encuentran las moléculas necesarias para desarrollar la vida, y que en los meteoritos se han detectado aminoácidos con la misma estructura que las proteínas de la Tierra.

Todo este planteamiento es muy interesante, pero resulta insuficiente. Olvida algo tan fundamental como que la existencia de seres vivos —inteligentes o no— no es un problema de condiciones sino de causas. Y estos conceptos no son equivalentes: las condiciones no causan, simplemente posibilitan la acción de las causas.

Las causas intervienen directa y activamente en la producción de los efectos. Las condiciones intervienen de forma indirecta y pasiva. Cuando abro esta ventana, oigo las voces y los ruidos de la calle, pero la ventana no es la causa de esos sonidos, sino la condición de que se oigan o no se oigan dentro de mi habitación.

De igual manera, las condiciones para que exista vida no son las causas de la vida. Si esperamos que un montón de ladrillos formen por sí solos un rascacielos, nuestra espera será eterna. Si esperamos que un conjunto de elementos químicos puedan formar por sí solos una sola célula viva, estamos esperando algo todavía más increíble que la autoconstrucción del rascacielos. Si fuera por condiciones, en

la luna podría haber millones de relojes, de bolígrafos, de automóviles… Y muchos más millones en el Sistema Solar, ¡y no digamos en toda la galaxia! Sin embargo, no parece que ningún científico pueda admitir seriamente la posibilidad de encontrar «por ahí fuera» ni siquiera algo tan simple como un chupete.

Así pues, sólo con condiciones y causas materiales no se puede llegar muy lejos. Sabemos que unas piedras y un terreno no bastan para alzar un edificio, y ello es así porque la producción de cualquier cosa requiere una idea previa y unas manos que la lleven a cabo. Esa idea y esa «mano de obra» son causas tan necesarias e imprescindibles corno los materiales que van a emplear. Cuando se ignora ese carácter extrínseco y necesario de las causas inteligentes y eficientes, cualquier explicación de la realidad queda reducida a las causas materiales y a las condiciones; es decir, queda falseada.

RUPERT SHELDRAKE: el misterio del transistor

«Es ciertamente indiscutible que los organismos vivos están formados por elementos químicos, y que contienen muchos tipos de proteínas, DNA, etc. Incluso en muchos aspectos funcionan de acuerdo con principios físicos (eléctricos, etc.).

Pero todo esto no prueba que se reduzcan a sistemas fisicoquímicos perfectamente explicables en términos de física y de química. El modo más claro de ilustrarlo es considerar la analogía con un radiotransistor. Imagínese que alguien que no sabe nada sobre aparatos de radio ve uno y se queda encantado con la música que sale de él, y trata de entender el aparato.

Puede pensar que la música procede totalmente del interior del aparato, como resultado de complejas interacciones entre sus elementos. Si alguien le sugiere que en realidad viene de fuera, a través de una transmisión desde algún otro lugar, podría rechazarlo argumentando que él no ve entrar nada en el aparato.

Tampoco podría medir nada, porque la radio pesa lo mismo encendida o apagada. Y aunque por ahora no entienda, podría pensar que algún día, después de mucho investigar las propiedades y funciones de todas las piezas, logrará entender su secreto. Cuando ese día llegue, no sabrá nada sobre las ondas de radio, pero pensará que ha entendido el aparato, incluso podrá ponerse a demostrar que lo ha entendido: Las piezas son cristales de silicio, hilos de cobre y demás. Conseguirá esas piezas y hará una réplica del transistor por la que salga la misma música. Entonces afirmará: “ya he comprendido peifectamente esta cosa; he sintetizado un aparato idéntico a partir de sus mismos elementos”.

Pero ya se ve que el ingenuo imitador no ha comprendido cómo funciona el transistor. Aunque hubiera sido capaz de construir el aparato, aún no sabría nada sobre ondas de radio, y mucho menos sobre música.

Pienso que ésta es precisamente la situación en que nos encontramos cuando decimos que entendemos lo que es la vida. En particular, los mecanicistas son como los que ignoran las ondas de radio y se concentran sólo en los hilos de cobre, los demás componentes y el modo de conectarlos: todo eso es importante, y es real, y si faltase algún elemento la radio no existiría, pero sólo es un detalle dentro del cuadro. Lo erróneo de la visión mecanicista es que es una visión limitada; como muchos errores, está fundada en una media verdad.»

CAPÍTULO IV

EL HOMBRE: ANIMAL RACIONAL

«Cuando observo con cuidado los curiosos hábitos de los perros, me veo obligado a concluir que el hombre es un animal superior. Cuando observo los curiosos hábitos del hombre, le confieso, amigo mío, que me quedo intrigado.»

EZRAPOVND.

1. CONSTITUCIÓN SUBJETIVA

Un animal inteligente y libre siempre será imprevisible y desconcertante. Eso es el hombre. Pascal lo explica de esta manera: apenas conocemos lo que es un cuerpo vivo; menos aún lo que es un espíritu; y no tenemos la menor idea de cómo pueden unirse ambas incógnitas formando un solo ser, aunque eso somos los hombres.

Lo cierto es que el hombre presenta una singularísima constitución subjetiva. Sujeto, sub-iectum es lo que sub-yace, lo que está por debajo o en el interior, lo que sujeta o sustenta todo lo exterior, la cara oculta tras las apariencias. Un bloque de granito o de hierro no esconden en su interior más que hierro o granito. En cambio, el hombre es sujeto porque bajo su fachada corporal esconde una interioridad no deducible de su exterioridad biológica. Dice Julián Marías que la vida humana posee el superlativo de la interioridad, hasta el punto de que no se puede conocer íntegramente a nadie, ni siquiera a uno mismo: por eso no somos capaces de comunicar todo lo que somos, y ese último secreto permanece incluso en la amistad y en el amor.

Esa dificultad no excluye ni siquiera a los personajes mejor conocidos de la Historia. Hitler, por ejemplo, fue una incógnita para sus más íntimos colaboradores. Von Ribbentrop, su ministro de Asuntos Exteriores, escribió en su celda de la prisión de Nuremberg, en 1945: «En 1933 conocí más de cerca a Adolfo Hitler. Pero si hoy me preguntan si llegué a conocerle bien —su manera de pensar como político y hombre de Estado, o la clase de hombre que era—, tendré que confesar que sé muy poco de él, en realidad casi nada. A pesar de que vivimos juntos muchos acontecimientos, durante todos los años que colaboré con él no llegué a acortar las distancias que mediaban entre los dos desde el día en que le conocí; ni desde el punto de vista personal, ni desde cualquier otro punto de vista.»

Las sensaciones, los conocimientos, los pensamientos y los sentimientos constituyen en el hombre un mundo interior tan real

como su propio cuerpo. Ambos mundos se compenetran íntimamente, pero se presentan también corno radicalmente irreductibles. Es lo que expresa Quevedo cuando observa que, tras la muerte, nuestros cuerpos «serán ceniza, mas tendrán sentido;/ polvo serán, mas polvo enamorado».

Precisamente esa absoluta heterogeneidad entre el cuerpo y la subjetividad se ha considerado siempre como un interesante argumento a favor de la inmortalidad del hombre.

Ante un problema se da a veces la postura simplista de cerrar los ojos, negarlo... y no resolverlo. Ante la complejidad del hombre se puede caer también en la simplificación de reducirlo a su cuerpo material... y creer que ya se ha entendido. Pero es preciso reconocer que si una idea no tiene longitud, ni altura, ni peso, ni color, sería una hazaña heroica pedirle al cuerpo humano que produjese cosas que no tienen la mínima cualidad en común con él. Y en el caso de que se lo pidamos, con mucha más razón podríamos «pedir peras al olmo»: el olmo y la pera están, al fin y al cabo, en el mismo plano ontológico.

Tampoco puede ser equiparado el hombre a un simple animal. Por el momento, ningún animal ha conseguido estudiarse a sí mismo y a los demás, y fundar una compleja y prestigiosa ciencia denominada Biología.

Quien mira solamente una de las secciones del cilindro verá un círculo o un rectángulo, pero no un cilindro. Algo parecido les sucede a las antropologías que reducen al hombre a uno de sus aspectos particulares (actividad económica, impulso sexual, capacidad de hablar, voluntad de poder, etc.): toman la parte por el todo y pierden de vista al propio hombre. Un tomate también puede ser interpretado como vegetal, como alimento, como semilla, mercancía, pisapapeles o proyectil. Todos los puntos de vista son correctos, pero parciales. Son verdaderos con una condición: que cada punto de vista no vaya precedido por un «nada más que». Porque el hombre —igual que el tomate y que cualquier cosa— es cada una de sus caras «y mucho más».

Por otro lado, las posturas materialistas suponen un peregrino intento de querer probar la no existencia del espíritu, porque sólo

un ser pensante —es decir, espiritual— puede ponerse a «demostrar» que no existe lo espiritual.

Afortunadamente, la historia del pensamiento en su conjunto va mejor encaminada. Desde Sócrates, todos los grandes pensadores han observado que la obra de la naturaleza es la obra de la inteligencia. Y que el hombre, aunque forma parte de la naturaleza, la supera: no sólo se presenta como un microcosmos con todas las cualidades de la materia y de los seres vivos, sino también con la extraña capacidad de conocerlo todo y conocerse. A Pascal le admiraba constatar que somos la caña más débil de la naturaleza, pero una «caña pensante»: algo que nos hace superiores a todo y, paradójicamente, a nosotros mismos: «El hombre supera infinitamente al hombre.»

2. LO RACIONAL Y LO ANIMAL: DE SÓCRATES A KANT

Vamos a intentar un paso adelante. Cuando Sócrates se pregunta qué significa ser hombre, llega a una respuesta precisa e inequívoca: el hombre es su alma, puesto que ella lo distingue de manera específica de cualquier otra cosa. Sócrates entiende por alma nuestra razón, la sede de nuestra actividad pensante y ética; y también el yo consciente, la conciencia intelectual y moral.

Uno de los razonamientos fundamentales realizado por Sócrates para probar esta tesis es el siguiente. Todo instrumento es siempre diferente del sujeto que lo utiliza. Ahora bien, el hombre se vale del propio cuerpo corno de un instrumento, lo cual significa que son cosas distintas el sujeto-hombre y el instrumento-cuerpo. Si se pregunta ¿qué es el hombre?, no se podrá responder que es su cuerpo, sino aquello que se sirve de su cuerpo: la inteligencia, la psique, el alma.

La pregunta ¿qué es el hombre? la sitúa Kant en cuarto lugar, después de preguntar a la Metafísica ¿qué puedo saber?, a la Moral ¿Qué debo hacer?, y a la Religión ¿qué puedo esperar? Y añade que las tres primeras preguntas pertenecen también a la Antropología porque apuntan, en el fondo, a la cuarta.

En el prólogo de su Antropología plantea Kant un doble enfoque fundamental en torno al hombre: lo que la naturaleza hace del hombre y lo que el hombre hace a partir de sí mismo. Lo que la naturaleza hace del hombre es biología. En cambio, lo que el hombre hace con su libertad (Arte, Ética, Derecho, Religión...) está más allá de sus posibilidades biológicas. De ahí nace una cuestión siempre abierta: ¿es la libertad producto de la naturaleza o, por el contrario, debernos entender la naturaleza como mero sustrato material de la libertad?

Esta pregunta fundamental la podernos formular con otras palabras: puesto que el hombre es un animal racional, ¿es lo racional una

cualidad derivada de lo animal o, por el contrario, son dos formas de vida irreductibles, aunque aparezcan inexplicablemente compenetradas? Este problema no se plantea en ningún otro animal, y aparece en el hombre porque su cualidad racional, además de pertenecerle en exclusiva y hacerlo único sobre la tierra, le añade una dimensión que rebasa por completo las medidas y las proporciones de lo natural. Por eso observó Jaspers que el hombre, único animal inteligente, es un animal transbiológico.

Si Kant hubiera tenido que explicar esto a jóvenes alumnos, podría haber escogido un sencillo ejemplo: la naturaleza ha hecho el mineral de hierro; pero cuando vemos el hierro transformado en acero y convertido en piezas de un reloj, sabemos que todo eso ya no es obra de la naturaleza. Algo parecido puede pensarse del sustrato biológico del hombre cuando lo vemos capaz de amar, entender, autoentenderse y conducirse libremente.

3. SENTIR Y ENTENDER

Conocemos el mundo a través de las sensaciones que nos llegan por los cinco sentidos, pero más allá de la sensación que nos permite ver u oír algo, podemos preguntarnos qué es ese algo. No preguntamos por lo que vemos, sino precisamente por lo que no vemos de esa cosa que vemos. Es decir, la cosa no se reduce a lo que se ve, y por eso se hace necesario distinguir entre ver y entender (de ahí que un niño que ve lo mismo que su padre, tenga derecho a preguntar «qué es eso»).

Las preguntas sobre el qué no se contestan con los datos que pueden captar el ojo o los demás sentidos. Como ya hemos dicho, el ojo ve, pero no es de su incumbencia ver en qué consiste eso que ve. Ésa es incumbencia del entendimiento.

Todo lo dicho pone de manifiesto que el entender es una forma de conocer muy diferente del conocer sensorial. Millán-Puelles propone un ejemplo clarísimo: entender el calor no calienta, mientras que sentirlo, sí. Y si lo que entiendo es el fuego, mi entendimiento no arde en llamas ni siente el menor calor. Lo cual no quiere decir que la inteligencia apague el fuego; si así fuese, no harían ninguna falta los bomberos.

A diferencia de lo que les ocurre a nuestras manos, nuestro entendimiento puede jugar con fuego sin quemarse. Ello es así porque lo que conoce son formas, y las formas son ultrasensoriales, es decir, inmateriales. En la historia de la Filosofía el término forma designa la esencia de una cosa, aquello que hace que una cosa sea lo que es, la configuración que permite reconocer un conjunto de sensaciones como algo significativo (lo que hace reconocer una melodía aunque cambien el tono, el timbre, el ritmo y el lugar de interpretación). Y a esa forma o esencia conocida por el entendimiento es a lo que llamamos concepto.

Al igual que una onda es la formalización de un medio, o el agua

una síntesis que consiste en la formalización del hidrógeno y el oxígeno, los seres vivos son formalizaciones de compuestos orgánicos. Lo formalizado es siempre un contenido que, desde Aristóteles, se conoce con el nombre genérico de materia.

Lo propio de la materia es someter a la forma a una existencia individual, limitada por el espacio y el tiempo (este reloj de este escaparate madrileño es negro, pesa 120 gr, y fue fabricado hace 19 meses en Japón).

Por el contrario, el entendimiento capta o engendra formas desligadas de los límites espacio-temporales, y por eso mismo universales y universalizables: si entiendo lo que es un reloj, reconoceré como tales todas las máquinas o instrumentos que sirvan para medir el tiempo, desde un panel electrónico hasta un reloj de arena. Por tanto, el modo de ser de las formas en el entendimiento es un modo de ser inmaterial (y por eso entender lo que es el fuego no quema, y entender lo que es la muerte tampoco mata). De lo dicho también se puede concluir lo siguiente: si las formas son inmateriales —y ya hemos visto que lo son—, lafacultad de conocerlas y de producirlas ha de ser igualmente inmaterial.

4. CONDUCTA ANIMAL Y CONDUCTA HUMANA

La conducta es una cualidad propia de los seres vivos. Se trata de una operación vital gracias a la cual se desenvuelven activamente en su medio. La conducta no es una respuesta pasiva del organismo al medio, es una respuesta con un propósito vital, una respuesta que también es propuesta. El ser vivo no responde al estímulo de forma mecánica, sino de forma intencional. Una concepción mecanicista de los estímulos y respuestas no puede explicar la autonomía funcional que muchos organismos manifiestan.

Desarrollar una conducta es conducirse, llevarse a alguna parte, no a cualquier parte, sino a aquella exigida por los fines del organismo en compenetración con las posibilidades que ofrece su medio. Por modesta que sea, toda conducta consiste en el desarrollo de un plan cuyo objetivo es anterior a su ejecución. Un plan del que el animal no es consciente, y que requiere por ello la existencia de estructuras conductuales prefijadas por la herencia.

La conducta animal es siempre la respuesta a los datos captados del mundo circundante. Para cada especie, un conjunto bien determinado de sensaciones actúan como estímulos que desencadenan una conducta similar en todos los individuos. Es decir, la conducta agresiva, sexual o alimenticia se pone en marcha ante la presencia de situaciones biológicamente desencadenantes. Tales desencadenadores son fijos y están determinados genéticamente. La adecuación estímulo respuesta es lo que constituye la especialización animal. A esa conducta innata, estable y automática se la denomina instinto.

Alimentarse y reproducirse son los fines de todo animal. Pero esos fines no se los da el animal a sí mismo, sino que le vienen dados o programados de antemano por el instinto. Y la función del conocimiento animal no es alterar estos fines, sino alcanzarlos del mejor modo posible. En el hombre, en cambio, el conocimiento se autoprograma y establece sus propias finalidades. A un

conocimiento que tiene esas características se le llama espíritu, y al sujeto que lo posee, persona.

Gracias a esa capacidad de autoprogramarse, el hombre es el único animal «capaz de hacer promesas» (Nietzsche), «fin para sí mismo» (Kant), que «elige sus propios fines» (Tomás de Aquino), «medida de todas las cosas» (Protágoras): definiciones que enuncian, con diferencias de matiz, la misma tesis.

A diferencia del animal, el interés del hombre por su entorno trasciende por completo los intereses biológicos, y no está desencadenado por ellos. Todo en la conducta animal está orientado a la supervivencia. En cambio, el hombre es capaz de considerar los objetos en sí mismos, tengan o no tengan relación con su propia supervivencia. El animal vive incrustado en su ambiente y determinado por sus estados orgánicos, mientras que el hombre es autónomo frente al ambiente y a la presión de lo orgánico.

Hasta tal punto es así que, en cierto sentido, el entorno no ;existe para el hombre. Y no existe en cuanto que no se deja acotar —al contrario que el nicho ecológico del animal— dentro de un espacio y un tiempo determinados. Los intereses que configuran las acciones humanas pueden situarse tanto en el pasado (el arqueólogo) como en el futuro (el estudiante), y en uno, varios o ningún espacio físico determinado. El hombre puede ser cosmopolita; el animal, como mucho, sólo puede ser migratorio.

Hay en el hombre, como se ve, una apertura universal a la realidad. Si Protágoras pudo afirmar que el hombre es la medida de todas las cosas, ello es porque puede objetivarlo todo. Dos son las condiciones de esa posibilidad de apertura universal: la inteligencia y la libertad.

5. LA INTELIGENCIA INSTRUMENTAL

Algunas experiencias han demostrado que el chimpancé es capaz de usar o adaptar un objeto a modo de instrumento. Puede utilizar un palo para acercar un plátano que no alcanza con la mano, e incluso romper una tabla ancha para que pase entre los barrotes y alcance el plátano. Pero lo que ya no sabe hacer, si la madera es demasiado dura para romperla con la mano, es utilizar un hacha o una sierra para fabricar un palo a partir de una tabla. El simio ve la relación palo-alimento, pero no ve la relación tabla-hacha-palo porque, en realidad, no puede verse sino entenderse.

Es muy conocido otro ingenioso experimento que manifiesta la incapacidad animal de abstraer la esencia. Paulov coloca a un simio en una gran balsa que flota en el centro de un lago. Entre el lugar donde se sitúa el simio y aquel donde se le proporciona el alimento, hay un aparato que produce fuego. Pero también hay un depósito de agua y un cubo. Al mono se le enseña a sacar agua del depósito con el cubo, apagar el fuego y llegar a la comida. Por lo demás, el mono sabe refrescarse en el lago cuando hace calor. Pero un buen día se quita el agua del depósito. El simio, desconcertado, sigue metiendo el cubo en el depósito vacío sin pensar que puede llenarlo con el agua del lago. ¿Por qué? Ésta es la respuesta de Paulov: porque «no tiene una idea general, abstracta, del agua como tal; en el nivel en que se sitúan los antropoides no se produce aún la abstracción de las propiedades específicas de los objetos».

El animal siempre verá en el agua una sustancia capaz de saciar su sed, o el peligro de ahogarse, o la posibilidad de encontrar alimento: siempre algo en relación con su propia supervivencia. El hombre, al contrario, percibe él agua como realidad objetiva, y gracias al estudio de sus propiedades aprende a encauzarla o a navegar sobre ella, la evapora o la congela, la usa para regar sus campos o para mover turbinas. Todo ello, porque sabe, en alguna medida, lo que el agua es. Y eso es la inteligencia: conocer lo que las cosas son de suyo. El hombre es un animal biológicamente

deficitario e inviable, pero sobrevive, supera y domina a los seres vivos gracias a la inteligencia, un recurso suprabiológico que le permite entender la realidad e instrumentalizarla para sus fines. En este sentido la técnica es una demostración definitiva de la inteligencia humana y de la no inteligencia animal, pues la conversión de un objeto en instrumento requiere haber entendido qué es y qué propiedades tiene.

Al principio, el hombre descubre que con una rama desnuda puede golpear más fuerte que con el puño, pero también advierte que el palo no hace daño a los animales grandes. El animal grande es vulnerable si se atraviesa la protección de su espesa piel y se le hiere en su interior. La rama y el garrote son mudos y nada entienden sobre esto, pero el hombre descubre en ellos la posibilidad de afilarlos y convertirlos en lanza.

Con la lanza puede enfrentarse el hombre al elefante o al mamut. Pero los pájaros no se pueden lancear. Para cazar pájaros no sirven las lanzas. Sería preciso disminuir su peso y aumentar el impulso: así se inventa la conexión entre el instrumento-flecha y el instrumento-arco. Sería un error pensar, observa L. Polo, que el hombre inventa la flecha porque tiene necesidad de comer pájaros. También el gato tiene esa misma necesidad y no inventa nada. El hombre inventa la flecha porque su inteligencia descubre la oportunidad que le ofrece la rama. El hambre sólo impulsa a comer, no a fabricar flechas: son dos cosas muy diferentes. Por eso no es correcto explicar al hombre desde sus necesidades. El hombre no necesita la inteligencia, simplemente la tiene. Y gracias a ella no es un animal más. Gracias a ella consigue de la realidad, exprimiéndola inteligentemente, lo que ningún animal puede conseguir.

6. LA INTELIGENCIA DEL HOMBRE PRIMITIVO

¿Somos más inteligentes que nuestros abuelos prehistóricos? ¿Ha evolucionado la inteligencia humana desde nuestros antepasados originarios? Si respondemos afirmativamente a estas preguntas, a continuación nos veríamos en el aprieto de explicar por qué los actuales aborígenes viven de forma prehistórica habiendo dispuesto del mismo tiempo que nosotros para evolucionar. Tampoco sabríamos qué decir sobre los niños de tribus ancestrales educados en colegios y universidades americanas y convertidos en perfectos hombres de negocios.

La cuestión se puede plantear al revés. En el supuesto inverosímil de una guerra nuclear que arrasara el planeta dejando con vida a unos pocos recién nacidos..., si esos niños consiguen sobrevivir y hacerse hombres, ¿qué tipo de vida llevarían? ¿Alcanzarían el progreso que tuvieron sus padres? ¿Alcanzarían algún tipo de progreso?

No hace falta pensar mucho para imaginar una nueva época de taparrabos y de cavernas, una vuelta a la Prehistoria. Pero ¿por qué? ¿Acaso esos niños llamados a educarse en las modernas universidades occidentales dejaron bruscamente de ser inteligentes? Si nacieron con ojos azules, sus ojos siguieron siendo azules. Si nacieron con la inteligencia del hombre del siglo XX, ¿por qué regresaron a la Prehistoria?

Esto nos lleva a pensar que quizá el actual progreso técnico no sea resultado de un paralelo progreso intelectual, sino más bien de un proceso acumulativo mediante el cual cada pequeño descubrimiento es un escalón que ha colocado el siguiente punto de partida a un nivel superior (en medio de la multitud, el niño sentado sobre los hombros de su padre ve más que él, pero no porque sea más alto que él). Newton pensaba de esta manera y quitaba importancia a sus trascendentales descubrimientos, convencido de que los había logrado gracias a los grandes científicos que le habían precedido; se

veía a sí mismo como un niño subido a hombros de gigantes.

Al igual que en la lenta construcción de una vieja catedral gótica, donde los arquitectos que ponen los cimientos mueren sin ver los arbotantes y las cúpulas, el hombre prehistórico pone los cimientos de la Historia. Y morirá sin haber sido protagonista del progreso, pero nunca por falta de inteligencia, sino de tiempo.

Para sostener que el hombre primitivo es tan inteligente como el moderno es preciso entender que si no llega al progreso actual es simplemente por falta de tiempo, no de inteligencia. El progreso requiere tiempo: no se puede inventar la bicicleta sin inventar antes la rueda, y por eso el inventor de la «bici» no es más inteligente que el de la rueda. «Los electrodomésticos que usa a diario un ama de casa —explica el profesor Armiñanzas— necesitan la existencia previa de microscopios, hornos de alta temperatura, metales difíciles, mecánica de precisión, química evolucionada, electricidad, magnetismo, óptica, termodinámica, acústica, matemáticas ... Y recipientes adecuados, pilas, cables, hilos, imanes, lentes, espejos, barras, tubos, resortes, tejidos, plásticos... Y mucho antes hubo que dar pasos previos más elementales: agricultura, ganadería, alfarería y todo tipo de artesanías: técnicas nada sencillas, más complicadas que las actuales si pensamos que partieron de líneas originales, sin patrón previo.»

Existe un ejemplo excelente. Cuando el hombre prehistórico inventa la escritura está realizando un descubrimiento de incalculable importancia. Si en la carrera del progreso humano pudieran medirse los pasos, quizá ninguno más largo que éste. El desarrollo humano es posible gracias al lenguaje, pero el lenguaje no es un invento, es más bien una capacidad innata del hombre. Lo que sí es un invento, y de trascendencia colosal, es la representación gráfica del lenguaje hablado: la escritura.

La escritura consigue la misma posesión simbólica de la realidad que la lengua oral, pero ha tenido sobre ésta una enorme ventaja: su ilimitada capacidad de comunicación. Antes de que el siglo XX hiciera del mundo, gracias a los medios de comunicación audiovisual, una gigantesca aldea global, sólo la escritura y no la voz era capaz de cruzar fronteras, atravesar océanos, unir continentes y poner en común los mejores hallazgos intelectuales

procedentes de cualquier punto del planeta.

Así pues, la carrera del progreso ha multiplicado su longitud y su velocidad gracias a la comunicación escrita. Sin la escritura los hallazgos técnicos o culturales quedan aislados; con ella, se suman, y en lugar de recorrer todos la misma distancia, se unen los esfuerzos individuales como en una carrera de relevos, y se llega más lejos en menos tiempo.

Sin lenguaje el desarrollo humano sería casi inexistente, y sólo con la lengua hablada hubiera sido lentísimo: piénsese, por ejemplo, en las dificultades que plantearía a la investigación y a la enseñanza la inexistencia de textos escritos. Por consiguiente, además de un portentoso invento, la escritura ha sido y es una de las condiciones más necesarias del progreso. Y es precisamente el hombre primitivo —no el moderno— quien hace este descubrimiento genial, que le permite salir de la Prehistoria por la puerta grande.

7. INTELIGENCIA Y CIRCUNSTANCIAS

Dos poderosas circunstancias culturales influyen en el desarrollo de la inteligencia: la televisión y la lectura. Leer es pensar. Porque cuando leo descifro símbolos: palabras y frases que contienen ideas. Y al descifrar una página recorro el mismo camino mental que el escritor: él abrió la senda y yo sigo sus pasos. Además, el pensamiento se manifiesta en la escritura mejor que en cualquier otro lenguaje; se expresa en ella con incomparable precisión y riqueza de matices, muy por encima del lenguaje artístico (si no fuera así, los libros de texto, las novelas, los ensayos y el texto constitucional de un país serían partituras musicales o secuencias fotográficas y cinematográficas).

Es un hecho que la televisión ejerce una atracción tiránica sobre muchas cabezas (normalmente en detrimento de la lectura). Este hecho sería insignificante si no significara también detrimento para las cabezas de los telespectadores. La televisión puede ser muy útil para proporcionar cierta información o despertar la curiosidad intelectual, pero nunca es el mejor medio para desarrollar y ordenar los pensamientos. Lo decisivo para pensar no son imágenes sino palabras: y el pensamiento se articula con palabras, se expresa y se contiene en las palabras. El lenguaje televisivo surge de la articulación de tres códigos: las palabras, las imágenes y la música. Pero las imágenes y la música, en la medida en que tienen autonomía propia y no están al servicio de las palabras, no contribuyen al progreso intelectual. El cometido de la televisión no es enseñar a pensar ni animar a pensar.

La televisión ciertamente transmite ideas, pero no permite su discusión, no nos deja hacer una pausa, hay que seguir adelante porque los productores imponen la velocidad y el ritmo de la carrera. En la lectura se puede volver atrás para ver si lo que se dijo antes concuerda con lo que leo ahora; se pueden hacer comparaciones —y comparar es una de las manifestaciones primordiales de la inteligencia, del pensamiento crítico—; se

pueden encontrar contradicciones; y se puede discrepar y decir ¡no estoy de acuerdo, no tiene usted razón! Si la lectura obliga o predispone a pensar, la televisión forma cabezas planas porque desciende al más bajo común denominador, desprovisto de matices, sutileza, historia y contexto. Si la lectura fomenta la libertad de pensamiento, la televisión es promotora de consenso.

8. INTELIGENCIA Y LENGUAJE

«Me gustaría saber qué pasa realmente en un libro cuando está cerrado. Naturalmente, dentro hay sólo letras impresas sobre el papel, pero, sin embargo, algo debe de pasar, porque cuando lo abro aparece de pronto una historia entera. Dentro hay personas que no conozco todavía, y todas las aventuras, hazañas y peleas posibles…, y a veces se producen tormentas en el mar o se llega a países o ciudades exóticos. Todo eso está en el libro de algún modo. Para vivirlo hay que leerlo, eso está claro. Pero está dentro ya antes. Me gustaría saber de qué modo.»

Michel Ende tiene razón. El lenguaje posee el fantástico poder de abarcar y comunicar la realidad con una facilidad pasmosa. Todo lo abarco y todo lo puedo expresar mediante palabras: lo que existe (España), lo que no existe (Pinocho), lo que existió (Troya), y lo que puede existir (el próximo verano). Hay que reconocer, además, que abarcar el mundo con dos sílabas constituye un poder fascinante y una insuperable economía de esfuerzos, semejante a la que logro cuando entiendo lo que es un siglo sin necesidad de vivir sus cien años, o cuando narro la historia del Imperio Romano en unas páginas. Esta superación de los límites espacio-temporales es algo exclusivo del entendimiento humano.

La principal función del lenguaje es la comunicación. El animal que se nutre y se reproduce cumple su cometido. Por eso el animal no tiene casi nada que decir. En cambio, el hombre, en la medida en que piensa, sufre, ama, proyecta, trabaja, etc., tiene mucho que decir. Pero además, la insuficiencia biológica del individuo humano se supera en la sociedad, y la sociedad es completamente imposible sin comunicación. Por eso dirá Aristóteles que la naturaleza, que no hace nada en vano, ha dotado al hombre de lenguaje.

Pero si el lenguaje no abarcara inmaterialmente la realidad, la comunicación sería extremadamente lenta y penosa: hablar y escribir no tendrían sentido. Si leyéramos «cuidado con el perro»,

«STOP» o «agua no potable» no entenderíamos nada. Tampoco podríamos quedar con Juan a las 8.30: tendríamos que ir a las 8.30 a su casa..., pero no para pedirle que nos acompañe al teatro o nos preste un libro sino para coger el libro delante de él o arrastrarle hasta el teatro. Constantemente habríamos de poner como condición «si no lo veo, no lo creo». Y así, todos deberíamos pisar el fondo del mar para conocer su existencia, el teléfono no serviría de nada, los escritores y periodistas perderían el tiempo..., y nadie tendría nada que decir: la sociedad y la civilización serían imposibles.

Sin embargo, existe el lenguaje: una varita mágica que simplifica la realidad de forma inverosímil. Simplifica porque simboliza. Sólo la inteligencia es capaz de llevar a cabo semejante operación, encerrar millones de toneladas de roca en un símbolo que se escribe o se pronuncia con suma sencillez: cordillera. Todo lo puede simbolizar la inteligencia, lo grande y lo pequeño, lo subjetivo y lo objetivo, lo pasado y lo futuro. Y al reducir los seres a letras o sonidos está realizando en ellos una nueva y eficacísima formalización: toda la realidad queda liberada de sus gigantescas dimensiones, el Universo que se pierde en la inmensidad queda convertido en un Universo de bolsillo.

El lenguaje ofrece una demostración incomparable de la inteligencia humana: el hombre no habla porque tiene lengua, sino inteligencia. Y la explicación es clara. Toda palabra se expresa en una dimensión física (el sonido), pero su sentido no es de ninguna manera algo físico, puesto que el mismo sonido que es palabra para el que lo entiende, es ruido para el que no lo entiende. Por tanto, es en el oyente, y no en el sonido, donde se produce la metamorfosis del sonido en signo. De ahí que la palabra sea una realidad que se sale de lo puramente físico; y que todos, al hablar, pisamos un terreno metafísico sin damos cuenta de ello.

Es tradicional pensar que el lenguaje debe su inteligibilidad a la psique humana, y que la dualidad observada en las palabras no es más que un reflejo de esa otra dualidad metafísica de la naturaleza humana: un cuerpo organizado por una forma espiritual.

9. EN LOS LÍMITES DE LA ANTROPOLOGÍA: PLATÓN

Se ha dicho que la historia de la Filosofía no es más que un conjunto de notas a pie de página de las obras de Platón. Y ello es así porque la profundidad, amplitud y amenidad de su pensamiento apenas admiten parangón. Nada humano le fue ajeno, y máximamente humanas fueron para él tres cuestiones fundamentales: el origen del cosmos, el origen del hombre y su destino después de la muerte.

«Cuando el tiempo apremia y el hombre se familiariza con la idea de la muerte, empieza a preocuparse por cosas que antes no le importaban». Y ante esas realidades, en las que la razón no tiene ningún género de experiencia donde hacer pie, el filósofo que nunca se había ahorrado el esfuerzo de pensar nos sorprende con una propuesta inaudita: «Lo que se dice en las doctrinas mistéricas me parece tener un gran peso.» Y para que no quede duda: «Como el hablar de las cosas divinas está por encima de nuestras fuerzas, debemos creer a quienes en tiempos pasados tuvieron noticia de las mismas y pueden llamarse descendientes de los dioses.»

Los mitos griegos son narraciones alegóricas de singular belleza y poder evocador, centrados en esclarecer el misterio del hombre en dos puntos esenciales: su origen y su destino último. Platón recurrirá a la tradición mítica helena para explicar la creación del mundo (Timeo), el comienzo de la historia del hombre y su caída (El Banquete), y el destino de los muertos (La República, Gorgias, Fedón).

Todos los mitos de la humanidad coinciden en afirmar que el verdadero resultado de la existencia de hoy acontecerá al otro lado de la muerte, en una forma precisa: el juicio de los muertos: «Conviene creer los antiguos y sagrados relatos que nos dicen que el alma es inmortal y que comparecerá ante el juez.» Para Platón, el mal deja en el alma una cicatriz patente ante la mirada insobornable del juez. Los culpables capaces de curación serán

conducidos, por un tiempo, a un «lugar de purificación». En cambio, los incapaces de curación sufrirán un castigo para siempre (eis aei khronon).

¿Qué se dice del pasado del hombre? Lo que sigue: al principio, el hombre tenía una naturaleza sana y completa. Pero ahora el hombre ha perdido su primera integridad. Trastornado por sus «ideas de grandeza», fue castigado por intentar enfrentarse a los dioses. Su culpa, además de original, es hereditaria, igual que el castigo.

Respecto al cosmos, Platón está convencido de que ha surgido «por la fuerza demiúrgica de Dios»: «Todos los seres mortales, todo cuanto crece sobre la tierra (...), incluso todas las cosas inanimadas, armoniosas o no»; es decir, «nosotros mismos y los demás seres vivientes, y todo cuanto ha sido hecho».

Quizá no sepamos exactamente cómo era la fe del hombre antiguo, pero lo indiscutible es que Platón atribuye a los mitos citados una verdad incomparablemente válida, por encima de toda duda. Y ello porque no son «los antiguos» los inventores del mito, sino los primeros receptores y transmisores de una noticia que procede de fuente divina. No aportan nada propio, solamente transmiten el mensaje recibido, un auténtico «don de los dioses a los hombres» (theon eis anthropous dosis), «y no nos está permitido negar la fe a los hijos de los dioses, aunque su enseñanza pueda no ser verosímil ni demostrable de modo cierto».

ALEJANDRO LLANO: el lenguaje de los simios

«En un reciente artículo Jean-Pierre Gautier y Bertrand Deputte describen sus trabajos de análisis de las señales sonoras de los simios. Estas señales se registran gráficamente, para poder averiguar las características físicas medias y los límites de variabilidad de los gritos registrados. Así han elaborado lo que se denomina tradicionalmente un “repertorio”, esto es, la lista de las diferentes señales sonoras emitidas por los miembros de una especie, según su edad y sexo. De esta manera se puede apreciar cómo los individuos utilizan —parcial o totalmente— el repertorio.

Según han podido observar, los gritos son altamente especializados y genéticamente determinados. A medida que pasa el tiempo, el animal va aprendiendo a asociarlos con acontecimientos de su contexto biológico. Los diferentes sonidos indican alarma, localización de los miembros de su grupo, agresiones, etc., y pueden distinguir si son emitidos por un individuo joven o por un adulto, se utilizan también señales visuales, táctiles y olfativas.

En cualquier caso, estas señales son estrictamente determinadas, están ligadas al medio biológico inmediato y tienen —en definitiva — muchos de los caracteres de lo que hemos descrito como conducta instintiva. Es muy interesante, en este sentido, el estudio realizado por Michael P. Ghilieri sobre la comunicación de los chimpancés en su medio natural.

Jean-Pierre Gautier ha demostrado cómo el lenguaje de los simios se agota en un repertorio muy especializado. Ciertas especies no disponen más que de una decena de gritos fundamentales, mientras que, en otras, el repertorio está compuesto de quince a veinte gritos básicos, siempre determinados genéticamente, aunque su uso se vaya actualizando por aprendizaje. Por otra parte, el uso de estos signos está modulado por el sexo, la edad, y el status en el grupo. Otro descubrimiento muy importante es que, en los simios, el comportamiento verbal depende de áreas cerebrales subcorticales.

La muy débil intervención del neocórtex significa que los simios no pueden ejercer un control voluntario de su expresión vocal.

Una de las manifestaciones de comportamiento cooperativo en los chimpancés macho lo constituyen las señales vocales denominadas “suspiros ululantes”, que comprenden sonidos estereotipados: chillidos, gritos, gemidos y rugidos, audibles hasta a dos kilómetros de distancia por la selva. Puede emitirlos un simio solitario o un grupo de chimpancés a coro. Los chimpancés ululan más cuando se desplazan, se acercan a una fuente de alimento, distinguen a otros chimpancés o responden a las llamadas de otro grupo. Más de la mitad de los gritos registrados forman parte de un intercambio con otros antropoides. Al analizar sonogramas de suspiros ululantes, se encuentran suficientes señales en cada llamada corno para distinguir a los individuos que los emiten cuando un grupo lanza sus gritos a través de la selva, comunica la identidad de los miembros del grupo, su número y localización. La función más importante del suspiro ululante es alertar a otros miembros de la comunidad de la presencia de fruta. Se trata, pues, de una comunicación estrechamente vinculada a intereses biológicos inmediatos. Su semejanza con el lenguaje humano es muy lejana.»

CAPÍTULO V

LOS CAMINOS DEL CONOCIMIENTO

1. EL CEREBRO

El cerebro es un tejido. Un tejido compuesto por células, como cualquier otro tejido. Pero su increíble complejidad es, además de una frase hecha, un hecho cierto. El número de células nerviosas, o neuronas, que constituyen los 1.350 gramos del cerebro humano es del orden de 10 a la undécima potencia, que viene a ser aproximadamente el número de estrellas de nuestra galaxia: cien mil millones.

Una neurona típica consta de un cuerpo celular con un diámetro de 5 a 100 micrometros (milésimas de milímetro). El cuerpo contiene el núcleo de la neurona y la maquinaria bioquímica para la síntesis de enzimas y de otras moléculas esenciales para la vida de la célula.

Del cuerpo emanan una fibra principal, el axón, y multitud de fibras pequeñas, las dendritas. El cuerpo celular y las dendritas reciben las señales de entrada, y el cuerpo las combina, las integra y emite señales de salida a través del axón. Las respuestas pueden viajar por el axón largas distancias: desde el cuerpo celular hasta lejanas partes del cerebro y del sistema nervioso. La mayoría de los axones son más largos y delgados que las dendritas, y sus ramas nacen al final de la fibra, allí donde el axón se comunica con otras neuronas.

El cerebro funciona como una red de neuronas. La información pasa entre ellas por puntos de contacto especializados: las sinapsis. Una neurona puede tener entre 1.000 y 10.000 sinapsis, de forma que es informada por cientos o miles de neuronas, y, a su vez, ella informa a otras tantas. El sistema de señales es doble: eléctrico y químico. La señal generada por la neurona y transportada a lo largo de su axón es un impulso eléctrico, pero esa señal es transmitida a otra célula mediante sustancias químicas que fluyen a través del contacto sináptico.

Si tenernos en cuenta que en cada hombre podemos contar cien billones de sinapsis (10^{14}), comparar el cerebro humano con una

computadora es una inocentísima pretensión. Lo mismo podrá decirse, como veremos después, de la comparación de operaciones o funciones: la rapidez matemática de la computadora no indica superioridad sobre el cerebro, como tampoco la trompa del elefante es superior a la mano humana por levantar enormes pesos. Por lo demás, no debemos olvidar que toda computadora debe su rapidez y su existencia al cerebro del hombre.

El resumen de lo que conocemos sobre el cerebro podría formularse así: por medio del cerebro entra en el hombre el mundo exterior, y por medio del cerebro sale del hombre su respuesta al mundo. Entre la entrada y la salida está todo lo demás: las sensaciones, las ideas, las emociones, la memoria, los proyectos y todo lo que hace que el hombre sea plenamente humano. Pero hemos de confesar que no sabemos nada sobre el papel del cerebro en tales procesos.

2. EL PROBLEMA PSICOFÍSICO DE LA SENSACIÓN

Toda sensación comienza por la acción física de un estímulo sobre un sentido, pero se convierte en un fenómeno radicalmente cualitativo y metasensible: la impresión sensorial subjetivamente vivida.

En su Tratado del alma, Aristóteles estableció una clasificación de los sentidos que ha mantenido su validez durante más de dos milenios. En esas páginas define sentido como sensibles de las cosas, sin su materia (...), del mismo modo que un bloque de cera recibe la impronta de un sello de hierro o de oro».

Gracias a las sensaciones se nos hace presente el mundo, formamos un reflejo subjetivo del mundo objetivo. Ese reflejo es, además de función del cerebro, un fenómeno psíquico, algo que procede de la interacción de las cosas con la actividad nerviosa, pero que ni el cerebro ni las cosas pueden por sí solos explicar. Determinar la naturaleza de ese algo equivale a determinar la naturaleza de lo psíquico en cuanto reflejo o imagen de la realidad.

¿En qué consiste exactamente ese reflejo? Es muy dudoso que alguien pueda responder cabalmente a esta pregunta. Pero podemos considerar algunas de las sugerentes observaciones del profesor Pinillos. Como es lógico, no basta con que las cosas existan para que sean conocidas. Por ello, el hecho de que el mundo pueda ser conocido por un sujeto cognoscente enriquece la realidad con una dimensión cualitativamente inédita. Porque la experiencia sensible es un acto subjetivo, accesible en exclusiva al que lo ejecuta, manifestativo de esa inmaterialidad que permitió definir la sensación como la «captura de formas inmateriales de las cosas».

Toda cualidad sensible es algo material, pero la sensación no es algo material, es algo más que el estímulo y la respuesta nerviosa. Por eso se ha dicho que si cada cual tuviese sólo las sensaciones que los demás pueden observar, nadie podría sentir nada. Esto es así porque

las experiencias sensibles son irremediablemente privadas, no observables desde fuera y, por tanto, carentes de espacialidad.

El dentro de la sensación —sigue diciendo Pinillos— no se opone al fuera del objeto sentido, según una relación espacial. Dentro del cerebro hay una actividad nerviosa provocada por un estímulo externo, pero, en rigor, «la sensación no está dentro del cerebro», ni dentro del cuerpo vivo, porque carece de espacialidad. Si fuera un hecho espacial, podría localizarse y observarse, pero la experiencia es tan privada que sólo puede sentirla —no observarla— el sujeto que siente.

¿Qué puede decir la Neurobiología sobre la sensación? David H. Hubel, catedrático de esta materia en Harvard, ha escrito que «las funciones del cerebro son metódicas y pueden ser comprendidas en los términos de la Física y de la Química sin tener que recurrir a procesos inescrutables». Si estas palabras son verdaderas, el enigma de la sensación nunca nos lo resolverá el estudio del cerebro, pues ya hemos visto que toda experiencia sensible es, por definición, inescrutable. Si Hubel tiene razón, confirma lo que venirnos diciendo: que la sensación es más que una simple función del cerebro.

Más ponderado se muestra F. Crick, que en 1962 compartió con J. Watson el Premio Nobel, por su hipótesis sobre la estructura molecular del ADN. Sus palabras sobre la condición enigmática de las sensaciones no pueden ser más reveladoras: «Ahí hay algo difícil de explicar, pero resulta casi imposible decir clara y exactamente en qué consiste la dificultad (...). El inconveniente está en que la idea no llega a formularse con precisión: al querer captarla, se esfuma.»

Así pues, si el cerebro puede ser supuestamente comprendido en términos fisicoquímicos, ignoramos en qué términos pueda explicarse la sensación. Crick viene a decir que aunque todos sentimos, no somos capaces de conceptualizar qué significa sentir.

3. MENTE Y CEREBRO

En la percepción sensible el cerebro, ante la presencia de las cosas, refleja cognoscitivamente el mundo. Pero cuando pensamos no necesitamos la presencia de las cosas, ni reflejamos su configuración material. Saber que Sócrates es padre de dos hijos no exige tener delante de la vista al padre y a los hijos. Saber que Sócrates es mortal no es una sensación provocada por un estímulo físico, pues es imposible ver la «mortalidad». Padre y mortal son conceptos, y, como tales, no son representaciones sensibles, sino intelectuales, y no se adquieren por medio de la sensación sino del pensamiento.

La percepción presenta objetos concretos, dentro de sus coordenadas espaciotemporales, pero el pensamiento no está sujeto a lo concreto, ni al espacio, ni al tiempo. Así pues, mientras la percepción presenta la cara sensorial de los objetos, el pensamiento alcanza una cara oculta a los sentidos, una cara metafísica. Y si en la sensación los procesos de estimulación física llegaban a un resultado inmaterial, el grado de inmaterialidad del pensamiento es mucho mayor.

En la cumbre de la actividad cognoscitiva aparece el pensamiento que se apropia de sí mismo en forma refleja y conquista el plano de la libertad. Al tomar conciencia de sí mismo, el hombre se autopercibe como algo más que un mero organismo vivo, como un ser que trasciende el orden biológico y puede ponerlo a su servicio.

Esta conciencia refleja es el fundamento de la identidad personal, que hace posible una conducta coherente. Porque sin la conciencia de la propia identidad, la conducta humana se descompondría en un conjunto de actos inconexos e irresponsables. Pero gracias a esa autoevidencia existencial, el hombre se posee a sí mismo y no está sometido a la naturaleza como lo están una piedra o un gato. Sus actos autoconscientes son los que le liberan de su servidumbre al medio externo y le sitúan en el mundo según su propia elección.

El pensamiento y la conciencia refleja no se pueden explicar en términos biológicos, pues aparecen como una síntesis no deducible de la relación entre el cerebro y el medio conocido. El pensamiento y la autoconciencia son elementos realísimos de la conducta, y si se les considera como simples epifenómenos del tejido cerebral se cae —como afirma Pinillos— en un viejo prejuicio empirista, filosóficamente insostenible y psicológicamente empobrecedor.

La Neurobiología concibe los sistemas nerviosos como conjuntos de células capaces de mediar entre un estímulo del medio ambiente y la respuesta motora del organismo: algo así como el mecanismo que hace sonar un timbre cuando se pulsa un botón. «Sin embargo —comenta W. Nauta, profesor de Psicología del MIT—, lo que resulta evidente en el sistema nervioso humano es su capacidad para originar comportamientos que no son en absoluto pronosticables. Obviamente, algo debe interponerse en el mecanismo del timbre.»

Ese algo inaprehensible acompaña desde hace veinticinco siglos a todos los que se han ocupado de cuestiones psicológicas. Y aunque se puede admitir como axioma que no hay mente sin cerebro, parece pueril intentar zanjar la cuestión con el lema de algunos psicólogos británicos: matter is mind, no matter is never mind.

4. CEREBRO Y CONDUCTA HUMANA

Cabe preguntarse si la vida humana responde en su totalidad al esquema bioquímico causa-efecto. Sin duda, este esquema puede explicar procesos como el sueño, el cansancio, el crecimiento y otros muchos. Pero, ¿sería suficiente una explicación similar para la conducta del hombre?

¿Fueron las neuronas de Einstein las que decidieron estudiar Física y proponer la teoría de la Relatividad? ¿Pintaron las neuronas de Miguel Ángel la Capilla Sixtina? En caso afirmativo, admiraremos los procesos bioquímicos de sus cerebros, pero no reconoceremos ningún tipo de genialidad a sus propietarios. Y si la conducta de Hitler fue exclusiva consecuencia de su química neuronal, los judíos no tienen motivos para odiarle, ¿o es que hay motivos para odiar a unas neuronas?

¿Se concede el Nobel a un hombre con méritos o a sus meritorias neuronas? ¿Están llenas las cárceles de neuronas asesinas y ladronas? ¿Pueden las neuronas ser justas, ignorantes, valientes, tímidas o peligrosas? ¿Debemos admirar la genialidad pictórica de las sinapsis velazqueñas, la maestría literaria de los axones de Shakespeare y la sensibilidad exquisita de las dendritas de Garcilaso?

Si las neuronas mueven totalmente al hombre, el hombre es entonces títere de su cerebro. A menos que el mismo hombre dé órdenes a su propio cerebro y establezca con él una doble relación de dependencia y dominio: mis pies me conducen a casa, pero en realidad soy yo quien encamino a mis pies hacia casa; sin ellos yo no caminaría, pero ellos tampoco caminarían sin mi decisión de caminar, y esa decisión no procede de ellos. Gracias a mi cerebro pienso, pero mi cerebro piensa gracias a mí: yo me sirvo de él para pensar, como me sirvo de mis pies para caminar. Dependo de ellos, pero ellos dependen de mí.

En esta mutua relación se muestra una dificultad quizá insalvable. Las órdenes que recibe el cerebro proceden de una voluntad libre, que puede ordenar esto o lo otro, ahora o más tarde. ¿Son las neuronas las que originan esa voluntad libre y, por consiguiente, se dan órdenes a sí mismas? En la base de las decisiones libres encontraremos con seguridad procesos bioquímicos, pero la libertad y la inteligencia no parecen procesos bioquímicos, y tampoco efectos de lo bioquímico, como la luz que entra en la habitación no es efecto de la ventana abierta.

El hombre siempre se ha conocido a sí mismo. Pero si el conocimiento se reduce a una cuestión de neuronas, hace falta explicar por qué las neuronas han tardado tantos miles de años en conocerse a sí mismas. De paso, también habría que explicar cómo es que las neuronas de muchos hombres pueden pensar que no son ellas las que piensan, sino un principio metafísico.

Karl Popper divide la realidad en tres mundos —el físico, el mental y el de los productos de la mente—, y explica que estos mundos son reales y actúan unos sobre otros. Por ejemplo: el mundo tres actuó sobre el uno cuando la teoría científica de la desintegración del átomo destruyó Hirosima. Los «objetos» del mundo tres —conceptos matemáticos, jurídicos, ideológicos…— son inmateriales, pero bien reales; pertenecen a un misterioso yo personal que actúa sobre el mundo uno. Misterioso, pero real. Muchos neurobiólogos piensan que el yo es un fantasma, una superstición filosófica en la que no podemos caer. Después son ellos mismos los primeros en contradecirse cuando caen constantemente en el yo pienso, yo propongo, yo quiero…

La heterogeneidad tan grande entre lo bioquímico y lo psicológico hace pensar en dos principios de operaciones igualmente heterogéneos: uno físico y otro metafísico. Y aunque nos resulte imposible explicar su evidente compenetración, no por ello hemos de negar lo metafísico o subordinarlo a lo físico. Si lo hacemos, proponemos algo mucho más descabellado que suponer que el hombre puede elevarse por los aires a fuerza de tirar de los cordones de sus zapatos.

5. ¿PUEDE PENSAR UN ORDENADOR?

Sólo sabiendo lo que es pensar y lo que es un ordenador seremos capaces de saber si tal objeto puede realizar tal acción. Un ordenador es una máquina que almacena y combina símbolos, pero no con la autonomía que posee un ser vivo para decidir el qué y el cuándo, sino con la pasividad de una mesa incapaz de escoger los objetos que van a estar sobre ella. En cuanto a la combinación de símbolos, el ordenador sólo realizará las combinaciones para las que ha sido diseñado, sin saber qué simbolizan sus símbolos ni en qué consisten tales operaciones, como tampoco un martillo sabe lo que es un clavo, ni un bolígrafo sabe lo que es escribir.

Que realiza esas operaciones con más rapidez que el hombre equivale a decir que el martillo clava los clavos con más rapidez que el hombre: afirmaciones falsas, pues es el hombre quien clava por medio del martillo, y quien opera por medio del ordenador. En cambio, aciertan quienes dicen que el ordenador es un tonto rápido, pues no confunden la velocidad con la inteligencia. Además, ya hemos dicho que la rapidez del ordenador es la rapidez del hombre que lo ha diseñado, igual que la velocidad del avión es la velocidad del hombre que va dentro. El avión es más rápido que el caballo, pero no que el hombre.

Ni el ordenador piensa, ni el auricular telefónico habla. Entre otras cosas porque no saben lo que es pensar ni lo que es hablar. Ni siquiera saben que existen. Si pensaran, podrían engañar o podrían negarse a trabajar; pero sabemos que eso es imposible: como mucho, son capaces de estropearse y funcionar mal.

Pensar es entender. Y entender no es almacenar datos o retener imágenes; eso lo hacen mejor los libros y los audiovisuales. Entender significa captar que las cosas son, y saber lo que son. Y esta capacidad no la encontrarnos en nada fabricado por la mano del hombre: la máquina fotográfica no ve nada, y el periscopio no sabe que el agua moja.

Saber que existen cosas no es nada sencillo; en realidad, sólo lo saben algunos seres vivos, y lo ignoran, por supuesto, las ventanas y los espejos. Pero saber lo que son las cosas es mucho más que saber que existen, y también mucho más difícil de explicar, aunque podemos intentarlo.

Conocer cualquier cosa es poseerla interiormente. Porque conozco la Torre de Pisa o las Pirámides egipcias puedo re-conocerlas si las veo, y también puedo describirlas sin tenerlas delante: no me hace falta su presencia externa, pues ya he afirmado que las poseo interiormente. Si ese conocimiento mío ha partido de la vista —porque he estado en Italia o en El Cairo—, el oftalmólogo podría explicarlo sobre una base neurológica: el nervio óptico transmite un estímulo visual hasta el cerebro, y ahí queda codificado junto con innumerables estímulos diferentes producidos por otros objetos.

Sin embargo, esta explicación no es suficiente: recibir un estímulo no es conocerlo, ni conocer su causa: la lluvia cae por igual sobre la estatua que sobre los peatones, pero la estatua no siente el agua. Y ahí está el centro del problema: no se trata de recibir un estímulo sino de captarlo. ¿Por qué la bombilla no ve su luz ni siente la electricidad que corre por su filamento? ¿Qué es captar un estímulo? ¿Por qué no capta el espejo la imagen del que se afeita ante él? ¿Por qué la capto yo? ¿Es sólo una cuestión de neuronas?

No acaban aquí las dificultades, porque sentir no es lo mismo que entender. Cuando hablo con mí amigo, su perro también escucha mis palabras, y ambos sienten lo mismo, pero sólo mi amigo entiende lo que digo. Toda sensación conduce —corno decíamos antes— a la posesión interior de la realidad exterior sentida (por eso podemos canturrear ahora la melodía que escuchamos hace años). Pues bien, entender también es poseer interiormente, pero lo poseído ya no es la forma externa o imagen sensible de lo que tengo ante mis ojos, sino algo muy distinto: su esencia.

Gracias a la esencia, las cosas son lo que son, pero la esencia no es precisamente lo que ven los sentidos. La esencia es un proyecto llevado a cabo, una idea materializada: había que pescar y se inventó el anzuelo; era necesario abrigarse y se ideó el vestido; necesitábamos medir el tiempo y lo conseguimos gracias al reloj. Sin embargo, cuando veo un reloj, veo ciertos materiales de cristal o

metal que en realidad no son el reloj. Y cuando veo un anzuelo, estrictamente sólo veo un diminuto y puntiagudo hierro curvado. Si nos atenemos a los datos sensibles, seríamos completamente incapaces de saber qué son muchas sofisticadas máquinas de alta tecnología.

Así pues, los sentidos no pueden contestar qué es o para qué sirve el objeto que tenemos delante. Donde el ojo ve una gigantesca montaña piramidal, sólo el entendimiento descubre su esencia: la tumba de un faraón; y donde ve un hierro retorcido sólo el entendimiento aprecia que se trata de un sacacorchos. La esencia, que es lo que da razón, sólo puede ser captada por la razón.

La mejor demostración de que entendemos la realidad es que podemos ponerla a nuestro servicio. El animal sólo es capaz de adaptarse al medio. El hombre, por el contrario, es capaz de dominar el medio: domina el fuego, domestica animales, cultiva la tierra, suprime las distancias, conquista el espacio...

Después de lo dicho, la pregunta que encabezaba estas líneas tiene una respuesta retórica: ¿Puede hacer esto un ordenador?

6. LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL

Se puede admitir que un ordenador y un cerebro realizan las mismas funciones fundamentales: reciben información, la procesan, la almacenan y dan respuestas en relación con la información y los datos que figuran en su memoria. Se puede admitir, por tanto, que hay un gran parecido entre el cerebro electrónico y el cerebro animal, y que el primero puede copiar o simular todas las operaciones del segundo.

Sin embargo, ya hemos visto que sentir y entender no son operaciones del cerebro humano sino del hombre, y que tanto el cerebro como el ordenador son instrumentos no inteligentes manejados por el hombre inteligente. Por lo tanto, sólo si se ignora esta realidad o si se habla en sentido figurado se puede defender la existencia de inteligencia artificial.

La inteligencia artificial nació durante la II Guerra Mundial. El Gobierno norteamericano encargó a Norbert Wiener, profesor del MIT, que estudiara la posibilidad de regular automáticamente la dirección de tiro de los cañones antiaéreos. Se trataba de conseguir un mecanismo que, a partir de la información del radar sobre la trayectoria y velocidad del avión, pudiera actuar automáticamente sobre el sistema de tiro. Así surgieron los primeros ordenadores basados en el proceso de realimentación. Wiener pensó que esta manera de trabajar era la propia del sistema nervioso central de los animales, y abrió el camino que llevó a comparar el funcionamiento del cerebro humano con el funcionamiento del ordenador. Desde entonces, los pioneros de la inteligencia artificial formularon su doctrina en estos puntos:

1. El pensamiento es un caso de procesamiento de información.

2. El procesamiento de información es manipulación de símbolos.

3. Si un ordenador realiza estas operaciones es porque piensa.

Para ejemplificar esta tesis, el lógico matemático británico Alan Turing ideó una famosa prueba: imagine que está usted frente a un teletipo que conecta en otra habitación con una persona o con una computadora. Si después de sostener una conversación o realizar un interrogatorio mediante el teletipo, durante todo el tiempo que desee, no acierta usted a distinguir cuándo está conectado su teletipo con la computadora y cuándo lo maneja la persona, tendrá que admitir que una máquina sí es capaz de pensar.

El supuesto de Turing es ingenioso, aunque también podía haber concluido «tendrá que admitir que es usted un poco simple, o quizá que ha vuelto a beber...». En cualquier caso, es bueno aclarar que procesar información no es pensar. Procesamiento de información hay en un diccionario, en cualquier biblioteca, en un mapa, en un retrato y, aunque no lo parezca, en cualquier mecanismo (un avión derribado en guerra puede ser de un valor incalculable si ofrece al enemigo una desconocida y avanzada tecnología).

Que la información esté simbolizada tampoco es un signo de inteligencia en el ordenador. Las letras, las palabras y las frases que ahora lees también son símbolos, pero no por ello atribuyes inteligencia a este papel. Y si el ordenador combina símbolos es porque obedece a los ingenieros informáticos que lo diseñaron. El ordenador está hecho para combinar símbolos igual que la batidora alimentos, igual que el motor gasolina y oxígeno.

Tampoco es exacto atribuir al ordenador la capacidad de almacenar y combinar símbolos. Posee indirectamente esa capacidad porque el hombre se la ha otorgado. Pero hay algo que el ordenador no puede hacer ni directa ni indirectamente: crear símbolos. Y ésa es quizá la única condición necesaria del pensamiento, en cierta manera su definición. Y el hombre, único animal que crea símbolos, se muestra incapaz de transmitir esa facultad a sus máquinas.

Así pues, hablar de inteligencia artificial es usar metafóricamente la palabra inteligencia, pues la diferencia entre la inteligencia artificial y la humana es tanta como entre la muñeca de juguete y la niña que

juega con ella. El ordenador no razona, ni encuentra significados, ni aprende por experiencia. Si nos parece que lo hace es porque, fascinados ante un títere maravilloso, olvidamos que obedece ciegamente las órdenes del titiritero-programador. ¿Algún griego podría pensar en serio que eran las máscaras las que hablaban en el teatro?

7. EL FAMOSO EXPERIMENTO CHINO

Supongamos que se diseña un programa para que un ordenador simule que entiende chino. Y que las respuestas del ordenador a las preguntas en chino son tan buenas como las de un hablante nativo chino. ¿Entiende el ordenador el chino? ¿Lo entiende realmente, como los mismos chinos?

Imaginemos ahora que se le encierra a usted en una habitación llena de montones de papeles escritos con símbolos chinos.

Supongamos que usted es inglés y no entiende chino, y que recibe por debajo de la puerta otros papeles con símbolos chinos e instrucciones en inglés para devolver fuera de la habitación algunos papeles de los montones.

Supongamos que usted no sabe que los símbolos chinos introducidos por debajo de la puerta son preguntas de la gente que está fuera, y que los símbolos que usted devuelve, siguiendo las instrucciones en inglés, son respuestas a esas preguntas.

Supóngase además que es tan bueno el intercambio de símbolos que sus respuestas no se pueden distinguir de las de un hablante nativo chino.

Pero el hecho es que está usted encerrado en una habitación, recibiendo y devolviendo símbolos chinos, sin entender el chino. Y por mucho que se prolongue la comunicación, no hay manera de que pueda usted aprender ni una palabra de chino manipulando esos símbolos formales.

Este ejemplo pone de manifiesto que la simple ejecución formal de un programa no es suficiente para proporcionar una comprensión de lo que significan los símbolos. Todo lo que tiene el computador es, al igual que usted, un programa formal para manipular símbolos chinos no interpretados. Es decir, un computador tiene una sintaxis, no una semántica. Por eso, con independencia del grado de

desarrollo informática actual o futuro, un ordenador nunca entenderá nada, por una sencilla razón: la sintaxis no es la causa de la semántica, y los computadores digitales tienen, por definición, solamente sintaxis.

Con este original experimento mental John Searle asestó un duro golpe a todos los computacionistas que defendían la semejanza real, no metafórica, entre la IA y la humana. Lo publicó en 1980, en las páginas del Behavioral and Brain Sciences. Su artículo se titulaba Minds, Brains and Programs, y dio origen a un apasionado debate escrito.

Las críticas no minaron la solidez de la argumentación de Searle. Sencillamente porque es una argumentación verdadera. Por definición, las operaciones de un computador se especifican de manera estrictamente formal: mera combinación de símbolos. Pero los símbolos por sí mismos no tienen ningún significado, ningún contenido semántico, no se refieren a nada. En cambio, la inteligencia humana es más que sintáctica: es semántica. «Las mentes —dirá Searle— son semánticas en el sentido de que tienen algo más que una estructura formal: tienen un contenido.»

8. LA IMAGEN Y EL CONCEPTO

Y a hemos visto que en el hombre hay dos fuentes de conocimiento: los sentidos y el entendimiento. Con los sentidos veo, toco, oigo...: aprecio cualidades concretas (este peso, esta forma, este sonido) y singulares (de este objeto singular que tengo ante mí). Con esas cualidades formo la imagen del objeto, es decir, su representación sensible (pequeño, ligero, azul, rectangular...). A partir de esos datos extrae la inteligencia su significación: ese objeto es un cenicero, y no un cristal raro, ni un plato pequeño, ni un pisapapeles.

La imagen sensible de este cenicero corresponde sólo a este cenicero que veo sobre una mesa negra, junto a una ventana abierta. Pero hay millones de ceniceros con materiales formas, pesos, colores y localizaciones diferentes, que darán lugar a otros tantos millones de imágenes sensibles diferentes.

Mil ceniceros diferentes son iguales en tanto que son ceniceros. Pero los sentidos sólo captan las diferencias sensibles. Lo común es precisamente lo no material, lo que hace que un cenicero se defina como tal: una utilidad determinada. Esa utilidad no es un dato singular y concreto, sino todo lo contrario: universal y abstracto, porque puedo aplicarlo a una multitud de objetos diferentes prescindiendo de sus caracteres singulares. Ese tipo de datos son los conceptos: representaciones intelectuales —universales y abstractas— de los objetos.

Así como la imagen capta dimensiones materiales sin entender su significación, el concepto entiende lo esencial. A partir del sonido, el peso y la forma entenderá por qué este objeto suena, pesa y tiene esta forma: porque es un piano.

Las imágenes no entienden la realidad. Los conceptos, sí. Esta distinción es transcendental, lo mismo que sus consecuencias, pues entender la realidad significa entenderse a sí mismo (ya que uno

mismo forma parte de la realidad), y sólo teniendo conciencia de sí se pueden dirigir los propios actos: ser libre. Además, entender lo que está fuera de mí significa ser capaz de transformarlo y ponerlo a mi servicio, pues entender es algo así como saber cómo y por qué funciona algo.

9. LÓGICA Y VERDAD

El pensamiento no surge anárquicamente, sino sujeto a unas formas y leyes que le dan estructura racional. Quien no respeta esas normas es ilógico. Al que no las cumple porque no es capaz llamamos loco.

Si sé que todos los hombres son mortales y que Juan es hombre, puedo concluir con lógica que Juan es mortal. Pero imaginemos otro razonamiento:

Las aves son racionales.

Los gusanos son aves.

Por tanto, los gusanos son racionales.

Todo lo que acabamos de afirmar es falso, sin embargo el razonamiento es lógico. Vemos así la distinción entre la lógica y la verdad. No son nociones equivalentes: la lógica establece córno deben unirse varios juicios o proposiciones, en cambio la verdad exige que dichos juicios expresen la realidad. El razonamiento anterior es lógico, pero falso, de igual manera que cada uno de sus juicios es falso y, a la vez, grarnaticalrnente correcto. Observemos otro ejemplo:

Algunos hombres son europeos.

Algunos hombres son franceses.

Por tanto, los franceses son europeos.

Son tres juicios verdaderos, pero la conclusión no se deriva de las premisas. Por tanto, el razonamiento no es válido, es ilógico: no hay razonamiento. Así pues, a la verdad del conocimiento debe seguir su estructuración lógica. Si falla cualquiera de las dos condiciones, la ciencia no puede construirse. Un último caso. Tres amigos pagan 30 ptas. en un bar, a partes iguales. Pero el dueño les rebaja 5 ptas., y el camarero, al no poder dividir exactamente la vuelta, devuelve 1 pta. a cada uno y se queda con las 2 ptas. restantes. Es claro que cada amigo ha pagado en realidad 9 ptas., y entre los tres, 27 ptas. Pero el camarero se ha quedado con 2 ptas. La cuenta es la siguiente: 27 + 2 = 29. ¿Dónde está la peseta que falta para llegar a las primeras 30?

La solución a este falso problema sólo puede ser lógica. El error, rnás que en los datos ha de estar en su planteamiento: no puede ser de otra manera. Pero la gravedad de un error aparece cuando, no detectado como tal, es admitido corno verdad. Todo error, al ser la negación de lo real, hace que el hombre actúe conforme a lo que no es, que pise en falso, y que uno mismo y los demás puedan tener que lamentarlo (No ver una señal de STOP en la carretera; emitir un falso diagnóstico médico; confundir la fecha de un examen; o identificar a la tropa de Hernán Cortés con los dioses barbados y rubios que habían de volver a dominar a los aztecas).

Enfrentarse a la realidad sin conocerla, o tomar lo que no es por lo que es, significa caminar a oscuras. En el mejor de los casos, la situación puede ser cómica, como la batalla de Don Quijote contra los molinos de viento. Muchas veces, en cambio, las consecuencias son trágicas. Una idea falsa sobre la dignidad del hombre y sus derechos, desarrollada con lógica, llevó a Stalin, Hitler o Mao a exterminar millones de seres humanos.

La lógica, por tanto, no se agota en la lógica. Su aprecio o su desprecio puede afectar decisivamente a la existencia humana.

CAPÍTULO VI

LA CORRUPCIÓN DE LA VERDAD

«En veinticinco años de revolución, a pesar de las dificultades y los peligros por los que hemos atravesado, jamás se ha cometido una tortura, jamás se ha cometido un crimen.»

FIDEL CASTRO.

1. OPINIONES Y CERTEZAS

A lo lejos se ve una figura humana... ¿O es quizá un árbol? No lo sé. Ahora parece que se mueve; sí..., creo que se está acercando. ¿Es hombre o mujer? Imposible, a esta distancia.

El convencimiento que un hombre posee sobre la verdad de sus conocimientos admite grados. El más bajo se llama duda, y consiste en fluctuar entre la afirmación y la negación de una determinada proposición, sin inclinarse hacia un extremo de la alternativa más que hacia el otro. Por encima de la duda está la opinión: adhesión a una proposición sin excluir la posibilidad de que sea falsa. Por tanto, es un asentimiento débil.

La opinión es una estimación ante lo contingente, ante aquello que puede ser o no ser, ser de una forma o de otra. El hombre se ve obligado a opinar porque la limitación de su conocimiento le impide alcanzar siempre la certeza (puede llover o no llover; puedo morir dentro de dos, doce, treinta años...). La libertad humana es otro claro factor de contingencia. Por eso, hablar sobre la configuración futura de la sociedad o de nuestra propia vida, es entrar de lleno en el terreno de lo opinable. Lo cual no significa que todas las opiniones valgan lo mismo. Si así fuera, se ha dicho maliciosamente que habría que tener muy en cuenta la opinión de los tontos, pues son mayoría. Séneca decía que las opiniones no debían ser contadas sino pesadas.

No todo es opinable. Lo que se conoce de forma inequívoca no es opinable sino cierto. Por tanto, no puedo tomar lo cierto como opinable, ni viceversa: no puedo opinar que la Tierra es mayor que la Luna, ni asegurar con certeza que la República es la mejor forma de gobierno.

La certeza se fundamenta en la evidencia, y la evidencia no es otra cosa que la presencia patente de la realidad. La evidencia es mediata cuando no se da en la conclusión sino en los pasos que

conducen a ella. No conozco a los padres de Antonio, pero la existencia de Antonio evidencia la de sus padres, la hace necesaria. La existencia de Antonio, al que veo todos los días, es para mí una certeza inmediata; la existencia actual o pasada de sus padres, a los que nunca he visto, también me resulta evidente, pero con una evidencia no directa sino mediata, que me viene por medio de su hijo.

La condición limitada del hombre hace que la mayoría de sus conocimientos no se realicen de forma inmediata. Son pocos los hombres que han visto las moléculas, los fondos marinos, la estratosfera o Madagascar. La mayoría de los hombres tampoco han visto jamás, ni verán nunca, a Julio César o a Carlomagno. Sin embargo, conocen con certeza la existencia de esas y otras muchas personas y realidades.

Su certeza se apoya en un tipo de evidencia mediata: la proporcionada por un conjunto unánime de testigos. En un caso, la comunidad científica; en otro, las imágenes de todos los medios de comunicación; y si se trata de hechos o personajes del pasado, los testimonios elocuentes de la Historia y de la Arqueología.

Estas evidencias mediatas se apoyan no en propios razonamientos, sino en segundas o terceras personas. Si no admitiéramos su valor, la ciencia no progresaría, no existiría la enseñanza, apenas se viajaría, leer no tendría sentido... Es decir, si sólo concediésemos valor a lo conocido por uno mismo, la vida social, además de estar integrada por individuos ignorantes, sería imposible. Por tanto, es necesario y razonable dar crédito, creer.

¿Puede tener certeza quien cree? Sabemos que la certeza nace de la evidencia. ¿Qué evidencia se le ofrece al que cree? Sólo una: la de la credibilidad del testigo. El que no ha estado en América cree en los que sí han estado y atestiguan su existencia. El que nunca ha visto a Hitler cree a los que sí lo vieron. Y antes que Hitler, Napoleón, el Cid o Nerón. En todos estos casos es evidente la credibilidad de los testigos. Y entre esos casos debemos incluir los que dan origen a algunas creencias religiosas. Por eso, la fe —creer el testimonio de alguien— esuna exigencia racional, y su exclusión es una reducción arbitraria de las posibilidades humanas.

2. SUBJETIVISMO Y VERDAD

La verdad es la adecuación entre el entendimiento y la realidad. Por eso depende más de lo que son las cosas que del sujeto que las conoce. Ese sentido tienen los versos de Antonio Machado:

¿Tu verdad? No, la Verdad,

y ven conmigo a buscarla.

La tuya, guárdatela.

Es el sujeto quien debe adaptarse a la realidad, reconociéndola como es, de forma parecida a como el guante se adapta a la mano. El subjetivismo surge precisamente cuando la inteligencia prefiere ahorrarse el esfuerzo o el disgusto de ver las cosas como son, y decide colorear la realidad según sus propios gustos: y entonces la verdad ya no se descubre en las cosas, sino que se inventa a partir de ellas.

El terreno preferido del subjetivismo es el de los propios intereses. Con frecuencia, la atracción de la comodidad, de la riqueza, del poder, de la fama, del éxito o del placer, pueden tener más peso que la propia verdad. Por eso, si suspendo un examen, nunca será por no haberlo estudiado, sino por mala suerte o exigencia excesiva del profesor. Y si suspende un niño, mamá jamás dudará de la capacidad de la criatura; antes pondrá en duda la idoneidad del profesor o del libro de texto, o asegurará que su hijo es listísimo aunque «algo» vago y despistado.

El subjetivismo, además de afectar a lo más trivial, también deforma las cuestiones más graves:

— El terrorista está convencido de que su causa es justa.

— La mujer que aborta quiere creer que sólo interrumpe el embarazo.

— el suicida se quita la vida bajo el peso de problemas agigantados por una subjetividad enfermiza.

— El Estado totalitario se autodenomina Democracia Popular.

— Al antiguo defensor de la esclavitud y al moderno racista les conviene pensar que los hombres somos esencialmente desiguales.

Para que la verdad sea aceptada es preciso que encuentre una persona habituada a buscar el bien y rechazar el mal, corno la buena tierra es necesaria para que la semilla germine. Y el que vive según sus exclusivos intereses suele carecer de la fortaleza necesaria para afrontar el compromiso de la verdad. De aquella fortaleza que empapa la declaración del filósofo griego: «Soy amigo de Platón, pero soy más amigo de la verdad.»

Pero al hombre no le resulta fácil hacer o pensar lo que no debe. Por eso, para evitar esa violencia interna, si se vive de espaldas a la verdad se acaba en la autojustificación. La historia humana es una historia plagada de autojustificaciones más o menos pobres. Ya decía Hegel que todo lo malo que ha ocurrido en el mundo, desde Adán, puede justificarse con buenas razones. Al menos, puede intentarse.

Lo que queremos decir es que la deformación subjetivista es voluntaria: «Fui mahometano en Egipto y soy católico en Francia», decía Napoleón. El subjetivismo es casi siempre la coartada para una conducta deliberadamente equivocada, como manifiesta Dante al principio de la Divina Comedia: «Un mal amor me hizo ver recto el camino torcido.» O como lo describe, hecho vida real, Cervantes:

«—¿Es vuesa merced, por ventura, ladrón?

— Sí —respondió él—, para servir a Dios y a las buenas gentes (...).

A lo cual respondió Cortado:

— Cosa nueva es para mí que haya ladrones en el mundo para servir a Dios y a la buena gente.

A lo cual respondió el mozo:

— Señor, yo no me meto en tologías; lo que sé es que cada uno en su oficio puede alabar a Dios, y más con la orden que tiene dada Monipodio a todos sus ahijados.

— Sin duda —dijo Rincón— debe ser buena y santa, pues hace que los ladrones sirvan a Dios.

— Es tan santa y buena -replicó el mozo-, que no sé yo si se podrá mejorar en nuestro arte. Él tiene ordenado que de lo que hurtáremos demos alguna cosa o limosna para el aceite de la lámpara de una imagen muy devota que está en esta ciudad, y en verdad que hemos visto grandes cosas por esta buena obra (...). Tenemos más: que rezamos nuestro rosario, repartido en toda la semana, y muchos de nosotros no hurtamos el día del viernes.» Cervantes (Rinconete y Cortadillo.)

3. CARÁCTER CONTRADICTORIO DEL SUBJETIVISMO

El subjetivismo suele ser relativista y escéptico, porque piensa que la verdad depende del hombre, que es tanto como decir que ese hombre no es capaz o no quiere conocer lo que las cosas son realmente. Por contraste, la conclusión del subjetivista es dogmática: «yo soy la verdad». Pero la primera consecuencia de esta postura es absurda: o todos tenemos la verdad y nos contradecirnos, o no la tenernos ninguno (y si esto último es verdad, ya hay una verdad).

«Protágoras pretendía que el hombre es la medida de todas las cosas, lo cual quiere decir —comenta Aristóteles— que todas las cosas son, en realidad, tales corno a cada uno le parecen. Pero si así fuera, resultaría que la misma cosa es y no es, que es a la vez buena y mala, y que todas las demás afirmaciones opuestas son igualmente verdaderas.»

Muchos siglos más tarde, la filosofía idealista alemana también afirmará que no conocemos la realidad como es, sino reflejada en el estanque de nuestro conocimiento. Sin embargo, ya observó Aristóteles que si entendiésemos solamente el producto de nuestro conocimiento, ninguna ciencia versaría sobre las realidades exteriores; de donde se seguiría que la técnica —ciencia aplicada— no podría existir. Pero ocurre justamente lo contrario.

Aunque es claro que nuestro conocimiento no agota la realidad, no se puede negar que conocemos muchas verdades. Verdades incompletas, como la punta emergente que vemos del iceberg. Cuando Kant niega la posibilidad de todo conocimiento objetivo, uno de sus críticos escribe que «la refutación más decisiva de esta extravagancia filosófica, como de todas las demás, es la práctica, sobre todo la experiencia y la técnica. Si podernos comprobar la exactitud de nuestra concepción de un fenómeno natural creándolo nosotros mismos, produciéndolo con la ayuda de sus condiciones y —lo que es más— haciéndolo servir para nuestros fines, acabaremos

con la cosa en sí, incognoscible, de Kant».

Por otra parte, la experiencia del error no demuestra que nuestro conocimiento no alcance la verdad, sino justamente lo contrario: apreciarnos lo erróneo en comparación con lo verdadero, ya que si todos fueran errores no nos daríamos cuenta.

Otro argumento lo aporta la existencia del lenguaje. El hecho de hablar es un fenómeno universal e innegable, y significa al menos tres cosas: la existencia de un yo, de un tú, y de un ello objetivo. Si lo entendido por dos interlocutores fuera sólo subjetivo, nohabría posibilidad de entendimiento. La misma discusión es prueba de algo objetivo sobre lo que se discute, y prueba irrefutable de que estamos ciertos de la existencia de una verdad que, al tiempo que nos trasciende, nos resulta alcanzable.

Por lo dicho, resulta paradójica cualquier condena de la razón, pues no puede proceder sino de la misma razón, que afirma en esa crítica su propio valor racional. Por eso se dice que quien trata de asesinar la razón la resucita.

4. LA VERDAD NO DEPENDE DE LA MAYORÍA

La verdad es la realidad. No consiste en la opinión de la mayoría, ni en el común denominador de las diferentes opiniones. Por eso, esgrimir como supremo argumento lo que hace o piensa la mayoría de la gente constituye una pobre excusa: puede ser la coartada de la propia fragilidad o del propio interés. Además, invocar la mayoría como criterio de verdad equivale a despreciar la inteligencia. Unas palabras de Fromm lo expresan de forma contundente: «El hecho de que millones de personas compartan los mismos vicios no convierte esos vicios en virtudes; el hecho de que compartan muchos errores no convierte éstos en verdades; y el hecho de que millones de personas padezcan las mismas formas de patología mental no hace de estas personas gente equilibrada.»

Es un gran error confundir la verdad con el hecho puro y simple de que un determinado número de personas acepten o no una proposición. Si se acepta esa identificación entre verdad y consenso social, cerramos el camino a la inteligencia y la sometemos a quienes pueden crear artificialmente ese consenso con los medios que tienen a su alcance. Es como decir que ya no existe la verdad, y que se debe considerar como tal aquello que decide quien tiene poder para imponer mayoritariamente su opinión.

(En la versión de Shakespeare, el discurso de Bruto al pueblo romano, justificando el asesinato de Julio César, es plenamente convincente; y el pueblo es convencido. Lo inquietante es pensar que nosotros también hubiéramos aplaudido a Bruto; de hecho, aceptamos e incluso defendemos acaloradamente los argumentos inverosímiles de muchos Brutos intelectuales y políticos de nuestros días.)

La mentira se puede imponer de muchas maneras, y no sólo con la complicidad de los grandes medios de comunicación. Sin ellos alcanzó a Sócrates hace más de dos mil años: «Sí, atenienses, hay que defenderse y tratar de arrancaros del ánimo, en tan corto

espacio de tiempo, una calumnia que habéis estado escuchando tantos años de mis acusadores. Y bien quisiera conseguirlo (...), mas la cosa me parece difícil y no me hago ilusiones (...). Intrigantes, activos, numerosos, hablando de mí con un plan concertado de antemano y de manera persuasiva, os han llenado los oídos de falsedades desde hace ya mucho tiempo, y prosiguen violentamente su campaña de calumnias.»

Sócrates representa la situación del hombre aislado por defender verdades éticas fundamentales. Pertenece a esa clase de hombres apasionados por la verdad e indiferentes a las opiniones cambiantes de la mayoría. Hombres que comprometieron su vida en la solución a este problema radical: ¿Es preferible equivocarse con la mayoría o tener razón contra ella?

5. LA MULTINACIONAL DEL TÓPICO

Los tópicos son ideas simples ampliamente difundidas. Son tópicos el trabajo eficiente de los japoneses, la perfección técnica de los alemanes, el buen fútbol brasileño, el humor inglés, la gracia andaluza, y otros muchos.

El éxito de los tópicos consiste en expresar sencillamente una idea sencilla. Sin embargo, las ideas sencillas también pueden ser falsas: para muchos norteamericanos, los españoles somos toreros o guitarristas, y todas las españolas bailan flamenco.

Normalmente la realidad es compleja, difícil de racionalizar en esquemas simples, pero los medios de comunicación y las campañas publicitarias necesitan simplificarla para hacerla comprensible al gran público: así triunfan a veces esas ideas ridículamente caricaturescas.

Cuando se transmiten altos contenidos culturales o éticos, la simplificación a costa de la verdad suele acarrear peligrosas consecuencias. Así, por ejemplo, el marxismo hizo creer que todo obrero era buena persona por el hecho de ser obrero, y que todo empresario era odioso por la misma razón (erala simplificación de la lucha de clases). También simplifica quien equipara el consumo de drogas blandas con el mero hábito de fumar; o el que identifica política y corrupción, deporte de elite y dopping, etc. Como se ve, muchos tópicos se encuentran en los cimientos de la cultura media ambiental, y suponen un alimento intelectual de fácil digestión. Pero en la medida en que se expresan errores o medias verdades, su nivel de aceptación es equivalente a su nivel de manipulación. Los tópicos han existido siempre, pero actualmente se diría que su proliferación parece producida por una implacable multinacional. Éstos son algunos de sus mejores productos:

1. El mito del progreso. Decía Miguel Delibes, en su discurso de ingreso a la Real Academia, que nuestra sociedad pretendidamente progresista es, en el fondo, de una mezquindad irrisoria. En primer lugar por el escandoloso contraste entre una parte de la humanidad que vive en el delirio deldespilfarro mientras otra parte mayor se muere dehambre.

Afirmaba Delibes que los carriles del progreso se montan sobre la idea de provecho, y que el dinero se antepone a todo. Así, «al teocentrismo medieval y al antropocentrismo renacentista ha sucedido un objeto-centrismo que, al eliminar todo sentido de elevación en el hombre, le ha hecho caer en la abyección y la egolatría». El discurso alcanza quizá su nota más grave en la conclusión: si el progreso debe generar las secuelas inhumanas que observamos en nuestras sociedades más adelantadas, «yo gritaría ahora mismo, con el protagonista de una conocida canción americana: ¡Que paren la Tierra, quiero apearme!».

2. Galileo. Todo el mundo sabe que, en la Edad Media, la Inquisición condenó a Galileo a morir en la hoguera por sostener que la Tierra era redonda. Sin embargo, Galileo no fue jamás condenado a morir, y menos en la hoguera, y mucho menos por una redondez conocida desde los griegos y demostrada por Magallanes y Elcano. Además, Galileo fue contemporáneo de Descartes, es decir, la Edad Media había terminado 200 años antes.

3. La oscura Edad Media. Como se ve, la Edad Media da para mucho. En ella no dejó de salir el sol, pero se dice que era oscura en otros sentidos: por lo poco que sabemos, por lo poco que nos dejó, por lo brutal del sistema feudal, por su incultura...

Sin embargo, la historia medieval es incomparablemente más conocida que la historia antigua, aunque a ésta nadie la llame oscura. Además, sólo por una completa y sospechosa ceguera se puede calificar de inculta a la época que crea la Universidad.

¿No reconocemos como joyas únicas las catedrales góticas? ¿Puede ser producida su belleza por hombres rudos? ¿Se pueden levantar, sin conocimientos de matemática y geometría, bóvedas de piedra por encima de los treinta y cuarenta metros, destinadas a durar cientos de años?

Por otra parte, aunque feudal rime con brutal y bestial, el feudalismo no tiene nada que envidiar a la esclavitud persa, egipcia, griega o romana. Además, los récords de crueldad que se atribuyen a la Edad Media empezaron a ser pulverizados a partir de la Revolución francesa. Es el marxismo quien ha sido calificado como la más grande empresa carcelaria de la humanidad, y Paul Johnson ha escrito en The Times que «desde 1900, y a instancias del Estado, se ha acabado con más vidas humanas que en toda la historia de la humanidad».

4. El dinero público para la escuela pública. Se trata de un tópico apoyado en la fuerza de un buen eslogan, y presenta un claro ejemplo de doble lenguaje. Público significa al principio todos, y al final, algunos. En realidad, se está diciendo que el dinero de todos ayude sólo a algunos. Sin embargo, el dinero público (los impuestos) procede de todos los bolsillos privados. Y la mal llamada enseñanza privada es un servicio público semejante a un hotel, a un supermercado o a una zapatería: tan pública como cualquier escuela pública. Sería mejor una nueva denominación: enseñanza estatal y no estatal, ya que ambas son igualmente públicas. Y el nuevo eslogan debería proponer un reparto entre todos del dinero de todos.

6. FORMAS Y FINES DE LA MANIPULACIÓN

Manipular es presentar lo falso como verdadero, lo negativo como positivo, lo degradante como beneficioso. En cualquier sociedad se da una general apetencia hacia dos objetos: el poder económico y el poder político. Ambas formas de poder, cuando se absolutizan, utilizan la manipulación para convertir a las personas en súbditos o en consumidores, en posibles votantes o compradores.

El «pan y circo» de los romanos es quizá el primer ensayo de manipulación de masas con éxito. Entonces y ahora, las campañas que ofrecen el anzuelo de la diversión y del placer tienen a su favor un plano inclinado cada vez más difícil de remontar por el que empieza a deslizarse en él. Entonces y ahora, el hombre es convertido en pobre hombre, porque las ramas del deseo le impiden ver el bosque lleno de posibilidades de su vida.

La manipulación de la sexualidad, que está en la base de un comercio pornográfico enormemente rentable, es uno de los ejemplos más claros. Por medio de revistas, diarios, libros, radio, cine, televisión y teatro, se impone la idea de que el placer sexual —conseguido por cualquier medio y a cualquier edad— es necesario, lo único realmente humano, el auténtico fin del hombre.

Algunos grupos políticos no son ajenos a esta manipulación. Se preocupan de suministrar a la sociedad la dosis de «carne» suficiente para mantener despierta la sensibilidad animal de los ciudadanos. Así, alimentados artificialmente los instintos, la persona concentra su atención en ese punto, corno el animal en su comida o en su apareamiento. Para el político obsesionado por el afán de poder, animalizar la sociedad tiene una ventaja clara: un rebaño es mucho más fácil de manejar que un conjunto de hombres libres. Lenin prometió a los dictadores comunistas que, si lograban este tipo de corrupción, la sociedad caería en sus manos corno fruta madura.

Existe una forma de manipulación propia de nuestro siglo: se trata —en palabras de Miguel Delibes— de «un juguete para adultos que influye en la manera de pensar. Quizá el juguete moderno con más éxito y que suministra el único alimento intelectual de un elevadísimo porcentaje de seres humanos. La difusión de consignas —sigue diciendo el escritor—, la eliminación de la crítica, la exposición triunfalista de logros parciales o insignificantes y la misma publicidad subliminal, van moldeando el cerebro de millones de televidentes que, persuadidos de la bondad del sistema, o simplemente fatigados, pero, en todo caso, incapacitados para pensar por su cuenta, terminan por hacer dejación de sus deberes cívicos, encomendando al Estado-Padre hasta las pequeñas responsabilidades comunitarias».

Los hombres que trabajan para este medio de comunicación son con frecuencia los primeros en lamentar su poder degradante. Vittorio Gassman declaraba a la prensa que «la televisión trata de agradar a millones de personas, y por eso no puede evitar ser una gigantesca estupidez. Las jóvenes generaciones no leen, no estudian, no se instruyen, creen aprenderlo todo en la pantalla. La televisión parece que ha sustituido a la realidad. Es una gran mentira, un espejismo peligroso, una auténtica máquina di merda».

Un joven estudiante de Periodismo, con humor e ironía, exponía su punto de vista en estos términos: «David desconectó el televisor, y un escalofrío recorrió todo su cuerpo al pensar que el aparato pasaría la noche apagado. Sin embargo, estaba contento. Había decidido comprarse aquellos pantalones que había visto en el anuncio de las seis y veinte; el jabón que anunciaban en el intermedio de la película era estupendo, y las gafas de Larry Hagman le habían recordado lo mucho que molestaba el sol al salir a la calle. Se compraría unas. A la mañana siguiente, mientras desayunase con la misma leche descremada que Jane Fonda, y con los bizcochos que estaban en todas las vallas publicitarias, camino de la oficina, David se felicitaría a sí mismo por su buen criterio para elegir siempre lo mejor, sin dejarse engañar».

La televisión, obligada normalmente a comprimir muchas noticias en poco tiempo, se apoya en la imagen para «explicar» lo que sólo se puede explicar con palabras. Cae así en un tipo de manipulación

muchas veces involuntaria, perfectamente descrita por Bill Moyers: «Entré en la oficina del noticiario vespertino, donde todos eran amigos míos y buenos profesionales. Me introduje en la “pecera”, la cabina rodeada de cristales desde donde se controlan esos noticiarios de la CBS. Todos veían en el monitor el reportaje vía satélite de un corresponsal en el Medio Oriente. Aquello era extraordinariamente fílmico, con gran fuerza visual. Un productor dijo: eso no es una noticia. Otro opinó: pero parece que lo es. El productor ejecutivo concluyó: entonces sí es noticia. Esto es lo peligroso: como se cuenta con muy poco tiempo, la imagen, lo visual, sustituye al planteamiento complicado que requeriría una explicación verbal.»

La forma más clara de manipulación es la mentira. En 1983, Fidel Castro dirigía estas palabras a un grupo de periodistas franceses y norteamericanos: «Nosotros no tenemos ningún problema de derechos humanos: aquí no hay desaparecidos, aquí no hay torturados, aquí no hay asesinados.»

Hay mentiras light, pero también hay mentiras sangrientas. En Francia, la campaña a favor de la legalización del aborto manejó cifras falsas. Oficiosamente ya se sabía. Oficialmente lo reconoció doce años más tarde el Instituto Nacional de Estudios Demográficos. La realidad del aborto masivo y clandestino, empleada insistentemente en la campaña, no existía, pero fue «creada» por el simple procedimiento de afirmar que existía. El número real fue multiplicado por cuatro y el error se convirtió en astronómico.

Las mentiras más suaves son los eufemismos: invidente por ciego, desempleo por paro, tercera edad por vejez, económicamente débiles en lugar de pobres, internos en lugar de presos, aborto convertido en interrupción del embarazo, dictaduras bautizadas como democracias populares, y un larguísimo etcétera. Además, hay palabras como verdad, paz, libertad, justicia..., que no tienen un sentido fijo. Dice Larra que «hay quien las entiende de un modo, hay quien las entiende de otro; hay, por fin, quien no las entiende de ninguno. Con ellas no hay discurso que no se pueda sostener, no hay cosa que no se pueda probar, no hay pueblo a quien no se pueda convencer».

La tentación de manipular es constante porque el afán de dominio y

la tendencia a la autojustificación también lo son. Cervantes lo sabía, y delicadamente nos avisa de que «andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven según su gusto, y según tienen la gana de favorecemos o destruirnos; y así, eso que a ti te parece bacía de barbero me parece a mí el yelmo de Mambrino, y a otro le parecerá otra cosa». El eufemismo es cervantino: «encantadores».

SHAKESPEARE: razones en torno a un asesinato

«BRUTO: Si hubiese alguno en esta asamblea que profesara entrañable amistad a César, a él le digo que el afecto de Bruto por César no era menor que el suyo. Y si entonces ese amigo preguntase por qué Bruto se alzó contra César, ésta es mi contestación: "No porque amaba a César menos, sino porque amaba a Roma más." ¿Preferiríais que César viviera y morir todos esclavos, a que esté muerto César y todos vivir libres?

Porque César me apreciaba, le lloro; porque fue afortunado, le celebro. Como valiente, le honro, pero por ambicioso le maté. Lágrimas hay para su afecto, júbilo para su fortuna, honra para su valor, muerte para su ambición.

¿Quién hay aquí tan abyecto que quiera ser esclavo? ¡Si hay alguno, que hable, pues a él he ofendido! ¿Quién hay aquí tan estúpido que no quiera ser romano? ¡Si hay alguno, que hable, pues a él he ofendido! ¿Quién hay aquí tan vil que no ame a su patria? ¡Si hay alguno, que hable, pues a él he ofendido! Aguardo una respuesta.

TODOS: ¡Nadie, Bruto, nadie!

BRUTO: ¡Entonces, a nadie he ofendido! ¡No he hecho con César sino lo que haríais con Bruto! Los motivos de su muerte están escritos en el Capitolio. No le quitamos la gloria que merecía, ni exageramos las culpas por las que ha sufrido la muerte (...).

ANTONIO: ¡Amigos romanos, compatriotas, prestadme atención! ¡Vengo a inhumar a César, no a ensalzarle! ¡El mal que hacen los hombres perdura sobre su memoria! ¡Frecuentemente el bien queda sepultado con sus huesos! ¡Sea así con César!

El noble Bruto os ha dicho que César era ambicioso. Si lo fue, era la suya una falta grave, y gravemente la ha pagado. Con la venia de Bruto y los demás, pues Bruto es un hombre honrado, como son todos ellos, hombres todos honrados, vengo a hablar en el funeral

de César. Era mi amigo, siempre leal y sincero; pero Bruto dice que era ambicioso, y Bruto es un hombre honrado. Infinitos cautivos trajo a Roma, cuyos rescates llenaron el tesoro público. ¿Parecía esto ambición en César? Siempre que los pobres dejaban oír su voz lastimera, César lloraba. ¡La ambición debería ser de una sustancia más dura! No obstante, Bruto dice que era ambicioso, y Bruto es un hombre honrado. Todos visteis que en las Lupercales le ofrecí tres veces la corona real, y tres veces la rechazó. ¿Era esto ambición? Sin embargo, Bruto dice que era ambicioso, y ciertamente Bruto es un hombre honrado.

¡No hablo para desaprobar lo que Bruto ha dicho! ¡Pero estoy aquí para decir lo que sé! Todos le amasteis alguna vez, y no sin causa. ¿Qué razón, entonces, os detiene ahora para no llevarle luto? ¡Oh, raciocinio! Has ido a buscar asilo en los irracionales, pues los hombres han perdido la razón... ¡Perdonadme un momento! ¡Mi corazón está ahí, en ese féretro, con César, y he de detenerme hasta que torne a mí! (...)

Si tenéis lágrimas, disponeos ahora a verterlas. ¡Todos conocéis este manto! Recuerdo cuando César lo estrenó. Era una tarde de verano, en su tienda, el día que venció a los nervos. ¡Mirad: por aquí penetró el puñal de Casio! ¡Ved qué brecha abrió el envidioso Casca! ¡Por esta otra le hirió su muy amado Bruto! ¡Y al retirar su maldecido acero, la sangre de César parece haberse lanzado en pos de él, como para asegurarse de si era o no Bruto el que tan inhumanamente abría la puerta!

¡Porque Bruto, como sabéis, era el ángel de César! ¡Juzgad, oh dioses, con qué ternura le amaba César! ¡Ése fue el golpe más cruel de todos, pues cuando el noble César vio que él también le hería, la ingratitud, más potente que los brazos de los traidores, le anonadó completamente! ¡Entonces estalló su poderoso corazón, y, cubriéndose el rostro con el manto, el gran César cayó a los pies de la estatua de Pompeyo, que se llenó de sangre! (...)

Los que han consumado esta acción son hombres dignos. ¿Qué secretos agravios tenían para hacerlo? Lo ignoro. Ellos son sensatos y honorables, y no dudo que os darán razones. ¡Yo no vengo, amigos, a levantar vuestras pasiones! Yo no soy orador como Bruto; todos sabéis lo que soy: un hombre franco y sencillo que amaba a su

amigo; y esto también lo saben los que me han permitido hablar ahora en público. No tengo ni talento, ni elocuencia, ni mérito, ni estilo, ni ademanes, ni el poder de la oratoria que enardece la sangre de los hombres. Hablo llanamente y no os digo sino lo que todos conocéis. Os muestro las heridas del bondadoso César, pobres, pobres bocas mudas, y les pido que ellas hablen por mí. ¡Pues si yo fuera Bruto, y Bruto Antonio, ese Antonio exasperaría vuestras almas y pondría una lengua en cada herida de César capaz de conmover y levantar en motín las piedras de Roma!

TODOS: ¡Nos amotinaremos!

CIUDADANO 1: ¡Prendamos fuego a la casa de Bruto!

CIUDADANO 3: ¡En marcha, pues!... ¡Venid! ¡Busquemos a los conspiradores!»

CAPÍTULO VII

LIBERTAD Y RESPONSABILIDAD

1. NOCIÓN Y CLASES DE LIBERTAD

En la versión de Shakespeare, cuando Julio César teme ser asesinado y decide no acudir al Senado, se entabla este brevísimo diálogo:

— Decio, id y comunicad que César no irá.

— Poderosísimo César, dejadme alegar alguna causa para que no se burlen de mí cuando lo anuncie.

— ¡La causa es mi voluntad! ¡Que no iré!

Lo que define la libertad es precisamente el poder de dirigir y dominar los propios actos, la capacidad de proponerse una meta y dirigirse hacia ella, el autodominio con el que los hombres gobernamos nuestras acciones. En el acto libre entran en juego las dos facultades superiores del alma: la inteligencia y la voluntad: la voluntad elige lo que previamente ha sido conocido por la inteligencia. Antes de elegir es preciso deliberar, hacer circular por la mente las diversas posibilidades, con sus diferentes ventajas e inconvenientes. La decisión es el corte de esa rotación mental de posibilidades. Me decido cuando elijo una de las posibilidades debatidas; pero no es ella misma la que me obliga a tomarla; soy yo quien la hago salir del campo de lo posible.

Dirá Alejandro Llano que «la posibilidad favorecida se hace mía de un modo definitivo; no porque las demás me sean totalmente ajenas —como si no ejercieran en mí ninguna sugestión—, sino porque íntima y originariamente doto a ésta de un valor conclusivo». Y eso es lo que se aprecia en la respuesta rotunda de César: ¡La causa es mi voluntad!

Ser hombre es ser libre. Por su condición racional el hombre es necesaria y radicalmente libre. Conocer y no escoger sería un absurdo psicológico, una servidumbre insufrible. Y así se explica que perder la libertad pueda llegar a repugnar tanto como perder la propia vida: «Ignoro qué pensáis vos y los demás hombres acerca de esta vida; pero por lo que a mí respecta, tanto me daría no vivir a vivir bajo el terror de un semejante a mí mismo» (Shakespeare).

«La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida» (Cervantes).

Hay una libertad física que equivale a la libertad de movimiento: poder ir y venir, entrar o salir, subir o bajar, hacer esto o aquello. Pero la raíz de la libertad está en la voluntad, y la acción voluntaria es, ante todo, una decisión interior. Esto es sumamente importante, pues significa que el hombre privado de libertad física sigue siendo libre: conserva la libertad psicológica. Lo expresa muy bien un psiquiatra judío que estuvo internado en un campo de exterminio nazi: «Al hombre se le puede arrebatar todo salvo la última libertad: la elección de su propio camino. ¿Qué es en realidad el hombre? Es el ser que siempre decide lo que es. Es el ser que ha inventado las cámaras de gas, pero asimismo ha entrado en ellas con paso firme musitando una oración» (Víctor Frankl).

2. POR LA LIBERTAD EL HOMBRE ES CAUSA DE SÍ MISMO

La oveja siempre temerá al lobo, y la ardilla siempre vivirá en las copas de los árboles. Sólo saben desempeñar, como cualquier otro animal, un papel necesariamente específico, invariablemente repetido por los millones de individuos que componen la especie, quizá durante millones de años.

El hombre, por el contrario, elige su propio papel, lo escribe a su medida con los matices más propios y personales, y lo lleva a cabo con la misma libertad con que lo concibió. Por eso el hombre progresa y tiene historia, frente al animal, incapaz de progreso y de historia. Visto un león, decía Gracián, están vistos todos, pero visto un hombre, sólo está visto uno, y además mal conocido.

La diferencia fundamental entre ese hombre y cualquier otro animal no es morfológica: es la libertad. Gracias a ella el hombre posee la admirable posibilidad de ser causa de sí mismo. Y la posee en exclusiva. Todo su desarrollo fisiológico está contenido en sus genes desde el principio, pero en sus genes no está escrita su libertad: sería como decir que está determinada la indeterminación. Los genes me dicen cómo será el color de su piel y de sus ojos, su estatura, su grupo sanguíneo y mil cualidades más. Pero nada me dicen sobre sus ilusiones, sus proyectos, su cultura..., ni qué amigos tendrá o qué ciudad escogerá para vivir.

Con cierta guasa ha escrito Alfredo Cruz que «todo elegir es un elegirnos, es un optar por uno de nuestros posibles “yo”: aquel que corresponde como sujeto a la acción que hemos elegido. Si ante una dama elegimos levantarnos y cederle nuestro asiento, estamos eligiendo el caballero que podemos ser; si, por el contrario, preferimos permanecer sentados, optamos por el señorito que también podemos ser. A su vez, ella puede elegir entre resultar encantadora o resultar provocadora, es decir, optar por la dama que puede ser o por la hembra que también puede ser».

3. LA LIBERTAD NO ES ABSOLUTA

El hombre no es un ser absoluto porque ninguna de sus facultades lo es. La limitación es triple: física, psicológica y moral. Necesita nutrirse y respirar para conservar la vida; sus limitaciones cognoscitivas y volitivas son evidentes; y respecto a la moralidad de sus actos, sabe con seguridad que hay acciones que puede pero no debe realizar.

Estos tres aspectos limitan el campo de la libertad humana y orientan sus elecciones. Pero ello no debe considerarse como algo negativo; parece lógico que a un ser limitado le corresponda una libertad limitada: que el límite de su querer sea el límite de su ser. Si la libertad humana fuera absoluta, habría que comenzar a temerla como prerrogativa de los demás.

La libertad tampoco es absoluta porque tiene un carácter instrumental: está al servicio del perfeccionamiento humano. Los colores y el pincel están en función del cuadro; la libertad está en función del proyecto vital que cada hombre desea, es el medio para alcanzarlo. Por eso la libertad no es el valor supremo: «La libertad interesa porque hay algo más allá de la libertad que la supera y marca su sentido: el bien» (A. Orozco).

Ser libre no es, por tanto, ser independiente. Al menos, si por independencia entendemos no respetar los límites señalados anteriormente. Cortar esos vínculos sería cortar las raíces o lanzarse a navegar sin rumbo, y por eso «la Providencia no ha creado al género humano ni enteramente independiente ni completamente esclavo. Ha trazado, es cierto, un círculo mortal a su alrededor, del que no puede salir; pero dentro de sus amplios límites el hombre es poderoso y libre, lo mismo que los pueblos» (Tocqueville).

La limitación humana supone que cada elección lleva consigo una renuncia: estar leyendo o redactando estos apuntes significa renunciar a estar, en este momento, jugando al tenis o nadando. A

su vez, nadar supone no poder, a la vez, andar en bici o pasear. El problema que se plantea debe resolverlo la libertad pesando el valor de lo que escoge y de lo que rechaza. ¿Quién se atreverá a decir que escoge la vagancia o la hipocresía porque valen tanto como sus contrarios? Puestos a renunciar, sólo vale la pena preferir lo superior a lo inferior.

4. LA LEY NO SE OPONE A LA LIBERTAD

A simple vista podría pensarse que la ley es el principal enemigo de la libertad, y así lo piensan los ácratas. Sin embargo, tal oposición sólo es aparente. Al ser el hombre un ser limitado, traspasar esos límites equivaldría a volverse contra sí mismo (es lo que ocurriría si alguien se negara a comer o a respirar).

De hecho, una existencia sin leyes es tan imposible como un círculo cuadrado. Con cierto humor se ha escrito que «si no hubiese ley de la gravedad, los cuerpos en lugar de caer hacia abajo podrían "caer" hacia arriba. Podríamos ser despedidos súbitamente al espacio (...). El mar treparía y lo inundaría todo; el océano se secaría; las estrellas y los planetas chocarían entre sí. No habría tierra firme ni lugar donde asirnos. La sopa no estaría fija en el plato: se dispersaría, untándolo todo con su pringosa sustancia» (A. Orozco).

Igual que el físico, el orden moral está sometido a leyes propias. Y saltarlas es siempre un daño. Cualquier psiquiatra sabe que en la raíz de muchos desequilibrios se esconden acciones a veces inconfesables.

Ser libre no significa estar por encima de la moral, pero otorga la posibilidad de no aceptarla y no cumplirla. Ahora bien, la inmoralidad nunca puede defenderse en nombre de la libertad, pues entonces no podríamos condenar otras inmoralidades como el asesinato, la mentira o el robo.

5. ESPONTANEIDAD Y AUTODOMINIO

No es correcto identificar lo libre con lo espontáneo. La libertad, desde cierto ángulo, es justamente la negación de la espontaneidad: es el dominio de la razón y de la voluntad. Espontáneamente mentiríamos, insultaríamos, rechazaríamos el esfuerzo y el sacrificio, pero sólo somos libres cuando entre el estímulo y nuestra respuesta interponemos un juicio de valor y decidimos en consecuencia.

Lo espontáneo en el hombre, como en el animal, es la búsqueda del placer sensible, pero se nos advierte que «el que persigue el placer pospone a él todas las cosas, y lo primero que descuida es su libertad» (Séneca).

Mientras los animales conocen el bien sólo como objeto de su satisfacción sensible, el hombre lo capta como bien, y es capaz de ponerlo en relación con otros bienes superiores e inferiores. Por eso, mientras que ante la comida el animal hambriento se dirigirá necesariamente hacia ella, el hombre hambriento podrá comer o esperar, conforme lo vea conveniente. No es movido necesariamente sino libremente. Un simple motivo para no comer será apreciar que la comida no es suya, no haber concluido la jornada de trabajo, observar un régimen de adelgazamiento, etc.

Sócrates consideraba el autodominio como la manifestación más elevada de la excelencia humana. Un autodominio que se manifiesta cuando el hombre se enfrenta a los estados de placer, dolor y cansancio, cuando se ve sometido a la presión de las pasiones y de los impulsos. El autodominio, en sustancia, significa el dominio de la propia animalidad mediante la propia racionalidad. Se comprende así que Sócrates haya identificado la libertad humana con ese dominio racional de la animalidad: el hombre verdaderamente libre es el que domina sus instintos, y el hombre verdaderamente esclavo es el dominado por sus instintos.

6. LA ELECCIÓN DEL MAL

El carácter instrumental de la libertad hace que su uso pueda ser doble y contradictorio, como un arma de dos filos que puede volverse contra uno mismo o contra los demás: esclavitud, asesinato, alcoholismo, drogadicción..., y también simple pereza, irresponsabilidad, mal carácter, cinismo, envidia, insolidaridad ...

Pertenece a la perfección de la libertad el poder elegir formas diversas de llegar a un buen fin. Pero inclinarse por algo que aparte del fin bueno —en eso consiste el mal— es una imperfección de la libertad.

Si uno tropieza no es porque ha visto el obstáculo, sino por todo lo contrario. Del mismo modo, cuando libremente se opta por algo perjudicial, esa mala elección es una prueba de que ha habido alguna deficiencia: no haber advertido el mal o no haber querido con suficiente fuerza el bien. En ambos casos la libertad se ha ejercido defectuosamente, y el acto resultante es malo.

Es patente que la voluntad rechaza en ocasiones lo que la inteligencia presenta como bueno. Incluso el que aconseja bien puede no ser capaz de poner en práctica su buen criterio. En esos casos, para evitar la vergüenza de la propia incoherencia, el hombre suele buscar una justificación con apariencia razonable —las razonadas sinrazones de Don Quijote—, y se tuerce la realidad hasta hacerla coincidir con los propios deseos. El mismo lenguaje suele denunciar esa actitud cobarde con expresiones como a mí me parece, esto es normal, todo el mundo lo hace, no perjudico a nadie, etc.

7. LIBERTAD Y RESPONSABILIDAD

Todo acto libre es imputable (= atribuible a alguien). Por tanto, el sujeto que lo realiza debe responder de él. Los actos pertenecen al agente porque sin su querer no se hubieran producido. Y es el agente quien escoge la finalidad de sus actos y, por consiguiente, quien mejor puede dar explicaciones sobre los mismos.

Del mismo modo que la libertad es el poder de elegir con vistas a una finalidad, la responsabilidad es la aptitud para dar cuenta de esas elecciones. Libre y responsable son dos conceptos paralelos e inseparables, y por eso se ha dicho que a la Estatua de la Libertad le falta, para formar pareja ideal, la Estatua de la Responsabilidad.

¿Ante quién debemos responder? Cada persona es responsable ante los demás y ante la sociedad. Ante los demás, en la medida en que su conducta les afecte (no es lo mismo poner un suspenso injusto que condenar a muerte a un inocente. Tampoco es igual la responsabilidad del ciclista y del camionero en el caso de que ambos no respeten un semáforo. Ni es igual robar dos dólares que dos millones). Las responsabilidades sociales también dependen mucho de las circunstancias: no es lo mismo ser primer ministro que leñador, ni tampoco el que siembra tomates tiene la misma responsabilidad que el que siembra marihuana.

Para todos los hombres existe una clase de responsabilidad que es radical. En torno a ella gira el más famoso de los soliloquios de Hamlet, cuando considera la posibilidad del suicidio: «¡Ser o no ser: he ahí el problema! (...) Porque ¿quién aguantaría los ultrajes y desdenes del mundo, la injuria del opresor, la afrenta del soberbio, las congojas del amor desairado, las tardanzas de la justicia, las insolencias del poder y las vejaciones que el paciente mérito recibe del hombre indigno, cuando uno mismo podría procurar su reposo con un simple estilete? ¿Quién querría llevar tan duras cargas, gemir y sudar bajo el peso de una vida afanosa, si no fuera por el temor de un algo después de la muerte, esa ignorada región cuyos

confines no vuelve a traspasar viajero alguno? Temor que confunde nuestra voluntad y nos impulsa a soportar aquellos males que nos afligen, antes que lanzarnos a otros que desconocemos.»

Ha escrito Víctor Frankl que ser responsable significa tener que responder de algo ante alguien. Ese alguien es, de forma inmediata, la conciencia. Pero la conciencia no es la última sino la penúltima instancia ante quien debemos rendir cuentas. La última instancia es un ser personal que está detrás de toda conciencia: Dios. Y está como testigo y espectador invisible. Pero, ¿qué importa que sea invisible? Tampoco el actor que desempeña su papel ante las cámaras de televisión ve al público. Y, sin embargo, lo hace plenamente consciente de que hay millones de espectadores que siguen sus movimientos y sus palabras: sabe que actúa ante alguien.

Sólo sentirse responsable ante el gran testigo invisible es lo que pone al hombre en la forzosa situación de colmar un sentido concreto y personal para su vida, y de ver que su existencia tiene un valor absoluto e incondicionado, «por encima de cualquier condición y circunstancia, como puede ser la enfermedad, incluso la enfermedad incurable».

8. LAS CONCEPCIONES LIBERAL Y MARXISTA DE LA LIBERTAD

Toda visión de la vida deriva de cómo se interprete la relación entre tres elementos capitales: el mundo, el hombre y Dios. La ideología liberal admite los tres elementos, pero niega la dependencia actual del hombre y del mundo respecto a Dios. Este sería el Arquitecto universal de una obra que realizó hace millones de años.

Para el Liberalismo, el hombre es el único protagonista de la Historia, y su libertad es norma de sí misma: no existen para ella criterios exteriores y objetivos. Al concebir la libertad como valor supremo, no se acepta el peso de la responsabilidad estable, pues implica cierta limitación del futuro obrar. Por eso el hombre liberal se siente impulsado a realizar acciones libres en todas las direcciones posibles, aunque sean opuestas y contradictorias, evitando cuidadosamente los compromisos.

El miedo al compromiso responde a una visión desenfocada de la libertad, a no apreciar que los compromisos protegen al hombre. Es bueno el compromiso que un médico tiene de salvar vidas humanas. Y es bueno para la sociedad, para sus pacientes y para él mismo, que se le pidan responsabilidades de ello. Si no se le pidieran, se fomentaría su irresponsabilidad. Y si fuera culpable, quedaría impune. El ejemplo vale para el abogado, el periodista, el arquitecto..., y para cualquier otra profesión y persona.

Es fácil advertir que el Liberalismo, con su concepción individualista del hombre, da origen a una sociedad egoísta. Las esperanzas puestas en esta ideología sólo mostraron su fracaso rotundo cuando el mundo conoció los cuarenta y cinco millones de víctimas de la Primera Guerra Mundial. Cayeron, además, los mejores: las jóvenes generaciones en cuyo nombre muchos se habían afanado para ofrecerles un porvenir de paz y progreso.

Para el materialismo marxista, el hombre no es más que un accidente material, un ser nacido de la materia sin ninguna razón

especial. Cada individuo es un anónimo componente del todo social, y el ámbito de su autonomía es casi inexistente bajo la sumisión al Estado. Es el Estado quien le otorga sus derechos, de la misma forma que es el Estado quien decide y crea los valores. En una sociedad tal, el mal puede aparecer de repente como bien, y viceversa, y lo permitido como prohibido, y así sucesivamente.

En la teoría marxista, el determinismo de las leyes de la materia no deja sitio para la libertad individual. Y en la práctica, la Historia ha probado repetidamente que las revoluciones marxistas desembocan en resultados diametralmente opuestos al ideal de libertad que los originó. Aspiraban al haz lo que quieras y acababan encerrando a la persona en un vasto cuartel cuyo reglamento se reduce a una norma: todo lo que no es obligatorio está prohibido.

MIGUEL DELIBES: ser libre sin ser libre

«A Daniel, el Mochuelo, le dolía esta despedida como nunca sospechara. Él no tenía la culpa de ser un sentimental. Ni de que el valle estuviera ligado a él de aquella manera absorbente y dolorosa. No le interesaba el progreso. El progreso, en verdad, no le importaba un ardite. Y, en cambio, le importaban los trenes diminutos en la distancia y los caseríos blancos y los prados y los maizales parcelados; y la Poza del Inglés, y la gruesa enloquecida corriente del Chorro; y el corro de bolos; y los tañidos de las campanas parroquiales; y el gato de la Guindilla; y el agrio olor de las encellas sucias; y la formación pausada y solemne y plástica de una boñiga; y el rincón melancólico y salvaje donde su amigo Germán, el Tiñoso, dormía el sueño eterno; y el chillido reiterado y monótono de los sapos bajo las piedras en las noches húmedas; y las pecas de la Uca-uca y los movimientos lentos de su madre en los quehaceres domésticos; y la entrega confiada y dócil de los pececillos del río; y tantas y tantas otras cosas del valle. Sin embargo, todo había de dejarlo por el progreso. El no tenía aún autonomía ni capacidad de decisión. El poder de decisión le llega al hombre cuando ya no le hace falta para nada; cuando ni un solo día puede dejar de guiar un carro o picar piedra si no quiere quedarse sin comer. ¿Para qué valía, entonces, la capacidad de decisión de un hombre, si puede saberse? La vida era el peor tirano conocido. Cuando la vida le agarra a uno, sobra todo poder de decisión. En cambio, él todavía estaba en condiciones de decidir, pero como solamente tenía once años, era su padre quien decidía por él. ¿Por qué, Señor, por qué el mundo se organizaba tan rematadamente mal?»

CAPÍTULO VIII

LA SOCIEDAD

«Mientras los filósofos no gobiernen los Estados, o los reyes y soberanos no cultiven la Filosofía con autenticidad (...), no habrá reposo para los males de la sociedad.»

PLATÓN.

1. NOCIÓN Y ORIGEN

Cuando se dice que varias personas, ante un mismo problema, han actuado «como un solo hombre», se quiere poner de manifiesto que todos han obrado de común acuerdo, buscando la misma solución. Así puede entenderse la sociedad: un cuerpo cuyos miembros son hombres que conviven, siempre que por convivencia se entienda no el mero vivir juntos, sino la ayuda recíproca. Cuando se cumplen estos requisitos de una forma estable, hay sociedad: desde una pequeña familia hasta una confederación de Estados, pasando por una asociación profesional, un equipo de fútbol, un sindicato, un colegio...

Ahora bien, como toda ayuda sirve para conseguir un fin, no son los hombres los que viven para la sociedad, sino al contrario: la sociedad existe para el bien de los hombres. Se lee en la Ética a Nicómaco que «El hombre es social y, por naturaleza, conviviente». Lo cual es afirmar la imposibilidad de que la vida solitaria haga feliz a quien la ponga por obra. Imposibilidad demostrada en el hecho de que ningún hombre opta por vivir enteramente solo, ni siquiera teniendo todos los bienes que para ello hacen falta.

Ello es así porque ningún individuo puede procurarse por sí solo todas las cosas que necesita. Sin la familia, la vida sería difícilmente soportable y, en muchos casos, inviable. Pero además, la sociedad civil ofrece una multitud de bienes, tanto artificiales como morales, que una sola familia no puede producir. Por tanto, se equivocaría quien planteara las relaciones con la sociedad como un obstáculo para el bien individual, pues el desarrollo de las personas y de las sociedades está mutuamente condicionado.

2. LA SOCIEDAD CONYUGAL

Hay dos tipos de relaciones sociales que superan a todas las demás en el orden natural: la sociedad conyugal y la sociedad civil. Antes que ciudadano, el hombre es miembro de una familia, y así como la sociedad es el ámbito natural para los ciudadanos, la familia lo es para los cónyuges y para sus hijos.

La importancia de la familia es enorme. En ella nacen y se educan los miembros de la sociedad, y en ella aprende el hombre a ser feliz o desdichado. Por ello, romper el vínculo conyugal es una forma de insolidaridad que ataca a la misma raíz de la convivencia humana, puesto que la familia es la célula de donde nace la sociedad civil (fermentum urbis et quasi seminarium reipublicae, la llama Cicerón).

William J. Bennett ha sido secretario de Educación en EE.UU., presidente del Partido Republicano y máximo responsable de la política nacional de control de la droga. Desde esa amplia experiencia, después de reconocer que «demasiados chicos norteamericanos son víctimas del fracaso parcial de nuestra cultura, de nuestros valores y de nuestras normas morales», llega a la siguiente conclusión: «Debemos hablar y actuar en favor de la familia. Buscar sustitutos viables cuando no haya más remedio, pero apoyar a la familia y ponerla en primer lugar. Después de todo, la familia es el primer y mejor ministerio de sanidad, educación y bienestar. Con ocasión de mi cargo he podido ver en toda clase de sitios familias que funcionan. Cuando la familia funciona, generalmente los chicos funcionan también. Pero actualmente hay demasiadas familias norteamericanas que no funcionan bien. Cuando la familia fracasa, tenemos obligación de intentar suplir con buenos sustitutos, como los orfanatos. Pero nuestras mejores instituciones sustitutivas son, respecto de la familia, lo que un corazón artificial respecto de un corazón auténtico. Puede que funcionen. Incluso puede que funcionen mucho tiempo. Pero nunca serán tan buenas como aquello a lo que sustituyen. ¿Por qué?

Porque el amor de un padre y de una madre por su hijo no puede ser fielmente reproducido por alguien que cobra por cuidar a ese niño, aunque sea una persona muy eficiente.»

«(...) En cierta ocasión dijo Urie Bronfenbrenner, psicólogo de la Universidad de Cornell: “Para desarrollarse, un niño necesita de la dedicación sacrificada e irracional de uno o más adultos que le cuiden y compartan su vida con él.” Cuando le preguntaron qué entendía por “dedicación irracional”, dijo: “¡Tiene que haber alguien que esté loco por el chico!”». (W. J. Bennett, Universidad de Notre Dame, Indiana, 1990.)

3. AUTORIDAD Y LEY

Un Estado es algo más complejo que cualquier máquina, por la sencilla razón de que las partes que lo componen son seres humanos, todos diferentes entre sí y respecto a sí mismos en diferentes momentos; incluso capaces de obrar todos juntos contra el propio conjunto (piénsese en una guerra civil). Además, mientras la máquina tiene que realizar una función muy concreta, el quehacer del Estado es algo tan ilimitado como la felicidad y el bienestar de los innumerables seres que lo componen.

Por todo ello, la autoridad es una exigencia natural de la sociedad, que sólo podrá ser salvada del caos gracias a ella. Esto quiere decir que no son los hombres quienes la inventan. Han tenido en ello tanto poder como para diseñar su propio corazón o su cerebro. Lo que sí pueden los hombres es perfeccionar el orden social y decidir la forma de gobierno que les parezca más adecuada, pero la autoridad en sí no es obra suya: el mismo autor de su naturaleza es el que otorga a la sociedad su autoridad.

El orden que debe establecer la autoridad no puede agradar a todos, en parte porque varían los juicios de los hombres acerca de cómo debe ser dicho orden, pero también porque chocará con los intereses particulares de algunos. Aunque la sociedad existe para el bien de todos, es imposible que el bien común conseguido coincida con las aspiraciones personales de todos los ciudadanos. Por eso es necesaria la función coactiva de la ley.

Por otra parte, proteger el bien común, tanto si debe defenderse de la violencia humana o de una catástrofe natural, requiere que algunos ciudadanos arriesguen libremente sus vidas: es el caso de los militares, policías, bomberos, etc. En cuanto a la distribución de los recursos materiales, debe hacerse de tal modo que algunos obtengan menos de lo que conseguirían por sus propias fuerzas, a fin de que otros no queden privados de todo.

Todo esto significa, corno ya hemos dicho, que la sociedad no puede existir a menos que la autoridad sea capaz de hacer cumplir las leyes. Por parte de los ciudadanos, la obligación de cumplir las leyes no deriva de que éstas sean perfectamente justas y sabias. Los gobernantes no pueden ser la prudencia y la bondad personificadas, por lo cual algunas de sus leyes serán imperfectas. Pero tampoco los ciudadanos son perfectos. En general, no son más inteligentes ni más virtuosos que sus gobernantes, ni están mejor informados que ellos.

Además, las mismas leyes gustarán a unos y disgustarán a otros. Por eso, si sólo hubiera que obedecer las leyes que nos agradan, en lugar de sociedad habría caos. Y aun con leyes muy imperfectas, la sociedad es mejor que el caos, como es mejor vivir en una casa con goteras que debajo de un puente.

Las leyes nunca deben mirarse como obstáculos a esquivar, pues «así como el mundo (...) conserva su cohesión y su tensión por obra de una sola y misma naturaleza, de forma parecida todos los hombres (...), siendo miembros de una misma familia, están sujetos a una sola y misma autoridad tutelar. Si lo entendieran así, los hombres vivirían la vida de los dioses» (Cicerón).

Las leyes deben respetarse como lo que son: condiciones del orden social, salvaguarda de la libertad personal. Y, a menos que sean radicalmente injustas, no deben saltarse ni siquiera con la pretensión de un bien superior (la alternativa siempre sería peor: probablemente la ley del más fuerte).

En la película Un hombre para la eternidad hay un diálogo que expresa a la perfección lo que venimos diciendo. Tomás Moro, lord canciller de Inglaterra, eminente jurista, se niega a conceder una prebenda a Rich, un trepador amigo de la familia, que se marcha desairado entre amenazas de alinearse junto a los enemigos mortales de Moro. La escena la han presenciado Alicia, hija de Moro, y su vehemente esposo, Roper. Ambos le aconsejan que arreste a Rich. Moro pregunta por qué ha de hacerlo...

«ALICIA: Porque es peligroso. Padre, ese hombre es malo.

MORO: Eso no es bastante ante la ley.

ROPER: Sí lo es para la ley de Dios.

MORO: Dios entonces puede detenerlo.

ROPER: ¡Sofisma sobre sofisma!

MORO: Al contrario, la sencillez suma: la ley. Yo me atengo a la ley, no a lo que me parece bueno o malo.

ROPER: ¿Es que ponéis la ley del hombre sobre la ley de Dios?

MORO: No, muy por debajo, pero el problema es éste: yo no soy Dios. Tú quizá encuentres fácil navegar entre las olas del bien y del mal, pero yo no soy marino. En cambio, ¡qué bien sé hallar mi camino en el bosque espeso de la ley! Dudo que alguien me pueda seguir dentro de él...

ALICIA: Mientras hablas, se ha escapado.

MORO: El propio diablo puede escaparse mientras no quebrante la ley.

ROPER: De modo que, según vos, ¿el propio diablo debe gozar del beneficio del Derecho?

MORO: Sí. ¿Qué harías tú? ¿Abrir atajos en este bosque de la ley para prender más pronto al diablo?

ROPER: Yo podaría Inglaterra de todas sus leyes con tal de echar mano al diablo.

MORO: ¿Ah, sí? Y cuando hubieses cortado la última ley y el diablo se revolviera contra ti, ¿dónde te esconderías de él? Este país ha plantado un bosque espeso de leyes que lo cubren de costa a costa: leyes humanas, no divinas. Pero si las talas —y tú serías muy capaz —, ¿te imaginas que ibas a resistir en pie los vendavales que entonces lo asolarían? Sí, por mi propia seguridad otorgo yo al diablo el amparo de la ley.»

4. EL RESPETO A LAS LEYES

Critón, discípulo y amigo de Sócrates, hombre influyente en Atenas, se resiste a aceptar la injusta condena a muerte del maestro, y le propone un plan perfecto para escapar de la cárcel. Así nos lo relata Platón:

«SÓCRATES: ¿Es lícito hacer mal a alguien, Critón?

CRITÓN: De ninguna manera.

SÓCRATES: ¿Y es justo, como dice mucha gente, devolver mal por mal?

CRITÓN: Injusto.

SÓCRATES: ¿Quieres decir que no hay diferencia entre hacer mal a alguien y ser injusto?

CRITÓN: Exacto.

SÓCRATES: Entonces, te diré las consecuencias que se derivan de dicho principio. O, mejor, responde tú: ¿una persona que ha contraído un compromiso justo, debe cumplirlo o faltar a él?

CRITÓN: Debe cumplirlo.

SÓCRATES: Entonces, piensa en lo que voy a decirte: si estando nosotros preparando la fuga, viniesen las Leyes y el Estado y nos dijesen: ¿Qué vas a hacer, Sócrates? ¿Crees posible que subsista el Estado y no caiga por su base cuando las sentencias que se dan no tienen fuerza alguna y son violadas por simples particulares? ¿Responderíamos a las Leyes que la República ha sido injusta con nosotros y no ha sentenciado bien?

CRITÓN: Eso deberíamos responder.

SÓCRATES: Pero entonces replicarían las Leyes: “¡Cómo, Sócrates!, ¿en eso habíamos quedado contigo? ¿No habíamos convenido en que las sentencias de la República serían obedecidas?(...). A nosotras nos debes tu nacimiento, tu crianza y tu educación. Y si no tienes derecho a devolver a tu padre mal por mal, ¿te va a ser lícito respecto a la Patria y a las Leyes?”.

Considera, además, que cualquier ateniense es libre de irse y emigrar con sus bienes adonde quiera. Pero si se queda, después de saber cómo administramos justicia y regimos la ciudad, con el sólo hecho de quedarse se ha comprometido a hacer cuanto le ordenemos. ¿decimos o no verdad cuando aseguramos que has aceptado, no de palabra sino de hecho, someterte a nosotras?

Por tanto, sigue los consejos de aquellas a quienes debes la existencia; no aprecies más que la justicia a tus hijos, a tu vida o a cosa alguna del mundo. Si obras como te decimos, cuando llegues a la morada de los muertos podrás alegarlo en tu defensa ante los jueces que allí juzgan. Si mueres ahora, mueres víctima de la injusticia de los hombres, no de las Leyes. En cambio, si te fugas, cometes una injusticia vergonzosa al devolver mal por mal y violar tus compromisos con nosotras, maltratando a tu Patria, y las Leyes de los infiernos no te acogerán bien.” Tales son, querido Critón, las palabras que creo oír, y que resuenan dentro de mi alma haciéndome insensible a otras. Dejemos, pues, esta cuestión, y sigamos el camino por donde Dios nos guía.»

VACLAV HAVEL: la misión del gobernante

El primer discursp de Václav Havel como presidente de Checoslovaquia es uno de los textos mas clarificadores y originales sobre los cambios producidos en el Este de Europa y la situación anterior a ellos.

«Mis queridos ciudadanos:

Durante cuarenta años oisteis de mis predecesores en este día diferentes variaciones del mismo tema: cómo floreció nuestro país, cuántos millones de acero produjimos, qué felices éramos todos, cómo confiábamos en nuestro gobierno y qué brillantes perspectivas se abrían ante nosotros.

Supongo que no me habéis propuesto para este cargo para que yo os mienta también.

Nuestro país no está floreciendo. El enorme potencial creativo y espiritual de nuestras naciones no se usa sensatamente. Ramas enteras de nuestra industria producen bienes que no interesan a nadie, mientras escasean las cosas que necesitamos. Un estado que se llama a sí mismo estado de los trabajadores humilla y explota a los trabajadores. Nuestra obsoleta economía está despreciando la poca energía de la que disponemos. Un país que una vez podía estar orgulloso del nivel educativo de sus ciudadanos gasta tan poco en educación que ocupa hoy el lugar setenta y dos del mundo. Hemos polucionado nuestro suelo, nuestros ríos y bosques que nos legaron nuestros antepasados, y hoy tenemos el medio ambiente más contaminado de Europa. Las personas adultas de nuestro país mueren más jóvenes que en la mayoría de países europeos.

Permitidme una pequeña observación personal: cuando recientemente volaba hacia Bratislava, tuve tiempo, entre varias conversaciones, de mirar por la ventana del avión. Vi el complejo

industrial de la fábrica química Slovnaft y el gigantesco grupo de viviendas Petrzalka justo detrás. La visión fue suficiente para hacerme comprender que durante décadas, nuestros estadistas y políticos no miraban o no querían mirar por las ventanillas de sus aviones. Ningún estudio de las estadísticas de que dispongo me haría capaz de entender más rápido y mejor la situación en que hemos caído.

Pero todo esto no es el principal problema. Lo peor es que vivimos en un ambiente moral contaminado. Nos sentimos moralmente enfermos porque nos hemos acostumbrado a decir algo diferente a lo que pensamos. Aprendimos a no creer en nada, a ignorarnos, a preocuparnos solamente por nosotros. Conceptos como amor, amistad, compasión, humildad o perdón han perdido su profundidad y sus dimensiones y para muchos de nosotros representan sólo peculiaridades psicológicas, o parecían saludos anticuados de tiempos pasados, un poco ridículos en la era de las computadoras y de las naves espaciales. Sólo alguno de nosotros era capaz de gritar fuerte que los poderes no deben ser todopoderosos, y que las granjas especiales, que producen comida ecológicamente pura y de la más alta calidad sólo para ellos, deberían enviar su producción a las escuelas, hospitales y orfanatos si nuestra agricultura era tan incapaz de ofrecerlos a todos. El régimen anterior, armado con su arrogante e intolerante ideología, redujo el hombre a una fuerza de producción, y la naturaleza a una herramienta de producción. Con esto atacó tanto su sustancia como sus relaciones mutuas. Redujeron la gente autónoma y con talento, que trabajaba diestramente en su propio país, a tuercas y tornillos de una maquina monstruosamente enorme, ruidosa y maloliente, cuyo significado real no está claro para nadie.

Cuando hablo de atmósfera moral contaminada, no estoy hablando sólo de caballeros que comen vegetales orgánicos y no miran por las ventanas de los aviones. Estoy hablando de todos nosotros. Todos nos acostumbramos al sistema totalitario y lo aceptamos como un hecho inmutable y esto contribuyó a perpetuarlo. En otras palabras, todos nosotros somos —aunque naturalmente en distinta medida— responsables del funcionamiento de la maquina totalitaria. Ninguno de nosotros es sólo su víctima; todos somos, además, sus ca-creadores.

¿Por qué digo esto? Sería muy poco razonable entender el triste legado de los últimos cuarenta años como algo ajeno, algo que nos dejó un pariente lejano. Por el contrario, tenemos que aceptar esta herencia como algo que hicimos en nuestra contra. Si lo aceptamos de este modo, entenderemos que está al alcance de todos nosotros y sólo de nosotros hacer algo sobre ello. No podemos culpar a los gobernantes anteriores de todo, no sólo porque esto sería incierto, sino además porque podría debilitar el deber al que cada uno de nosotros se enfrenta hoy, a saber, la obligación de actuar independiente, libre, razonable y rápidamente. No nos permitamos equivocarnos: el mejor gobierno del mundo, el mejor parlamento y el mejor presidente no pueden avanzar mucho solos. Sería también un error esperar un remedio general sólo de ellos. La libertad y la democracia incluyen participación y por consiguiente responsabilidad de todos nosotros.

Nuestra nación nunca deberá volver a ser un apéndice o parásito de otra. Es cierto que debemos aceptar y aprender muchas cosas de los demás, pero debemos hacerlo como iguales, como gente que tiene algo que ofrecerles a cambio.

Nuestro primer presidente escribió: “Jesús, no el César.” En esto siguió a nuestros filósofos Chelcicky y Comenius. Me atrevo a decir que incluso podríamos difundir esta idea e introducir un nuevo elemento en la política europea y mundial. Nuestro país, si eso es lo que deseamos, puede irradiar constantemente amor, comprensión, el poder del espíritu y de las ideas. Es precisamente este brillo lo que podremos ofrecer como nuestra contribución específica a la política internacional.

Masaryk basó su política en la moralidad. Intentemos en un nuevo tiempo y de una nueva manera restaurar este concepto de política. Aprendamos y enseñemos a otros que la política debería ser una expresión del deseo de contribuir a la felicidad de la comunidad más que de una necesidad de engañarla o arruinarla. Aprendamos y enseñemos a otros que la política puede ser no sólo el arte de lo posible, especialmente si eso significa el arte de la especulación, cálculo, intriga, pactos secretos y maniobras pragmáticas, sino que incluso puede ser el arte de lo imposible, es decir, el arte de mejorarnos y mejorar el mundo.»

ARISTÓTELES: dimensión educativa de las leyes

«Si de estas cosas, y de las virtudes, y de la amistad y del placer, hemos hablado ya suficientemente en términos generales, ¿hemos de creer que el tema que nos habíamos propuesto ha llegado a su fin, o como suele decirse, cuando se trata de cosas prácticas el fin no es haberlas considerado todas y conocerlas, sino más bien hacerlas? Entonces tampoco, tratándose de la virtud, basta con conocerla, sino que se ha de procurar tenerla y practicarla, o conseguir cualquier otro medio de llegar a ser buenos. Ciertamente, si los razonamientos bastaran para hacer buenos a los hombres, reportarían justamente muchas grandes renumeraciones, como dice Teognis, y sería preciso procurárselos; pero, de hecho, si bien parece que tienen fuerza suficiente para exhortar y estimular a los jóvenes generosos y para infundir el entusiasmo por la virtud en un carácter noble y verdaderamente amante de la bondad, resultan incapaces de excitar a la bondad y a la nobleza al vulgo, que de un modo natural no obedece por pudor, sino por miedo, ni se aparta de lo que es vil por vergüenza, sino por temor al castigo. Como la mayor parte de los hombres viven a merced de sus pasiones, persiguen los placeres que les son propios y los medios que a ellos conducen y huyen de los dolores contrarios; y de lo que es hermoso y verdaderamente agradable ni siquiera tienen noción, no habiéndolo probado nunca. A tales hombres, ¿qué razonamiento podrá reformarlos? No es posible, o no es fácil, desarraigar por la razón lo que de antiguo está arraigado en el carácter, y probablemente debemos darnos por afortunados si, reunidas todas las condiciones que parecen necesarias para que lleguemos a ser buenos, conseguíamos participar de la virtud.

El llegar a ser buenos piensan algunos que es obra de la naturaleza, otros que del hábito, otros que de la instrucción. En cuanto a la naturaleza, es evidente que no está en nuestra mano, sino que por alguna causa divina sólo la poseen los verdaderos afortunados; el razonamiento y la instrucción quizá no tienen fuerza en todos los casos, sino que requieren que el alma del discípulo haya sido

trabajada de antemano por los hábitos, como tierra destinada a alimentar la semilla, para deleitarse y aborrecer debidamente, pues el que vive según sus pasiones no prestará oídos a la razón que intente disuadirle, ni aun la comprenderá, y ¿cómo persuadir a que cambie al que tiene esta disposición? En general, la pasión parece ceder ante el razonamiento, sino ante la fuerza. Es preciso, por tanto, que el carácter sea de antemano apropiado de alguna manera para la virtud, y ame lo noble y rehúya lo vergonzoso.

Pero es difícil encontrar desde joven la dirección recta para la virtud si no se ha educado uno bajo tales leyes, porque la vida templada y firme no es agradable al vulgo, y menos a los jóvenes. Por esta razón es preciso que la educación y las costumbres estén reguladas por leyes, y así no serán penosas, habiéndose hecho habituales. Y no basta seguramente haber tenido la educación y vigilancia adecuadas en la juventud, sino que es preciso en la madurez practicar lo que antes se aprendió, y acostumbrarse a ello, también para eso necesitamos leyes, y en general, para toda la vida, porque la mayor parte de los hombres obedecen más bien a la necesidad que a la razón, y a los castigos que a la bondad. Por eso piensan algunos que los legisladores deben invitar y exhortar a la práctica de la virtud por amor del bien, en la seguridad de que atenderán sus exhortaciones los que están adelantados en la formación de buenos hábitos; imponer castigos y correcciones a los desobedientes y sin disposición natural para el bien; y desterrar a los incurablemente miserables; pues el bueno y el que tiende en su vida a lo que es noble obecederá a la razón, y el hombre vil que sólo aspira al placer debe ser castigado con el dolor, como un animal de yugo. Por eso dicen también que los dolores que se les inflijan han de ser tales que se opongan lo más posible a los placeres que ellos aman.»

CAPÍTULO IX

EL BIEN COMÚN

«Todos tenemos algo que dar. Así que si sabes leer, busca a alguien que no sepa. Si tienes un martillo, busca un clavo. Si no te sientes hambriento ni solitario ni agobiado por problemas, busca a alguien que lo esté.»

GEORGE BUSH.

1. NOCIÓN

La existencia humana aislada es inviable. Por eso existe la sociedad, un conjunto de personas cuya unidad se debe a un fin común: la ayuda mutua. El cuerpo social sostiene y ayuda a cada uno de sus miembros gracias a que cada uno de ellos se beneficia de esa ayuda y la presta.

Como todos deben colaborar en ese empeño, tal fin puede ser denominado bien común. «Muy bien dijo Platón que no hemos nacido para nosotros únicamente, sino que una parte de lo que somos se la debemos a nuestros padres, y otra a los amigos. Y según afirman los estoicos, todo cuanto produce la tierra fue creado para el uso de los hombres, y los hombres para los hombres, de forma que puedan servirse de provecho entre sí y a los demás. Por eso debemos promover la utilidad común con el mutuo intercambio de obligaciones, dando y recibiendo el fruto de nuestro trabajo y de nuestras facultades» (Cicerón).

El bien común equivale, con otras palabras, al conjunto de condiciones necesarias para que los hombres, las familias y las asociaciones puedan lograr su mayor desarrollo.

2. EL BIENESTAR MATERIAL

La primera conquista de una sociedad es el bienestar material. Por asegurar el alimento, el vestido y la vivienda, los hombres y los pueblos han luchado pacífica o dramáticamente todos los días de su historia. La lucha dramática alcanza sus momentos más tristes en la violencia de guerras y revoluciones. La lucha pacífica se ve recompensada en los grandes descubrimientos científicos.

Este bienestar es indispensable en razón de las exigencias biológicas y psicológicas del hombre: «El camino que llevo es a la ventura —dirá uno de los pícaros cervantinos—, y allí le daría fin donde hallase quien me diese lo necesario para pasar esta miserable vida.» Y Don Quijote aconseja a Sancho que «para ganar la voluntad del pueblo que gobiernas, entre otras has de hacer dos cosas: la una, ser buen criado con todos (...), y la otra, procurar la abundancia de los mantenimientos; que no hay cosa que más fatigue el corazón de los pobres que la hambre y la carestía».

Es importante entender que lo que se necesita no es tanto un conjunto suficiente de recursos corno la justa participación de todos los ciudadanos en ellos.

3. LA PAZ

El segundo elemento del bien común es la paz. No la individual sino la social. Concordia voluntaria más que impuesta. No obligada por el temor a la represión. Fruto de la voluntad espontánea de los hombres que persiguen un interés común. Porque sin paz, lo primero que se pierde es el equilibrio personal y social, y el hombre queda a merced del torbellino de la violencia o de las tensiones sociales.

Para las personas y para las sociedades, la libertad es quizá la primera condición de la paz. Grandes caudillos han llorado con toda su gente la independencia amenazada o perdida. Es legendario el llanto del último rey visigodo, contemplando la derrota ante los musulmanes. Y es realísima la escena en la que Moctezuma entrega su trono a Cortés con los ojos arrasados en lágrimas, en medio también de la tristeza del capitán y de los soldados españoles. Unos y otros eran hombres, y se daban cuenta —como ha señalado Madariaga— de la honda tragedia que supone para un hombre el tener que entregarse en manos de un extraño.

También los galos imploraron entre sollozos el auxilio de César contra los germanos. No podían soportar que Ariovisto, después de vencerles, les exigiera como rehenes los hijos de la primera nobleza, para aplicar en ellos los tormentos más monstruosos si algo no se hacía según su capricho. Son ejemplos históricos que, por desgracia, se encuentran en nuestra época multiplicados. En una de las biografías sobre Edith Stein se narra así el comienzo del salvaje genocidio nazi: «Una especie de glacial aliento de muerte se cierne sobre las calles de Alemania en la mañana del 9 de noviembre de 1938. Todos advierten que ha ocurrido algo que nunca debió ocurrir. De pronto, una mano asesina barre la pacífica existencia ciudadana de los judíos. Indefensos ciudadanos judíos son súbitamente expulsados a golpes de sus casas, y torturados. Sus comercios, demolidos y expropiados. Por todas partes arden las sinagogas. Todo alemán decente está horrorizado. Pero nadie se

atreve a protestar en alta voz, pues esa protesta sería ahogada al instante en sangre y muerte.»

El miedo es la primera forma de violencia y, por tanto, el primer atentado contra la paz. Donde reina el temor, la vida se encoge. Se ha señalado agudamente que el indicador más exacto del grado de abuso de poder político no sería la pregunta ¿qué puedo hacer?, sino justamente la contraria: ¿qué me pueden hacer?

Por el miedo gobierna Creonte exigiendo obediencia «en las cosas pequeñas y en las justas, y en las que no son ni pequeñas ni justas». Pero ha de oír de su propio hijo estas palabras: «Tu aspecto infunde tanto terror que ningún ciudadano se atreve a decirte nada que no te guste oír» (Antígona, Sófocles).

Vaclav Havel, primer presidente checoslovaco después de la caída del régimen comunista, describe el totalitarismo marxista como «un poder que universaliza el control, la represión y el miedo; un poder que estataliza y, por tanto, deshumaniza el pensamiento, la moral y la intimidad».

4. LOS VALORES

Sin embargo, parece que la paz y el bienestar no bastan:

«¡Qué hermoso es cuando hay sueño
dormir bien... y roncar como un sochantre...
y comer... y engordar... y qué desgracia
que esto sólo no baste!» (BÉCQUER)

La Declaración Universal de Derechos Humanos, aprobada y proclamada por la ONU en 1948, dice en su artículo 18: «Toda persona tiene derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión.» En estas palabras se nos ha dado la clave de la insuficiencia que acusan la paz y el bienestar de cara a la consecución del bien común. Proclamar el derecho de toda persona a la libertad de pensamiento, conciencia y religión equivale a reconocer en la persona la capacidad de preguntar sobre el sentido de la vida. Y buscar el sentido de la vida es buscar la plenitud: algo a lo que nadie quiere renunciar.

Naturalmente, las respuestas difícilmente se encontrarán en los códigos de circulación o en las recetas de cocina. La plenitud de la vida exige conocer la verdad sobre el hombre, y tener posibilidad de ponerla libremente en práctica. Es decir, exige la posibilidad de adherirse libremente a verdades radicales, algunas de las cuales pueden situarse al otro lado de la muerte, y a cuya luz se configura toda la conducta personal.

Puede suceder —y de hecho ha sucedido y sucede— que el hombre crea en un destino eterno que se decide en esta vida. En ese caso,

ningún acto humano resulta ya indiferente, y el tercer elemento del bien común —los valores— entra en juego con una importancia decisiva. Los valores son aquellas cualidades gracias a las cuales existen cosas y acciones buenas: una ley es buena porque protege el valor de la justicia. Sócrates fue bueno porque defendió el valor de la verdad por encima de todo. Y Pedro Crespo, el más famoso de los alcaldes de Zalamea, estaba dispuesto a sacrificar su hacienda y su vida por el rey, pero no su honor. Concedía a este valor más importancia que a todos sus bienes y que a su misma existencia.

La polémica sobre el valor de los valores ha estado siempre abierta, pero quizá ha sido nuestro siglo el más iconoclasta a la hora de quitarlos de en medio. ¿Con qué resultado? Las voces más autorizadas han reconocido que la ridiculización o la supresión de los valores ha exigido un alto precio: «catástrofes personales, violencia social y vidas perdidas y desperdiciadas». W. J. Bennett, después de exponer las lamentables cifras sobre suicidios, asesinatos, abortos y embarazos entre adolescentes, declaraba en 1990 que la situación de la juventud norteamericana era tan alarmante que requería «hablar abiertamente sobre el bien moral como una parte esencial de la vida social (...), porque los valores y la cultura no son cuestiones secundarias (...) sino más reales, más importantes y con más consecuencias sobre la vida de nuestros hijos (...). No lo olviden: no hay nada que determine tan poderosamente la conducta de un niño como sus pautas internas, sus creencias, su sentido de lo bueno y de lo malo».

Los hombres o las sociedades que arrinconan los valores, ponen el bienestar material como último fin de la existencia. Pero entones sienten lo mismo que el poeta: «¡Qué desgracia que esto sólo no baste!» Einstein, con una buena dosis de agudeza y atrevimiento, declaró en cierta ocasión que «el bienestar y la felicidad nunca me parecieron fines en sí mismos. Estoy más inclinado a comparar tales fines con las ambiciones de un cerdo». Y C. S. Lewis advierte que la devaluación de los valores rebaja también a las personas: «Hacemos hombres sin corazón y esperamos de ellos virtud e iniciativa. Nos reímos del honor y nos extrañamos de ver traidores entre nosotros. Castramos y exigimos a los castrados que sean fecundos.»

5. EL PERMISIVISMO

El respeto al bien común exige que las leyes sean conformes a esos valores. De ahí que, la llamada legislación perrnisiva, al querer ignorar esa orientación trascendente de todo acto humano, es profundamente contraria al bien común. «Es evidente —señala Cicerón— quelas leyes se hicieron para el bien de los ciudadanos y de los Estados, con vistas a la seguridad, tranquilidad y felicidad de las personas (...). Por eso es fácil entender que, al hacer aprobar por el pueblo decisiones perniciosas e injustas, los responsables quiebran sus promesas, desmienten sus declaraciones y hacen cualquier cosa menos leyes. Esto es muy claro, pues en la misma definición de ley están incluidos el propósito y la idea de elegir lo justo y lo verdadero.»

¿Qué se entiende por perrnisivismo y por legislación permisiva? Lo expone gráficamente un pedagogo de Washington. Imaginemos el patio de un colegio estadounidense, ocupado por quinientos niños que juegan despreocupados y felices. Si aplicarnos las estadísticas actuales a los próximos veinte años, el ambiente y las leyes permisivas provocarán en este grupo de niños lo que sigue:

— El 100 por 100 serán activamente inducidos alguna vez a probar la droga en el colegio o en la Universidad.

— El 10 por 100, por lo menos, tendrán serios problemas de adicción al alcohol o a la droga.

— Del 10 al 20 por 100 sufrirán graves problemas psicológicos, especialmente depresiones clínicas.

— De los adictos a la droga o con problemas psicológicos, unos pocos se suicidarán.

— El 60 por 100 abandonarán por completo la práctica religiosa.

— El 100 por 100 estarán expuestos a la pornografía, que contará con una extensa aceptación social, con sus respectivas consecuencias sobre el respeto al sexo contrario y la fidelidad matrimonial.

— El 50 por 100, la mitad de los quinientos niños, se divorciarán antes de cumplir los treinta años. (James B. STENSON, Preparing for peer pressure. A guide for parents with young children, N. Y., 1988.)

6. DEBERES RESPECTO AL BIEN COMÚN

El bien común no se opone al bien particular, precisamente porque beneficia a todos los miembros de la sociedad. En este sentido se puede entender como bien común lo que permite que cada ciudadano pueda poseer personalmente un cierto bien privado. Ello lleva consigo, como condición necesaria, que cada cual respete los derechos que tienen los demás. Por ejemplo, es antigua la prohibición de abrir puertas o ventanas en la muralla, a los propietarios de casas adosadas a ella. Podía ser bueno para ellos, pero comprometía la seguridad de toda la ciudad, y también la propia. Las leyes, como la muralla que protege a todos, deben ser respetadas por todos si se quiere lograr el bien común.

Hay algo más. La dignidad de la persona queda realzada en el deber de colaborar al bien común. A diferencia del animal, el hombre posee la capacidad de abrirse a lo común. Por eso, cuando antepone constantemente el bien privado, se asemeja al animal y traiciona su condición de persona. Pensar lo contrario es tanto como pensar que el desarrollo humano debe apoyarse en el egoísmo.

Edith Stein cuenta en sus memorias cómo se puso al servicio de la Cruz Roja cuando la Primera Guerra Mundial interrumpió sus estudios universitarios: «Ahora mi vida no me pertenece, me dije a mí misma. Todas mis energías están al servicio del gran acontecimiento. Cuando termine la guerra, si es que vivo todavía, podré pensar de nuevo en mis asuntos personales.»

Las responsabilidades frente al bien común no son iguales en todos los ciudadanos. Es mala la borrachera de un muchacho que viaja en un autobús, pero no tiene la misma trascendencia que la borrachera del conductor. De forma parecida, los hombres más conocidos de un país —políticos, artistas, intelectuales, deportistas de elite, etc.— handeser íntegros, pues constituyen una minoría de prestigio cuya conducta tiende a ser imitada.

El ejemplo de esas minorías tiene un poderoso efecto multiplicador, que ya era conocido mucho antes de la existencia de los grandes medios de difusión. Así lo advertía Cicerón: «Lopeor de las personas importantes no es que sean viciosas —aunque eso ya es un mal serio —, sino que tengan tantos imitadores. Pues basta con recorrer la Historia para ver que tal como fueron los principales ciudadanos de una república, así fue esa república, y los cambios que los grandes introdujeron en sus costumbres no tardaron en ser adoptados por el pueblo (...). Por eso los grandes, cuando tienen vicios, resultan particularmente perniciosos para el Estado (...), pues además de estar corrompidos, corrompen a los demás.»

La responsabilidad de los ciudadanos respecto al bien común tiene dos vertientes. Por una parte, es un deber primordial intervenir, según las propias posibilidades, en las distintas esferas de la vida pública. Cuando se olvida este deber surgen el desinterés hacia lo que es de todos, el abstencionismo electoral, el fraude fiscal, la crítica estéril de la autoridad, y la defensa egoísta de los privilegios a costa del interés general. Es de nuevo Cicerón quien denuncia que «hay algunos que por dedicarse sólo a sus negocios o por ser insociables, se aislan alegando que no hacen mal a nadie. No se dan cuenta de la injusticia que comenten al desentenderse de la sociedad y no emplear en su servicio ni su atención, ni su trabajo, ni sus cualidades».

La actitud contraria aparece en estas palabras: «Todas las pequeñas bonificaciones que nos proporcionaba nuestro carné de estudiantes -rebajas para el teatro, conciertos y cosas semejantes- las veía yo como un cuidado amoroso del Estado para con sus hijos predilectos, y despertaban en mí el deseo de corresponder más tarde con agradecimiento al pueblo y al Estado, mediante el ejercicio de mi profesión. Yo me indignaba por la indiferencia con que la mayoría de mis compañeros reaccionaban ante las cuestiones sociales. Parte de ellos no hacían otra cosa en los primeros semestres que ir tras los placeres. A otros sólo les preocupaba lo que necesitaban para pasar el examen y más tarde asegurarse el pesebre» (Edith Stein).

Por otra parte, los ciudadanos, en la medida de sus facultades, han de dar a sus bienes y actividades un sentido social. Con palabras de la citada Declaración de la ONU: «Toda persona tiene deberes

respecto a la comunidad puesto que sólo en ella puede desarrollar libre y plenamente su personalidad» (art. 29.1). Se abre así el gran campo de las actividades culturales, benéficas, científicas, asistenciales, deportivas, etc., con sentido social, y promovidas por la iniciativa de los ciudadanos.

El hombre no podría vivir fuera de la sociedad, y por ello es una obligación de justicia colaborar en la configuración social, aportando para ello las propias capacidades personales, que sólo dentro de la sociedad hemos podido adquirir y desarrollar.

Por último, no hay que olvidar la función social de la propiedad. Los bienes poseídos, en cuanto sobrepasan a la digna sustentación del propietario, deben destinarse por éste a actividades en favor de los demás. De lo contrario, es fácil caer en el uso injusto de las riquezas.

ONU: Declaración universal de derechos humanos

«Artículo 1.	Todos los seres humanos nacen libres e ig
Artículo 3.	Todo individuo tiene derecho a la vida, a
Artículo 4.	Nadie estará sometido a esclavitud ni a se
Artículo 5.	Nadie será sometido a torturas ni a penas
Artículo 12.	Nadie será objeto de injerencias arbitraria
Artículo 14.	1. En caso de persecución, toda persona t
Artículo 16.	3. La familia es el elemento natural y fun
Artículo 17.	l. Toda persona tiene derecho a la propie
Artículo 18.	Toda persona tiene derecho a la libertad
Artículo 19.	Todo individuo tiene derecho a la liberta
Artículo 22.	Toda persona, como miembro de la socie
Artículo 23.	l. Toda persona tiene derecho al trabajo,
Artículo 24.	Toda persona tiene derecho al descanso,
Artículo 25.	1. Toda persona tiene derecho a un nivel
Artículo 26.	1. Toda persona tiene derecho a la educa
Artículo 29.	1. Toda persona tiene deberes respecto a

MIGUEL DELIBES: el mundo en la agonía

«Esto, señores académicos, es quizá, lo que yo intuía vagamente, al escribir la novela El camino en 1949 cuando Daniel, mi pequeño héroe, se resistía a integrarse en una sociedad despersonalizadora, pretendidamente progresista, pero en el fondo, de una mezquindad irrisoria. Y esta intuición, señores académicos, cuyos principios, auténticamente revolucionarios, acaban de ser formulados por un plantel respetable de sabios humanistas, es lo que indujo a algunos comentaristas a tachar de reaccionaria mi postura. Han sido suficientes cinco lustros para demostrar lo contrario, esto es, que el verdadero progresismo no estriba en un desarrollo ilimitado y competitivo, ni en fabricar cada día más cosas, ni en inventar necesidades al hombre, ni en destruir la naturaleza, ni en sostener a un tercio de la humanidad en el delirio del despilfarro mientras los otros dos tercios se mueren de hambre, sino en racionalizar la utilización de la técnica, facilitar el acceso de toda la comunidad a lo necesario, revitalizar los valores humanos, hoy en crisis, y establecer las relaciones hombre-naturaleza en un plano de concordia.

¿Es serio afirmar que la actual orientación del progreso es la congruente? Si progresar, de acuerdo con el diccionario, es hacer adelantamiento en una materia, lo procedente es analizar si estos adelantamientos en una materia implican un retroceso en otras y valorar en qué medida lo que se avanza justifica lo que se sacrifica. El hombre, ciertamente, ha llegado a la Luna pero en su organización político-social continúa anclado en una ardua disyuntiva: la explotación del hombre por el hombre o la anulación del individuo por el Estado. En este sentido no hemos avanzado un paso. (...) Así, quede bien claro que cuando a lo largo de mis palabras de esta noche yo me refiera al progreso para ponerlo en tela de juicio o recusarlo, no es al progreso estabilizador y humano —y, en consecuencia, deseable— al queme refiero, sino al sentido que se obstinan en imprimir al progreso las sociedades llamadas civilizadas.

Los carriles del progreso se montan, pues, sobre la idea del provecho, o lo que es lo mismo, del bienestar. Pero, ¿en qué consiste el bienestar? ¿Qué entiende el hombre contemporáneo por «estar bien»? En la respuesta a estas interrogantes no es fácil el acuerdo. Ello nos desplazaría, por otra parte, a ese otro complejo problema de la ocupación del ocio. Lo que no se presta a discusión es que el «estar bien» para los actuales rectores del mundo y para la mayor parte de los humanos, consiste, tanto a nivel comunitario como a niveles individuales, en disponer de dinero para cosas. Sin dinero no hay cosas y sin cosas no es posible «estar bien» en nuestros días. El dinero se erige así en símbolo e ídolo de una civilización. El dinero se antepone a todo; llegado el caso, incluso al hombre. Con dinero se montan grandes factorías que producen cosas y con dinero se adquieren las cosas que producen esas grandes factorías. El hecho de que esas cosas sean necesarias o superfluas es accesorio. El juego consiste en producir y consumir, de tal modo que en la moderna civilización, no sólo se considera honesto sino inteligente, gastar uno en producir objetos superfluos y emplear noventa y nueve en persuadimos de que son necesarios.

Aceptando lo antedicho, no me parece gratuito afirmar que, salvo en unos millares de científicos y hombres sensibles repartidos por todo el mundo, el progreso se entiende hoy de manera análoga en todas partes. El desarrollo humano no es sino un proceso de decantación del materialismo sometido a una aceleración muy marcada en los últimos lustros. Al teocentrismo medieval y al antropocentrismo renacentista ha sucedido un objeto-centrismo que, al eliminar todo sentido de elevación en el hombre, le ha hecho caer en la abyección y la egolatría.

Desde que tuve la mala ocurrencia de ponerme a escribir, me ha movido una obsesión antiprogreso, no porque la máquina me parezca mala en sí, sino por el lugar en que la hemos colocado con respecto al hombre. Entonces, mis palabras de esta noche no son sino la coronación de un largo proceso que viene clamando contra la deshumanización progresiva de la sociedad y la agresión a la naturaleza, resultados, ambos, de una misma actitud: la entronización de las cosas.

Mis personajes no son, pues, asociales ni insolidarios, sino solitarios

a su pesar. Ellos declinan un progreso mecanizado y frío, es cierto, pero, simultáneamente, este progreso los rechaza a ellos, porque un progreso competitivo, donde impera la ley del más fuerte, dejará ineluctablemente en la cuneta a los viejos, los analfabetos, los tarados y los débiles. Y aunque un día llegue a ofrecerles un poco de piedad organizada, una ayuda —no ya en cuanto semejantes sino en cuanto perturbadores de su plácida digestión— siempre estará ausente de ella el calor. (...)

Estas víctimas de un desarrollo tecnológico implacable, buscan en vano un hombro donde apoyarse, un corazón amigo (...). Es este sentido moral lo único que se me ocurre oponer, como medida de urgencia, a un progreso cifrado en el constante aumento del nivel de vida. (...) Porque si la aventura del progreso, tal como hasta el día la hemos entendido, ha de traducirse inexorablemente en un aumento de la violencia y la incomunicación; de la autocracia y la desconfianza; de la injusticia y la prostitución de la naturaleza; del sentimiento competitivo y del refinamiento de la tortura; de la explotación del hombre por el hombre y la exaltación del dinero, en ese caso, yo, gritaría ahora mismo, con el protagonista de una conocida canción americana: “¡ Que paren la Tierra, quiero apearme!”.»

EDITH STEIN: bien particular y bien común

«La bomba del asesinato del rey de Servia estalló en medio de nuestra pacífica vida estudiantil. Aquel mes de julio estuvo transido por la pregunta: “¿Habrá una guerra europea?” Todo era como un presagio de que se estaba gestando una tormenta tenebrosa. Pero no podíamos hacemos a la idea de que iba a ser una realidad. Los que han crecido en la guerra o después de la guerra no pueden ni imaginarse aquella seguridad en la que creíamos vivir hasta 1914.

La paz, la tranquila posesión de los bienes, la estabilidad de las relaciones cotidianas, constituían para nosotros corno un inconmovible fundamento de la vida. Cuando, finalmente, percibirnos que se acercaba inexorablemente la tempestad, todos intentamos atisbar con claridad el proceso y el desenlace. Una cosa era segura: se trataba de una guerra distinta a las anteriores. Una destrucción tan horrorosa no podía durar mucho tiempo. En unos meses todo habría pasado.

“Ahora mi vida no me pertenece”, me dije a mí misma. “Todas mis energías están al servicio del gran acontecimiento. Cuando termine la guerra, si es que vivo todavía, podré pensar de nuevo en mis asuntos personales.”

Al día siguiente, domingo, fue la declaración de guerra. Rose vino a saludarme. Por ella supe que se preparaba un curso de enfermeras para estudiantes. Inmediatamente me inscribí, y a partir de ese momento iba todos los días al Hospital de Todos los Santos. Asistía a clases sobre cirugía y epidemias de guerra y aprendí a hacer vendajes y a poner inyecciones. También estaba en el curso mi antigua compañera Toni Hamburger y ambas competíamos para adquirir una buena formación. Nuestro manual de enfermera no me satisfacía. En casa eché mano del atlas de anatomía de Erna y sus gruesos manuales de medicina. Iba frecuentemente a la clínica de ginecología a verlas y para hacer prácticas de asistencia a partos. Se alegraban mucho de mi interés por su especialidad. Durante el

curso tuvimos que declarar si nos poníamos a disposición de la Cruz Roja, si solamente en el territorio de Breslau, si para la provincia o sin ningún límite (...).

Por parte de mi madre encontré una fuerte resistencia. Yo no le dije ni una palabra de que se trataba de un hospital de contagiosos. Ella sabía muy bien que no podría disuadirme con el argumento de que ponía en peligro mi vida. Por ello lo que me argumentó como medio para asustarme fue que los soldados venían del frente con la ropa llena de piojos y que de esto no tendría modo de defenderme. Realmente esto era un tormento al que yo tenía verdadero horror. Pero si los que estaban en las trincheras tenían que sufrir esto, ¿por qué habría de ser yo una privilegiada?

Como estos argumentos incisivos de mi madre no surtían efecto, me dijo con toda su energía: “No irás con mi consentimiento.” A lo cual yo repuse abiertamente: “En ese caso tendré que ir sin tu consentimiento.” Mis hermanas asintieron a mi dura respuesta. Mi madre no estaba acostumbrada a una resistencia semejante. Amo o Rosa le habían dirigido frecuentemente palabras mucho peores. Pero esto había sucedido en momentos de excitación en los que estaban fuera de sí y que se olvidaban inmediatamente. Pero en este caso la cosa era peor.»

CAPÍTULO X

EL SELLO DEL ARTISTA

Hombre soy: de breve duración

y es enorme la noche.

Pero miro hacia arriba: las estrellas escriben.

Sin entender comprendo:

soy también escritura

y en este mismo instante

alguien me deletrea.

OCTAVIO PAZ.

1. UNA CUESTIÓN INEVITABLE

¿Por qué pregunta el hombre sobre Dios? ¿Por qué no se contenta con lo que dicen y ofrecen las cosas de su entorno inmediato? Evidentemente, porque percibe que las cosas no se bastan a sí mismas: son relativas, limitadas, transitorias... ¿Cuál es la razón absoluta que las hace posibles?

Ni siquiera el agnóstico puede evitar esta pregunta. Stephen Hawking, después de proponer una explicación físicomatemática del Universo, reconoce que la ciencia, aunque explica lo que existe, es incapaz al mismo tiempo de contestar a la pregunta fundamental: ¿por qué el Universo se toma la molestia de existir?

Kant decía que Dios es el ser más difícil de conocer, pero también el más inevitable. Por eso, si no hubiera Dios, se haría necesario explicar cómo la mente humana ha podido crear tal noción. Porque Dios ha estado presente en la conciencia humana no sabemos cuántos miles de años antes de que llegase a la consideración de los primeros filósofos. Y no como el centauro o el gnomo: miles de millones de hombres no han dudado y no dudan en referir el nombre de Dios a un ser realmente existente.

Se podría pensar en un error colectivo, pero nadie acusaría de error a toda la humanidad sin una razón muy poderosa. Si se objeta que se trata de un consenso que no se apoya en un razonamiento lógico, se puede responder que quizá se apoye en algo más sólido que la lógica, pues una creencia que se mantiene en todo tipo de civilizaciones, estructuras sociales y niveles de cultura parece que nos habla de una ley psicológica de la naturaleza humana.

2. LO QUE SE DESPRENDE DE LA CONTINGENCIA

Pero lo que ahora nos interesa es saber si la afirmación «Dios existe» puede tener la solidez de una conclusión científicamente demostrada. Quizá la primera pregunta filosófica sea ¿por qué el ser, y no la nada? Parece evidente que si en algún momento del pasado no hubo nada, ahora tampoco habría nada, y tampoco lo habría en el futuro, pues de la nada no se obtiene nada. Por consiguiente, podemos asegurar que siempre ha existido algo.

Por otra parte, de los seres que existen no conocemos ninguno que se haya dado la existencia a sí mismo; todos, tanto los vivos como los inertes, son eslabones de una larga cadena de causa y efectos. Pero esa cadena ha de depender de una primera causa, pues pretender que un número infinito de causas pudiera dispensarnos de encontrar una primera, sería lo mismo que afirmar que un pincel puede pintar por sí solo con tal de tener un mango muy largo.

Algo parecido contestó aquel conferenciante hindú que explicaba el Universo como una inmensa superficie sostenida sobre cuatro elefantes. Le preguntaron dónde se apoyaban los elefantes, y contestó que cada uno lo hacía sobre otros cuatro. Como el auditorio no quedó satisfecho, surgió de nuevo la misma pregunta: dónde se apoyaban los dieciséis elefantes del segundo piso. El sabio hindú, decidido a zanjar la cuestión, dio una respuesta contundente: «todo lo que hay debajo del Universo son elefantes».

Lo cierto es que el Universo que nosotros conocemos —con elefantes o sin ellos— está integrado por un conjunto de seres que reciben la existencia y la conservan durante un tiempo. Seres que durante mucho tiempo no existieron, y que en un momento han dejado o dejarán de existir: son contingentes. Pero si este Universo nuestro no se da a sí mismo la existencia, debe haber algo más. Las tuberías contienen agua a condición de haberla recibido. Detrás del más complejo sistema de tuberías debe haber algo que no sea tubería: un depósito que contenga el agua por derecho propio. Pues

bien, detrás de todo el complejo Universo de seres contingentes debe haber un ser que exista por derecho propio y comunique a los demás la existencia.

El problema no se resuelve, como vimos, con un número infinito de seres, de igual forma que unas tuberías de longitud infinita no explicarían la existencia del agua que corre en su interior. Y si dijéramos que los seres simplemente existen y que no hay nada más que hablar sobre ello, entonces estaríamos diciendo —como señaló Hegel— que no se debe pensar.

Pensar significa apreciar que nada en el Universo es mudo, que todo alza la voz de la contingencia, que todas las cosas proclaman su origen con el rumor confuso expresado en ese verso insuperable: «un no sé qué que quedan balbuciendo».

Por tanto, cuando la razón se pregunta quién es Dios, encuentra una respuesta obligada: Dios es la causa de todo lo que es, la Causa Primera. «Se lo pregunté a la Tierra, y me dijo: “no, no soy yo”; y todas las demás cosas de la Tierra me dijeron lo mismo. Pregunté al mar y a sus abismos y a sus veloces reptiles, y me dijeron: “No, no somos tu Dios; búscale más arriba.” Pregunté a la brisa y al aire que respiramos y a los moradores del espacio, y el aire me dijo: “Anaxímenes se equivocó: yo no soy tu Dios.” Pregunté en el cielo al sol, a la luna y a las estrellas, y me respondieron: “No, tampoco somos nosotros el Dios que buscas.” Dije entonces a todas estas cosas que están fuera de mí: “Aunque vosotras no seáis Dios, decidme al menos algo de Él, decidme algo de mi Dios.” Y todas dijeron a grandes voces: “¡Él nos hizo!”». (San Agustín, Confesiones).

Es importante saber si la primera causa es algo o alguien. Si es capaz de conocer y querer, entonces nuestro Universo puede considerarse como algo concebido, querido y puesto en la existencia. Por el contrario, si el primer ser es irracional y ciego, entonces el Universo ha sido producido a trompicones sin sentido. Sin embargo, la realidad que vemos es tan increíblemente compleja y ordenada, que sólo parece haber sido capaz de causarla una mente inmensamente superior a la humana. La cooperación inconsciente de los seres materiales en la producción de un sistema cósmico estable no parece posible sin un ser inteligente que

coordine el conjunto. En vista de ello, «nadie debe ser tan arrogante como para admitir la presencia en sí mismo de la razón y de la inteligencia, y negarla en el cielo y en el mundo; o como para sostener que un Universo cuya complejidad casi supera el alcance de la más aguda razón no responde en su movimiento a ningún impulso racional» (Cicerón).

Se hace necesaria una precisión. Cuando hablamos de primera causa no sólo nos referimos a la prioridad temporal, sino también a la prioridad más radical: la ontológica. La causa primera es el ser. Los demás seres no son el ser, sino que lo tienen prestado, recibido de ella, y lo mantienen gracias a ella. La causa primera es la que en este mismo instante sostiene en la existencia a todos y cada uno de los seres que forman el cosmos, de manera semejante a como la actividad de la pluma que escribe estas palabras depende aquí y ahora de la actividad de mi mano, que a su vez depende aquí y ahora de mi voluntad.

Podemos concluir que esta argumentación es racionalmente válida para el que admita el problema que plantean los seres contingentes. Para el que no lo admita, bastará hacerle ver que también si uno rehúsa jugar al ajedrez es imposible que le ganen. O lo que decía Pascal: «para el que no quiere abrir los ojos, toda la luz del sol es poca». Lo explica Sheed con un ejemplo sugestivo: «Si vernos una americana colgada de una pared y no nos darnos cuenta de que está sostenida por un clavo, no vivimos en el mundo real, sino en un mundo fantástico que nosotros mismos hemos forjado, en el cual las americanas desafían las leyes de la gravedad y cuelgan de las paredes por su propio poder. De manera semejante, si vemos las cosas que existen y no vemos que Dios las sostiene en su existencia, vivimos igualmente en un mundo fantástico, no en el mundo real. Ver a Dios en todas partes y todas las cosas sostenidas por Él no es algo propio de santos, sino simplemente de hombres sensatos, porque Dios está en todas partes, y todas las cosas están sostenidas por Él. Lo que nosotros hagamos como consecuencia de esta verdad puede ser santidad; el verlo es simplemente sensatez, y nada más.»

Muchos filósofos han visto en la contingencia una debilidad existencial que necesita el fundamento sólido de un Ser Supremo. Y muchos han visto en ese Ser Necesario no simplemente la

conclusión de un razonamiento, sino algo más: el Ser máximamente perfecto y máximamente amable. Así lo entendieron los grandes filósofos medievales, influenciados por la teología cristiana. Pero no sólo ellos. Leibniz, exponente máximo del racionalismo, descubridor del frío y decisivo cálculo infinitesimal, al hablar del Ser Necesario asegura que «Dios quiere hacer a los hombres perfectamente felices, y para ello sólo quiere que le amen». Y todavía agrega que «sólo Dios puede hacer felices o desdichadas a las almas; ni nuestro sentido ni nuestro espíritu han gustado nunca nada que se aproxime a la felicidad que Dios prepara a los que le aman». Y añade algo que, en boca de un científico, resulta extraordinario: «no hay nada más perfecto que Dios, ni nada más encantador».

3. EL PRIMER ARGUMENTO RACIONAL

Sócrates fue condenado a muerte «porque no creía en los dioses de la ciudad», sino en un Dios superior, y «corrompía a los jóvenes» enseñándoles esta doctrina. ¿Qué pensaba Sócrates sobre Dios? En primer lugar no entendía cómo los dioses griegos podían tener los mismos vicios que los hombres. Pensaba, por el contrario, en un Dios parecido al de Anaxágoras: suprema inteligencia ordenadora.

Jenofonte nos ha transmitido el razonamiento de Sócrates en este punto: se trata de una argumentación que constituye la primera prueba racional de la existencia de Dios llegada hasta nosotros, fundamento de todas las posteriores. Consta de varios pasos:

1. Lo que no es fruto de azar, lo que ha sido constituido con un objetivo determinado, exige una inteligencia que lo haya producido con esa finalidad. Si observamos al hombre, vemos que sus órganos están coordinados con vistas al funcionamiento del conjunto: no pueden ser fruto de la casualidad sino obra de una inteligencia.

2. Contra este argumento se podría objetar que conocemos a los artífices de obras humanas, pero no vemos al creador del hombre por ningún sitio. Sin embargo, responde Sócrates, esta objeción carece de fundamento porque tampoco nuestra inteligencia se ve, y nadie se atreverá a afirmar por ello que no tenemos inteligencia y que hacemos todo por azar.

3. La conclusión socrática dice que el mundo y el hombre están constituidos de tal modo que exigen una causa inteligente para dar razón de ellos. Con su habitual ironía, Sócrates hacía notar que en el cuerpo del hombre están presentes pequeñas cantidades de todos los elementos naturales que componen el Universo. Siendo así, ¿cómo podríamos pretender los hombres habernos quedado con toda la inteligencia del mundo, negando que pueda existir ninguna

otra fuera de nosotros?

El Dios de Sócrates, como después sería la Idea de Bien en Platón, es inteligencia suprema que conoce todo, es causa ordenadora del Universo, y también es un Dios que ejerce su providencia de forma mucho más personal que el de los estoicos.

4. LA METÁFORA CARTESIANA

«Lo que entiendo por Dios es tan grande y eminente
que cuanto más atentamente lo considero
menos convencido estoy de que una cosa así
pueda proceder sólo de mí (...).
Pues aunque yo tenga la idea de substancia
en virtud de que yo mismo soy una substancia,
no podría tener la idea de una substancia infinita,
siendo yo finito,
si no la hubiera puesto en mí
una substancia verdaderamente infinita (...).
Por tanto(...) debe concluirse necesariamente que,
puesto que existo, y puesto que hay en mí
la idea de un ser sumamente perfecto (es decir, Dios),
la existencia de Dios está demostrada con toda evidencia
(...).
Y toda la fuerza del argumento consiste
en que reconozco que sería imposible
que yo tuviese la idea de Dios
si Dios no existiera realmente”.

DESCARTES (Meditaciones Metafísicas.)

La expresión que da título a este tema —el sello del Artista— la hemos tomado de Descartes. Pensaba él que un ser finito como el hombre no puede elaborar la idea de un ser infinito como Dios. Pero si de hecho esa idea está en mí, será porque el mismo Dios la ha infundido, a la manera del artista que marca con su sello la obra de arte.

La metáfora es más acertada de lo que Descartes sospechó. Su significado pleno aparece —como hemos visto— al considerar que hay seres en lugar de nada, y que esos seres no se han otorgado a sí mismos la existencia ni las leyes de su existencia.

5. OBJECIONES

Algunos filósofos modernos han hecho de la negación de Dios un postulado fundamental de sus doctrinas. Nos referimos, en concreto, a Marx y a Nietzsche. Pero ambos olvidan que sólo lo evidente tiene derecho al rango de postulado. Todo lo que no es evidente no puede ser punto de partida: ha de ser demostrado previamente. Por eso, decretar que «Dios ha muerto», y no tomarse la molestia de fundamentar ese juicio o de conocer y sopesar los argumentos contrarios, indica una buena dosis de arrogancia y de simpleza. «Si hubiera dioses, ¿cómo soportaría yo no ser un Dios? Por consiguiente, no hay dioses.» Estas palabras de Nietzsche rezuman el más puro de los voluntarismos —la realidad es lo que uno quiere que sea—, pero todo voluntarismo puro, al no dejar espacio a la razón, es también un puro irracionalismo.

Dejando aparte estos dos casos, las mayores y casi únicas objeciones a la existencia de Dios han sido presentadas como razones científicas por el materialismo moderno. Tres son las versiones de este materialismo:

— Mecanicismo: la naturaleza sólo debe ser explicada en términos de acciones mecánicas y de fuerzas materiales.

— Positivismo: Sólo puede haber ciencia de lo empírico, es decir, de lo que es sensible y cuantificable.

— Evolucionismo radical: La vida y el hombre han surgido de la materia por azar.

Frente a este reduccionismo que decapita la verdad se han alzado innumerables voces. Husserl y Max Scheler manifestaron abiertamente que si sólo podemos conocer lo sensible, renunciamos

a las realidades más profundamente humanas: el amor, la libertad, la virtud, la alegría, la esperanza..., Dios. Ambos enseñan en Gotinga a principios de siglo, y logran un ambiente extraordinario en el que «se habla de Filosofía noche y día, en la mesa y en la calle, en todas partes». La más brillante de sus alumnas era una chica atea que escribe lo que sigue: «Con razón se nos inculcaba continuamente que debíamos mirar todas las cosas sin prejuicios, y arrojar toda clase de anteojeras. Las barreras de los prejuicios racionalistas, en las que me había criado, sin darme cuenta cayeron, y el mundo de la fe se presentó súbitamente ante mis ojos. En ese mundo vivían personas con las que yo trataba a diario y a las que admiraba. Tenían que ser, por lo menos, dignas de ser consideradas en serio.»

Sin ser un profesional de la Filosofía, Dostoievski advirtió también la insuficiencia de los planteamientos materialistas, pues él mismo sostuvo esas ideas en su juventud: «Tienen la ciencia, pero en la ciencia no hay más que lo que depende de los sentidos. El mundo espiritual, la mitad superior del ser humano, queda excluida por completo, eliminada con cierto entusiasmo, hasta con odio.»

Positivismo y Mecanicismo se ven reforzados por la aparición de la hipótesis evolucionista. No es que Darwin lo pretendiera, pero al sostener que «las especies no fueron creadas aisladamente» dio pie a la formación de un virulento grupo anticreacionista, que vio con evidente miopía contradicción entre la noción de creación y la «alternativa» evolucionista.

Se trata en los tres casos de rancios prejuicios decimonónicos que los grandes científicos han sabido evitar. Von Braun, el hombre que puso al hombre en la luna, nos dice que «cuanto más comprendemos la complejidad de la estructura atómica, la naturaleza de la vida, o el camino de las galaxias, tanto más encontramos nuevas razones para asombrarnos ante los esplendores de la creación divina».

Esa complejidad del Universo le parecía a Einstein milagro y eterno misterio, pues «a priori debería esperarse un mundo caótico, que no pudiera en modo alguno ser comprendido por el pensamiento». Y añade, como certero diagnóstico, que «aquí se encuentra el punto débil de los positivistas y de los ateos profesionales».

No son declaraciones aisladas. Heisemberg, a su paso por Madrid en 1969, declaró a la prensa: «Creo que Dios existe y que de Él viene todo. El orden y la armonía de las partículas atómicas tienen que haber sido impuestos por alguien.» Y Max Planck será más explícito aún: «En todas partes, y por lejos que dirijamos nuestra mirada, no solamente no encontramos ninguna contradicción entre religión y ciencia, sino precisamente pleno acuerdo en puntos decisivos.»

La revista Time, al comenzar la década de los ochenta, comentaba con asombro la multiplicación de este tipo de testimonios cualificados: «a través de una callada revolución que se está desarrollando en el pensamiento y en la argumentación —una revolución impensable hace veinte años—, Dios está preparando su regreso».

Sin embargo, es claro que en el reconocimiento de la existencia de Dios no sólo pesan razones intelectuales. De hecho, la voluntad puede resistirse a la verdad demostrada o probable. Sancho Panza, reflexionando sobre la quijotesca idealización de Dulcinea, observa agudamente que el amor es capaz de convertir las legañas en perlas. Y el refranero castellano afirma que no hay peor sordo que el que no quiere oír. La inteligencia, en efecto, encuentra la verdad, pero el hombre es libre para aceptarla. Y, a la hora de escoger, la voluntad puede tener sus propias razones de conveniencia: «—Cuando bebía, oía poco. Después dejé de beber y oía bien. Pero oír bien no me gustaba tanto como el whisky.»

Lo dicho explica que cuando el ateísmo aparece en un gran científico, su causa no suele ser científica: más bien se presenta como una posición voluntaria con dudoso fundamento intelectual. Jean Rostand, toda una personalidad en el campo de la Biología, con una inteligencia muy fuera de lo común, declaraba en 1973 que todos los días se planteaba el tema de la fe. «He dicho que no. He dicho no a Dios —por decirlo brutalmente—, pero en cada momento la cuestión vuelve a presentarse. Por ejemplo, cuando se habla del azar. Yo me digo: no puede ser el azar el que combina los átomos. Entonces, ¿qué? (...). Estoy obsesionado; digamos que obsesionado si no por Dios, al menos por el no-Dios. No es un ateísmo sereno, ni jubiloso, ni contento. No. Ni me satisface ni me llena. Es algo vivo, siempre al rojo vivo: una llaga que se abre sin

cesar.»

Unas palabras sobre Sartre. El padre del existencialismo ateo experimenta pesadamente la contingencia propia y de lo que le rodea. «La existencia es, por definición, lo no necesario. Existir significa simplemente “estar ahí”. Lo que existe es algo con lo que uno se encuentra, pero que no se deja nunca deducir.» Hasta aquí, la constatación que hace Sartre tiene muchos siglos de vigencia. Sin embargo, su conclusión va a ser sorprendente: la contingencia le lleva a decir que «todo es absurdo: el parque, la ciudad, yo mismo. Si te percatas de ello, se te revuelve el estómago y todo empieza a flotar: ahí está la náusea». J. Pieper responde a Sartre que nadie en el mundo podría llevar una vida consecuente con la idea del absurdo absoluto. Si todo es absurdo, ¿cómo puede hablar Sartre de libertad, justicia y responsabilidad? Además, si el mundo fuera absurdo no habría motivo para nada, ni posibilidad de argumentar nada: ni siquiera la no existencia de Dios.

Afortunadamente, Sartre no pudo mantener el absurdo hasta el final. Poco antes de su muerte, Le Nouvel Observateur recogió estas palabras suyas: «No me percibo a mí mismo como producto del azar, corno una mota de polvo en el Universo, sino corno alguien que ha sido esperado, preparado, prefigurado. En resumen, como un ser que sólo un Creador ha podido colocar aquí; y esta idea de una mano creadora hace referencia a Dios.»

Breve conclusión: la existencia de Dios es la más grande de las cuestiones filosóficas. No por su complejidad, sino por presentarse ante el hombre con un carácter radicalmente comprometedor. Dios, aunque puede ser considerado como una idea, no es en absoluto un producto del pensamiento humano. Dios es el dueño y señor de todo lo que existe. Cuando C. S. Lewis, ateo, pensaba en la existencia de Dios como si se tratara de un inofensivo problema intelectual, llegó un momento —confiesa— enque «el teorema filosófico aceptado cerebralmente, empezó a agitarse y a levantarse; se quitó el sudario, se puso en pie y se convirtió en una presencia viva. No se me volvería a permitir jugar con la Filosofía».

TATIANA GORICHEVA: mi conversión

«Si alguien me pregunta qué significa para mí el retorno a Dios, qué es lo que esa conversión me ha hecho patente y cómo ha cambiado mi vida, puedo contestarle con toda sencillez y brevedad: lo significa todo. Todo ha cambiado en mí y a mi alrededor. Y, para decirlo con mayor precisión aún: mi vida empezó sólo después de haber encontrado a Dios.

Para las personas que hayan crecido en países occidentales no es fácil de entender. Son personas nacidas en un mundo en el que existen tradiciones y normas, aunque ya no sean totalmente estables. Esas personas han podido desarrollarse de una manera “normal”, leyendo los libros que han querido, eligiendo sus amigos y haciendo la carrera que han preferido. Han podido viajar a cualquier país. O han podido retirarse del mundo, bien para cuidarse amorosamente de su familia, para encerrarse en un monasterio o para dedicarse a la ciencia, eligiendo para ello su lugar preferido.

Yo he nacido, por el contrario, en un país en el que los valores tradicionales de cultura, religión y moral han sido arrancados de raíz de una manera intencionada y con éxito; yo no vengo de ninguna parte y a ninguna parte voy: he carecido de raíces y he tenido que encaminarme hacia un futuro vacío y absurdo. En mi adolescencia tuve una amiga que se quitó la vida a los quince años, porque no pudo soportar todo lo que la rodeaba. Al morir dejó escrita una nota que decía “soy una persona muy mala”, cuando en realidad era una criatura de corazón extraordinariamente puro, que no podía tolerar la mentira y que no pudo mentirse a sí misma. Aquella muchacha se quitó la vida porque descubrió que no vivía como hubiera debido hacerlo y porque de alguna manera había que romper el vacío que a uno le rodeaba y encontrar la luz. Pero ella no encontró ese camino. Mi amiga era una persona demasiado profunda y extraordinariamente consciente para su edad, y comprendió que también ella tenía en todo una responsabilidad y

culpa. Hoy, a los veinte años de su muerte, yo puedo expresarlo en un lenguaje cristiano: mi amiga había descubierto su condición de pecadora. Había descubierto una verdad fundamental, a saber: que el hombre es débil e imperfecto; pero no descubrió la otra verdad, que aún es más importante: la de que Dios puede salvar al hombre, arrancarlo de su condición de caído y sacarlo de las tinieblas más impenetrables. De esa esperanza nadie le había dicho nada, y murió oprimida por la desesperación.

Personalmente no podía compararme con mi amiga en sus dotes espirituales. Yo vivía como una bestezuela, acorralada y furiosa, sin erguirme jamás y levantar la cabeza, sin hacer intento alguno por comprender o decir algo. En las redacciones escolares escribía —como era deley— que amaba a mi patria, a Lenin y a mi madre; pero eso era pura y llanamente una mentira. Desde mi infancia odié todo lo que me rodeaba: odiaba a las personas con sus minúsculas preocupaciones y angustias; más aún, me repugnaban; odiaba a mis padres, que en nada se diferenciaban de todos los demás y que se habían convertido en mis progenitores por pura casualidad. Oh, sí, yo enloquecía de rabia al pensar que, sin deseo alguno de mi parte y de un momento totalmente absurdo, me habían traído al mundo. Odiaba hasta la naturaleza con su ritmo eternamente repetido y aburrido de verano, otoño, invierno...

Y en la escuela, por supuesto, sólo se fomentaban las cualidades externas y “combativas”. Se alababa a quien realizaba mejor un trabajo, al que podía saltar más alto, al que “se distinguía” por algo.

Con ello se reforzó aún más mi orgullo, que floreció plenamente. Mi meta fue entonces ser más inteligente, más capaz, más fuerte que los demás. Pero nadie me dijo nunca que el valor supremo de la vida no está en superar a los otros, en vencerlos, sino en amarlos. Amar hasta la muerte, como únicamente lo hiciera el Hijo del Hombre, al que nosotros todavía no conocíamos.

Entonces aspiraba ya a una vida “íntegra” y consecuente. Me sentía filósofa y dejé de engañarme a mí misma y a los demás. La verdad amarga, terrible y triste estaba para mí por encima de todo lo otro. Pese a lo cual mi existencia seguía tan desgarrada y contradictoria como antes. Yo sentía un gusto permanente por el contraste y el absurdo, por los imponderables de la vida. También alentaba en mí

el esteticismo. Por ejemplo, de día me gustaba mucho ser una alumna “brillante” y el orgullo de la Facultad de Filosofía, trataba con intelectuales sutiles, asistía a conferencias y coloquios científicos, hacía observaciones irónicas y sólo me daba por satisfecha con lo mejor en el aspecto intelectual. Por la tarde y por la noche, en cambio, me mantenía en compañía de marginados y de gente de los estratos más bajos, ladrones, alienados y drogadictos. Esa atmósfera sucia me encantaba. Nos emborrachábamos en bodegas y buhardillas.

Me invadió entonces una melancolía sin límites. Me atormentaban angustias incomprensibles y frías, de las que no lograba desembarazarme. A mis ojos me estaba volviendo loca. Ya ni siquiera tenía ganas de seguir viviendo.

¡Cuántos de mis amigos de entonces han caído víctimas de ese vacío horroroso y se han suicidado! Otros se han convertido en alcohólicos; algunos están en instituciones para enajenados... Todo parecía indicar que no teníamos esperanza alguna en la vida.

Pero el viento, que es el Espíritu Santo, “sopla donde quiere”. Otorga vida y resucita a los muertos. ¿Qué fue lo que me ocurrió entonces? Que nací de nuevo. En efecto, fue un segundo nacimiento lo que experimenté.»

MARTÍN DESCALZO: la sordera de Dios

«El otro día recibí una carta que me produjo una gran tristeza. Tristeza porque era anónima (su autora, contradictoriamente, me pedía ayuda y me quitaba toda posibilidad de dársela al cerrarme, además, su amistad, que implica, como mínimo, no ocultar el nombre y la mano que se tiende). Pero triste sobre todo porque dejaba ver lo mucho que aquella buena señora estaba sufriendo: hacía pocos meses que había muerto, casi repentinamente, su marido, y ella, no sólo no había logrado digerir esa muerte, sino que la estaba volviendo en un odio creciente a Dios y a toda su formación religiosa.

Se sentía estafada. ¿No le aseguraban que Dios protegía y amaba a los buenos, a los que le amaban? ¿No le habían contado mil veces que la oración todo lo puede? ¿Por qué Dios se había vuelto sordo ante sus gritos la primera vez en que realmente había clamado hacia Él? Y las promesas que algunos le daban ahora de que algún día le reencontraría, ¿no sería un cuento más para tranquilizarla? De otro modo, ¿por qué en su alma, lejos de crecer la pacificación, aumentaba de hora en hora la “certeza”, decía ella, de que detrás no hay nada, de que todo es una gigantesca fábula, de que la habían engañado como una niña desde que nació?

Me hubiera gustado poder charlar serenamente con esta señora. Averiguar, sobre todo, si estos desgarramientos venían del impacto de un golpe tremendo del que no se había repuesto y que le impedía hasta discurrir, o si eran fruto de un discurso sereno (y envenenado) de su alma. Pero toda esa posibilidad me la negaba al no firmar su carta y tampoco podía esperar, sensatamente, que en el corto espacio de un artículo yo contestara y tratara de curar cada una de “sus” heridas distintas sin duda de las de otras personas que hubieran pasado por un problema parecido.

Tal vez en esa conversación yo hubiera podido ser hasta un poquito duro con esa señora y decirle abiertamente que ese gran dolor podía

ser “su gran clarificación”, la hora en que descubriera que la educación que le dieron y el Evangelio que ella de hecho practicaba no eran, en realidad, un verdadero cristianismo, sino una variante de religiosidad egoísta y piadosa. Al parecer, su Dios era algo hecho para hacerla feliz a ella y no ella alguien destinada a servir a Dios. Su Dios era “bueno” en la medida que le concedía lo que ella deseaba, pero dejaba de serlo cuando señalaba un camino más empinado o estrecho. Tal vez hubiera podido aclararle que es cierto que la oración concede todo lo que se pide, siempre que se le pida a Dios que nos conceda lo que Él sabe que realmente necesitamos y que la gran plegaria no es la que logra que Dios quiera lo que yo quiero, sino que yo logre llegar a querer lo que quiere Dios. Amar a Dios porque nos resulta rentable es confundir a Dios con un buen negocio.

La fe en Dios, su amor, la confianza en Él son cosas bastante diferentes de lo que mucha gente cristiana piensa. Los verdaderos santos corno los auténticos amantes, vivieron el amor de Dios, pero sin pasarse toda la vida preguntándose cómo se lo iba Él a agradecer.

Sería interminable hablar de todo esto. Pero yo quiero concluir citando unos fragmentos de una carta de santo Tomás Moro, escrita en la Torre de Londres, cuando esperaba que, por su fidelidad a Dios y su conciencia, iban a cortarle dentro de muy pocos días la cabeza: “Aunque bien sé —dice a su hija— que mi miseria ha sido tan grande que merezco que Dios me deje resbalar, no puedo sino confiar en su bondad misericordiosa que, así corno su gracia, me ha fortalecido hasta aquí y ha hecho que mi corazón se conforme con la pérdida de todos mis bienes y mis tierras, y la vida también, antes que jurar contra mi conciencia. Nunca desconfiaré de Él, Meg; aunque me sienta desmayar, sí, aunque sintiera mi miedo a punto de arrojarme por la borda, recordaré cómo San Pedro, con una violenta ráfaga de viento, empezó a hundirse a causa de su fe desmayadiza, y haré como él hizo: llamar a Cristo y pedirle ayuda. Y espero que entonces extienda su santa mano hacia mí y, en el mar tempestuoso, me sostenga para no ahogarme. Sí, y si permite que aún vaya más lejos en el papel de Pedro y caiga del todo por el suelo y que jure y perjure también, aun así confiaré que su bondad echará sobre mí una tierna mirada llena de compasión, como hizo

con San Pedro, y me levante otra vez y confiese de nuevo la verdad de mi conciencia. Sé que sin culpa mía no dejará que me pierda. Me abandonaré, pues, con buena esperanza en Él por entero. Y, si permite que por mis faltas perezca, todavía entonces serviré como una alabanza de su justicia. Pero la verdad, Meg, confío en que su tierna compasión mantendrá mi pobre alma a salvo y hará que ensalce su misericordia.” “Nada puede ocurrir sino lo que Dios quiere. Y yo estoy muy seguro de que, sea lo que sea, por muy malo que parezca, será de verdad lo mejor.”

Ser cristiano es aceptar cosas como éstas, disparates como éstos. Saber que la hora de la oscuridad es la mejor hora para verle. Aceptar que un dolor, por espantoso que sea, puede ser el momento verdadero en que tenemos que demostrar si amamos a Dios o nos limitamos a utilizarle.»

CAPÍTULO XI

SENTIDO Y SINSENTIDO DE LA VIDA

«Hay que decir, y que lo sepan bien

los que viven aún bajo techado,

donde telas de araña se entretejen

para cazar, para agostar los sueños,

donde hay rincones

en que línea y línea se cortan

y sacrifican en fatales ángulos

su sed de infinitud,

que nosotros estamos

contentos, sí, contentos

del cielo alto, de sus variaciones,

de sus colores que prometen todo

lo que se necesita

para vivir por ello y no tenerlo.»

PEDRO SALINAS.

1. ESTOICISMO Y COMEDIA HUMANA

No hace falta mucha perspicacia para apreciar que la vida humana es problemática. Y que descubrir el sentido de la vida tiene mucho que ver con la solución de sus problemas. La filosofía estoica, una de las primeras en enfrentarse directamente al tema, redujo su magnitud a los términos de un simple finalismo universal. El Universo ha sido producido por un principio divino inmanente, un Logos profundamente racional, y todo sigue su ley de forma necesaria, también los acontecimientos más insignificantes.

En el contexto de este fatalismo poco se puede decir sobre la libertad del hombre. El estoico intenta una pirueta para salvarla: la libertad consiste en identificar los propios deseos con los del destino. Se trata de una libertad que consiste en la aceptación racional del hado. El ejemplo clásico fue el del perro atado a la parte posterior de un carro. Si quiere seguirlo, andará por propia voluntad lo mismo que andaría por necesidad. Y si no quiere seguirlo, se verá obligado a hacerlo. Lo mismo sucede en los hombres: aunque no quieran avanzar se verán obligados a llegar hasta donde haya sido establecido por el destino.

El Rey Lear, condenado a prisión con su hija Cordelia, pronuncia unas palabras que podrían ser el más genuino manifiesto del estoicismo. Nos revela en ellas su descubrimiento del secreto sentido estoico de la vida: que la libertad y la felicidad consisten en aceptar los acontecimientos decretados por la voluntad inapelable de los dioses: «¡A la prisión, ven, vamos! Allí cantaremos solos como pájaros enjaulados. Y cuando pidas que te bendiga, me arrodillaré e imploraré tu perdón. Así viviremos y cantaremos. Y rezaremos y contaremos viejos cuentos. Y nos reiremos de las mariposas de colores. Oiremos a los infelices referir las novedades de la corte, y comentaremos con ellos quién pierde, quién gana, quién asciende o quién cae. Y poseeremos el misterio de las cosas, como si fuésemos espías de los dioses. Y sobreviviremos entre los muros de nuestra prisión a las sectas y a los poderosos que a merced de la luna surgen

y sucumben.»

Esta libertad tan menguada sugiere también la alegoría teatral. Ya Séneca nos recuerda que somos actores de un drama escrito por el amo: él decide si nuestro papel ha de ser largo o breve, importante o humilde. A nosotros, actores, sólo nos corresponde interpretar bien el personaje adjudicado. La imagen teatral es tan apropiada que hará fortuna a lo largo de los siglos. Así traduce Quevedo a Epicteto y Focílides, en 1635: «No olvides que es comedia nuestra vida / y teatro de farsa el mundo todo / que muda el aparato por instantes, / yque todos en él somos farsantes; / acuérdate que Dios, de esta comedia / de argumento tan grande y tan difuso, / esautor que la hizo y la compuso.»

Aunque los estoicos hablan de providencia (pronoia), no están hablando de un Dios personal y trascendente. Más bien se trata de una providencia inmanente que coincida de forma panteísta con el Artífide inmanente o alma del mundo. Sólo la revolución filosófica que supone la revelación cristiana será capaz de entender por providencia el cuidado solícito del Creador por sus criaturas. Lo plasmó de forma insuperable Calderón de la Barca. Cuando empieza la representación de El Gran Teatro del Mundo, el Pobre se queja de su papel: «¿Por qué tengo que hacer yo / el pobre en esta comedia? / ¿Para mí ha de ser tragedia, / y para los otros no?» No entiende esa diferencia de trato con respecto al Rico y al Rey. ¿No está hecho de carne y hueso como ellos? ¿Por qué han recibido mejor papel < <no siendo su ser mejor»?

Pero el autor contesta que en cuestión de papeles no hay diferencias, en el fondo son «iguales éste y aquél» porque «en cualquier papel se gana, / que toda la vida humana / representaciones es». Precisamente al terminar la representación tendrá lugar el juicio exacto del autor, y su correspondiente galardón... o castigo. Pero antes la Muerte da el primer paso hacia la igualdad. Obsérvese el diálogo bellísimo entre el Mundo y la Hermosura:

M. ¿Qué has hecho tú?

H. La gala y hermosura.

M. ¿Que te entregue?

H. Perfecta una belleza.

M. Pues, ¿dónde está?

H. Quedó en la sepultura.

Y cuando al Rey le llega su hora, el Mundo le ordena que suelte la corona y olvide la majestad, para que «salga tu persona / desnuda de la farsa de la vida».

2. LA BUENA VIDA Y LA NOCIÓN DE BIEN

Nada es más interesante que vivir bien, pero la palabra bien no significa lo mismo para todos. A menudo y a lo largo de la Historia significa cosas contrarias como pacifismo y violencia, tolerancia e intolerancia, represión y libertad, nacionalismo y cosmopolitismo, o lo que siempre se ha entendido por honestidad y deshonestidad. Sin embargo, como a todo el mundo le gusta la buena vida, debemos preguntarnos qué es lo que hace que las cosas, las acciones y la vida sean buenas. Es decir, en qué consiste el bien.

Agradecemos a Epicuro la rapidez con la que nos responde que el bien es el placer, y el placer la ausencia de dolor físico y de perturbación anímica. Pero las cosas no son tan sencillas. Muchas acciones y conductas profundamente buenas no están libres de dolores ni de sorpresas y desasosiegos. Piénsese, por ejemplo, en la paciente tarea de educar a los hijos, y en tantos otros trabajos. ¿Acaso las llamas son un placer para el bombero? ¿Es malo su trabajo por no ser placentero?

El placer no es, de suyo, bueno ni malo. Es sólo placentero. Lo que se da es un uso bueno del placer y un uso o abuso malo. Por otra parte, muchas de las cuestiones más importantes de la vida son neutras respecto al placer: su bondad o maldad depende de otra instancia. ¿Qué hace bueno el diagnóstico de un médico? ¿Qué hace buenas la decisión de un árbitro y la sentencia de un juez? Sólo esto: la verdad.

Por eso obrar bien es obrar conforme a la verdad, conforme a lo que son las cosas, y el bien se define precisamente como lo que conviene a una cosa, lo que la perfecciona. Como es lógico, no todo lo que perfecciona a uno perfecciona a otros (comer hierba sienta bien a la vaca, no al hombre), pero esto no significa que el bien sea subjetivo: la necesidad del aire que respiramos o del agua que bebemos no es algo inventado, es una verdad independiente de nuestra opinión subjetiva. De modo similar, valores objetivos como la paz o la

justicia seguirán siendo valiosos para todos aunque un loco pueda negarlos.

Nadie en su sano juicio puede pensar que las nociones de bien y mal son propias de la educación infantil, orientada a conseguir la obediencia del niño a sus padres y profesores, a fin de evitar problemas de convivencia escolar o familiar.

El bien, como hemos visto, depende de lo que son las cosas. Por eso el bien del hombre nunca dependerá de su capricho, sino de su ser. Y, como la naturaleza humana es común a todos los individuos de la especie humana, existen bienes específicamente humanos, que perfeccionan a todo hombre, de cualquier tiempo y lugar. Pero se hace necesario saber qué es el hombre. ¿Podríamos conocer qué conducta nos hace buenos —se pregunta Platón—, desconociendo lo que somos nosotros mismos? ¿Podríamos sospechar en qué consiste la buena vida si no sabemos qué significa ser hombre?

Si el bien es lo que conviene y perfecciona, el animal lo alcanzará en el despliegue armónico de sus fuerzas vitales. Si el hombre sólo fuera biología, el desarrollo de sus funciones orgánicas llevaría necesariamente a la armonía de su vida. Pero una experiencia demasiado común confirma que la satisfacción de las necesidades biológicas es compatible con la infelicidad y el desequilibrio. En la persona hay, entonces, algo suprabiológico.

Es necesario repetir que se trata de una experiencia común a todo ser humano, incluido el lector de estas líneas. No estamos exponiendo una teoría sino un hecho constante de alcance universal. Tampoco es difícil comprender que esta situación es peligrosa y, en muchos casos, trágica. Sobran testimonios en este sentido. Decía Abderramán III: «He reinado más de cincuenta años, en victoria o paz. He sido amado por mis súbditos, temido por mis enemigos y respetado por mis aliados. Las riquezas y los honores, el poder y los placeres han aguardado mi llamada para acudir de inmediato. No existe terrena bendición que me haya sido esquiva. Con una vida así, he anotado diligentemente los días de pura y auténtica felicidad que he disfrutado: suman catorce.»

Este carácter universal de la insatisfacción humana lo formula Kant con precisión: «Dadle a un hombre todo lo que desea, e

inmediatamente pensará que ese todo ya no es todo.»

3. MÁS ALLÁ DEL RELATIVISMO

Cuando se quiere hablar del bien, de lo bueno, surge siempre la dificultad del relativismo: culturas que tienen o han tenido por buenos los sacrificios humanos, la esclavitud, la poligamia, etc. El relativismo es la eterna objeción a la pretensión de buscar racionalmente el contenido objetivo, no subjetivo, de la palabra «bueno».

Pero esta objeción desconoce que la discusión sobre la validez general del bien comenzó, precisamente, con el descubrimiento de estos hechos. Los griegos del siglo V antes de Cristo ya empezaron a juzgar admirables o absurdas las costumbres de los pueblos vecinos, y sus filósofos buscaron desde entonces una medida o regla con la que medir las distintas maneras de vivir y los distintos comportamientos. A esta norma o regla la llamaron fisis o naturaleza. Siguiendo el criterio de lo natural, encontraron, por ejemplo, que la costumbre de las jóvenes escitas que se cortaban un pecho resultaba peor que su contraria.

He aquí un inesperado ejemplo. Pero lo interesante es constatar que la búsqueda de una medida universalmente válida del buen o mal comportamiento brota precisamente de la diversidad de los sistemas morales. Una diversidad más aparente que real, apoyada en pocas diferencias que llaman la atención porque las coincidencias son abrumadoras: en todas las culturas existen deberes y derecho entre padres e hijos, se valora la gratitud y la lealtad, se desprecia la mentira, se defiende la vida, se aprecia el valor del guerrero y la imparcialidad del juez, etc.

El relativismo aduce que todos los hombres oyen y ven de la misma manera, pero no todos piensan igual sobre el bien. Sin embargo, la interpretación correcta de este hecho es contraria al relativismo. Los padres, los centros de enseñanza, los amigos, los medios de comunicación y la opinión pública no alteran la fisiología delojo, deloído, del paladar o del olfato (a nadie le aumentan o le

disminuyen las dioptrías por cambiar de amigos). En cambio, los factores enumerados sí que son capaces de colorear a su antojo nuestro modo de pensar y nuestro estilo de vida. En ese sentido, se dice que cada hombre es hijo de su tiempo, e incluso que cada niño es más hijo de su época que de sus padres.

Cuando el relativismo propone que cada hombre siga la moral dominante de la sociedad en que vive, hay que pensar que las cosas no son tan sencillas. Ciertas morales dominantes condenan y combaten a otras morales dominantes en otras sociedades. Si yo sigo esa norma, debo entonces procurar que otros hombres no vivan de acuerdo con su moral dominante. A esto se puede añadir la inexistencia, en muchas sociedades, de una moral dominante. En tales casos, cuando son varios los valores que coexisten en una sociedad pluralista, y ninguno es dominante, ¿por cuál debemos optar?

Para superar estas contradicciones el relativismo propone una segunda tesis: que cada uno siga su propio capricho y haga lo que le venga en gana. Esta tesis condena como represiva a toda moral, y exige que cada uno intente ser feliz como le parezca. Pero ser hombre no es tan sencillo como ser animal, pues la vida humana no se vive espontáneamente. «Haz lo que te guste» no responde a la cuestión «¿qué es lo que debe gustarme?». «Vive y deja vivir» no nos dice «cómo debemos vivir».

Además, la regla del propio gusto entra siempre en conflicto con los gustos de los demás porque «en yendo contra mi gusto / nada me parece justo». «Si cada uno se ocupa de sus gustos, y no existe una medida común que sitúe los intereses en una jerarquía, en un orden según su rango y urgencia, entonces no se puede superar la contraposición de intereses» (Spaemann). Sin embargo, a diario se establecen innumerables acuerdos gracias a que los interlocutores coinciden en la valoración de los intereses que están en discusión. «Si, por ejemplo, colisionan los derechos de fumadores y no fumadores que están en una misma habitación, y el conflicto se resuelve a favor de los no fumadores, eso no ocurre porque éstos sean mejores personas —cosa que con todo derecho discutirían los fumadores—, sino porque el valor que invocan los no fumadores tiene preferencia sobre el placer de fumar. Y el fumador se somete

incluso a este juicio aun cuando le desagrade, por la sencilla razón de que comprende que es así. Quien está dispuesto a aceptar esa manera de entender el valor que se opone a su inmediata satisfacción es capaz de lo que se llama una acción valiosa» (ibid.).

El descubrimiento del bien no es más que el esclarecimiento del contenido valioso de la realidad. La educación debe hacer al hombre capaz de no dejarse llevar, de conducir su vida de acuerdo con ese contenido valioso de la realidad que son los diversos intereses y valores objetivos.

4. MUERTE Y SENTIDO DE LA VIDA

(Chus murió en verano. Entonces decidí dedicarle la primera clase de Filosofía del nuevo curso. Éstas fueron, más o menos, las palabras de aquel día.)

El hombre es, para las diferentes ciencias, un animal racional, social, económico, histórico y hablador. Dicho de forma más cruda, pero no menos real: un trozo de carne capaz de moverse y hablar, trabajar, ponerse enfermo, comprar, pagar impuestos y poseer ciertos derechos y deberes, e incluso cierta buena o mala fama.

Y cuando el hombre muere, será para la Medicina un cuerpo con las funciones vitales paradas de forma irreversible. Y para el Derecho, una baja en el registro civil y un testamento. Probablemente para la Historia, nadie. Y para el periodista, una esquela. Su empresa pensará en un puesto de trabajo que hay que cubrir. Y las ingenierías no saben, no contestan.

La madre de aquel amigo mío murió cuando él tenía trece años. Él nunca pensó que su madre fuese ese conjunto de propiedades que acabamos de mencionar. Y es seguro que cuando un economista o un médico aman a su madre, no aman un paquete de músculos y huesos con número de identificación fiscal y baja tensión arterial.

De forma parecida, cuando uno se enamora, no se enamora de un trozo de carne, sino de una persona más o menos cariñosa y amable, alegre, inteligente y sacrificada. Pero resulta que la carne no es cariñosa, ni alegre, ni inteligente, ni amable. Esas cualidades están ahí, pero no son cualidades de la carne, de la misma manera que este libro no es cualidad ni propiedad de la mesa, y esta mesa tampoco es cualidad ni propiedad del suelo.

La carne tiene una serie de propiedades bien conocidas por la ciencia y los sentidos. Está compuesta por células, integradas a su vez por moléculas que son cadenas de carbono, hidrógeno, oxígeno

y nitrógeno. La física, la química, la biología y la medicina podrán hablarnos sobre esas estructuras moleculares y sus funciones, pero si tú amas a una persona alegre, la física no te podrá decir nada sobre la alegría o sobre el amor.

Es importante pensar con lógica. Y la lógica dice que todos los efectos son proporcionados a las causas. Si no ves al mirlo o a la tórtola que cantan ocultos en la espesura, ¿deberás pensar que canta el matorral? ¿Acaso creerás que la función clorofílica es capaz de semejante música? Y si alguien dice que sólo ve una cara que sonríe, pero no ve la alegría, podrás decirle que quizá ésta se oculte en la espesura de aquélla. Y añadirás que los pájaros no son cualidades de los árboles: si echas abajo el árbol, sus pájaros se irán con la música a otra parte. Este punto de vista siempre ha creado problemas a los dictadores, pues siempre se han enfrentado a la oposición de los que estaban dispuestos a que se les echara abajo el cuerpo, convencidos de que la vida no tiene punto final.

Aunque hay gente que piensa que la muerte acaba con todo, lo único cierto es que acaba con todo el cuerpo: se rompen las cadenas moleculares y se derrumba todo el edificio biológico. Es decir, lo que era «uñas, carne, sudor, vísceras, dientes», se convierte «en tierra, en polvo, en humo, en sombra, en nada». Pero el carácter de un hombre o de una mujer, sus cualidades, sus intenciones y sus afectos no pertenecen a sus uñas, a sus vísceras o a sus moléculas. Son realidades completamente diferentes. Por eso dice Quevedo:

No me aflige morir (...)

siento haber de dejar deshabitado

cuerpo que amante espíritu ha ceñido.

La expresión deshabitar un cuerpo es insuperable. Viene a decir que la muerte sobreviene cuando el espíritu abandona al cuerpo y lo deja vacío y deshabitado. Lorca, para referirse al cadáver de su amigo torero, escribe:

Estamos con un cuerpo presente que se esfuma, con una forma clara que tuvo ruiseñores.

La intuición del poeta llama ruiseñores a todas las cualidades insignes de Ignacio Sánchez Mejías, y le lleva a sospechar que la muerte no acaba con ellas:

Yo quiero que me enseñen dónde está la salida para este capitán atado por la muerte.

Un capitán atado no es un capitán muerto, y una muerte que ata no es una muerte que aniquila: es una muerte que cae como el telón sobre la escena de este gran teatro del mundo, y oculta al artista de los espectadores.

Hace años, cuando Aleixandre esperaba la muerte, Dámaso Alonso le animaba con palabras entrañables: «No tengas miedo, Vicente. Tú no has de sentir el choque de la bestia fría que te derribe: barco sobre el ancla, te bastará un pequeño impulso para empezar la gran navegación.» Dámaso hablaba de los muertos inmortales, y pensaba que ganamos la inmortalidad a través de la muerte, y que el cementerio es el huerto donde piadosamente sembramos a los muertos con esperanza de cosecha inmortal.

La gran pregunta de Antonio Machado era saber si ha de morir también el mundo mágico donde se guardan los recuerdos de los momentos más puros de la vida: el primer amor y todos los amores que llegaron al alma, aquella voz que nos rozó el corazón...:

¿Los yunques y crisoles de tu alma

trabajan para el polvo y para el viento?

El hombre se ve a sí mismo como algo muy superior a la materia, como un híbrido de carne y espíritu: dos componentes irreductibles que aparecen misteriosamente compenetrados. Los indios que mataron al primer caballo del pequeño ejército de Cortés quedaron maravillados al ver que el jinete, en lugar de morir, se separaba de su montura y salía corriendo ileso. Hasta entonces habían creído que caballo y caballero constituían un mismo animal, a la manera de los mitológicos centauros.

¿Pensamos nosotros que la muerte acaba con todo? ¿No vemos en el hombre una composición parecida a la del jinete con su montura? ¿No vemos un espíritu incorruptible que deja deshabitado un cuerpo corruptible? Entonces, tal vez nuestro modo de ver la realidad sea un poco primitivo, y quizá algún día nuestra inteligencia descubra su miopía y se percate de haber estado haciendo el indio.

Todo esto que hemos dicho sobre la muerte no es un discurso científico, y mucho menos un análisis técnico. Constituye más bien una reflexión filosófica, pues ya hemos visto que la ciencia y la técnica poco tienen que decir sobre la muerte: el gran interrogante que surge ante el fin de la vida no es contestado por la ciencia, y sin embargo, no renunciamos a encontrar la respuesta; al menos, tenemos derecho a buscarla; el derecho a preguntar, como Lorca, dónde está la salida para este capitán atado por la muerte.

La ciencia no tiene acceso a las tres experiencias más fuertes de la existencia humana: la experiencia del amor, del dolor y de la muerte. No hay explicación científica para el entusiasmo amoroso, ni para la tristeza abrumadora, ni para lo que pueda darse más allá de la vida. Y ante esas realidades ocultas a los sentidos, sólo le queda al hombre la decisión de traspasar los umbrales de la metafísica. Una decisión que suele estar provocada por la aparición de cualquiera de las tres experiencias mencionadas, en especial la muerte. Ella constituye la mayor provocación para la inteligencia, pues ella es el supremo escándalo de la vida. Sólo la muerte sabe plantear seriamente las preguntas fundamentales: quién soy; quién me ha puesto aquí; qué significa ser hombre; cómo debo vivir; qué debo esperar después. Y por eso se admite que la Filosofía es, en el

fondo, una meditación sobre la muerte.

5. ADOLESCENCIA Y SENTIDO DE LA VIDA

«A veces, mientras meriendo, pienso que el bocadillo podría ser un misil preparado para la total destrucción del mundo. La única manera de acabar con la gran amenaza es comérmelo. Después me pongo a estudiar y me distraigo por el vuelo de un gran reactor. Bueno, hay que confesar que el gran reactor suele ser una mosca. Me doy cuenta de que tengo que hacer los deberes, pero sé que me voy a volver a distraer y pongo en práctica un extraño recurso: pienso que el libro de Historia es una antigua pieza arqueológica, y que yo, el gran arqueólogo Joseph M. Alvaresmith, lo he encontrado en el interior de una Pirámide, y a través de él me entero de cosas vitales para la Humanidad.»

Esto lo escribía, hace ya tiempo..., uno de mis alumnos de trece años. Les propuse iniciar un ejercicio de redacción con las palabras «a veces pienso», y el resultado fue, como era de esperar, inesperado. «A veces pienso» fueron las palabras mágicas con las que muchos dieron rienda suelta a su fantasía; otros, a sus desvelos ecológicos o a sus temores nucleares. Bastantes expresaron la nostalgia de un mundo mejor. Algunos —pequeños filósofos— juzgaron con tristeza el claroscuro de la condición humana. En el polo opuesto, la despreocupación de los humoristas. Y, por último, las referencias numerosas al más allá, cargadas siempre de lirismo y esperanza.

«Me pregunto qué podré hacer cuando sea mayor. La respuesta no es fácil, pues todavía no asimilo bien el mundo en el que vivo. Quizá lo que más me guste sea tocar la guitarra, y mi meta sea llegar a ser concertista algún día, pero es muy difícil.» Ese «todavía no asimilo», a pesar de haber sido escrito por alguien que es casi un niño, parece que encierra la misma irónica clarividencia del «sólo sé que no sé nada» socrático..., salvando las distancias.

«A veces pienso en el negro futuro que tenernos preparado la actual generación de adolescentes: negro futuro bélico, negro futuro

económico, negro futuro al que implacablemente vamos a llegar.» Hemos caído en el catastrofismo. No era difícil predecirlo. Sin embargo, me parece que la postura es más cultural que vital. El pesimismo de estas palabras, y de otras que citaré adelante, puede explicarse por esa tendencia a lo radical que se da en la adolescencia. Tampoco debe ser ajena la influencia de los medios de comunicación, centrados con obsesiva frecuencia en la transmisión de un mundo enfermo.

«Alguna vez pienso que cuando me muera tendré miedo. Pero no un miedo normal, no. Un miedo especial, al pensar qué habrá detrás de esa nebulosa oscuridad.» Es elocuente ese «miedo especial», muy propio de quien mira a la muerte no como fin, sino corno exilio absoluto; un miedo interpretable corno respeto a lo desconocido.

«No sé si la vida es un continuo contraste de situaciones o si es que no puedo alcanzar realmente el sentido de ésta.» Su autor repetía curso, tenía catorce años y tendencia a seguir suspendiendo varias asignaturas. De ahí que la expresión magnífica de su desconcierto sea desconcertante. Ha visto la vida como contraste. Como sombra, ficción y sueño la vieron Calderón y tantos otros. Y al no encontrar su sentido surge la angustia.

Podemos seguir el mismo hilo con otro texto: «Yo me digo: por qué aborto, por qué pobreza, por qué delincuencia juvenil, por qué déficit público, por qué tanto cacique suelto.» En esencia, el interrogante es el mismo: el sentido de la vida, difícil de entrever en medio de una realidad adversa. Recordarnos el soliloquio patético del padre de Melibea: «¡Oh vida de congojas llena, de miserias acompañada; oh mundo, mundo!»

«A veces pienso en un mundo casi imposible pero bello: imposible porque el egoísmo en algunas personas domina por completo.» Y preguntaba Gabriel Marcel: «¿No tienes a veces la impresión de que vivimos..., si a esto se le puede llamar vivir..., en un mundo estropeado?»

Algunos se atreven a emitir juicios globales fulminantes: «A veces pienso que el mundo es una gran pelota manchada de sangre, en la que gobierna un rey llamado violencia.» «A veces lo que pienso es que este pequeño mundo está loco de remate.» Lo dicen sin saber

que coinciden con Shakespeare al considerar la vida como «un cuento narrado por un idiota con gran aparato, que nada significa». Tampoco saben que en La Celestina el mundo es visto como río de lágrimas, mar de miserias y laberinto de errores. Paul Valery, que no es ninguno de mis alumnos, explicaba esta penosa realidad comentando que «todos los políticos han leído la Historia, pero se diría que no la han leído más que para aprender el arte de reconstruir las catástrofes».

«A veces pienso que mi vida es como la de un río. No un afluente sino un río largo y caudaloso que atraviesa valles y ciudades con un único fin: poder llegar al gran espejo del Cielo, el inmenso y bello mar.» Frente al derrotismo, la visión serena de acento manriqueño (¿hubiera escrito así Jorge Manrique a los trece años?). Alguien podría llamarla idealista, pero es el padre del realismo quien dijo, en la Grecia clásica, que «proponer al hombre metas exclusivamente humanas es desconocer al hombre».

Ni todos son capaces de moverse entre ideas, ni a todos gusta adoptar el punto de vista de lo negativo. Y agradecemos que sea así. El humor, tan humano, tan español, había de tener cultivadores. «Pienso que tus labios son como dos montañas abruptas y escarpadas. Pienso que tus ojos son como dos luceros luminosos. Pienso que me gustaría ir de excursión contigo al monte, oh perro mío.» Lo firma un crío simpático, que había vivido en el campo la mayor parte de su corta vida.

«A veces pienso que llegará el día en que todo el mundo se comprenderá, aunque la verdad es que yo nunca había pensado esto hasta que ayer me mandaron esta redacción.» Podemos acabar aquí, sin olvidar un justísimo elogio a estos alumnos que sin querer han escrito una sorprendente antropología filosófica. Aletea en ellos —como entodo hombre— la nostalgia del bien, único sentido auténtico de la vida, y en eso también se muestran herederos del más universal de nuestros escritores, que escogió el título de Bueno para su inmortal Alonso Quijano.

CAPÍTULO XII

LA LEY NO ESCRITA

1. NOCIÓN Y ORIGEN

Las almas de los egipcios muertos se justificaban ante Osiris con esta confesión: «Traigo en mi corazón la verdad y la justicia, pues he arrancado de él todo mal. No he hecho sufrir a los hombres. No he tratado con los malos. No he cometido crímenes. No he hecho trabajar en mi provecho con abuso. No he maltratado a mis servidores. No he blasfemado de los dioses. No he privado al necesitado de lo necesario para la subsistencia. No he hecho llorar. No he matado ni mandado matar. No he tratado de aumentar mis propiedades por medios ilícitos, ni de apropiarme de los campos de otro. No he manipulado las pesas de la balanza. No he mentido. No he difamado. No he escuchado tras las puertas. No he cometido jamás adulterio. He sido siempre casto en la soledad. No he cometido con otros hombres pecados contra la naturaleza. No he faltado jamás al respeto debido a los dioses» (Libro de los Muertos, cap. 125).

Se aprecia en este texto esa característica que distingue al conocimiento del bien de cualquier otro conocimiento: compromete a la persona. En efecto, conocemos el bien no sólo como tal, sino como lo que debemos hacer. Y el mal, como lo que debemos evitar. Ese deber es una ley no escrita que descubrimos bajo la forma innegable de inclinación natural: por eso la llamamos Ley Natural.

Cicerón, hacia el 45 a. C., recoge en su tratado Las Leyes cómo se descubre y se plantea la Ley Natural en la filosofía griega y romana. Su exposición no puede ser más elocuente: «En opinión de los sabios más eminentes, hay una Ley Eterna que rige el Universo por medio de sabios mandatos y prohibiciones, y no procede de la inteligencia humana ni de la voluntad popular. También dicen que esta ley, que es la primera y la última, se identifica con la mente divina que obra racionalmente.»

«Por eso, aunque durante el reinado de Tarquino no había ninguna ley en Roma acerca del estupro, no diremos que el atentado de

Sexto Tarquino contra Lucrecia, hija de Tricipitino, no fue una violación de la Ley Eterna. Pues existía una razón derivada de la naturaleza de las cosas, incitando al bien y apartando del mal, que para llegar a ser ley no necesitó ser redactada por escrito, sino que fue tal desde su origen. Y su origen es tan antiguo como el de la mente divina. Por eso, la ley verdadera y esencial, la que manda y prohíbe legítimamente, es la recta razón del sumo Júpiter.»

«No hay nada más absurdo que creer que todas las leyes e instituciones son justas. ¿Acaso son justas las leyes de los tiranos? (...) Si el fundamento del Derecho lo constituyera la voluntad de los pueblos, las decisiones de sus jefes o las sentencias de los jueces, entonces el Derecho podría consistir en robar, cometer adulterio o falsificar testamentos, si tales acciones fueran aprobadas por votación o por aclamación popular.»

«Hay, por tanto, una distinción entre ley buena y ley mala, que sólo puede hacerse desde el criterio de la Naturaleza (...), pues ella nos dio la inteligencia que descubre la relación de lo honroso con la virtud, y lo deshonroso con el vicio. Pues habría que estar loco para creer que estas cosas proceden de la opinión, y no de la naturaleza.»

2. DEMOSTRACIÓN

Colón no inventó América, la descubrió. La Ley Natural tampoco es un invento de la cultura humana, es un descubrimiento que cada hombre realiza dentro de sí. De la misma manera que la inteligencia entiende la importancia de respirar para vivir, descubre también que hay comportamientos naturalmente buenos que deben seguirse por todo aquel que quiera \’ivir como persona.

Cualquier hombre aprecia espontáneamente que el respeto a los semejantes, cumplir las promesas, etc., son cosas buenas y deseables. Y que, por el contrario, el odio, la traición, la falsedad, etc., representan conductas detestables.

En realidad, la evidencia no necesita demostración. Por eso decía Aristóteles que si alguno dijese que se puede matar a la propia madre, no merece argumentos sino azotes.

Argumentos pidieron las hijas traidoras del Rey Lear. Después de engañar a su padre le quitan la corona y le expulsan del reino. Lear las maldice. Ellas le preguntan con cinismo por qué están obligadas a acogerle. Lear, al borde de la locura, sólo sabe responder: «¡Oh, no razonéis la necesidad!»

El punto de partida para entender la Ley Natural es advertir que se trata de una evidencia. Y es ésta: la razón no juzga como indiferentes todos los actos posibles, sino que, con independencia de las leyes humanas, emite juicios de obligación: debe hacerse esto, debe evitarse aquello. Juicios anteriores a la acción, que aparecen como una ley del obrar distinta muchas veces de las preferencias del sujeto. Así lo ha explicado Hervada en su Introducción Crítica al Derecho Natural. Kant lo expresó incomparablemente al decir que «hay dos cosas verdaderamente admirables en el mundo: el cielo estrellado fuera de mí, y el orden moral dentro de mí».

Se puede objetar que esa inclinación moral de la naturaleza humana

no es más que una forma del instinto gregario, orientado a la supervivencia. A esta objeción también se puede responder que, siendo el deseo de ayudar al prójimo un buen ejemplo del instinto gregario, como tal deseo es algo completamente diferente del convencimiento de que nuestro deber es ayudarle: conservo dicho convencimiento incluso cuando no deseo ayudarle.

3. UNIVERSAL Y OBJETIVA

Cuando hablamos de Ley Natural no nos referimos a leyes físicas como las descubiertas por Newton o Arquímedes. Nos referimos a un imperativo moral, a una obligación interna que nos descubre el comportamiento justo y el injusto, lo que debemos hacer y lo que debemos evitar. Cuando los antiguos pensadores hablaban de la naturaleza humana, descubrían en ella una ley propia, de carácter no físico ni biológico, sino moral. Y por tener todos los hombres una naturaleza común, sin importar la tierra que pisen o el cielo que vean, la ley de esa naturaleza necesariamente regirá a todos. Será una ley universal y objetiva, y aunque admita errores en su conocimiento (esclavitud, poligamia, etc.), dichos errores nada prueban contra ella, de la misma manera que los fallos en una operación numérica no atentan contra el valor de las matemáticas.

La Ley Natural es objetiva. «Sostener, en efecto, —como sostenía el relativismo— que "dos morales contradictorias son equivalentes", que en ética todo es cuestión de gustos o de preferencias subjetivas, que en el terreno moral no cabe hacer afirmaciones objetivamente válidas, aparece cada vez más como lo que es: un colosal despropósito y una dimisión de la razón. ¿Habríamos de creer que la elección entre libertad y esclavitud, entre amor y odio, entre verdad y mentira, entre honestidad y oportunismo, entre vida y muerte es sólo resultado de otras tantas preferencias subjetivas? ¿Habríamos de pensar que el hombre no es capaz de discernir y de formular juicios morales, tan valiosos como los restantes juicios de la razón?» (Martínez Doral).

Tampoco puede sostenerse que la obligatoriedad de la Ley Natural ha surgido desde unas reglas de conducta que los hombres adoptaron por juzgarlas convenientes para la vida, y que pueden sustituirse o modificarse si la costumbre o la conveniencia aprueban el cambio. Pues así como siempre es bueno para el pez vivir bajo el agua, nunca sería bueno para el hombre pasarse la vida sumergido en el mar. El pez está hecho para ello, pero no el hombre. De ahí

que el fundamento de la obligatoriedad moral no pueda ser ni la costumbre ni la conveniencia, sino la propia naturaleza humana. Lo plantea Jenofonte en sus Memorias de Sócrates:

«—¿Conoces tú, Hippias —dijo Sócrates—, leyes que no estén escritas?

— Sí, las que son iguales en todos los países y tienen el mismo fin.

— ¿Se podría decir que son los hombres quienes las han establecido?

— Imposible, ya que no han podido reunirse para ello, y además hablan lenguas diversas.

— Entonces, ¿quién las ha establecido?

— Personalmente, creo que los dioses, entre otras cosas porque para todos los hombres la primera ley es respetar a los dioses.»

4. CONSECUENCIAS DE SU TRANSGRESIÓN

No cumplir una ley es una forma clara de injusticia. Y el que pasa por alto la Ley Natural es injusto. Pero además, el incumplimiento de la Ley Natural produce una lesión a la persona y a la sociedad.

De igual forma que el desafío de las leyes físicas puede producir lesiones, enfermedades y aun la misma muerte, no cumplir la Ley Natural degrada al hombre y deshumaniza la vida social: la injusticia es fuente de pobreza y de marginación, el permisivismo engendra una espiral de violencia, el fraude y el engaño envenenan las relaciones personales, etc. Son efectos reales, tristemente conocidos por la experiencia y cuantificables de forma estadística. La Ley Natural, por ser expresión de la naturaleza humana, no es evitable. Y si no se cumple, al menos en sus principios más básicos, la conciencia de su transgresión alza siempre su voz y puede hacerse insoportable. Después de cometer el asesinato minuciosamente planeado, la vida de Macbeth es sólo un plano inclinado hacia el desequilibrio completo: «¡Desbarátese la máquina del Universo, desquíciense ambos mundos antes que seguir comiendo con temor y durmiendo en la aflicción de esos terribles sueños que nos agitan en la noche!»

Conviene repetirlo: ese insoportable sentimiento de culpa, tan desgraciadamente familiar a nuestros psiquiatras, no es otra cosa que el grito de alarma con que la naturaleza se defiende.

5. LEY NATURAL Y LEYES HUMANAS

El orden social requiere la delimitación clara de los derechos y deberes de millones de personas. Algo parecido a las redes de carreteras y vías férreas, que permiten las comunicaciones por trazados bien determinados. Por eso el gobernante debe promulgar leyes que posibiliten el orden y el desarrollo de toda la sociedad.

Esas leyes serán aplicaciones de la Ley Natural a la infinita variedad de situaciones que el hombre es capaz de crear. La Ley Natural manda, por ejemplo, respetar la vida de los demás, pero las situaciones concretas que pueden constituir un peligro para la vida —falta de seguridad en el trabajo, conducción temeraria, negligencias médicas, ignorancias culpables, etc.— son tan complejas que requieren la pormenorización de la ley general.

Lo que se quiere decir es que las leyes humanas han de ser determinaciones particulares de la Ley Natural, pensadas para regular las variadísimas condiciones concretas en las que se desenvuelve la existencia humana: deben hablar donde la naturaleza calla.

La conexión con la Ley Natural otorga a las leyes humanas su legitimidad. Todo hombre, al preguntarse por qué obligan las leyes, intuitivamente sabe que el mero ejercicio del poder no constituye su fundamento, pues tener el poder no es sinónimo de ser justo. Por eso intuye también que, en última instancia, la ley humana sólo es verdadera ley cuando respeta la verdad sobre el hombre manifestada por la Ley Natural. Si se aparta de ella, se convierte en violencia, en ley del más fuerte al servicio de una autoridad corrompida: «El Gobierno establecido por la ley en la India —decía Gandhi— sólo existe para explotar a la masa. Ningún sofisma, ningún malabarismo con las cifras puede ocultar el evidente testimonio de los esqueletos que se ven en gran número de aldeas. No dudo de que tanto Inglaterra como los habitantes de las ciudades de la India, si existe un Dios por encima de nosotros,

tendrán que responder ante Él por este crimen contra la humanidad que no tiene igual en la Historia.»

La actual mentalidad positivista, nieta de la vieja Ilustración, aplicada al Derecho da lugar al positivismo jurídico. Esta postura niega la Ley Natural y afirma que sólo existen leyes humanas: las que real y positivamente han sido elaboradas por los hombres.

Pero ¿qué ocurriría de ser cierta la hipótesis positivista de que no existen las leyes naturales? Sucedería que antes de promulgar las leyes humanas no serían injustos el asesinato ni el robo, por ejemplo. Y además, si la ley humana fuera justa sólo por ser ley, los regímenes políticos que violasen legalmente los derechos humanos no serían injustos, nadie podría protestar contra ellos, nadie podría exclamar ¡no hay derecho! En otras palabras, no existirían regímenes tiránicos, opresores o totalitarios: el positivismo conduce al absurdo.

6. LA LECCIÓN DE NUREMBERG

Si la ley humana fuera justa sólo por ser ley, los Juicios de Nuremberg hubieran absuelto a los políticos, militares, jueces y médicos que aplicaron las leyes de Hitler. Ellos cumplieron las leyes de un gobierno legítimo, pero desde entonces —según expuso el fiscal británico— «la Historia no conoce crímenes semejantes».

La acusación comprendía cuatro puntos: conspirac10n, crímenes contra la paz, crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad. Este último punto se refería al «asesinato, exterminio, esclavitud, deportaciones y otros tratos inhumanos contra la población civil, antes y durante la guerra». También se refería a la «persecución por motivos políticos, raciales o religiosos».

La acusación por crímenes de guerra se centra en el asesinato masivo de determinadas razas, minorías y poblaciones ocupadas. Habla de fusilamientos y otras ejecuciones, cámaras de gas, torturas y experimentos. Los detalles que siguen son sólo unos ejemplos dentro de la inmensidad del material reunido en este punto, y se deben a los periodistas Heydecker y Leeb.

«En Francia fueron ejecutados un número incalculable de ciudadanos franceses, que fueron sometidos a las siguientes torturas: sumergidos en agua helada, asfixiados, les fueron arrancados los miembros, usando para tales fines los medios más inverosímiles. En Niza fueron exhibidos públicamente, en el año 1944, los rehenes que habían sido ajusticiados. De 228.000 franceses que fueron internados en los campos de concentración, sólo sobrevivieron 28.000. En Oradour-sur-Glane fue fusilada casi toda la población y el resto fue quemada viva en la iglesia. Fueron cometidos un sinfín de asesinatos y crueldades en Italia, Grecia, Yugoslavia y en los países del Norte y del Este. Cerca de 1.500.000 personas fueron asesinadas en Maidanek, unos 4.000.000 en Auschwitz. En el campo de Ganow, donde murieron más de 200.000 personas, fueron cometidas las mayores crueldades, les

abrieron el vientre a las víctimas y a continuación las sumergieron en agua helada. Las ejecuciones en masa eran acompañadas de interpretaciones musicales. En la región de Smolensko fueron asesinadas más de 125.000 personas; en la de Leningrado, 172.000; en la de Stalingrado, 40.000. En esta última, y después de la retirada de las tropas alemanas, fueron hallados los cadáveres mutilados de cien mil ciudadanos rusos, cadáveres de mujeres que tenían las manos atadas con alambres a la espalda. A algunas de las mujeres les habían cortado los pechos y a los hombres les habían grabado a fuego la estrella de David o les habían abierto el vientre con cuchillos. En Crimea, obligaron a 144.000 personas a subir a unas barcas que hicieron adentrar en el mar donde fueron hundidas. En Babi Jar, cerca de Kiev, fueron asesinados más de 100.000 hombres, 200.000 mujeres y niños en la región de Odesa, unos 195.000 en Charkov. En Dnjepropetrowsk, fueron fusilados o enterrados vivos unos 11.000 ancianos, mujeres y niños. Con los adultos exterminaban también los nazis, sin compasión de ninguna clase, a los menores de edad. Los mataban en los asilos y en los hospitales. En el campo de Janow, los alemanes mataron en el curso de sólo dos meses, a unos 8.000 niños.»

Durante el proceso, la Defensa argumentó que un juez no es quien promulga las leyes, sino quien hace cumplir las de su país. La respuesta del ministerio fiscal fue lacónica: a veces llega el momento en el que un hombre ha de elegir entre su conciencia y sus jefes. Por otra parte, los nazis aplicaron sus leyes fuera del territorio alemán, y por ello su perversión se convirtió en asunto de Derecho Internacional enjuiciado por un tribunal internacional.

GANDHI: autodefensa en el proceso de 1921

(El Tribunal concede la palabra al acusado. Ghandi, entonces, lee la declaración de la que entresacamos los párrafos principales.) «Mi actividad pública empezó en África del Sur, en 1893, en un momento crítico. Las primeras relaciones que tuve con las autoridades británicas de este país no tuvieron nada de agradables. Descubrí que no tenía ningún derecho como hombre y como indio; o más exactamente, descubrí que no tenía ningún derecho porque era indio.

Esto me desanimó. Me dije que esta manera de tratar a los indios era una excrecencia de un sistema de gobierno intrínsecamente bueno. Le brindé, pues, mi cooperación leal y voluntaria, criticándolo sin irritación cuando consideraba que se equivocaba, pero sin desear jamás su destrucción.

El primer desengaño llegó bajo la forma del Acta Rowlatt, encaminada a robar al pueblo su verdadera libertad. Comprendí que necesitaba luchar vigorosamente contra esta ley. Después vinieron los horrores del Pendjab, que empezaron por la matanza de Jallianwala Bahg y llegaron a su punto culminante cuando se dio la orden de hacer arrastrar a las gentes por el suelo, azotarlos públicamente y otras humillaciones indescriptibles.

Antes de la venida de los ingleses, la India tejía e hilaba lo suficiente para que sus millones de parados pudieran añadir a los débiles recursos de la agricultura un mínimo vital. Esta industria casera, tan importante para la existencia de la India, ha sido arruinada por procedimientos inhumanos y crueles, descritos por ingleses que han sido sus testigos. Los habitantes de las ciudades apenas saben cómo las masas de la India, medio muertas de hambre, van sucumbiendo lentamente de inanición; apenas saben que su despreciable confort proviene de las comisiones que recibían del explotador extranjero, y que estas comisiones y estos beneficios han sido arrancados a las masas. No se dan cuenta de que el

Gobierno establecido por la Ley en la India sólo existe para explotar a la masa. Ningún sofisma, ningún malabarismo con las cifras puede ocultar el evidente testimonio de los esqueletos que se ven en gran número de aldeas. No dudo de que tanto Inglaterra como los habitantes de las ciudades de la India, si existe un Dios por encima de nosotros, tendrán que responder ante Él por este crimen contra la humanidad que no tiene igual en la Historia.

También la ley de este país es puesta al servicio del explotador extranjero. Mi estudio imparcial de los procesos juzgados por la ley marcial del Pendjab me ha convencido de que el noventa y cinco por ciento de las condenas fueron injustas; la experiencia que tengo de los procesos políticos me ha conducido a esta conclusión: nueve de cada diez hombres condenados eran absolutamente inocentes. Su crimen consistía en amar a su país. De cada cien casos que se presentan a los tribunales de la India, en noventa y nueve de ellos no se hace justicia a los indios, sino a los ingleses. No exagero. Es la experiencia de cada indio que haya tenido alguna relación con este tipo de causas. A mi juicio, la administración de la Ley, consciente o inconscientemente, se ha prostituido al servicio del explotador.

Pero la desgracia consiste en que los ingleses y sus asociados indios que administran el país ignoran que cometen el crimen de que acabo de hablar. Tengo la convicción de que muchos funcionarios ingleses en la India creen de buena fe que el Gobierno que representan es uno de los mejores que existen, y que la India progresa de una forma segura, aunque este progreso sea lento. Ignoran que un sistema sutil, pero eficaz de terrorismo y un despliegue organizado de fuerzas, por una parte, y la privación de cualquier medio de defensa, por otra, han castrado al pueblo y lo han conducido al disimulo.

La India no ha sido nunca tan poco viril como bajo el Gobierno británico. Con tales sentimientos considero un crimen amar a semejante sistema. Ha constituido un precioso privilegio para mí el haber podido escribir lo que he escrito en los diversos artículos que se presentan como prueba contra mí.

Estoy convencido además de que he prestado un servicio a la India y a Inglaterra al mostrarles cómo la no cooperación con el mal es un deber tan evidente como la cooperación con el bien. Solamente que

en otras ocasiones la no-cooperación consistía en usar deliberadamente de la violencia contra el que hacía el mal. Yo he querido mostrar a mis compatriotas que la no-cooperación violenta no hacía más que aumentar el mal, y dado que el mal sólo se mantiene por la violencia, era necesario, si no queríamos fomentar el mal, abstenemos de toda violencia. La no-violencia pide el sometimiento voluntario a la pena en que se incurra por no haber cooperado con el mal. Estoy, pues, dispuesto a someterme con el corazón alegre al castigo más severo que pueda serme infligido por lo que, según la Ley, es un crimen deliberado y que a mi parecer constituye el primer deber del ciudadano. Juez, no puede usted escoger: o dimite y deja así de asociarse con el mal, si considera que la Ley que está encargado de administrar es mala y que en realidad soy inocente, o me impone la pena más severa si cree que el sistema y la Ley que tiene que aplicar son buenos para el pueblo y que mi actividad, por consiguiente, es perniciosa para el bien público.»

CAPÍTULO XIII

EN CONCIENCIA

1. CUANDO SE PUEDE PERO NO SE DEBE

Aquel médico francés zanjó de esta forma la cuestión que usted puede suponer: «Es mucho menos pesado tener un niño en los brazos que cargarlo sobre la conciencia.»

Casi todo el mundo admite, sin demasiadas reflexiones previas, estas dos proposiciones complementarias: hay cosas que honradamente no se pueden hacer, aunque sean posibles y se hagan de hecho; y cosas que no se pueden dejar de hacer, aunque de hecho se dejen. Uno puede pasar de largo ante un escaparate y ante un accidente de carretera, pero en el segundo caso ha obrado mal.

La distinción entre lo que se puede y lo que se debe hacer, entre los comportamientos posibles y los comportamientos justos, parece clara. Ahora bien, ¿dónde encontrar el criterio que nos permita distinguir lo justo de lo injusto?

La bala que mata desconoce la causa y el efecto de su trayectoria. Por el contrario, el hombre que dispara está en condiciones de juzgar sobre lo que hace. Ese juicio moral es la conciencia: la brújula que señala, entre las múltiples direcciones posibles de la libertad, la posición del norte moral, la posición del bien, de la ley natural. No se trata de una voz misteriosa ni de un oráculo profético. Es, simplemente la razón que juzga la bondad o maldad de nuestras acciones. Un juicio que no es arbitrario porque se funda en la realidad de las cosas y del propio hombre. Pero es algo más que mera información sobre la moralidad de la conducta, pues se presenta con la fuerza de una curiosa exigencia: la exigencia de nosotros a nosotros mismos. Exigencia que compromete a lo más íntimo de la persona. La conciencia no echa en cara ser mal deportista o mal dibujante, su juicio es absoluto: eres malo. Por la presencia de ese criterio absoluto conoce el hombre su dignidad absoluta. Tomás Moro, antes de ser decapitado, escribía a su hija Margaret que «ésta es de ese tipo de situaciones en las que un hombre puede perder su cabeza y aun así no ser dañado».

Una exigencia de nosotros a nosotros mismos. No una imposición externa: ni la fuerza de la ley, ni el peso de la opinión pública, ni el consejo de los más cercanos. Critón ofrece a Sócrates la posibilidad de huir y escapar de la muerte, pero se encuentra con una negativa rotunda, porque las razones que le impiden escapar «resuenan dentro de mi alma haciéndome insensible a otras».

En la historia de quienes tornaron decisiones comprometidas tampoco se aprecia una previa inclinación a la disidencia. No les guía el afán de rebeldía, sino el pacífico convencimiento de que hay cosas que no se pueden hacer. «He desobedecido a la ley —dirá Gandhi— no por querer faltar a la autoridad, sino por obedecer a la ley más importante de nuestra vida: la voz de la conciencia.»

Existe la tentación de concebir la conciencia corno un simple producto cultural o religioso, que se transmite de padres a hijos por su indudable valor educativo. Sin embargo, la conciencia no es un invento, sino un elemento real de nuestra estructura psicológica, con la misma realidad que la inteligencia, la voluntad o la memoria.

Ejercer esas facultades es una necesidad para todo el que quiera que su vida sea humana. Obrar en conciencia también lo es, incluso cuando lo que se hace no está ni de moda ni bien visto. El abogado Atticus Finch —en la novela Matar un ruiseñor— defiende a un muchacho negro acusado injustamente de haber violado a una chica blanca. Pero toda la ciudad, donde los prejuicios racistas son fuertes, se le echa encima. También su hija le reprocha su conducta, contraria a lo que todos piensan. Atticus, al responder a la niña, ofrece uno de los argumentos más elegantes sobre la dignidad de la persona: «Tienen derecho a creerlo, y tienen derecho a que se respeten por completo sus opiniones, pero antes de poder vivir con los demás tengo que vivir conmigo mismo. La única cosa que no se rige por la regla de la mayoría es la propia conciencia.»

Obrar en conciencia no es fácil. «Yo soy —confiesa Hamlet— medianamente bueno, y, con todo, de tales cosas podría acusarme, que más valiera que mi madre no me hubiese echado al mundo. Soy muy soberbio, ambicioso y vengativo, con más pecados sobre mi cabeza que pensamientos para concebirlos, fantasía para darles forma o tiempo para llevarlos a ejecución. ¿Por qué han de existir individuos como yo para arrastrarse entre los cielos y la tierra?»

Muchos podríamos suscribir las palabras del príncipe de Dinamarca, y también las palabras de Cicerón, cuando explica que los hombres han recibido una razón que les permite descubrir la Ley eterna impresa en la naturaleza, «pero es tanta la corrupción nacida de las malas costumbres, que apaga las luces que nos dio la naturaleza, fomentando y reforzando los vicios contrarios». Por ello, no basta que el juicio moral sea correcto: sólo es capaz de obrar en conciencia el que es fuerte.

2. LA MALA CONCIENCIA

Un acto no es malo porque alguien diga que lo es; ni siquiera porque lo digan las leyes y lo acepten muchos. Un acto sólo es malo cuando lo dice la naturaleza humana, que se resiente ante esa clase de acciones. El que roba o miente, el que se comporta de forma egoísta o violenta, dirige sus actos contra otros, pero se perjudica a sí mismo en primer término. Somos algo más que un cuerpo sostenido por un esqueleto, y ese algo más es lo que resulta perjudicado. Lo explica muy bien A. Cruz:

«Cuando elegimos mal —ética o estéticamente—, maltratamos nuestro mejor yo, lo herimos y afrentamos, y esa herida produce en nosotros esa especie de escozor espiritual que es el remordimiento. En esta experiencia, nosotros mismos somos a la vez autor, víctima y juez. En el remordimiento, repudiamos aquello que no podemos dejar de reconocer que hemos hecho nosotros: repudiamos lo que hemos sido, porque lo que hemos sido "muerde" lo que queremos ser. Pero cuando la mirada inquisitoria no es la nuestra, sino la de los demás, el remordimiento se transforma en vergüenza. Lo que nos avergüenza es que los demás nos tomen por nuestro peor yo, por el yo al que corresponde lo que hemos hecho ante sus ojos. Se produce en nuestro interior un desdoblamiento violento: nuestro mejor yo choca con ese otro yo que los demás nos atribuyen, que su mirada nos inocula, estableciendo en nuestro interior una cohabitación imposible. Dicha violencia produce en nuestro exterior —como señal natural de la fricción interior— ese encendimiento del rostro que es el rubor. En el rubor que se nos sube a la cara, los demás pueden descubrir que hay violencia dentro de nosotros, que en nuestro interior habita otro yo —más auténtico que el que nos atribuyen— que no congenia con aquello que nos han visto hacer. El rubor es, pues, lo que nos salva: es un mecanismo movido por el instinto de conservación. El sinvergüenza no se sonroja, pues posee pacíficamente la acción vergonzosa.»

3. ANÁLISIS DE UN CASO PRÁCTICO: RASKOLNIKOF

Raskolnikof es un joven estudiante de Derecho con una curiosa obsesión: realizar un experimento que demuestre que la conciencia no es innata en el hombre, sino un sofisticado producto cultural, transmitido por la educación, la tradición y las leyes. Para ello planea fríamente el asesinato de una vieja usurera, y lo lleva a cabo. Él mismo dirá que «no era un ser humano lo que destruía, sino un principio». Pero surgen complicaciones que le llevan a matar también a la hermana de la usurera y a levantar ciertas sospechas. Después del doble asesinato, el criminal asegura no tener remordimientos y haber vencido a la conciencia. «¿Mi crimen? ¿Qué crimen? ¿Es un crimen matar a un parásito vil y nocivo? No puedo concebir que sea más glorioso bombardear una ciudad sitiada que matar a hachazos. Ahora comprendo menos que nunca que pueda llamarse crimen a mi acción. Tengo la conciencia tranquila.»

Lo cierto es que la vida de Raskolnikof se va tomando desequilibrada y acaba en la cárcel. Y mientras cumple condena en Siberia, tendrá una pesadilla imborrable: sueña que el mundo es azotado por una peste rarísima; unos microbios transmiten la extraña locura de hacer creer al contagiado que se halla en posesión absoluta de la verdad. Con ello surgen discusiones interminables, pues nadie considera que debe ceder, y se hacen imposibles las relaciones familiares y sociales: el mundo se convierte en un insoportable manicomio.

En dicho sueño, los hombres afectados aparecen corno auténticos locos, pues sus juicios son absolutamente subjetivos e inamovibles, y no responden a la realidad de las cosas. Así descubre Raskolnikof que su obsesión por justificar el crimen es parecida a la conducta de los locos soñados. Y así nos dice Dostoievski, con una finura insuperable, que más allá de la moral y de la conciencia sólo se encuentra el abismo de la locura.

El experimento de Raskolnikof ha ido mucho más lejos de lo

previsto. Ha dejado entrever que el hombre es dueño de sus actos, pero no de la moralidad de los mismos. Y que hay actos que hacen al que los realiza más persona o menos persona, puesto que perfeccionan o perjudican intrínsecamente. Y que los efectos de dichos actos no son arbitrarios, no dependen del mero querer subjetivo, sino de lo que la persona objetivamente es. Por eso dice Spaemann que «lo que hemos de hacer se deduce en la mayoría de los casos de lo que las cosas son», y añade un sencillo ejemplo: «de la naturaleza de los niños pequeños se deriva que sus padres deben proporcionarles lo que necesiten, mientras la miseria no se lo impida».

La conciencia es un instrumento de medida que pertenece al hombre, pero la realidad medida ya no pertenece al hombre, sino que tiene existencia y leyes propias. El desenlace de la novela afirma precisamente esa autonomía de lo real, que —como diría Antonio Machado—, sigue siendo lo que es, aunque se piense al revés. Dostoievski nos ha dicho sencillamente que Raskolnikof tenía la conciencia tranquila porque la tenía estropeada: el instrumento de medida había dejado de ser capaz de medir la magnitud moral de los actos.

¿Hay remedio para la conciencia enferma de Raskolnikof? Cuando aún le quedaban siete años de condena, se enamora de Sonia y se siente salvado. Era casi una niña y había tenido que venderse para sostener a su familia miserable, pero parece que su estatura moral se agiganta en medio de esas circunstancias. Su victoria no es intelectual, no se apoya en razonamientos, sino en la belleza de una conducta heroica y un corazón —a pesar de todo— limpio. Decía Platón que si el semblante de la virtud pudiera verse, enamoraría a todos. Eso fue lo que vio Raskolnikof en Sonia, y «le pareció que todo era distinto a partir de aquel momento. Todo lo sucedido, hasta su pecado, la sentencia y la vida en el penal, le parecía inexistente, como si se hubiera desvanecido. (...) Sentía la vida real, y esta vida había expulsado los razonamientos».

GUSTAVE THIBON: conciencia moral y ley del mínimo esfuerzo

Recibo un manifiesto en busca de firmas, en el que se dice que el hombre moderno, inmerso en una civilización cada vez más materialista, necesita una “reanimación” de la conciencia moral.

La intención es excelente, pero la fórmula necesita algunas puntualizaciones: La conciencia moral —es decir, el sentido del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto— es uno de los atributos fundamentales del ser humano y se encuentra, bajo modalidades y con ocasiones muy diversas, en todos los individuos (excepto en los idiotas) y en todas las sociedades. El criminal más abyecto, si es condenado por un delito que no ha cometido, protestará con patética sinceridad contra la injusticia de la que se le hace víctima. Las asociaciones de malhechores tienen una moral propia de su “ambiente”, fundada en la mutua ayuda, la ley del silencio, el justo reparto de los bienes injustamente adquiridos, etc. Y en cuanto a la opinión pública en conjunto, la conciencia moral se manifiesta cada día con una violencia que aleja cualquier idea de adormecimiento o de reanimación: no se puede discutir con el hombre de la calle, o abrir un periódico, sin encontrarse con que se denuncia un abuso o se protesta contra una injusticia…

Sin embargo, el autor del manifiesto tiene razón. Pero lo que nos falta no es la conciencia moral, nos falta el arte de utilizar correctamente este instrumento (…).

Pues la grandeza del hombre consiste en no poder ahogar la voz de su conciencia, y su miseria estriba en encontrar instintivamente (lo que no quiere decir inocentemente) las desviaciones más fáciles para aplacar esta conciencia con pocos gastos. El interés y las pasiones, la obediencia a los prejuicios y a la moda, juegan aquí un papel análogo al de la pendiente para los ríos… (…).

Conclusión. La conciencia moral es un instrumento tan sólido corno difícil de regular: jamás está fuera de uso y casi siempre se

encuentra estropeada. Es un reloj cuyas agujas no cesan de dar vueltas; por desgracia, la hora que marcan no es la del sol: adelanta o retrasa según el grado de nuestras pasiones y de las influencias ambientales de la muchedumbre. La labor de la sabiduría consiste en protegerla de esos turbulentos remolinos y regularla por el sol, es decir, por la conciencia divina, cuya imagen está en nosotros oscurecida y mutilada.»

CAPÍTULO XIV

DAR EN EL BLANCO

1. LA CONDUCTA ÉTICA

Ethos, en griego, significa acción; de ahí ética. Vis, en latín, significa fuerza; de ahí vir (varón) y virtud. La relación entre ethos y vis, entre acciones y virtudes, es antigua. Los pensadores griegos y romanos, al estudiar la felicidad descubrieron que se alcanzaba con una conducta equilibrada, y que el camino más seguro para llegar a la felicidad era la virtud. Por consiguiente, la ética no es el estudio de acciones técnicas, deportivas o artísticas, sino de las acciones que conducen a la felicidad: las virtuosas. Y por ser la felicidad la máxima aspiración de todo hombre, las acciones éticas son las más propiamente humanas.

La conducta ética se desarrolla en cuatro grandes direcciones:

1.ª. Ser capaz de aplicar el conocimiento genérico y teórico del bien a cada caso concreto: prudencia.

2.ª. Corno el hombre es esencialmente social, obrar bien será respetar el derecho ajeno, dar a cada uno lo suyo: justicia.

3.ª. Dado que hacer el bien es, a veces, muy costoso, estar dispuesto a sufrir por conquistar o defender el bien es fortaleza.

4.ª. Y como el hombre es animal racional, controlar los deseos orgánicos, para que lo animal no anule lo racional, es templanza.

Pero para que a un hombre se le pueda llamar bueno no basta —dice Aristóteles— que realice actos aislados, sino que tenga el hábito de obrar siempre de forma prudente, justa, fuerte y templada. Por ser hábitos dignos de elogio los llamamos virtudes, y con las cuatro mencionadas pensaban los griegos y los romanos que se forjaba la personalidad del hombre perfecto.

Los hábitos se adquieren mediante el ejercicio previo: aprendemos a conducir, conduciendo; y a escribir, escribiendo. «Así también, practicando la justicia nos hacemos justos. Si esto no fuera así no habría necesidad de maestros, pues todos seríamos de nacimiento buenos o malos. Sin embargo, es nuestra actuación en los negocios lo que nos hace justos o injustos; y nuestra conducta ante el peligro lo que nos hace cobardes o valientes. También ante los apetitos y la ira unos se vuelven moderados y apacibles, y otros desenfrenados e iracundos. En resumen, los hábitos se engendran por repetición de actos semejantes. Por consiguiente, el adquirir desde jóvenes tales o cuales hábitos no tiene poca importancia, ni siquiera mucha: tiene una importancia absoluta» (Ética a Nicómaco).

Añade el filósofo griego que hablar de virtudes no es hacer bellas teorías, pues es hablar de las acciones humanas, y advierte la importancia que el placer y el dolor juegan en nuestra conducta, pues somos capaces de obrar mal por disfrutar un placer, y de no obrar bien por evitar un dolor. Por eso decía Platón que la buena educación consiste en enseñar a los jóvenes cuándo y cómo conviene encararse con el placer y con el dolor.

En cualquier caso, «cada hombre es responsable de su modo de ser. Pues si uno se pasa la vida bebiendo y en cosas semejantes, es lógico que termine siendo borracho y depravado. Por eso, si alguien ignora que la repetición de una conducta produce un hábito, es un perfecto insensato. Así que las personas que se echan a perder, podían no haber llegado a ese extremo, pero si han llegado, ha sido voluntariamente. Lo difícil es, una vez que ya no valen para nada, intentar cambiar» (ibíd.).

Aristóteles piensa que la felicidad no es posible sin la virtud, pero la virtud requiere empeño, pues «cuando uno no repite muchas acciones buenas, no tiene la menor probabilidad de llegar a ser bueno». Tampoco se hace ilusiones al respecto: «la mayoría de las personas saben esto, pero no lo ponen en práctica. Se comportan como los enfermos que escuchan atentamente al médico, pero luego no hacen nada de lo que les prescriben».

2. DE LA TEORÍA A LA PRÁCTICA

Para obrar bien no basta conocer la verdad, ni simplemente querer. Se requiere además algo que podríamos llamar arte de poner en práctica lo bueno, capacidad de convertir la verdad en norma de conducta: eso es la prudencia.

Decimos arte porque exige adaptar la teoría a la diversidad de situaciones prácticas, permitiendo en cada caso varias soluciones buenas. Plasmar el modelo en el retrato supone arte; poner por obra el bien requiere otro arte: la prudencia.

Así pues, la prudencia es la medida del obrar, la norma de las acciones humanas, la soberana de la conducta. Y, por lo mismo, condición de las demás virtudes (genitrix virtutum), pues todo acto virtuoso es, en primer lugar, prudente.

La prudencia empieza conociendo y acaba actuando. Es teórica y práctica. No es mero conocimiento, sino conocimiento directivo: reflexiona, enjuicia y ejecuta (o se abstiene). Así lo pone de manifiesto su etimología: providentia, procul videre: ver lejos, fijarse en el fin y ordenar a él la acción, prever. Patronio declara al Conde Lucanor que «no es prudente el que ve las cosas cuando suceden, sino el que por alguna señaleja o por cualquier otro síntoma advierte el posible daño y lo remedia a tiempo».

Y como no hay dos situaciones idénticas, ni tampoco dos personas, Gandhi y Martín Buber pueden ser prudentes cuando uno propone la no violencia en la India y otro desecha tal idea para la Alemania nazi: «¿Conoce usted, Mahatma, un campo de concentración? ¿Sabe lo que sucede en él, las torturas y métodos de exterminio lento que allí se practican? Cabe combatir la irracionalidad de ciertos seres humanos con una actitud efectiva de no violencia, porque siempre queda un hálito de esperanza de que, paulatinamente, entren en razón. Pero uno no puede enfrentarse mansamente a una diabólica apisonadora que lo aplasta todo a su paso.»

Paul Claudel calificó a la prudencia de inteligente proa que en medio de la multiplicidad de la vida pone rumbo a la perfección. Por eso no equivale a lo que la acepción vulgar del término sugiere: habilidad y astucia en la acción, cálculo egoísta, lentitud en la decisión, miedo al compromiso. Prudencia es la aplicación del primer principio de la razón práctica —hacer el bien y evitar el mal — a cada situación concreta. Presupone, por ello, la consideración actual de la ley moral que la naturaleza ha impreso en el hombre.

En la Historia verdadera de la conquista de La Nueva España, se narra cómo el gobernador de la isla de Cuba organiza una incursión por tierras del continente con intención de hacer esclavos a los prisioneros, «y desde que vimos los soldados que aquello que nos pedía el Diego Velázquez no era justo, le respondimos que lo que decía no lo manda Dios ni el Rey, que hiciésemos a los libres esclavos». No hay posibilidad, por tanto, de que una acción sea prudente ni buena si va en contra de la Ley Natural, cualquiera que sea la situación en que se desenvuelva.

3. PRINCIPALES OBSTÁCULOS

«Los jóvenes pueden ser geómetras y matemáticos, y sabios en cosas de esa naturaleza, pero no parece que puedan ser prudentes. La causa de ello es que la prudencia tiene por objeto también lo particular, con lo que uno llega a familiarizarse por la experiencia, y el joven no tiene experiencia, porque es la cantidad de tiempo lo que produce la experiencia» (Ética a Nicómaco).

A la hora de obrar con prudencia son muchos los obstáculos que pueden presentarse: la precipitación, la desgana, la rutina, el peso de la costumbre o de la moda, el despertar violento de la sensibilidad, o quizá la experiencia de antiguos fracasos. Por eso es necesario que la prudencia vaya acompañada de la fortaleza: sólo así se puede obrar rectamente cuando ello no es fácil, o rectificar cuando sea oportuno, pues no es prudente el que no se equivoca nunca, sino el dispuesto a corregir los propios errores.

La imprudencia puede surgir por ignorancia de la verdad, precipitación en el juicio o inconstancia en la ejecución. De igual manera, se favorece el hábito de la prudencia cuando se busca la experiencia ajena por medio de la petición de consejo y la docilidad a lo aconsejado. Todo esto ha de cuidarlo especialmente el que dirige una empresa difícil, en primer lugar el gobernante. Por eso admiraban los soldados de Cortés a su capitán, según se desprende del relato de Bernal Díaz: «En todo tenía cuidado y advertencia, y cosa ninguna se le pasaba que no procuraba poner remedio, y como muchas veces he dicho antes de ahora, tenía tan acertados y buenos capitanes y soldados que, demás de muy esforzados, dábamos buenos consejos.»

SENDER: problemas de altura y distancia

«Llegaba una nube de mariposas de la otra orilla del río. En aquel lugar, el Amazonas tenía una anchura de más de seis leguas y los soldados miraban la nube, que parecía una enorme mancha solar flotando en el aire. Predominaban en ella dos colores: rojo y gris.

Volaban ya fatigadas, según se podía ver, y Elvira y el paje Antoñico que solían fijarse en aquellas cosas de la naturaleza, se decían: "No llegarán." Elvira repetía: "Seguro que no llegarán." Se dolía de la suerte de aquellas lejanas mariposas que ponían en el aire un inmenso reflejo flotante que hacía que las brisas cambiaran de color. Seguramente habían salido de la otra orilla empujadas por algún céfiro y contaban con llegar al otro lado, pero perdieron la brisa a la mitad del camino y no podían más. Lope dijo: "Viven tan poco tiempo que no llegan a tener experiencia verdadera de nada y no pueden aprender lo que es la distancia entre dos orillas."

Otros seres tenían no sólo alguna inteligencia, sino experiencia también. Pero no las mariposas que vivían tres o cuatro días. En ese tiempo ¿qué podían aprender? La nube luminosa fue bajando y por fin, la mayor parte cayó en el agua. Iban las mariposas tan cerca unas de otras que el río, en un espacio de más de mil quinientas varas, cambió de color y parecía que habían puesto sobre él un tapiz de seda.

En aquel momento se levantó otra vez la brisa y algunas mariposas, que no habían tocado aún el agua, volvieron a elevarse pero carecían de fuerzas y fueron a caer un poco más adelante. Lope sonreía un poco dolido. "Así son también las personas —decía entre dientes—, seequivocan en problemas de altura y distancia".»

CAPÍTULO XV

A CADA UNO LO SUYO

«Y cuando haya acabado de juzgar a los demás nos tocará a nosotros. "Entrad también vosotros, borrachos", dirá. "Entrad los de carácter débil, los disolutos." Y nosotros nos acercaremos a Él sin temblar. "Sois unos brutos; lleváis impresa en la frente la marca de la Bestia, pero venid a Mí. " Entonces los sabios y prudentes preguntarán: "Señor, ¿por qué acogéis a éstos?" Y Él responderá: "Los admito porque ninguno se creía digno de ese honor. "Entonces abrirá sus brazos para acogernos y nosotros nos arrojaremos en ellos y lloraremos. En aquel momento lo comprenderemos todo.»

DOSTOIEVSKI.

1. JUSTICIA Y DERECHO

Muchas de las cosas más importantes en la vida del hombre guardan estrecha relación con la justicia: los derechos humanos, las formas de gobierno, las relaciones laborales y sociales, etc. Se manifiesta en ello la variedad inmensa de un deber que ya Platón recogía como idea antigua: hay que dar a cada uno lo suyo.

¿Por qué existe lo suyo? ¿Por qué hay que respetarlo? Si existe un suum que hay que respetar es porque el poseedor tiene derecho a ello. Por tanto, la justicia presupone el derecho. Es decir, sin derecho no hay justicia.

Hay que dar lo que se debe, desde un sobresaliente merecido hasta un salario. Pero, ¿por qué algo puede ser debido a alguien? Un derecho sólo puede existir en un sujeto capaz de poseerlo y reclamarlo. Y sólo el hombre posee derechos porque sólo él se autoposee, es dueño de sí, es persona. Gracias al conocimiento propio y a sus acciones libres, el hombre es dueño de sí y de su desarrollo.

Sin embargo, la invocación fervorosa a los derechos humanos suele ir acompañada por la violación impune de los mismos. Quizá porque al apoyarlos sobre la naturaleza humana lo hagamos sobre el penúltimo fundamento (Pieper). Debería llegarse a un fundamento último, fuera de toda discusión, tal como propone Kant: «Tenemos un Gobernante santo, y lo que este Gobernante ha dado al hombre es el derecho del hombre.»

2. ALTERIDAD Y EXTERIORIDAD

Iustitia est ad alterum. El distintivo de la justicia es la relación al otro, al sujeto paciente, y aunque no lo parezca, cualquier acción significa dar o retener lo suyo a otra persona con la que estoy comprometido. Esto quiere decir que no hay acciones que escapen al campo de la justicia, y se entiende mejor cuando consideramos que el otro es también y en todo momento la sociedad. Porque toda acción, aunque quede fuera del campo de las leyes, afecta al tejido social.

Del mismo modo que el bienestar del cuerpo necesita del bienestar de todas sus partes —pues el dolor de una simple muela lo impediría— la salud del cuerpo social necesita la salud de sus individuos. No es indiferente para una familia que el padre sea borracho. No es indiferente para una ciudad que abunde la droga. Por eso está en juego la justicia cuando, en la esfera de lo que parece estrictamente privado, alguien se entrega a una conducta poco recomendable. De acuerdo con esto, todo acto inmoral puede considerarse injusto.

Aunque lo interno es siempre en el hombre causa de lo externo, la justicia se realiza preferentemente en las acciones externas. El otro no es propiamente alcanzado ni tocado por lo que yo opine, piense, sienta o quiera, sino por lo que haga. Sólo la acción externa es capaz, en rigor, de quitar o devolver lo que es suyo y le corresponde.

La convivencia humana se ordena mediante actos externos, y por esa razón se puede juzgar sobre la justicia y la injusticia, ya que el campo de la interioridad es inaccesible sin la voluntad del sujeto. Por otra parte, toda acción externa cae dentro de la esfera de la justicia porque tiene trascendencia social: no se habla sin ser oído, ni se usa algo que no sea propio o ajeno.

3. JUSTICIA CONMUTATIVA

Reina la justicia en una sociedad cuando las tres relaciones fundamentales de la vida común son justas: relaciones entre los individuos (justicia conmutativa), entre la sociedad y el individuo (justicia distributiva), y entre el individuo y la sociedad (justicia legal).

El acto de la justicia conmutativa es la restitución: acción de poner a uno de nuevo en posesión y dominio de lo que le pertenece. Toda acción humana —lavarse, tornar un autobús, comer, estudiar...—, convierte en deudor o acreedor al sujeto que la realiza —puesto que tiene que pagar el agua, el autobús, la comida, los libros...—. De ahí la exigencia constante de que cada cual cumpla mediante la restitución las obligaciones que le atañen. Y corno el dinamismo social es complejo, lo que deberá hacer el hombre será, según Goethe, aprender a ser injusto.

Quiere esto decir que jamás se instaurará definitivamente la justicia: más bien habrá de ser constantemente vuelta a instaurar. Por consiguiente, la pretensión de implantar en el mundo un orden inconmovible y definitivamente justo, además de irrealizable, sería inhumana.

4. LA JUSTICIA DEL GOBERNANTE

Parte del suum que se debe a cada hombre ha de ser dado por la sociedad. La obligación, en este caso, recae en quien administra el bien común: el gobernante, el legislador. Y ellos son los que determinan el contenido del débito. Mientras que en la venta de mi casa soy libre para fijar el precio, en el supuesto de una guerra que la destruyera es el Estado quien fija la compensación. Y lo hará teniendo en cuenta no solamente el valor real de la misma, sino también otras circunstancias: si la víctima ha quedado o no reducida a pobreza, si ha perdido o no a su familia, si ha quedado mutilada, etcétera (Pieper).

Gobernante y legislador deben asegurar a las personas el respeto a sus derechos fundamentales: a la vida, a la libertad y a la seguridad; a la igualdad ante la ley, a la propiedad y al trabajo en condiciones dignas; a la educación y a la cultura; al descanso, a la asistencia médica, al vestido, a la vivienda y a los servicios sociales necesarios.

Al ser el gobernante el responsable último de la justicia, será difícil obligarle a ser justo. Por eso dice Platón que no existe nada más desesperanzador que un gobierno injusto, y que si a alguien se le puede pedir que sea, además de buen ciudadano hombre íntegro, es al gobernante. «Del príncipe —escribió Moro en su Utopía—, como de un inagotable manantial, viene a los pueblos la inundación de todo lo bueno y de todo lo malo.» Y cuando Sancho se dispone a gobernar la «Ínsula Barataria», ha de escuchar de Don Quijote unos atinadísimos consejos sobre el ejercicio justo de su cargo:

— No cargues todo el rigor de la ley al delincuente; que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

— Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la

dádiva, sino con el de la misericordia.

— Si alguna mujer hermosa viniere a pedirte justicia, quita los ojos de sus lágrimas y tus oídos de sus gemidos, y considera despacio la sustancia de lo que pide.

— No te muestres, aunque por ventura lo seas -lo cual yo no creo-, codicioso, mujeriego ni glotón; porque en sabiendo el pueblo y los que te tratan tu inclinación determinada, por allí te darán batería, hasta derribarte en el profundo de la perdición.

Justicia, dice Spaemann, es el reconocimiento de una simetría fundamental entre los hombres, justamente allí donde se trata de repartir bienes que son escasos. Y como el débil no necesita virtud para estar interesado en que se guarde la simetría, la justicia es precisamente la virtud de los que disponen de poder: la virtud del más fuerte. Sólo los poderosos pueden establecer criterios distintos a los del propio provecho, por ejemplo: conseguir que la mayoría ayude al que no puede ayudarse a sí mismo, en la medida de sus necesidades. Así elogia Erasmo a su amigo Moro, cuando éste ostentaba la suprema autoridad judicial de Inglaterra:

«Siempre ha tenido muy presente el ayudar a todos, y es extraordinariamente dado a la compasión, y ahora que dispone de poder, más que nunca. A unos les socorre con dinero, a otros les protege con su autoridad, y a otros les ayuda a abrirse camino con una palabra de recomendación. Cuando no puede auxiliarles de otra forma, les asiste con el consejo; de manera que nadie se despide de él sin que haya olvidado sus tristezas. Bien puede decirse de Moro que es patrono público de los necesitados, pues considera como enorme ganancia personal el ayudar a los que tienen agobios, el sacar de dudas o enredos, o reconciliar a los desavenidos. No hay persona más inclinada a prestar un favor, ni menos dispuesta a recordar que lo ha hecho. Y, a pesar de su elevada posición, no recuerdo hombre más ajeno a la jactancia, que es vicio que suele acompañar a los que triunfan.»

El reparto de cargas o beneficios no debe hacerlo el gobernante favoreciendo de antemano a determinadas personas o grupos. Por eso, una cinta cubre los ojos de la justicia. La imparcialidad es uno de los rasgos de la justicia distributiva. La parcialidad, su corrupción.

5. LOS LÍMITES DE LA JUSTICIA

Hay deudas que nunca podrán ser pagadas. Son las que todo hombre adquiere con su Creador, con sus padres, con su patria y con las personas constituidas en autoridad. Como al hombre le es imposible restituir el suum debido en estos casos, su relación no viene regulada por la justicia sino por la religión, la piedad y la observancia, respectivamente. Esta última virtud se apoya en el hecho de que la existencia privada del individuo se hace posible gracias a la justa administración de los cargos públicos, ya que sólo así puede vivirse en una sociedad ordenada.

Otra limitación de la justicia nace del hecho siguiente: si no se quiere perjudicar seriamente la vida social, es preciso estar dispuesto a dar más y a recibir menos de lo debido, pues el exclusivo cálculo de lo justo deshumaniza las relaciones humanas. Lo que pide el prestamista judío de El Mercader de Venecia es algo tan teóricamente justo como monstruoso: tenía la firma de su cliente que le autorizaba legalmente a sacarle el corazón en caso de no devolver el dinero prestado; y cuando el plazo vence, reclama el corazón. Pero entonces, la misma justicia reconoce su rigor excesivo y apela a algo más allá de sí misma, apela a la misericordia. Y Shylock, el viejo usurero, deberá escuchar estas palabras:

«Lo propio de la clemencia es no ser forzada; cae como la dulce lluvia sobre la llanura, y es dos veces bendita: bendice al que la concede y al que la recibe. Es lo que hay de más poderoso en quien lo puede todo. Sienta al monarca mejor que la corona. El cetro muestra bien la fuerza del poder, la majestad y el respeto que hacen temblar ante los reyes. Pero la clemencia está por encima de esa autoridad porque tiene su trono en los corazones de los reyes, es un atributo del mismo Dios, y el poder temporal se aproxima todo lo que puede al poder divino cuando la clemencia frena a la justicia. Por consiguiente, judío, aunque la justicia sea tu punto de apoyo,

considera que en estricta justicia ninguno de nosotros merece la salvación eterna; rezamos para solicitar clemencia, y esa misma oración nos enseña a todos que debemos ser clementes con los demás. No te he hablado tan largamente más que para animarte a moderar la justicia de tu demanda. Si persistes en ella, este rígido tribunal de Venecia, fiel a la ley, deberá necesariamente pronunciar sentencia contra el mercader aquí presente» (Acto IV, Ese. I).

PAUL JOHNSON: la falacia del marxismo (enero 1990)

«Las revelaciones sobre la corrupción de los regímenes comunistas de la Europa del Este y sobre los crímenes de sus líderes han sido recibidas con un incómodo silencio por los principales intelectuales marxistas de Occidente. Éstos fueron muy hábiles en argumentar —después delfamoso informe Kruschev— queel estalinismo había sido un fenómeno accidental, una aberración o distorsión del marxismo-leninismo que no invalidaba la veracidad básica del sistema.

Pero la evidencia demuestra que los llamados "excesos estalinistas" comenzaron mucho antes de que Stalin conquistara el poder supremo, y continuaron incluso después de su muerte. La matanza de los estudiantes en la plaza de Tiananmen y los horrorosos hechos conocidos de la Europa del Este en otoño y en invierno sugieren una explicación muy distinta. Zhivkov, el jefe del partido en Bulgaria, tenía treinta lujosos palacios y residencias. En la Alemania del Este los dirigentes del partido tenían predilección por los cotos privados de caza, que cubrían miles de hectáreas. Nicolae Ceaucescu, de Rumanía, sustrajo al Estado mil millones de dólares.

Todavía más siniestras son las revelaciones relativas a actividades delictivas. En la Alemania del Este importantes miembros del partido vendían armas modernas a grupos terroristas y controlaban el tráfico de la cocaína en Occidente, depositando el dinero sucio de esta actividad en cuentas corrientes numeradas en bancos suizos. En Rumanía, Ceaucescu reclutaba muchachos en los orfanatos y los adiestraba como asesinos al servicio de su seguridad personal, mantenía campos de adiestramiento para terroristas internacionales que en los últimos tiempos de su régimen operaban de acuerdo con la policía secreta. Él mismo era un miembro importante de la banda que puede ser calificada como "la internacional del crimen". Esta banda la integran dictadores como él, que fuera cual fuera su ideología, juraban que se ayudarían unos a otros para mantenerse en el poder: Gaddafi en Libia, Rafsanjani en Irán, Assad en Siria, Kirn II Sung en Corea del Norte. Lo que mantenía unidos a estos

hombres no es la ideología, sino su práctica de la tiranía, su crueldad, su total rechazo de toda regla moral. Para los historiadores del siglo XX, todo esto no tendría que constituir ninguna sorpresa. Porque fue precisamente Lenin mismo el constructor de este sistema represivo. Lenin amordazó a la prensa dos días después de tornar el poder en octubre de 1917; la Cheka, precursora de la GPU estaliniana, fue constituida el 12 de noviembre; los "Tribunales Revolucionarios" que le permitieron aplicar la pena capital datan del 21 de diciembre. Dos años después de su formación, la Cheka contaba con 250.000 miembros contra los apenas 15.000 de la policía política del zar. En 1918 totalizaba una media de mil ejecuciones al mes sólo por delitos políticos. Durante las primeras semanas de enero de 1918 los primerísimos campos de trabajo soviéticos, que al final se transformaron en el "archipiélago Gulag", ya se estaban llenando. Todas estas actividades eran gestionadas no según los dictados de la ley, sino según la que Lenin llamaba "la conciencia revolucionaria"; es decir, la necesidad del dictador de permanecer en el poder.

Pero, por desgracia para los "estudiosos" marxistas de Occidente, la línea del crimen no comienza con Lenin: comienza con el mismo Marx. Nadie que no tenga prejuicios puede leer las cartas y los escritos de Marx sin darse cuenta de la extraordinaria violencia del personaje. Su amenaza preferida para sus oponentes políticos era: "¡Te liquidaré!" Muchos pasajes de sus obras parecen haber sido escritos durante una crisis de rabia. Algunos de sus aliados que lo conocieron bien y que rompieron con él no albergan ninguna duda sobre el hecho de que, fuese el que fuese el régimen por él instaurado, se iba a convertir rápidamente en una dictadura personal sostenida por la fuerza y por el terror.

Y no sólo esto. Existe una ulterior cuestión de gran importancia para las pretensiones académicas del marxismo: no es accidental el hecho de que cada uno de los regímenes marxistas ha ofrecido pruebas de un colosal fracaso económico y no ha aportado a sus respectivos pueblos otra cosa que miserias y privaciones. El marxismo, como explicación económica del mundo, es una sinrazón absoluta y la razón que lo convierte en una sinrazón es que Marx fue un intelectual tramposo. Muy lejos de ser "el científico" que se proclamaba, era lo contrario de una persona científica: comenzaba

con una conclusión, y después trabajaba hacia atrás para encontrar o inventar los hechos que la “probaban”.

Recientemente he leído de nuevo todo El Capital y los documentos reunidos en los British Blue Books, que Marx se enorgullecía de citar. El examen revela falsificaciones evidentes casi en cada página. Se puede afirmar honradamente que este texto, sobre el cual todos los espantosos Estados comunistas fueron construidos, es uno de los libros más inmorales que jamás se hayan escrito. Esto ayuda a entender por qué los intentos de los marxistas revisionistas del siglo XX para salvar el sistema —como Antonio Gramsci en Italia, la Escuela de Francfort en Alemania, Luis Althusser en Francia—, han fracasado totalmente.

Ninguna universidad europea permitiría hoy los cursos de teoría racista del nazismo. Pero el marxismo, con sus ultrasimplificadas (y falsas) explicaciones de cuestiones complejas, resulta particularmente atrayente para las juveniles mentalidades ignorantes. Los “campus” de las universidades occidentales, conocidos tradicionalmente en Gran Bretaña como “la casa de las causas perdidas”, son ahora quizás el único lugar sobre la Tierra en el que la gente cree todavía en el marxismo. Pero hay signos de que incluso esta ciudadela será pronto tomada al asalto.»

GEORGE BUSH: una deuda impagable

«Las ideas y los hechos de los fundadores de Norteamérica hundían sus raíces en la naturaleza y la experiencia humanas. Aunque han pasado ya 200 años, los planteamientos en los que se basan nuestra Constitución y nuestra Declaración de Derechos constituyen una guía fiable.

Los hombres que se reunieron para escribir la Constitución eran hombres de negocios, granjeros y juristas, la mayoría de ellos entre los treinta y los cincuenta años. Y sentían pasión por aprender. Dominaban las ciencias de la agricultura y la ingeniería. Se empaparon de la sabiduría de los clásicos griegos y romanos y de la fe y la filosofía de la tradición judeocristiana. Sin caer en el cinismo ni en la ingenuidad, tuvieron una visión esperanzadora y práctica.

En una ocasión, Thomas Jefferson señaló que la única base sólida de las libertades de una nación es la “convicción en las mentes de las personas de que estas libertades son... el regalo de Dios”. Al considerar el bicentenario de nuestra Declaración de Derechos un año de acción de gracias por las bendiciones de la libertad, no sólo rendimos un honor merecido, sino que reafirmamos también la fundación moral y espiritual sobre la que descansa esta gran república.

Los fundadores de nuestra nación eran hombres de fe y convicciones, y fue una visión del hombre inspirada en las Escrituras lo que les condujo a declarar “que todos los hombres fueron creados iguales, que el Creador les otorgó algunos derechos inalienables, entre los que se encuentran la Vida, la Libertad y la Búsqueda de la Felicidad”. La ratificación de nuestra Declaración de Derechos en diciembre de 1971 señaló su decisión de defender con la ley estas palabras atemporales de nuestra Declaración de Independencia.

Nuestros antepasados reconocieron plenamente el valor de la

libertad, y el 26 de septiembre de 1789, precisamente un día después de que se pusieran de acuerdo sobre el borrador de la Declaración de Derechos que presentarían a los estados para su ratificación, los miembros del primer congreso solicitaron que el presidente Washington "recomendara al pueblo de Estados Unidos un día de acción de gracias y oración pública, para ser celebrado reconociendo con corazones agradecidos los muchos favores del Dios Todopoderoso". Washington, que había apoyado e incluso fomentado la conmemoración de un día así, enseguida hizo pública una proclamación llamando a todos los norteamericanos a unirse y dar gracias "por la libertad civil y religiosa con la que se nos habendecido...".

Ahora, más de doscientos años más tarde, tenemos aún más motivos para dar gracias. La recién nacida república liderada por George Washington no sólo ha perdurado, sino que ha prosperado. Hoy podemos estar agradecidos por el hecho de haber conservado nuestra Constitución y nuestra Declaración de Derechos a lo largo de la historia de nuestra nación, y por la expansión de los ideales de libertad y democracia en todo el mundo.

Hoy también damos las gracias a aquellos valientes norteamericanos del pasado y del presente que han estado dispuestos a poner en peligro sus vidas para defender las vidas y la libertad de los otros.

El Congreso, con la Ley Pública 101-507, ha designado 1991 como "Año de Acción de Gracias por las Bendiciones de la Libertad", y ha autorizado y solicitado que el presidente haga una proclamación para conmemorar este año.

Por consiguiente, yo, George Bush, presidente de los Estados Unidos de América, insto, por la presente, a todos los norteamericanos a que se unan en la conmemoración de 1991 como un Año de Acción de Gracias por las Bendiciones de la Libertad. Demostraremos con palabras y hechos —incluida la oración pública y privada— que estamos agradecidos por la libertad que Dios nos ha otorgado y por las demás bendiciones que Él nos ha dispensado como individuos y como nación.

En fe de lo cual, pongo aquí mi firma en este 16 de diciembre del

año del Señor de 1991, cuando se cumplen 216 años desde la Independencia de Estados Unidos.»

CAPÍTULO XVI

¿QUÉ SIGNIFICA SER FUERTE?

«E los enemigos cargaron tanto, que matando en los españoles, se echaban al agua tras ellos; y ya por la calle del agua venían canoas de los enemigos y tomaban vivos los españoles. E como el negocio fue tan de súpito y vi que mataban la gente, determiné de me quedar allí y morir peleando.»

HERNÁN CORTÉS. (Cartas de Relación.)

1. DEFENDER O CONQUISTAR LO QUE VALE LA PENA

Hay cosas que merecen ser poseídas y conservadas: la vida, la salud, la buena fama, la amistad, el bienestar, la alegría... Ello significa que las dificultades pueden convertir su consecución en dura conquista, y su conservación en esforzada defensa. Tanto en la conquista de lo que no se posee como en la defensa de lo que no se quiere perder, dos son las acciones que se ponen en juego: la resistencia y el ataque.

Ser fuerte significa aceptar esas penas por las cosas que merecen la pena. Aunque esto no siempre se entiende, pues es frecuente la tentación de rebajar la vida moral hasta el simple desarrollo vegetativo y conformista, ajeno a todo esfuerzo: vive y deja vivir; algo parecido al ideal de las plantas: hacer tranquilamente la función clorofílica.

Si hay valores que valen la pena, son válidas las palabras que Paul Claudel escribía a su hijo: «Un joven necesita heroísmo para resistir a las tentaciones que le rodean; para creer él solo en una doctrina despreciada; para osar enfrentarse, sin retroceder una pulgada, a la blasfemia y a la burla que llenan los libros, las calles y los periódicos; para resistir a su familia y a sus amigos; para estar solo contra todos.»

En la sociedad actual, los sentimientos son a menudo la regla de un comportamiento que resulta, en el fondo, sencillamente egoísta. Me apetece, me gusta, lo siento así, y otras expresiones similares, reflejan con frecuencia la falta de criterios objetivos de actuación. Se abandona la dirección del obrar a los vientos cambiantes de la sensibilidad, de los caprichos o del interés. El bien y la verdad se humillan ante una autoridad superior: la ley del gusto.

Si no se corta con decisión esa tendencia y no se deja que la inteligencia marque el rumbo y la voluntad empuje, la persona no logra el equilibrio, pues quien busca la verdad queriendo continuar

con sus gustos, la busca de noche, y de noche no la encuentra; y quien quiere hacer el bien sin prescindir de sus gustos, en el fondo no quiere, y por tanto no lo hará.

2. EL FUERTE ES COHERENTE, PRUDENTE Y JUSTO

Una dimensión de la fortaleza es la coherencia: vivir de acuerdo con lo que se cree, aceptar el riesgo de la incomprensión antes que permitir rupturas entre lo que se piensa y lo que se vive. La falta de coherencia resalta en los personajes públicos —de ahí procede cierta mala fama de los políticos—, pero también en ellos es donde más brilla su cultivo. Para las situaciones difíciles está la salida astuta y cínica del viejo refrán: «Si no puedes vencerlos, únete a ellos», pero muy por encima está la grandeza de la coherencia: «Los principios que profesé toda mi vida no debo abandonarlos hoy porque mi situación haya cambiado; los sigo mirando con los mismos ojos, los sigo teniendo el mismo respeto y veneración que antes; y si no los hay mejores, ten por seguro que no cederé en lo que me propones, aunque todos intenten asustarme como a un niño, con amenazas más horribles que la confiscación, las cadenas o la muerte» (Critón).

Para ser fuerte también es necesario ser prudente y justo. La prudencia es conocer las cosas como son y actuar en consecuencia. Es decir, acomodar la acción a las peculiaridades de la realidad. Por eso la valentía de Don Quijote es casi siempre imprudente. La auténtica fortaleza no es ímpetu ciego. La auténtica fortaleza exige ponderar tanto lo que se arriesga como lo que se espera proteger o ganar. «Señor —respondió Sancho—, que el retirar no es huir, ni el esperar es cordura, cuando el peligro sobrepuja a la esperanza.»

Si la fortaleza no se pusiera al servicio de la justicia, sería palanca del mal: el que comete una acción terrorista puede arriesgar la vida, pero su valentía queda corrompida al tener como finalidad una grave injusticia.

Ser fuerte no significa no tener miedo. Por el contrario, presupone el miedo del hombre al mal, aunque no permite que el miedo le arrastre o le paralice. En realidad, el temor es una consecuencia del amor, ya que nada se teme cuando nada se ama. Y no amar nada es

lo mismo que haber perdido la voluntad de vivir.

3. LA RESISTENCIA Y EL ATAQUE

Sólo el que realiza el bien, haciendo frente al daño y al temor, es verdaderamente valiente. La valentía y, por tanto, la fortaleza, consta de dos actos: la resistencia y el ataque. Con el ataque el hombre puede adquirir una grandeza épica como la del Cid. Sin embargo, el acto más propio de la fortaleza, el más cotidiano, el más necesario, y también el más difícil, es la resistencia, que significa no abandonar la tarea, no rendirse, no dejarse arrebatar la serenidad ni la clarividencia. Esa resistencia se llama paciencia, palabra que ahora mismo puede gozar de cierta mala fama y evocar pusilanimidad, justo lo contrario de lo que en realidad significa. Poco antes de morir, Sócrates escucha estas palabras de su amigo Critón: «Muchas veces te he admirado por tu carácter, pero mucho más te admiro ahora en medio de tu desgracia, viendo qué fácilmente y con que ánimo la soportas.»

La paciencia preserva al hombre del peligro de ser abrumado por la tristeza, y le mantiene dueño de sí, sin doblegarse ante las conveniencias, pues, como dijo Cicerón, es indigno del hombre rendirse a otro hombre, a los temores o a los vaivenes de la vida.

«Los que estuvimos en campos de concentración recordamos a los hombres que iban de barracón en barracón consolando a los demás, dándoles el último trozo de pan que les quedaba. Puede que fueran pocos en número, pero ofrecían pruebas suficientes de que al hombre se le puede arrebatar todo salvo una cosa: la última de las libertades —la elección de la actitud personal ante un conjunto de circunstancias— para decidir su propio camino» (V. Frankl).

De un hombre que resiste se ha dicho que puede ser destruido, pero no derrotado. ¿Cuál es la fuente de esa valentía? No puede ser otra que la esperanza en la victoria. Antes de una batalla decisiva, cuentan que Alejandro Magno reunió a sus generales y les repartió todos sus bienes. Cuando uno de ellos, extrañado, preguntó cómo es que regalaba todo y se quedaba sin nada, Alejandro respondió: «A

mí me queda la esperanza.» Por eso, la mayor fortaleza es la que se nutre de la mayor esperanza. Ello explica —dice Pieper— que «quien reduce su visión al ámbito de lo que está del lado de acá de la muerte, no ve sino inutilidad y absurdo».

CERVANTES: una valentía equivocada

«Alzó la vara en alto el comisario para dar a Pasamonte, en respuesta de sus amenazas; mas don Quijote se puso en medio, y le rogó que no le maltratase, pues no era mucho que quien llevaba tan atadas las manos tuviese algún tanto suelta la lengua. Y volviéndose a todos los de la cadena, dijo:

—De todo cuanto me habéis dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio que, aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais a padecer no os dan mucho gusto, y que vais a ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad; y que podría ser que el poco ammo que aquél tuvo en el tormento, la falta de dineros déste, el poco favor del otro, y, finalmente, el torcido juicio del juez, hubiese sido causa de vuestra perdición, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades. Todo lo cual se me representa a mí ahora en la memoria, de manera que me está diciendo, persuadiendo, y aun forzando, que muestre con vosotros el efecto para que el Cielo me arrojó al mundo, y me hizo profesar en él la orden de caballería que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer a los menesterosos y opresos de los mayores. Pero, porque sé que una de las partes de la prudencia es que lo que se puede hacer por bien no se haga por mal, quiero rogar a estos señores guardianes y comisario sean servidos de desataros y dejaros ir en paz; que no faltarán otros que sirvan al rey, en mejores ocasiones; porque me parece duro caso hacer esclavos a los que Dios y naturaleza hizo libres. Cuanto más, señores guardas —añadió don Quijote—, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros. Allá se lo haya cada uno con su pecado; Dios hay en el cielo, que no se descuida de castigar al malo, ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean . verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello. Pido esto con esta mansedumbre y sosiego, porque tenga, si lo cumplís, algo que agradeceros; y cuando de grado no lo hagáis, esta lanza y esta espada, con el valor de mi brazo, harán que lo hagáis por fuerza.

—¡Donosa majadería! —respondió el comisario— ¡Bueno está el donaire con que ha salido a cabo de rato! ¡Los forzados del rey quieren que le dejemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlo, o él la tuviera para mandárnoslo! Váyase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante, y enderécese ese bacín que trae en la cabeza, y no ande buscando tres pies al gato.

—¡Vos sois el gato, y el ratón, y el bellaco! —respondió don Quijote.

Y, diciendo y haciendo, arremetió con él tan presto, que, sin que tuviese lugar de ponerse en defensa, dio con él en el suelo, malherido de una lanzada; y avínole bien; que éste era el de la escopeta. Las demás guardas quedaron atónitas y suspensas del no esperado acontecimiento; pero, volviendo sobre sí, pusieron mano a sus espadas los de a caballo, y los de a pie a sus dardos, y arremetieron a don Quijote, que con mucho sosiego los aguardaba; y sin duda lo pasara mal, si los galeotes, viendo la ocasión que se les ofrecía de alcanzar la libertad, no la procuraran, procurando romper la cadena donde venían ensartados. Fue la revuelta de manera que las guardas, ya por acudir a los galeotes, que se desataban, ya por acometer a don Quijote, que los acometía, no hicieron cosa que fuese de provecho.»

CAPÍTULO XVII

EL PLACER Y LA FELICIDAD

«¿Qué es lo que mueve el deseo? Lafelicidad, y eso solamente.»

LOCKE.

«Nada podría existir si no supiéramos que es posible la felicidad.»

MILOSZ.

1. EN TORNO A UNA DEFINICIÓN

Proponemos esta definición de placer: «Estado afectivo agradable, unido a la satisfacción de un deseo o de una tendencia, al ejercicio armonioso de una actividad.» Hay, pues, tantos placeres como deseos, tendencias y actividades, aunque la inmediatez de los corporales hace que muchos hombres piensen que son los únicos que existen.

Por eso se nos advierte desde antiguo que si algunos, «por no haber gustado nunca un placer puro y libre, se entregan a los del cuerpo, no se ha de pensar por ello que éstos son preferibles: también los niños creen que lo que ellos estiman es lo mejor» (Ética a Nicómaco).

El placer perfecciona la actividad y es como la consumación de su correcto desarrollo. Y al ser la actividad lo propio del ser vivo, quizá la universal aspiración al placer manifiesta el deseo universal de vivir. Bajo ese aspecto, el placer es una forma del instinto natural de supervivencia.

El placer está íntimamente asociado a la naturaleza humana. Sin embargo, su valoración es difícil: unos llegan a identificarlo con el bien, y otros lo consideran algo vil y despreciable. Lo que no ofrece duda es el protagonismo que ocupa en la vida humana, pues solemos regular nuestras acciones por el placer y el dolor que nos proporcionan, hasta el punto de obrar mal por disfrutar de un placer, y no obrar bien por evitar un dolor.

De ahí la necesidad de haber sido educado desde joven, como dice Platón, para saber cuándo y cómo conviene sufrir o disfrutar, pues si admitimos que hay actividades nobles y actividades indignas, lo mismo debemos pensar de los placeres. La adecuación de la conducta a este criterio constituye la auténtica buena educación.

2. LOS DESEOS ORGÁNICOS

La tendencia natural hacia el placer sensible que se obtiene en la comida, en la bebida y en el deleite sexual es la forma de manifestarse de las fuerzas naturales más potentes que actúan en la conservación del hombre. Estas energías vitales que se pusieron para la conservación del individuo y de la especie dan las tres formas originales de placer.

Pero precisamente porque esas potencias representan la actividad irrefrenable constitutiva de lo que es la vida, sobrepasan también a todas las demás energías en capacidad destructora cuando se desordenan. De la misma manera que una presa puede abastecer de agua y de energía a millones de personas, pero si se rompiera, arrasaría y mataría.

No deja de ser misterioso, aunque lo vivamos a diario, el hecho de que el orden interior del hombre no sea algo que se dé espontáneamente, como una realidad natural, al igual que se observa en la formación de un cristal o en la función clorofílica de cualquier vegetal. Lo que observamos es, al contrario, que las mismas fuerzas que alimentan la existencia humana pueden pervertir el orden interior hasta llegar al desequilibrio de la persona: «¡Oh, amor, amor! —exclama Pleberio— ¿Quién te dio tanto poder? ¿Quién te puso nombre que no te conviene?»

Que la natural tendencia al placer puede llegar a actuar desordenadamente es evidente. Basta con echar una ojeada, cualquier día, a la página de sucesos de cualquier diario. Basta conocer la Historia. Hay en ella ejemplos elocuentes. El autor de las Confesiones reconoce que «podía más en mí lo malo, que ya se había hecho costumbre, que lo bueno, a lo que no estaba acostumbrado. Lo que me esclavizaba eran cosas que no valían nada, pura vaciedad, mis “antiguas amigas”. Pero me tiraban de mi vestido de carne y me decían bajito: “¿es que nos dejas? ¿Ya no estaremos nunca más contigo? ¿Desde ahora nunca más podrás

hacer esto…, ni aquello…?” ¡Y qué cosas, Dios mío, me sugerían con las palabras “esto” y “aquello”!»

3. CONTROL Y DESCONTROL: CONSECUENCIAS

Sólo suponiendo que es posible esa rebelión de las propias fuerzas vitales puede darse la necesidad de regular los deseos. Al arte de obrar en cada momento lo conveniente lo llamaron los griegos frónesis (prudencia). Pero al hombre obsesionado por el placer se le oscurecen los principios del recto obrar. Evitar ese oscurecimiento es salvar la prudencia. Ésa es precisamente la misión de la templanza, sofrosyne (que significa salvaguarda de la frónesis).

La templanza es, pues, la ordenación del deseo, puesto al servicio de la plenitud humana. Así lo expresó Francisco de Quevedo: «Dentro de tu propio cuerpo, por pequeño que te parezca, peregrinas. Y si no miras bien por dónde llevas tus deseos, te perderás dentro de tan pequeño vaso para siempre. Has de tratarle no como quien vive por él, que es necedad, ni como quien vive para él, que es delito, sino como quien no puede vivir sin él. Trátale como al criado: susténtale, y vístele, y mándale, que sería cosa fea que te mandase quien nació para servirte.»

Entre los diversos deseos orgánicos, el sexual desempeña en el ámbito biológico un papel fundamental: la propagación de la especie. Por ser un bien necesario, necesita más la salvaguarda de la razón. Ese orden racional es la esencia de la castidad, y su desorden es la lujuria. Por la lujuria se deja sobornar el hombre, se vende a lo sensible y suelta las riendas de su conducta. La obsesión de gozar le tiene siempre ocupado y le impide acercarse a la realidad y ver las cosas como son: por la lujuria queda corrompida la prudencia, es decir, la conducta recta, el hombre entero.

Dice Aristóteles que los apetitos deben ser moderados, pocos y dirigidos por la razón, porque el deseo de placer es insaciable, y satisfacerlo significa aumentar el mismo deseo hasta una intensidad que impide el raciocinio. El ejemplo inocente que pone es el de cierto glotón que pedía a los dioses que su gaznate se volviera más largo que el de una grulla, por atribuir al contacto el placer que

experimentaba.

Del protagonista de una conocida novela se nos dice que «todo en él era viejo, salvo sus ojos; y éstos tenían el color mismo del mar, y eran alegres e invictos». A las personas no se les nota en la cara si son justas, en cambio la destemplanza produce un desequilibrio que asoma incluso a los ojos y a la risa, y una inestabilidad fruto del desarraigo: esa fuga de sí mismo causada por la muerte que se observa en el propio interior.

La consecuencia del descontrol del deseo orgánico es, a última hora, el fracaso de la existencia humana, la infelicidad profunda. Los más estrechos colaboradores de Lutero hablan de la tendencia, en los últimos años de su vida, a la cólera, la calumnia, el odio y la mentira; de su amor a la cerveza y al vino; de su obsesión por lo sucio y obsceno. Y Lutero no es excepción, sino todo lo contrario, un hombre en el que queda tipificada, con rasgos clarísimos, una determinada conducta.

La falta de templanza coincide con la búsqueda de un imposible: la plenitud de la vida. Porque la destemplanza sumerge a la persona en un torbellino de sensaciones: luces, sonidos e imágenes estridentes; un mundo tras cuya fachada alucinante sólo vive la nada. Un mundo con vivencias que se vuelven amargas a los pocos minutos. Un mundo que, ante los ojos de un hombre íntegro, aparece desolado y fantasmal (J. Pieper).

En La Celestina encontrarnos la queja patética de ese desengaño: «Cébasnos, mundo falso, y al mejor sabor nos descubres el anzuelo. No lo podernos huir, que nos tiene ya cazadas las voluntades. Prometes mucho, nada cumples. Corrernos por los prados de tus viciosos vicios, muy descuidados, a rienda suelta; descúbresnos la celada cuando ya no hay lugar de volver.»

Es el peligro del que ya habló Platón en su mito del carro alado, caído fatalmente por el descontrol del caballo negro desbocado. Un peligro formulado con palabras certeras por una conocida feminista: «aquí la tierra te puede tragar para siempre».

El mismo Epicuro, reconocido universalmente corno padre del hedonismo, escribió que «no son las borracheras, ni los banquetes

continuos, ni el goce con las mujeres, los que proporcionan una vida feliz, sino la razón, buscando sin cesar los motivos legítimos de elección». Por eso, quien busca la felicidad en el placer, necesariamente terminará desesperado.

4. LA SEXUALIDAD FREUDIANA

La imagen del hombre difundida por Freud concede al impulso sexual el privilegio de indicar el camino que el hombre debe seguir. A pesar de su tosco determinismo, tal planteamiento hizo fortuna cultural en amplios sectores sociales, a lo largo de todo el siglo XX.

Freud encontró para las neurosis una sola causa: la represión sexual; y un sólo remedio: la liberación de los correspondientes impulsos. Pero la experiencia ha puesto de manifiesto que el sexo así entendido no sólo no libera, sino que, neurotiza. Multitud de estudios han demostrado que la promiscuidad, la adicción a la pornografía, la impotencia sexual y las aberraciones son consecuencia del modelo antirrepresivo freudiano.

Al sexualizar la neurosis, Freud neurotizó la sexualidad. Y aunque sus principales discípulos rechazaron sus tesis centrales, la bomba había sido arrojada y hacía sus estragos. Sobre la neurosis cayó un diagnóstico equivocado que agravó artificialmente el problema y tiñó con su color inconfundible la cultura del siglo XX. Pocas voces se atrevieron a reivindicar para el hombre una condición racional, incompatible con la pretensión de preguntar al sexo lo que el hombre debe hacer. Una de ellas fue la de C. S. Lewis, que confiesa con agudeza e ironía la imposibilidad de encontrar la plenitud de la vida por el camino del mencionado placer:

«Muchas veces seguí ese camino hasta el final. Y al final encontraba placer, lo que me llevó inmediatamente a descubrir que el placer (ese u otro cualquiera) no era lo que buscaba (...). La frustración no consistía en haber encontrado un placer “rastrero” en lugar de uno “elevado”: era la poca importancia de la conclusión lo que aguaba la fiesta. Los perros habían perdido el rastro. Uno había cogido la presa equivocada. Ofrecer placer sexual al que desea lo que yo estoy describiendo es algo así como ofrecer una chuleta de cordero a un

hombre que se está muriendo de sed (...). A veces me pregunto si no serán todos los placeres sucedáneos de la Alegría.»

5. LA PRESENCIA DEL DOLOR

«Del monte en la ladera, / por mi mano plantado tengo un huerto.» Y era un placer para Fray Luis trabajarlo y descansar después, «a la sombra tendido», sintiendo cómo «el aire el huerto orea,/ y ofrece mil olores al sentido».

El placer es una complacencia parcial. Pero el hombre no se conforma con esa parcialidad: su auténtica meta es la felicidad, la complacencia total. Por desgracia, la felicidad no depende sólo de nuestra voluntad. No se presenta ante nosotros de forma automática. Parece existir con leyes propias desesperadamente resistentes. Unas leyes no siempre fáciles de descubrir y de seguir. De hecho, la felicidad y el dolor iluminan y ensombrecen nuestra existencia con una alternancia que muchas veces resulta caprichosa y amarga:

«La causa de esta angustia no consigo

ni vagamente comprender siquiera.»

(ANTONIO MACHADO.)

«Quiero encontrar, ando buscando la causa del su-

[frimiento.

La causa a secas del sufrimiento a veces

mojado en sangre, en lágrimas y en seco

muchas más. La causa de las causas de las cosas

horribles que nos pasan a los hombres.

No a Juan de Yepes, a Blas de Otero, a Leon

Bloy, a César Vallejo, no, no busco eso,

qué va, ando buscando únicamente

la causa del sufrimiento

(del sufrimiento a secas),

la causa a secas del sufrimiento a veces...

Y siempre vuelta a empezar.»

(BLAS DE OTERO.)

A la vista de estas palabras, ¿tendremos que dar la razón a Aristóteles cuando insinúa que el misterio de la felicidad se debe al designio divino? Pues si algo es un don de los dioses a los hombres —dice—, con más razón lo será la felicidad, ya que es la mejor de las cosas humanas.

El placer y la felicidad se relacionan como la parte y el todo. El placer es una satisfacción restringida a un tiempo y a una actividad. La felicidad es una complacencia completa de todo lo que soy, y aunque se da en el tiempo, no se halla ligada al ejercicio de ninguna acción concreta. Por eso puedo sentir placer sin ser feliz, y también lo contrario, ser feliz en medio del dolor.

Es importante caer en la cuenta de que la felicidad no es una suma de placeres; que éstos son compatibles con la amargura y el vacío existencial: «A los cuatro años tuve que irme a vivir con personas que no eran de mi familia, y a partir de los seis viví en los orfelinatos del Estado. Excepto en aquellos muy primeros años no conocí ni las caricias ni los besos de una madre y de un padre. No tuve a nadie que por las mañanas me dijera: “Tómate el desayuno, y a ver si te portas bien en el colegio.” Estoy seguro de que cualquiera comprende la importancia que estas palabras tan sencillas tienen para un niño, y también el vacío que durante toda mi vida he sentido en mi corazón, por haberme visto privado de ellas. A los

diecisiete años, siendo estudiante en la Academia Naval de Leningrado, sentía ese vacío como el mayor pesar de mi vida» (Sergei Kourdakov).

La felicidad en medio del dolor se da en aquellos que han encontrado a la vida un sentido muy por encima de lo material. Mozart, en medio de la ansiedad que le produce la grave enfermedad de su padre, le escribe en estos términos: «Doy gracias a Dios porque me ha concedido la felicidad de entender que la muerte es la llave de nuestra felicidad verdadera. Su imagen ya no representa nada espantoso para mí, sino algo muy tranquilizador y consolador.»

La máxima superación del dolor se da en los mártires, que consiguen el «más difícil todavía»: convertirlo en fuente de profundo gozo. Pero sin llegar a ese heroísmo, muchas personas son capaces de descubrir el rostro humano de la felicidad en medio de lo inhumano. Cuando el periodista pregunta al poeta cubano Jorge Valls qué han sido para él los veinte años de cárcel, graba esta respuesta: «Todo. Las amistades más auténticas, límpidas, profundas, viriles, las he tenido con mis compañeros de sufrimiento. He visto morir, enloquecer, suicidarse a muchos. La nuestra era una comunidad de las catacumbas, una hermandad de una intensidad única.»

Por otra parte, siendo el hombre un ser tan limitado y complejo, la felicidad y la amargura pueden experimentarse mezcladas e intensamente. Es otro poeta encarcelado y cercano a la muerte el que goza al ver a su pequeño hijo: «Tu risa me hace libre, / me pone alas, / soledades me quita, / cárcel me arranca.»

Nietzsche decía que quien tiene un porqué para vivir, es capaz de soportar cualquier cómo. Y cuanto más alto e intenso es el porqué, más bajos y débiles parecen los obstáculos y sinsabores del cómo. Ya lo hemos visto: cuando Radian Raskolnikof se enamora de Sonia, le quedaban siete años de condena por su doble asesinato, siete años de dolor y sufrimiento, pero ¡cuánta felicidad!». Dostoievski debía tener en la cabeza, al escribir esto, aquellos siete años que trabajó Jacob en casa de Labán, para poder casarse con Raquel. El Libro Eterno comenta que aquellos siete años le parecieron sólo unos cuantos días, de tanto como la amaba.

6. UN PRECIO OBLIGADO: LA RENUNCIA

«No hay nada que nos sea siempre agradable, porque nuestra naturaleza no es simple» —leemos en la Ética a Nicómaco—. Y así, al que le gusta este alimento no le sienta bien, y el que desea fumar debe también obedecer la prohibición médica. Y si paseas te cansas. Y si no paseas te aburres.

Por lo demás, muchas son las cosas que deseo, y para alcanzar una he de dejar las otras, aunque no las olvido: y esa renuncia me duele. Por eso es dolorosa la existencia, porque toda elección es a la vez exclusión. La historia de mi vida no es la suma de mis actos, sino también de mis omisiones y renuncias: de todo lo que he querido pero no he sabido o no he podido realizar. Así entendemos que nuestra propia condición impide que se logre la felicidad. Su deseo es natural y constante, pero su consecución es imposible. Un «imposible necesario», dice Julián Marías en su excelente ensayo sobre La Felicidad Humana.

Además, con demasiada frecuencia, detrás de lo atractivo se esconde lo enojoso. Unas veces, porque no puedo conseguir lo que deseo. Otras, porque al conseguirlo me doy cuenta de su insuficiencia. Y al fin, porque el precio que debo pagar por su conquista puede ser poco agradable. «Yo, como estaba hecho al vino, moría por él», dice Lázaro de Tormes, como para justificar la treta que emplea para beberlo. Y ya conocemos la brutal venganza del ciego: «Fue tal el golpecillo, que me desatinó y sacó de sentido, y el jarrazo tan grande, que los pedazos de él se me metieron por la cara, rompiéndomela por muchas partes, y me quebró los dientes, sin los cuales hasta hoy día me quedé.»

Lo dicho significa que el placer y la felicidad llevan consigo renuncia, tanto si nos gusta como si no. Por eso, cualquier postura hedonista será siempre ilusoria. Tampoco parece que lo correcto esté en el otro extremo, del lado de la supresión de todo deseo. Algunos estoicos y ciertas doctrinas orientales cercanas al budismo

vienen a decir que la infelicidad nace de la frustración. Y dado que la frustración nace sobre el deseo no logrado, no tengas deseos y serás feliz; al menos, no serás infeliz. Lo que no está claro es que sea posible un hombre sin deseos, y aun cuando lo fuera, ¿sería un hombre o un mueble?

Sin deseos, la vida humana dejaría de ser humana. La solución puede consistir, más bien, en alimentar deseos pero no venderse a ellos. En no poner en ellos el sentido de la vida, sino en el simple bien, del que muchas veces nos vendrá, como regalo hermosamente amable, la felicidad inesperada.

El mejor estoicismo es quizá el de la fórmula sustine et abstine. Porque soportar lo adverso es propio del hombre fuerte, y abstenerme de lo que puedo hacer pero no debo es vivir la templanza. Éste es el precio que debe pagar nuestra insaciable tendencia a la felicidad, si quiere alcanzar lo que de ella es posible en esta vida: dejarse conducir por la razón para no asustarse ante el dolor ni dejarse atrapar por la apariencia de placer. Por eso, cuando uno lee que «los apetitos deben ser moderados, pocos y dirigidos por la razón», sospecha que quien lo escribe sabía bastante de la vida.

Placer y felicidad son, casi siempre, el motor de nuestras acciones. Pero un motor situado en el futuro, como una meta a la que ansiamos llegar. Placer y felicidad pertenecen necesariamente al hombre como pretensión, y esa condición futura pero real es la que hace a los hombres seres complejos, extraños y permanentemente insatisfechos: «Arqueros que buscan el blanco de sus vidas.»

7. EL AMOR Y SUS ALAS

¿Es el amor physical desire and nothing else? Platón negaría rotundamente esa reducción a lo físico. Sin embargo, afirmó que la conmoción amorosa tiene lugar en el encuentro con la belleza sensible, pues ella conmueve al hombre más que ningún otro valor, y lo arrebata de su tranquila comodidad. Entonces, el hombre arrebatado por la belleza queda fuera de sí, quiere echar a volar y no puede, no sabe lo que le pasa.

De esa desconcertante situación habla Aristófanes en el principio del Banquete. Dice que los amantes no saben lo que quieren uno del otro; quieren algo que sobrepasa el placer del amor, pero ese algo no saben expresarlo, sólo lo presienten.

Platón, autor del Banquete, ha experimentado que el auténtico arrebato amoroso nos transporta por encima del espacio y del tiempo, de tal modo que el conmovido por la belleza desearía que el instante fuera eterno, y querría abandonar el camino que suelen seguir los hombres. Los dioses llaman por eso a Eros «el que proporciona alas».

Esto quiere decir que cuando recibimos la belleza rectamente, encontramos una satisfacción incompleta, un sabor agridulce en el que la felicidad se mezcla con la provocación de una espera, de una promesa que posiblemente no pueda realizarse en el ámbito de la existencia corporal. Así define justamente Paul Claudel a la mujer: «la promesa que no puede ser cumplida».

Esa promesa excita en el alma, piensa Platón, el recuerdo de su origen y la nostalgia de la felicidad perdida. Entonces le crecen alas para volver a la compañía de los dioses aún antes de terminar el exilio infligido: el alma se aficiona a contemplar y disfrutar lo divino.

Parafraseando a Pascal diríamos que el amor supera infinitamente

al amor, pues despierta una sed que no puede calmarse. «¿Eres la sed o el agua en mi camino?», se preguntaba Antonio Machado. Sospechamos que el amor es ambas cosas, sed y agua: una gustosa ansiedad. Pero experimentar lo realmente gustoso de esa ansiedad sólo es posible, sigue diciendo Platón, cuando se respeta una condición previa: conservar puro el impulso amoroso, protegerlo de las posibilidades de falseamiento o corrupción que nacen de confundir el arrebato por la belleza con el mero deseo de placer.

Es importante la diferencia entre deseo y amor. El que desea sabe exactamente lo que quiere, es un calculador. Pero desear no es amar; «en rigor, no es amado quien es deseado, sino aquel para quien se desea algo» (J. Pieper).

Lewis pasa por ser uno de los escritores ingleses más inteligentes, y trata el problema de la felicidad con una sorprendente clarividencia. Confiesa que al buscarla en la experiencia erótica, perdía siempre el rastro, y «el Deseo real se marchaba diciendo: ¿Qué tiene que ver esto conmigo?» Durante muchos años buscó la felicidad en el placer, pero «al final terminé de construir el templo y descubrí que el dios se había ido» (Surprised by Joy).

Platón sabía que el hombre está destinado al amor profundo, pero también era consciente de que lo verdaderamente humano no se da nunca en la mayoría de los hombres. Por eso Sócrates, después de hablar con Fedro de estos temas, eleva una oración a Pan y a todos los demás dioses: «Otórgame la belleza interior y haz que mi exterior trabe amistad con ella.»

AGUSTÍN DE HIPONA: la confesión de un hombre corrompido

El 13 de noviembre del año 354 nació Aurelio Agustín en la franja norte de África que pertenecía al Imperio Romano. La mitad de su vida va a ser una lucha dramática entre el deseo de placer y el ansia no menor de encontrar una verdad definitiva. Ambas tendencias se dan en Agustín apasionadamente, con encarnizada oposición, hasta la frontera de los treinta años.

El relato de esa extraordinaria zozobra interior lo escribirá el propio protagonista en la autobiografía más leída de la Historia, uniendo a la densidad psicológica una sugestiva calidad literaria. Éstas son sus Confesiones:

«Cuando llegué a la adolescencia ardí en deseos de hartarme de las más bajas cosas, y llegué a envilecerme con los más diversos y turbios amores; me ensucié y me embrutecí por satisfacer mis deseos y agradar a los demás.

No deseaba más que amar y que me quisieran. No tenía medida ninguna, ni fijeza, como pide la verdadera amistad, sino que iba de acá para allá obcecado por mi concupiscencia carnal y la fuerza de mi pubertad, ofuscado, a oscuras; y mi corazón no distinguía la serena amistad de lo que era exclusivamente apetito de la carne. Abrasado por esta obsesión, me sentía arrastrado en esta débil edad por el vértigo de mis deseos, y me sumergí hasta el fondo en toda clase de torpezas. Estaba sordo por el ruido de mis propias cadenas a cualquier voz que me llamara a la rectitud. Me sentía inquieto y nervioso, sólo ansiaba satisfacerme a mí mismo, hervía en el deseo de fornicar. Cada vez me alejaba más del verdadero camino yendo detrás de esas satisfacciones estériles, ensoberbecido, agitado y sin voluntad para obrar bien.

A mis dieciséis años me entregué totalmente a la carne, al furor de

la satisfacción sensual, permitida y hasta aplaudida por la desvergüenza humana, pero contraria al amor de Dios».

Y quince años más tarde:

«Entretanto, mis pecados se multiplicaban. Arrancaron de mi lado -como un impedimento para mi futuro matrimonio- a aquella con quien yo había compartido durante quince años mi lecho; mi corazón, tan pegado a ella, al separarlo quedó llagado y manaba sangre. Ella se volvió a África y prometió al Señor no conocer a ningún otro hombre; dejó conmigo a Adeodato, el hijo que yo había tenido con ella.

¡Qué caminos más tortuosos! Ay de esta alma mía insensata que esperó, lejos de Dios, conseguir algo mejor. Daba vueltas, se ponía de espaldas, de lado, boca abajo..., todo lo encontraba duro e incómodo, porque sólo Dios era su descanso.

Me vi y me aterroricé, pero no tenía adónde huir de mí mismo (...). Mi alma se resistía, no quería, pero ya no podía alegar ninguna excusa, porque estaban ya agotados y rebatidos todos los argumentos. Sólo le quedaba a mi alma una especie de mudo terror; eso es lo que yo tenía, un miedo de muerte por ver que tendría que apartarme de mi cotidiana costumbre, en la que me consumía día tras día.

¡Qué dulce fue para mí verme privado de repente de la dulzura de aquellas cosas de nada! Cuánto temía antes perderlas, tanto más gozaba ahora por haberlas dejado. Dios, mi grande y verdadera dulzura las había echado de mí.

No lo digo dudando, sino con toda seguridad: yo amo al Señor. Hirió mi corazón con su palabra y le amé. También el cielo y la tierra y todo lo que en ellos hay me dicen que le ame, y continuamente lo repiten a todos, para que nadie pueda excusarse.

La felicidad no es otra cosa que gozar de Dios (...). Los que piensan

que la felicidad es otra cosa, persiguen alegrías que no son verdaderas (...). Por tanto, no es exacto que todos quieran ser felices, porque los que no quieren gozar de Dios, que es la única felicidad, no quieren propiamente ser felices.

¡Tarde te amé Belleza, tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Tú estabas dentro de mí, y yo había salido fuera de mí, y te buscaba por fuera. Como una bestia me lanzaba sobre las cosas bellas que Tú creaste. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Me tenían atado, lejos de Ti, esas cosas que, si no estuviesen sostenidas por Ti, dejarían de ser. Me llamaste, me gritabas, rompiste mi sordera. Brillaste y resplandeciste ante mí, y echaste de mis ojos la ceguera. Exhalaste tu espíritu y aspiré su perfume, y te deseé. Te gusté y te comí y te bebí. Me tocaste y me abrasé en tu paz.»

E. GILSON: la felicidad inalcanzable

«A simple vista no se ve por qué seres tales como los hombres, colocados en un universo cuyos recursos están a su disposición gracias a su inteligencia, no habrían de llegar a satisfacer sus deseos. Por lo demás, no se necesita tanto para satisfacerlos. Epicuro tenía razón al decir que con un poco de pan y agua el sabio es el igual de Júpiter mismo. Digamos más bien que debiera serlo, y puesto que la receta de la felicidad es tan sencilla, podemos preguntamos por qué tratan de utilizarla tan pocos hombres. Quizá porque con un poco de pan y agua el hombre debiera ser dichoso, pero no lo es. Y si no lo es, no es necesariamente porque no sea cuerdo, sino sencillamente porque es hombre y lo que-tiene de más recóndito niega a cada instante la cordura que se le ofrece. Todo ocurre como si cada uno de nosotros no pudiera perseguir otro fin sino su felicidad, pero también como si fuese incapaz de alcanzarla, porque todo le gusta pero nada le satisface. Si posee una finca, querrá agrandarla; si es rico, quiere ser algo más rico; si la mujer a quien ama es hermosa, quiere una más hermosa, y aun menos hermosa, con tal que sea otra. La experiencia es demasiado común para que valga la pena describirla, pero es conveniente recordarla por lo menos, porque el hecho sobre el cual descansa toda la concepción cristiana del amor es que todo placer humano es deseable, pero ninguno basta.

La impresión que engendra en el hombre esa persecución de una satisfacción que siempre huye, es primero un profundo trastorno: la inquietud silenciosa, pero punzante, del que busca la felicidad y a quien se le rehúsa hasta la paz.

Con un poco de pan y agua, amigos, y la paz tal como este mundo la da, tampoco hay paz todavía, porque el deseo de lo demás subsiste, y no hay nada para aplacarlo: dicentes: pax, et non est pax. En este sentido, toda la ascética de la moral epicúrea y estoica es una ascética puramente negativa; pide el abandono de todo sin ofrecer ninguna compensación. La ascética de la moral cristiana,

por el contrario, es una ascética positiva; en lugar de mutilar el deseo negando su objeto, colma el deseo revelándole el sentido. Pues si nada de lo que le es dado es capaz de satisfacerlo, quizá sea porque es más vasto que el mundo. De modo que, o habrá de conformarse con bienes que le dejen insatisfecho, y lo que entonces se le propone es una resignación cercana a la desesperación, o bien tendrá que renunciar al deseo mismo, pues sería locura extenuarse queriendo aplacar un hambre que renace de los mismos alimentos que se le ofrecen. Pero, ¿qué daremos al hombre para compensar ese renunciamiento? Todo.

Primero hay que comprender que la insaciabilidad del deseo humano tiene un sentido positivo, y he aquí la explicación: un bien infinito nos atrae. El disgusto del hombre por cada bien particular no es sino el envés de la sed de bien total que lo agita, su cansancio no es más que el presentimiento de la infinita distancia que separa lo que él ama de lo que se siente capaz de amar.»

CUESTIONES PARA DEBATIR

I. EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS

1. Elabora una definición de Filosofía

2. ¿Sobre qué bases inmateriales se asienta la conducta humana?

3. ¿Por qué dice Leibniz que la fuente de lo mecánico está en lo metafísico?

4. ¿Qué se quiere decir con «la experiencia de la gran ausencia»?

5. ¿En qué sentido es la Filosofía un conocimiento práctico?

6. ¿Por qué lo real es inagotable?

7. ¿Qué es la Filosofía para Cicerón?¿ Qué utilidad posee?

II. MÁS ALLÁ DE LA CIENCIA

1. Define cientifismo

2. Diferencias entre ciencia y cientifismo

3. ¿Cómo es que Descartes, buscando lo objetivo, cae de lleno en lo subjetivo?

4. ¿Por qué la objetividad positivista no es toda la verdad?

5. «Nunca sabrás sumar lo que te quiero.» ¿Qué razón filosófica se esconde en estas palabras de una canción?

6. Inmaterial no significa irreal; real no significa material. Explícalo.

III. LA MATERIA Y LA VIDA

1. ¿En qué consiste el paso en falso de Hoyle?

2. ¿Es razonable seguir pensando que la causa de la vida viene «de fuera»?

3. ¿Qué se entiende por reduccionismo?

4. ¿Por qué la expresión nada más que suele ser sospechosa de reduccionismo?

5. ¿Qué se entiende por Mecanicismo?

6. Parece claro que un ser vivo no puede ser totalmente explicado en términos mecanicistas. ¿Y una máquina?

7. Es corriente pensar que los animales son máquinas altamente complejas. ¿Es correcta tal comparación?

8. Una máquina sin electricidad no se destruye. ¿Por qué razón se destruye y desaparece el cuerpo de un animal sin vida?

9. ¿Son los genes la causa inteligente del ser vivo?

10. ¿En qué apoyan sus diferencias micro y macro-evolucionistas?

11. ¿Cuál de los dos principios de la teoría sintética parece tener más peso?

12. ¿Qué presupone la existencia de un programa evolutivo?

13. «Todo en el Universo surge de un proceso evolutivo.» ¿Podría ser así?

14. Creación y Evolución ¿son nociones científicas o metafísicas?

¿Son hipótesis o verdades? ¿Puede haber contradicción entre ambas?

15. Si se considera que la Evolución es una hipótesis por referirse a un tiempo pasado imposible de ver, ¿debe considerarse hipotética la existencia de Dios por referirse a un Ser que creó en un pasado imposible de ver?

16. ¿Es apropiada la comparación «radio-música/ cuerpo-vida»?

IV. EL HOMBRE: ANIMAL RACIONAL

1. ¿Estás de acuerdo con los juicios de E. Pound y Pascal?

2. ¿Qué significa estár en el mismo plano ontológico?

3. Define instinto. ¿En qué supera la conducta humana a la instintiva?

4. ¿Por qué el simio no ve la relación «tabla-hacha-palo-alimento»?

5. ¿Qué significa la conclusión de Paulov?

6. ¿Dónde se manifiesta el carácter no físico del lenguaje?

7. ¿Cuál es la condición para que el lenguaje pueda comunicar con una sola palabra una realidad múltiple?

8. ¿Qué grado de verdad concede Platón a los mitos?

9. ¿Qué semejanzas aparecen entre los mitos platónicos y la doctrina cristiana? ¿A qué pueden deberse, teniendo en cuenta que los griegos no conocían la Biblia?

V. LOS CAMINOS DEL CONOCIMIENTO

1. ¿Es exagerado afirmar que la sensación no es un hecho espacial?

2. ¿Puede ser comprendido el cerebro en términos bioquímicos?

3. ¿Qué propiedades aparecen como exclusivas de los fenómenos psíquicos?

4. ¿Es concluyente afirmar que «no matter is never mind»?

5. ¿Qué dificultad insalvable aparece en la relación entre el cerebro y la conducta humana?

6. ¿Qué diferencia hay entre sentir y entender?

7. ¿Por qué no existe progreso en la vida de los animales?

8. ¿Son materiales las esencias? ¿Pueden serlo? ¿Por qué?

9. ¿Podrían pensar los ordenadores del futuro?

10. Si fueras el protagonista del experimento de Turing, ¿encontrarías una estrategia infalible para identificar a la máquina?

11. ¿Qué diferencias hay entre la imagen y el concepto?

12. ¿Cómo es que el conocimiento sensible es un fenómeno metasensible?

13. ¿Está determinado genéticamente el lenguaje humano?

VI. LA CORRUPCIÓN DE LA VERDAD

1. ¿Cuál es el terreno preferido del subjetivismo?

2. Construye un diálogo semejante al de Rinconete y Cortadillo, situado en este mismo año.

3. Si la verdad no depende de la mayoría, ¿podría darse el caso de mayorías equivocadas?

4. ¿Cuál debe ser el terreno de las opiniones, y cuál el de las certezas? Pon varios ejemplos.

5. Explica la falsedad de dos tópicos actualmente de moda.

6. El eufemismo, el silencio, el tópico, el eslogan y la calumnia son los caminos habituales de la manipulación. ¿Puedes poner ejemplos similares a los del texto? Intenta que reflejen hechos ampliamente conocidos.

7. «Todo lo que sea justo y bueno ha de parecer mal a los malos.»¿Tiene razón el bufón del Rey Lear?

8. «No sé si es verdad, pero tengo sospechas, y me bastan como si fueran verdad averiguada.» ¿Qué se esconde bajo estas palabras?

9. ¿Hay un subjetivismo voluntario y otro involuntario?

10. Se ha dicho que la verdad es, en cierto modo, algo sagrado. ¿Se te ocurre por qué?

11. «A toda palabra puede alguien oponer otra, mas ninguna palabra puede medirse con la vida.» ¿Puedes explicarlo?

12. «Sólo tu nombre es mi enemigo, pues tú serías tú mismo aunque no te llamaras Montesco; y una rosa, aunque no se llamara rosa, exhalaría el mismo perfume. ¿Qué se esconde entonces en un nombre?» Intenta una respuesta a la pregunta de Julieta.

13. «En una sociedad pluralista es antidemocrático pretender imponer a los demás las propias convicciones. Por lo tanto, no se debe legislar según las normas de la moral católica.» ¿Es correcto tal razonamiento?

14. El ministro M declaró que las afirmaciones del obispo O, en las que equiparaba la despenalización del aborto con los asesinatos de ETA, «son un disparate». El ministro sostuvo que «eso es una confusión total de los términos». Y añadió: «en el aborto, la sociedad tiene posiciones distintas, pero el hecho mismo de la

interrupción del embarazo está asumido por la inmensa mayoría de los ciudadanos. Esta situación no se da respecto al terrorismo, ni hay ninguna duda del carácter moralmente reprobable del asesinato terrorista». ¿Hay lógica en este razonamiento?

15. ¿Qué llama la atención en la escena donde Bruto y Marco Antonio hablan al pueblo romano, tras el asesinato de César?

VII. LIBERTAD Y RESPONSABILIDAD

1. ¿En qué fases se puede descomponer todo acto libre?

2. ¿Qué deficiencias puede presentar un acto libre?

3. ¿Es la libertad el supremo valor?

4. ¿Qué concepción de la libertad está presente en El Club de los Poetas Muertos?

5. ¿Es más libre el más inteligente?

6. Dice el capitán Ajab: «todas mis armas están a punto, pero mis motivos están locos».

7. ¿Hay relación entre el aburrimiento y la libertad?

8. ¿Conoces conductas que atentan contra la propia libertad?

9. ¿Qué problema ponen de manifiesto la situación y las reflexiones de Daniel, el Mochuelo?

VIII. LA SOCIEDAD

1. Elabora una definición de sociedad.

2. ¿Qué bienes no físicos ni artificiales puede proporcionar la sociedad, que no puedan conseguir un individuo o una familia aisladamente?

3. ¿Son la sociedad, la familia y la autoridad inventos humanos?

4. ¿Qué problema se plantea en el diálogo de T. Moro? ¿Por qué afirma que, sin pruebas, el mismo demonio debe ser protegido por el Derecho?

5. ¿Qué discuten, en el fondo, Critón y Sócrates? ¿Te parece correcta la postura de Sócrates?

6. Comenta el discurso de Václav Havel. ¿Coincide con Platón?

IX. EL BIEN COMÚN

1. ¿Qué profesiones contribuyen más directamente al bien común?

2. ¿Hasta qué punto pueden influir en la opinión pública la prensa, la televisión, los libros, el cine...?

3. Comenta estas palabras de Isaac Bashevis Singer, Premio Nobel de Literatura en 1978: «Siento a menudo que buena parte de los males actuales son el resultado de los materiales podridos que la generación actual leyó en sus días escolares.»

4. Comenta estas palabras pronunciadas por un presidente de los EE.UU. en el Discurso del Estado de la Unión:

«Todos tenemos algo que dar. Así que si sabes leer, busca a alguien que no sepa. Si tienes un martillo, busca un clavo. Si no te sientes hambriento ni solitario ni agobiado por problemas, busca a alguien que lo esté.»

5. ¿Qué estrecha relación puede haber entre el bien común y el bien particular?¿ Y entre los Derechos Humanos y el bien común?

6. ¿Con qué elementos del bien común se relacionan las palabras de Delibes?

7. ¿En qué situaciones se puede decir, como Edith Stein, «ahora mi vida no me pertenece»?

X. EL SELLO DEL ARTISTA

1. ¿Qué designa la palabra Dios desde un punto de vista metafísico?

2. La afirmación «Dios existe», ¿puede tener la solidez de una conclusión científica?

3. ¿Por qué se ha dicho que Dios es el ser más difícil de conocer, y también el más inevitable?

4. Un Universo formado por un solo ser, ¿serviría para demostrar la existencia de Dios?

5. ¿Cómo saber si la Causa Primera es algo o alguien?

6. ¿Qué sugiere el verso de Octavio Paz «soy también escritura»?

7. Karl Sagan ha dicho que «la idea de que Dios es un varón blanco y descomunal, con barba blanca, que se sienta en el cielo y controla el vuelo de cada gorrión, es ridícula. Pero si por Dios entendemos el conjunto de leyes físicas que gobiernan el Universo, no hay duda de que existe».

¿Estás de acuerdo?

8. Un cambio como el de T. Goricheva ¿puede ser debido a autosugestión?

9. ¿Es convincente la argumentación de Martín Descalzo?

XI. SENTIDO Y SINSENTIDO DE LA VIDA

l. Según lo dicho, ¿el bien es relativo o absoluto?

2. Cita algunos «bienes específicamente humanos».

3. Comenta estas palabras escritas por Napoleón: «La grandeza me aburre, el sentimiento está seco, la gloria es insípida, a los 29 años he agotado todo.»

4. ¿Qué quieren expresar los versos iniciales de Salinas?

5. ¿Tiene vigencia en nuestros días el fatalismo estoico? ¿Y el epicureísmo?

6. ¿Admites la tesis de Calderón en El Gran Teatro del Mundo?

7. ¿Son concluyentes los argumentos sobre la inmortalidad?

XII. LA LEY NO ESCRITA

1. ¿Por qué decimos que es ley? ¿Por qué la llamamos natural? ¿En qué sentido se dice que no está escrita?

2. ¿En qué medida no es demostrable la Ley Natural?

3. Positivismo y Ley Natural en los juicios de Nuremberg.

4. Ley Natural y bien común en la autodefensa de Gandhi.

5. ¿Qué llama la atención en la cita inicial del Libro de los Muertos?

XIII. EN CONCIENCIA

1. ¿Hasta qué punto es importante la conciencia moral?

2. Si la conciencia afecta plena e intrínsecamente al hombre, ¿hay algo más allá de la conciencia?

3. Relación entre la conciencia y la Ley Natural.

4. Si la conciencia no echa en cara ser mal deportista o mal dibujante, ¿qué tipo de maldad echa en cara?

5. La ausencia de remordimientos en Raskolnikov podría ser una prueba en favor del carácter convencional de la conciencia. Pero Dostoievski piensa justamente lo contrario...

6. «¡Que se bloqueen todas las puertas al remordimiento!», exclama lady Macbeth. Compara su psicología con la de Raskolnikov.

XIV. DAR EN EL BLANCO

1. Escoge tres definiciones de Prudencia

2. Si la Prudencia es relativa, ¿de qué depende?

3. ¿Por qué dice Platón que si el semblante de la virtud pudiera verse, enamoraría a todos?

4. ¿Pueden ser prudentes Gandhi y Martín Buber pensando lo contrario?

5. ¿se puede ser astuto e imprudente a la vez?

6. «En este mundo, hacer el mal está a menudo bien visto, y obrar bien se considera a veces locura peligrosa.» Comenta estas palabras de Shakespeare.

7. El problema humano más profundo y actual, cargado de graves

implicaciones, es quizá la fundamentación de la conducta: ¿es la Ética un producto convencional de la cultura, o posee el estatuto invariable de la naturaleza humana? ¿Qué puedes decir sobre ello?

XV. A CADA UNO LO SUYO

1. ¿Por qué tiene la Justicia los ojos vendados?

2. ¿Sobre qué cimientos metafísicos se apoya la Justicia?

3. ¿Es mejor el juez compasivo que el riguroso?

4. ¿Por qué aprender a ser hombre es aprender a ser injusto?

5. ¿Cuándo resulta insuficiente la Justicia?

XVI. ¿QUÉ SIGNIFICA SER FUERTE?

1. ¿Para qué es preciso ser fuerte?

2. ¿Qué relación une la fortaleza, la esperanza y el miedo?

3. En los hechos y palabras de Don Quijote se da un curioso desenfoque de la prudencia, !ajusticia y la fortaleza. Indica cómo.

XVII. EL PLACER Y LA FELICIDAD

1. ¿Merece la pena la templanza?

2. ¿Son equivalentes placer y felicidad?

3. ¿Es la felicidad «un imposible necesario»?

4. ¿Las normas morales impiden o reducen la felicidad posible?

5. Resume la concepción platónica del amor.

6. Explica el sentido de estos versos de Pedro Salinas: «Los días y los besos / andan equivocados:/ no acaban donde dicen.»

7. ¿El amor de Cyrano se parece al descrito por Platón?

8. ¿Qué carácter tuvo San Agustín? ¿Convencen sus Confesiones?

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

1. HOMERO. Odisea

La Odisea es un canto a la amistad, al valor, a la hospitalidad, a la prudencia, a la fidelidad a los dioses y a los hombres. El padre de la cultura occidental seduce porque retrata la excelencia humana en todas sus formas.

2. PLATÓN. Apología de Sócrates. Critón. Carta VII

Tres de las obras más fáciles y amenas de Platón. La Apología y el Critón no son tratados de Ética sino la herencia heroica de un Sócrates condenado injustamente a muerte. La Carta VII es un documento excepcional donde Platón resume su biografía y su sentido de la vida.

3. ARISTÓTELES. Éticas

Resumen de las Éticas a Nicómaco y a Eudemo, dos obras que representan la máxima contribución racional al modelo de conducta humana. En la edición de LÍNEAS UNIVERSITARIAS, la dificultad del original ha sido muy aligerada con la reducción a frases breves numeradas, agrupadas según el esquema aristotélico: felicidad, placer, virtudes, amistad...

4. MARCO AURELIO. Meditaciones

Conjunto de pensamientos sobre la condición humana y el sentido de la vida, desde la posición estoica del Emperador filósofo. Breve, sencillo y ameno.

5. SAN AGUSTÍN. Confesiones

Media vida de Agustín será una lucha dramática entre el deseo de placer y el ansia de una verdad definitiva. El relato de esta extraordinaria zozobra interior lo escribirá el propio protagonista en la autobiografía más leída de la Historia, uniendo a la finura psicológica una sugestiva calidad literaria.

6. SHAKESPEARE. Macbeth

La conciencia nos susurra el camino desde que somos libres. Pero hay otras voces en la vida... En Macbeth, la llamada estridente de la ambición quiso imponerse. Y reinó la violencia. Hasta que el remordimiento se alzó y se convirtió en potro de tortura insoportable. Macbeth empezó a desear no haber nacido, y que la máquina del Universo estallara para siempre en mil pedazos. Una vez más, Shakespeare ha conseguido esculpir con matices insuperables la interioridad humana y su dimensión necesariamente moral.

7. DOSTOIEWSKI. Crimen y castigo

Rodian Raskolnikov es un joven estudiante de Derecho, obsesionado por demostrarse a sí mismo que pertenece a una clase de hombres superiores: los que son dueños absolutos de su conducta, por encima de toda obligación moral. Raskolnikov quiere estar más allá del bien y del mal, y escoge una prueba que le parece definitiva: cometer fríamente un asesinato y conceder a esa acción la misma relevancia que se otorga a un estornudo o a un paseo. No quiere destruir un ser humano sino un principio: la conciencia moral.

8. ORWELL. Rebelión en la granja

Para implantar la justicia, los cerdos de la Granja Animal diseñan un Estado-policía, en el que «todo lo que no es obligatorio está prohibido». En la nueva sociedad los animales son iguales, «pero

algunos son más iguales que otros». La fábula de Orwell simboliza la historia del Comunismo, desde sus orígenes quizá idealistas hasta la implantación de «la mayor empresa carcelaria de la humanidad».

9. GOLDING. El Señor de las Moscas

Un avión cae sobre una isla desierta, que resulta poblada desde ese momento por los supervivientes: un puñado de niños de seis a doce años. Parece la repetición de un viejo argumento, pero cuando William Golding lo adopta en El Señor de las Moscas, escribe una obra maestra. Hay una reflexión implícita y constante sobre las deficiencias y posibilidades de la condición humana: el nacimiento de la sociedad en equilibrio inestable entre la solidaridad y el egoísmo; el sentido de la vida, la felicidad, la violencia, el más allá, la irracionalidad...

10. VÍCTOR FRANKL. El hombre en busca de sentido

Magnífico relato de un superviviente. Entre sus recuerdos del campo de exterminio nazi, algunos «hombres que iban de barracón en barracón consolando a los demás, dándoles el último trozo de pan que les quedaba. Puede que fueran pocos, pero ofrecían pruebas suficientes de que al hombre se le puede arrebatar todo salvo la última libertad: la elección de su propio camino».

ÍNDICE ONOMÁSTICO

FREUD, S.

FROMM, E.

GALILEO

GANDHI

GARCÍA LORCA

GASSMAN, V.

GILSON, E.

GOETHE

GORICHEVA, T.

HAHN, O.

HÁVEL, V.

HAWKING, S.

HEGEL

HEISEMBERG

HERNÁN CORTÉS

HERVADA, J.

HITCHING, F.

HOYLE,F.

HUBEL, D.

HUSSERL

JASTROW, R.

JEFFERSON, Thomas

JENOFONTE

JOHNSON,P.

KANT

KOURDAKOV, Sergei

LÁZARO DE TORMES

LEIBNIZ

LEWIS, C. S.

LOCKE, J.

LóPEZ QUINTÁS

LLANO, A.

MACHADO, A.

MARÍAS, J.

MARTÍN DESCALZO

MARTÍNEZ DORAL

MILOSZ, C.

MILLÁN-PUELLES, A.

MORO, T.

MOYERS, B.

MOZART

NEWTON

NIETZSCHE

OROZCO, A.

PASCAL

PAULOV

PAZ, O.

PLANCK, M.

PLATÓN. Critón, Banquete

PIEPER,J.

PINILLOS, J.

POLO, L.

POPPER, K.

POUND, E.

PROTÁGORAS

QUEVEDO, F.

ROJAS, Fernando de

ROSTAND, J.

SÁBATO,E.

SALINAS, P.

SAN AGUSTÍN, Confesiones

SARTRE

SEARLE, J.

SENDER, R. J.

SÉNECA

SHAKESPEARE. Julio César, Hamlet, El Rey Lear, Lear, Macbeth, Hamlet, El mercader de Venecia

SHEED, F. J.

SHELDRAKE, R.

SÓCRATES

SÓFOCLES

SPAEMANN, R.

STEIN, E.

STENSON, B.

THIBON, G.

TOCQUEVILLE, A.

TURING, A.

VARELY, Paul

VALLS, Jorge

VOLTAIRE

VON BRAUN

VON RIBBENTROP

WASHINGTON, George

WIENER, N.

DICCIONARIO DE FILÓSOFOS

San AGUSTÍN (354-430). Nació en Tagaste, en la franja romana del norte de África. Enseñó retórica en Cartago y Milán. Se convirtió al cristianismo a los treinta años, y llegó a ser obispo de Hipona. Relató su turbulenta juventud en las Confesiones, modelo de narración autobiográfica. Espectador de la caída del Imperio Romano, escribió la primera obra de Filosofía de la Historia: La ciudad de Dios.

ARISTÓTELES (384-322 a.C.). Es el mejor discípulo de Platón. Fundador del Liceo. Uno de los pensadores más importantes de toda la Historia. Puso las bases de la lógica, la metafísica, la biología, la psicología, la antropología, la ética y la filosofía política. Su magnífico análisis de la conducta ética quedó recogido con el título póstumo de Ética a Nicómaco.

Marco Tulio CICERÓN (106-43 a.C.). Político, abogado y escritor romano. Quizá el mejor orador de la antigüedad. Siguiendo a Platón y a los estoicos, llevó a cabo una gran tarea de divulgación filosófica y ética en obras como La República, Las leyes, Sobre la amistad, La naturaleza de los dioses, Cuestiones tusculanas.

CONFUCIO (551-479 a.C.). Filósofo chino con importante participación en la vida política de su país. Luchó por el orden y la paz social. Se preocupó de educar a la juventud en la ética de los antepasados. En la historia de China es el transmisor, maestro e intérprete de la tradición antigua. Su pensamiento se centra en la idea de virtud, necesaria para toda persona y para los gobernantes.

Augusto COMTE (1798-1857). Educado en la tradición racionalista francesa, fundó el positivismo, corriente de pensamiento que reduce todo conocimiento al estudio de los fenómenos sensibles de la realidad, declarando incognoscible

todo lo que no sea material. En consecuencia, pensaba que no existen deberes morales sino tendencias sociológicas.

EPICURO (341-271 a.C.). Nació en Samos y fundó en Atenas una escuela propia: El Jardín. Identificó el sentido de la vida con el placer, distinguiendo entre placeres rechazables y placeres convenientes. Recomendó y cultivó la amistad. Concibió la felicidad como tranquilidad de espíritu, y para alcanzarla trató de suprimir los deseos desmesurados, el temor a los dioses y a la muerte.

Viktor FRANKL (1905-1997). Psiquiatra austriaco. Funda la Policlínica Neurológica de Viena, donde ensaya con éxito su propio método: la logoterapia. El hombre en busca de sentido, la más popular de sus obras, es una magnífica reflexión sobre la condición humana, a partir de la durísima experiencia como prisionero en Auschwitz.

Sigmund FREUD (1856-1939). Psiquiatra vienés. Puso de moda el psicoanálisis como terapia contra cualquier neurosis. Ha influido enormemente en la psicología del siglo XX, aunque las investigaciones experimentales han invalidado en gran medida su concepción mecanicista del psiquismo humano.

Thomas HOBBES (1588-1679). Tratadista político y filósofo inglés. En su obra Leviathan afirma que, en estado natural, sin la educación de la sociedad, «el hombre es lobo para el hombre». Para evitar esa lucha fratricida, los hombres, por medio de un pacto o contrato, establecen la sociedad y se comprometen a respetar la autoridad y las leyes.

David HUME (1711-1776). Filósofo escocés, historiador y embajador británico en París. Autor de un Tratado sobre la naturaleza humana y de una Investigación sobre los principios de la moral. Fiel a su empirismo radical, niega la causalidad, la

existencia del alma, la existencia de Dios y la posibilidad de formular juicios morales.

Immanuel KANT (1724-1804). Filósofo alemán, profesor de la universidad de Königsberg. En la Crítica de la razón pura expuso su teoría del conocimiento humano. En la Crítica de la razón práctica abordó el análisis de la moral. Formuló la obligación moral como imperativo categórico: obra de tal manera que tu norma de conducta pueda erigirse en norma de conducta universal.

Soren KIERKEGAARD (1813-1855). Teólogo y filósofo danés. Precursor del existencialismo. Reconocido como maestro por Heidegger, Jaspers, Unamuno y Sartre. Sostuvo que los sistemas filosóficos son teorías reductoras, y que el hombre necesita la soledad para descubrir que solo la fe en Jesucristo puede redimirle.

John LOCKE (1632-1704). Uno de los principales representantes del empirismo inglés. Vivió en una época de gran turbulencia política y religiosa. En medio de ese clima de crispación mantuvo siempre la ponderación y la serenidad de juicio. Escribió cuatro famosas Cartas sobre la tolerancia.

Nicolás MAQUIAVELO (1469-1527). Embajador de los Médicis en Roma, Francia y Alemania. En El Príncipe se propone hablar de una política orientada al incremento y conservación del poder. Apoyado en la «experiencia de las cosas modernas y de la constante lección de las antiguas», separa la política de toda consideración ética.

MARCO AURELIO (121-180). Filósofo estoico y emperador romano. Consideró madre a la filosofía y madrastra a la política. Sus Meditaciones son, junto con el Manual de Epicteto y las Cartas a Lucilio de Séneca, uno de los testimonios éticos

más significativos del estoicismo romano.

Karl MARX (1818-1883). Economista y filósofo alemán, formado en el materialismo ateo de la izquierda hegeliana, autor del Manifiesto comunista y El Capital. Pretende, mediante la revolución armada, abolir las diferencias entre capitalistas y proletarios, hasta implantar un igualitarismo universal, socialmente organizado en régimen comunista.

Julián MARÍAS (1914-2005). Filósofo y ensayista español. Su intento principal ha sido divulgar el pensamiento de Ortega y Gasset, ampliando el campo de la temática del maestro. Muy joven escribió su conocida Historia de la Filosofía. Entre sus múltiples ensayos: La mujer en el siglo XX, Antropología metafísica, España inteligible, La felicidad humana. Su autobiografía lleva por título Una vida presente.

Emmanuel MOUNIER (1905-1950). Filósofo francés. Funda la revista Esprit y el personalismo, síntesis del cristianismo y de un socialismo humanista y trascendente. Se opone al desorden económico, social y moral del mundo capitalista, reflejado en su individualismo burgués.

Friedrich NIETZSCHE (1844-1900). Filósofo y escritor alemán, vitalista e irracionalista. Decide que Dios no existe. Así, ningún valor puede fundarse en Él. Y tampoco en la naturaleza, carente en sí misma de sentido. El único valor supremo será la voluntad de vivir del individuo, que es voluntad de poder y de dominio. Ese puro querer superará al antiguo deber y hará de cada hombre un superhombre.

PASCAL (1623-1662). Científico francés, precoz y eminente. El 23 de noviembre de 1654 tuvo una experiencia religiosa extraordinaria, que le llevó a cambiar de vida y a proyectar una magna apología del cristianismo. Su muerte prematura le impidió dejar inacabado ese proyecto, que se publicó más tarde con el título Pensamientos, escritos en la mejor prosa

francesa.

PITÁGORAS (580-500 a.C.). Filósofo y matemático griego. Nació en Samos y murió en Metaponte. Fundó en Crotona una escuela de Filosofía en la que enseñó la inmortalidad y la transmigración de las almas.

PLATÓN (428-347 a.C.). Discípulo de Sócrates y maestro de Aristóteles. Funda la Academia y escribe más de treinta diálogos. Entre los más famosos: Apología de Sócrates, Fedón, Timeo, República. Opone al mundo cambiante de los fenómenos un mundo supraceleste, ideal y eterno. Resume toda su concepción antropológica, ética, política y metafísica en mitos inolvidables como el de la caverna y el del carro alado.

PROTÁGORAS (siglo V a.C.). Es el más famoso de los sofistas griegos. Resumió su relativismo en la célebre frase «el hombre es la medida de todas las cosas». Platón le dedicó uno de sus mejores diálogos.

Juan Jacobo ROUSSEAU (1712-1778). Nació en Ginebra. Escribió unas Confesiones autobiográficas. Colaboró con Diderot en la Enciclopedia. En El Contrato social afirma que el hombre primitivo es bueno por naturaleza, pero la sociedad le corrompe, sin explicar cómo un conjunto de hombres buenos pueden formar una sociedad corrompida y corruptora. En el Emilio defiende una educación sin normas ni obligaciones.

Jean Paul SARTRE (1905-1980). El existencialismo de Sartre parte de un ateísmo llevado hasta sus últimas consecuencias. Si no hay Dios, no hay fundamento de los valores, ni normas o principios de validez universal. Sólo nos queda la libertad de hacernos a nosotros mismos y de inventar nuestros propios valores. La vida no tiene sentido a priori: es al hombre a quien corresponde dárselo.

Lucio Anneo SÉNECA (4 a.C.-65). Filósofo y escritor romano. Nació en Córdoba. Fue senador con Calígula y preceptor de Nerón. Su pensamiento se caracteriza por un estoicismo de gran altura moral. Escribió breves tratados sobre la tranquilidad del alma, la clemencia política, la vejez, la brevedad de la vida, la providencia divina, etc. Sus Epístolas a Lucilio destacan por su finura ética y literaria.

SÓCRATES (470-399 a.C.). Filósofo ateniense. No escribió nada. Conocemos su pensamiento gracias a los diálogos de Platón, el más ilustre de sus discípulos. Inicia el giro antropológico y ético de la filosofía. Murió con ejemplaridad, acusado de no creer en el politeísmo y corromper a la juventud ateniense con sus doctrinas.

John STUART MILL (1806-1873). Filósofo y economista. La figura más importante del utilitarismo inglés. Si esta postura identifica la felicidad con el placer, Mill clasificará los placeres según un criterio cualitativo, que tenga en cuenta la dignidad del hombre. También sostiene que el fin de nuestras acciones debe ser una utilidad altruista, no egoísta. Escribió Principios de economía política, Sobre la libertad, y El utilitarismo.

Santo TOMÁS DE AQUINO (1225-1274). Dominico italiano. Filósofo y teólogo. Discípulo de San Alberto Magno. Profesor en la Universidad de París. Sus Cinco Vías son argumentos clásicos de la demostración cosmológica de la existencia de Dios. En la Suma Teológica brinda un completo sistema de pensamiento en torno a la dignidad de la persona humana, su racionalidad y su libertad.

VOLTAIRE (1694-1778). Librepensador francés. Miembro de la Academia de París, con un estilo literario sumamente ágil y mordaz. Su lucha contra el fanatismo y la intolerancia está en contradicción con su propio odio hacia la religión. «¡No puedo pensar en un reloj sin relojero!» es la expresión de su deísmo. Colaboró en la Enciclopedia y escribió un Diccionario

filosófico.

ZENÓN de Citio (335-264 a.C.). Funda la escuela estoica, vigente durante cinco siglos en el mundo grecorromano. La meta del hombre es una sabiduría entendida como virtud, ejercitada en el sustine et abstine, orientada a sofocar las pasiones para lograr una autarquía y serenidad completas.

DICCIONARIO DE TÉRMINOS FILOSÓFICOS

Absoluto. Que no necesita de nada ni de nadie para ser concebido ni para existir. Se aplica propiamente a Dios.

Abstracción. Reunión mental de lo que es común a muchos seres individuales hasta formar un concepto universal.

Agnosticismo. Postura filosófica que niega al hombre la capacidad de demostrar la existencia de Dios y de conocer el sentido de la vida y la razón última del Universo, reduciendo todo conocimiento al ámbito de lo fenoménico y relativo.

Alma. Principio vital inmaterial: aquello por lo que un ser vivo se mueve y siente. En el hombre, desde Aristóteles y la Filosofía medieval se concibe como coprincipio sustancial, espiritual e inmortal, capaz de entender, querer y sentir, que informa al cuerpo y constituye con él la esencia humana. Actualmente, lo anímico se entiende como conciencia y sentimiento.

Amistad. Afecto desinteresado y recíproco que se alimenta y fortalece con el trato. Es uno de los sentimientos humanos más nobles y necesarios.

Amor. Sentimiento que mueve a desear el bien de la realidad amada —otra persona, un grupo humano o alguna cosa—, así como su posesión o la identificación con ella. Es una realidad humana fundamental, ligada estrechamente al conocimiento. Como inclinación a un bien no poseído, el amor origina el deseo; como adhesión al bien presente, el amor se transforma en gozo.

Análisis. Método intelectual que separa y distingue las partes de un todo para conocer sus principios o elementos. Se opone a síntesis.

Antropología. Del griego Ahthropos y logos: ciencia del hombre. Estudio llevado a cabo por la psicología, la sociología, la historia, la lingüística, la etnología, la filosofía y la teología. La antropología filosófica considera los aspectos metafísicos de la constitución y la

conducta humanas.

Argumentación. Operación racional cuyos pasos buscan la demostración de una tesis.

Aristocracia. Del griego aristós (mejor) y kratós (poder): gobierno de los mejores, entendiendo por tales los privilegiados según diversos criterios: inteligencia, cuna, poder militar o económico. En Grecia fue considerada, junto con la monarquía y la democracia, una de las tres formas puras de gobierno. También designa al estrato social más privilegiado.

Ascesis, ascetismo. Estilo de vida que implica esfuerzo por reducir y dominar los placeres sensibles con el fin de lograr mayor autodominio o perfección moral.

Autonomía. Del griego autós (uno mismo) y nómos (ley): independencia; autogobierno; ser, para sí mismo, la propia ley.

Autonomía moral. El sentido genérico de autonomía se ciñe a la ética para significar respeto a la propia conciencia, como modernamente han puesto de manifiesto Kant y Max Scheler.

Autoridad. Poder político y administrativo; facultad de magistrados y jueces; principio motor que establece en un grupo humano el orden necesario. Por lo dicho, la autoridad es el elemento estable y básico que crea, mantiene y desenvuelve el orden social. En acepción más general, crédito que se atribuye a personas sobresalientes.

Azar. Lo que se produce de forma fortuita, por causas que no podemos conocer. «Una etiqueta para nuestra ignorancia», dijo de él Aristóteles.

Belleza. Propiedad de las cosas que las hace atractivas a nuestros ojos. Desde antiguo se define como el esplendor de la forma. La captamos con los sentidos, la inteligencia y los sentimientos. En gran medida, equiparable a la verdad y al bien.

Bien. En sentido objetivo, lo que perfecciona a un ser, lo que por

naturaleza le conviene. En sentido subjetivo, lo que produce satisfacción y lo que nos resulta útil. En el primer sentido indica plenitud y es equiparable a la verdad y a la belleza.

Bien común. Por estar llamado a vivir en sociedad, existe para el ser humano un bien común: el conjunto de condiciones —paz, bienestar, valores...— que hacen posible una sociedad digna del hombre.

Carácter. En psicología designa el conjunto de cualidades estables que conforman el modo de ser y el comportamiento de una persona. Forma, con el temperamento, lo que llamamos personalidad, y se diferencia del temperamento en que no es innato sino adquirido, es más libre, menos dependiente de lo somático: por eso somos más responsables de nuestro carácter que de nuestro temperamento. No está ligado a factores genéticos sino educativos y culturales.

Causa. Origen o fundamento de algo; todo lo que produce un efecto. Se distinguen diversas causas: material, formal, eficiente, final, instrumental, ejemplar, Causa Primera y causas segundas.

Causalidad. Relación entre todo efecto y su causa. El principio de causalidad afirma que todo efecto tiene una causa, y que en condiciones idénticas las mismas causas originan los mismos efectos.

Certeza, certidumbre. Adhesión firme del espíritu a una verdad que considera evidente e indudable. No es lo mismo que verdad, pues esta es la adecuación del entendimiento a la cosa, y la certeza es la convicción absoluta de poseer la verdad.

Ciencia. Conjunto sistemático de conocimientos demostrados. Intenta ser un reflejo de la realidad experimentable, como un plano refleja un edificio. El conocimiento científico nace de la experiencia y opera sobre ella una fuerte conceptualización. Existen ciencias de la naturaleza y ciencias del hombre.

Cientificismo. Postura que solo la ciencia empírica puede conocer y explicar racionalmente la realidad; en consecuencia, el método

experimental debe extenderse a los terrenos de la Filosofía y de la moral.

Comunismo. Doctrina formulada por Marx y Engels, desarrollada y realizada por Lenin y sus continuadores, que interpreta la historia como lucha de clases regida por el materialismo histórico y dialéctico. Antes de la caída del comunismo europeo, los comunistas estaban convencidos de llegar, tras una dictadura del proletariado, a una sociedad sin clases, sin propiedad privada y sin Estado.

Concepto. Del latín conceptus, derivado de concipere, concebir, referido a la representación intelectual de alguna cosa o aspecto de ella. Idea general y abstracta que permite entender la realidad y comunicarla. Todo concepto se caracteriza por su comprensión (número de los caracteres que abarca) y por su extensión (número de individuos a los que puede aplicarse).

Conciencia moral. Es la misma razón humana en tanto que juzga sobre la moralidad de los actos, sobre el bien y el mal. Manifiesta al sujeto la existencia de una norma ética objetiva: la ley natural. Se distingue entre conciencia cierta o dudosa, verdadera o errónea; su error puede ser vencible o invencible.

Conciencia psicológica. Capacidad humana de conocer la realidad y conocerse a sí mismo (autoconciencia). Puede escribirse consciencia.

Condición. Circunstancia necesaria para que pueda producirse un fenómeno o actuar una causa.

Conocimiento. Del latín cognoscere. Operación por la que un ser se hace presente a otro de un modo inmaterial. Acto por el cual un sujeto capta o aprehende un objeto. Los seres que conocen captan la forma de la cosa conocida y la poseen de manera intencional: la forma que existe intencionalmente en el sujeto cognoscente reproduce o copia la forma que existe naturalmente en la realidad.

Consecuencialismo. Postura ética de corte utilitarista. Sostiene que la moralidad de una acción depende únicamente de sus consecuencias efectivas o probables. Parece un criterio moral claro

y verificable, pero no lo es en absoluto: sus propios defensores no se ponen de acuerdo a la hora de definir lo útil. Y si concuerdan en buscar «la máxima felicidad para el mayor número», tal principio solo es aceptable cuando en la sociedad se aceptan normas básicas de conducta decente: ¿qué aplicación tendría el principio de máxima felicidad en una sociedad que pidiera el asesinato en masa de los judíos? (MacIntyre).

Consenso. Acuerdo mutuo entre personas de opiniones diferentes. Ante problemas éticos que afectan a varias personas con enfoques diferentes, debe buscarse el consenso, pero sabiendo que no es el acuerdo mutuo quien crea la ética.

Constitución. Ley fundamental de la organización de un Estado. Su nombre hace referencia explícita a lo que constituye a un Estado.

Contingente, contingencia. Del latín contingere: acaecer, ocurrir. La Filosofía considera contingente a lo que puede ser o no ser, suceder o no suceder, lo que no es necesario ni tampoco imposible. La contingencia aporta un argumento clásico: si el universo es contingente, pero de hecho existe, es obligado suponer una causa necesaria que explique su existencia; a ese Ser Necesario lo llamamos Dios.

Cosmología. Estudio del cosmos. Hay una cosmología filosófica que lleva a cabo una interpretación metafísica del mundo físico.

Cosmos. Palabra de origen griego. Significa universo ordenado. Se opone a caos.

Creación. En sentido filosófico, producción de algo sin materia preexistente. Tal tipo de acción sobrepasa el poder de la naturaleza; de ahí que se atribuya solo a Dios. Muchos filósofos piensan que el universo, por ser contingente, ha sido creado.

Creacionismo. En Filosofía y Teología, postura que atribuye a Dios la creación del mundo y de cada alma humana en el momento de la concepción. No debe confundirse con la postura radical que, bajo el mismo nombre, niega la evolución biológica y afirma que cada especie se ha originado por un acto particular de creación divina.

Crítica. En griego, krinein significa discernir, separar, juzgar, decidir. La crítica filosófica es la investigación del fundamento en que se apoyan las proposiciones, la actividad que nos permite distinguir la verdad del error.

Cualidad. Del latín qualitas. La Filosofía entiende por cualidad el modo de ser que se afirma o niega de un sujeto, y se suele restringir su significado a ciertos aspectos sensibles de la percepción. Es tradicional la distinción hecha por Locke entre cualidades primarias (extensión, figura, movimiento, resistencia) y cualidades secundarias (color, sonido, sabor, calor, etc.).

Cuerpo. Del latín corpus, quizá relacionado con el griego jros (carne). Cualquier objeto que puede ser percibido por los sentidos. Desde Aristóteles, los cuerpos son el objeto propio de la Física. El cuerpo tiene extensión, ocupa espacio y es material. Corporal o corpóreo se opone a espiritual.

Cuerpo humano. El cuerpo humano no es mera extensión mecánica sino depositario de una potencia activa que explica su vida biológica y sus facultades psicológicas. La Filosofía clásica concibe al cuerpo humano como correlato del alma. En Platón, ambos se complementan de forma accidental (el cuerpo es el sepulcro del alma); en la tradición aristotélica y cristiana, cuerpo y alma son coprincipios sustanciales, mutuamente necesitados como la materia y la forma.

Cultura. Del latín colere: cultivar. En sentido propio la cultura es el arte de cultivar el espíritu, como la agricultura es la labor agraria.

Deber. Del verbo latino debere. Se define como la obligación de hacer o no hacer conforme a una norma. Su correlato es el derecho. Se distingue entre deberes individuales y sociales, positivos y negativos (no hacer algo), naturales y jurídicos, para con uno mismo, para con los demás y para con Dios. El fundamento del deber son las exigencias naturales de la naturaleza humana, y, en última instancia, el autor de dicha naturaleza.

Deducción. Método intelectual por el cual se pasa lógicamente de lo

universal a lo particular. Desciende de los principios a los hechos, de lo abstracto a lo concreto, de lo general a lo particular. Es lo contrario a la inducción, y presupone la fase inductiva de conquista de conceptos generales.

Definición. Proposición que expone breve y claramente la comprensión de un concepto. Elemento fundamental de la metodología científica y filosófica.

Demagogia. Práctica política que recurre a falsas promesas y se aprovecha de los instintos primarios del pueblo para conseguir sus objetivos, sin el menor escrúpulo ni respeto a la justicia. En la Grecia clásica, demagogo era quien gobernaba al margen de la justicia y de la ética, buscando asentar su propio poder.

Democracia. En griego, kratós significa poder, y demos era la circunscripción territorial que en Atenas reunía una parte de sus ciudadanos. Democracia es el gobierno en el que el pueblo ejerce la soberanía por medio del voto, y donde se respetan las libertades, la ley, la igualdad jurídica y de oportunidades, la autoridad política, la división de poderes, la alternancia en el poder y el control público de la autoridad.

Demostrar. Mostrar o declarar algo con evidencia racional. Las ciencias y la Filosofía se apoyan en demostraciones.

Derecho. Es el modo como regulan los hombres las relaciones colectivas indispensables para salvaguardar el orden social. Es un conjunto de reglas o leyes que genera la misma vida social para organizar las actividades humanas y asegurar la libertad de sus miembros. Puede ser natural y humano o positivo.

Derechos humanos. Son los que pertenecen a todo ser humano por el hecho de serlo: el derecho a la vida, a la libertad, a la educación, a la integridad corporal, a la igualdad jurídica, a la honra, etc. Su respeto es exigencia de la dignidad humana y condición necesaria para la paz.

Destino. Fuerza desconocida a la que se atribuye influencia poderosa y arbitraria sobre el mundo y los hombres. También se la llama hado y fatalidad.

Determinismo. La existencia de la libertad es negada por el determinismo, al defender que los actos humanos están regidos, determinados previamente, por leyes físicas, biológicas o sociales. Se trata de un prejuicio que intenta encajar los hechos humanos en esquemas solo aplicables al mundo físico. Además, la negación de la libertad humana es contraria a la experiencia universal y elimina el fundamento de la responsabilidad y de la ética.

Dialéctica. Método filosófico para descubrir o aclarar la verdad mediante la consideración de conceptos opuestos o complementarios. Han usado este método filósofos como Heráclito, Zenón, Platón, Kant, Hegel y Marx. En Hegel y Marx, la dialéctica se articula sobre un triple movimiento de tesis-antítesis-síntesis.

Diálogo. Del griego diálogos: conversación entre varias personas. Es una modalidad del pensamiento filosófico, popularizada por Sócrates; también es, desde Platón, la versión literaria de dicha conversación. Implica delimitación de conceptos, discusión, confrontación. Busca la verdad a través del contraste de pareceres opuestos.

Dios. La Filosofía entiende por Dios la Causa de todo lo que existe, y lo concibe como un Ser todopoderoso, eterno y providente. La idea de Dios muestra una característica sorprendente: está presente en la mente de todos los hombres, incluso en aquellos que niegan su existencia real. Dios no es susceptible de conocimiento directo, pero la razón puede aportar pruebas de su existencia; son famosas las cinco vías formuladas por Tomás de Aquino, recogidas de la filosofía griega.

División. Operación matemática y lógica que consiste en descomponer un todo en sus partes. Uno de los fundamentos del método científico.

Dualismo. Toda explicación que se apoya en dos principios diferentes: alma y cuerpo (hombre); pensamiento y extensión (realidad cartesiana); Bien y Mal (maniqueísmo); etc.

Duda. Vacilación de la mente ante dos juicios contradictorios. Proviene del adjetivo latino dubius, derivado del numeral duo: dos, y expresa precisamente el balanceo o vaivén del espíritu entre dos

términos opuestos. Se diferencia de la ignorancia, de la opinión y de la certeza.

Eclecticismo. Actitud filosófica que procura conciliar lo mejor de otras teorías diferentes. Postura intermedia, alejada de los extremos.

Economía. Actividad propia del ser humano, que se ocupa de la producción y distribución correcta de los medios para hacer frente a tres necesidades básicas: alimentación, vestido y vivienda. En su gestión intervienen siempre la inteligencia, la libertad, los sentimientos y el modo de entender la vida, pues nunca está predeterminado qué y cómo comer, vestir y vivir. Por eso la economía es cultura.

Efecto. Resultado de una causa. En latín, effectus es lo que ha sido hecho o ejecutado. En realidad, todo hecho real puede considerarse como un efecto.

Emoción. Afecto, estado de ánimo, movimiento interior que se traduce externamente. Puede ser producido por sensaciones, ideas o recuerdos.

Empírico. Que se desprende de la experiencia.

Empirismo. Procede del griego empierin: experimentar. El empirismo filosófico toma la experiencia sensible como única fuente de conocimiento. Francis Bacon es considerado su fundador, porque preconiza el método experimental. David Hume lo lleva hasta sus últimas consecuencias: la negación de la causalidad, de la sustancia, del yo psicológico, de todo lo metafísico.

Ente. Del latín ens-entis: ser.

Entendimiento, Inteligencia. Del latín intus legere: leer dentro, y de inter elegere: elegir, escoger entre diferentes hechos o datos. Facultad intelectual por la que comprendemos la realidad, captando lo esencial y separándolo de lo accidental. Se distingue de las sensaciones en que estas se quedan en lo que primeramente se presenta, que es lo extrínseco y

accidental. Pasa de lo particular a lo universal por medio de la abstracción.

Escepticismo. Del griego scepto: observar, examinar. Postura iniciada por Pirrón (s. IV a.C.). Afirma que la verdad no existe, o que, si existe, el hombre es incapaz de conocerla. Si el escepticismo fuese verdadero, se negaría a sí mismo.

Esencia. Del verbo latino esse: ser. Lo que constituye la naturaleza de una cosa. Lo que una cosa es. Lo que hace que una cosa sea lo que es. Responde a la pregunta «qué es», y en este sentido, esencial se opone a accidental. Se trata de una noción central de la Filosofía.

Espacio. Se percibe de manera inmediata como el sitio o lugar que ocupa o puede ocupar un objeto, pero resulta extraordinariamente difícil precisar su concepto. Newton lo concibió como un enorme receptáculo vacío, con existencia independiente de los cuerpos que contiene. Aristóteles y Einstein lo conciben como estrictamente relativo a los cuerpos. Para Kant es una forma subjetiva del conocimiento humano.

Especie. En lógica, un subconjunto del género. En biología, conjunto de seres vivos con caracteres esenciales comunes, que pueden reproducirse entre sí.

Espíritu. Del latín spiritus: aliento o soplo vital. Corresponde al griego pneuma y nous. La producción de ideas y la toma de decisiones son características esenciales del ser humano, están entre los elementos más poderosos del mundo, y no son actos corporales: no tienen materia ni extensión, no se pueden medir ni pesar, no tienen color ni ocupan espacio. Por esos efectos conocemos una causa que está fuera de toda percepción sensible y que constituye esencialmente al hombre: el espíritu, una energía o inmaterial capaz de entender y querer.

Estado. En Filosofía política, la organización y estructura de gobierno de un país, la comunidad política organizada. Entre sus elementos esenciales: gobernantes y gobernados, territorio, leyes e instituciones propias.

Estoicismo. Escuela filosófica fundada por Zenón de Citium (Chipre,

333-262 a.C.); dictaba sus lecciones en un pórtico (stoa, en griego). El estoicismo recomienda la indiferencia ante el Destino y las pasiones, la apatía e imperturbabilidad. Séneca, Epicteto y Marco Aurelio fueron los principales pensadores estoicos.

Eternidad. La definición clásica dice: posesión perfecta y simultánea de una vida interminable. Así concebida, es atributo de Dios.

Ética. Parte de la Filosofía que estudia la conducta moral del hombre: el uso correcto de la libertad, orientado a la consecución de virtudes. En griego, ethos significaba acción y costumbre.

Evidencia. Del latín evidentia: lo que se ve. Es la claridad con que algo se manifiesta a la inteligencia, de forma que impone la adhesión a su verdad. Existen evidencias físicas, morales y metafísicas. Todos los criterios para diferenciar lo verdadero de lo falso se pueden reducir, en última instancia, al criterio de evidencia: no cabe certeza alguna que no implique realmente una evidencia objetiva.

Evolución. Evolucionismo. Hipótesis que propone un proceso de cambio en los seres vivos, mediante modificaciones progresivas, por el cual se ha producido, desde los orígenes de la vida, la enorme variedad de especies que han existido y existen. Aunque hay cierto pensamiento evolucionista en san Agustín y los filósofos griegos, el rango de hipótesis científica no llegará hasta Lamarck y Darwin, en el siglo XIX.

Existencialismo. Denominación que designa a algunos filósofos que tienen en común reivindicar lo que de concreto tiene la existencia humana frente a la abstracción de los idealistas. Entre los principales existencialistas: Kierkegaard, Heidegger, Jaspers, Sartre y Marcel.

Experiencia. Del latín ex-perior: obtener por medio de prueba. Se la suele identificar con el conocimiento sensitivo en el que se nos hacen patentes hechos singulares, pero también hay una experiencia intelectual que nos indica que entendemos, queremos y existimos.

Familia. En sentido amplio, conjunto de personas que conviven. En sentido propio, conjunto de personas que viven en unidad conyugal (esposos) y paterno-filial (padres e hijos).

Felicidad. Plenitud de satisfacción; estado en que se satisfacen de manera completa y estable todas las apetencias, potencialidades y deseos del ser humano. La condición de «estable» es la que impide que pueda darse una felicidad completa en esta vida. Por eso, como la felicidad es un deseo natural universal, las antiguas culturas, tanto en Oriente como en Occidente, la conciben en relación con una existencia después de la muerte.

Fenómeno. Lo que aparece, lo que se manifiesta ante nuestro conocimiento. En Kant, de la realidad solo conocemos su aspecto fenoménico, las apariencias que ocultan la esencia («la cosa en sí»).

Filogénesis, filogenia. Origen de las especies y de las estirpes de los seres vivos. Parte de la biología que estudia las relaciones de parentesco entre los distintos grupos de seres vivos.

Filosofía. Su raíz griega significa amor a la sabiduría. Es un conocimiento racional y sistemático que intenta explicar toda la realidad por sus causas y principios más radicales. Abarca varias disciplinas: lógica, metafísica, teodicea, cosmología, psicología, ética, política y filosofía de la cultura.

Fin, finalidad. Del latín finis: límite, término, acabamiento. Tiene un sentido temporal y un sentido intencional: lo que se quiere alcanzar porque se considera como un bien; en este sentido, fin y bien son dos conceptos afines. La noción de fin también se halla estrechamente ligada a la de causa: el fin es «causa final», aquello por lo que se hace algo, la razón de ser de una cosa. El estudio filosófico de la finalidad se llama teleología.

Física. Del griego phisis: naturaleza. Ciencia que estudia la materia y la energía en sus leyes y aspectos mensurables.

Forma. En sentido genérico es la figura o aspecto exterior de los cuerpos materiales. Pero la figura exterior y todo lo que una cosa es

depende del orden interno de sus elementos. A esa causa interna la llamó Platón idea (eidos) o forma (morfé). Aristóteles desarrolló esta postura platónica en la doctrina del hilemorfismo, según la cual todo está compuesto de materia y forma. Para Kant, las formas que atribuimos a las cosas son moldes mentales de nuestra facultad de conocer.

Hábito. Conducta estable adquirida por repetición de actos. Si el hábito es bueno (virtud), perfecciona lo que se tiene por naturaleza.

Hedonismo. Del griego hedoné: placer. Doctrina que reduce la felicidad al placer orgánico y lo proclama fin supremo de la vida.

Hipótesis. Proposición no demostrada o incierta, que se admite provisionalmente hasta que se verifique su verdad (ver tesis).

Hombre. El ser que se realiza en cada uno de nosotros, que se define como animal racional, que vive en sociedad y está dotado de conciencia, libertad, sentido político, estético y religioso.

Idea. Del griego idein: ver. Significa noción, representación intelectual, concepto. Se trata de un término muy importante en Filosofía, estudiado ampliamente por Platón, Aristóteles, Descartes, Spinoza, Hume, Kant y Hegel.

Idealismo. En sentido corriente, tanto la defensa de un ideal como la actitud soñadora. En sentido filosófico es la doctrina que afirma que nuestras ideas son creaciones mentales que fundamentan nuestro conocimiento y la misma realidad. Puede llegar a negar la existencia de la misma realidad. Se opone al realismo: la consideración de la realidad del ser como fundamento del conocimiento. Se considera a Descartes, por su cogito, ergo sum, padre del idealismo.

Ideología. Sistema de valores, creencias y opiniones de un grupo social determinado. Se llamó «ideólogos» a los intelectuales de la Ilustración, acusados por Napoleón de enmascarar la realidad; de

ahí procede el matiz peyorativo que desde entonces acompaña al término «ideología». Entre las ideologías más importantes del siglo XX: el liberalismo, el socialismo y el comunismo.

Igualdad. Del latín aequalitas. En sentido filosófico hay una igualdad antropológica esencial (todos los hombres somos iguales), de la que se derivan una igualdad moral (obligación de tratar a los demás como a uno mismo); una igualdad jurídica (de todos los hombres ante la ley); y una igualdad política (de oportunidades, derechos y deberes). Esta igualdad esencial debe ser compatible con la desigualdad existencial que de hecho se da entre las personas por su diferente dotación natural y su diverso uso de la propia libertad.

Ilustración. Movimiento filosófico y cultural del siglo XVIII europeo y americano, caracterizado por una confianza total en la capacidad de la razón para resolver todos los problemas de la vida humana: el progreso científico conquistaría la felicidad universal. Fue consecuencia del racionalismo y del auge de la ciencia moderna. En su seno nacieron la masonería, el despotismo ilustrado y la Enciclopedia.

Imaginación. Capacidad psicológica de conservar, evocar, reproducir, combinar y crear imágenes sin la presencia del objeto al cual se refieren. Los productos de la imaginación no surgen de la nada sino que tienen su origen en sensaciones previas. Está profundamente relacionada con la memoria, el sueño, el pensamiento y toda la creatividad humana.

Individualismo, individuo. El término latino individuus traduce al griego a-tomo: no divisible. Los seres vivos son individuos porque no son divisibles. «Individualismo» es la postura filosófica que considera al individuo como fundamento y fin de todas las leyes. Se opone al intervencionismo del Estado socialista, defiende una iniciativa privada sin apenas cortapisas, y tiende a olvidar la necesidad humana de convivencia y solidaridad.

Inducción. Operación lógica que consiste en establecer verdades generales a partir de hechos particulares. Procede de los hechos a la ley que los explica, de lo concreto a lo abstracto. Es el primer método de toda pedagogía. Se usa como sinónimo de inferencia. Su

operación contraria es la deducción.

Inmortalidad. Apenas existen filosofías que no se hayan planteado la pregunta sobre el después de la muerte. Platón llegó a decir que la misma Filosofía era en el fondo una meditación sobre la muerte. La creencia en la inmortalidad afirma que el alma humana sobrevive a la muerte biológica, y está asociada a una justicia inexorable y a un premio y un castigo eternos: así en Sócrates, Platón, san Agustín, Tomás de Aquino, Descartes, Leibniz y Kant, entre otros muchos.

Instinto. Del verbo latino instinguo: instigar, estimular. Es la conducta innata, estable y automática que deriva directamente de las necesidades fundamentales de un animal. Suele responder al esquema estímulo-respuesta.

Instituciones. Organismos que desempeñan funciones de interés público. La sociedad se organiza por medio de sus instituciones: sociedades intermedias que cubren determinadas necesidades fundamentales: la familia, la empresa, las instituciones políticas, educativas, asistenciales, morales y religiosas.

Inteligencia. La palabra fue introducida por Cicerón para significar capacidad intelectual. Es la diferencia específica de la especie humana, que le permite el acceso a la realidad y a la verdad por medio de las principales estrategias lógicas: definición, división, clasificación, demostración, análisis, síntesis, inducción y deducción. Divide a los sistemas filosóficos según la interpreten como reducible o no a factores fisiológicos.

Inteligencia artificial. Nació durante la segunda guerra mundial, cuando el gobierno norteamericano encargó a Norbert Wiener, profesor del MIT, que estudiara la posibilidad de regular automáticamente la dirección de tiro de los cañones antiaéreos. Así surgieron los primeros ordenadores basados en procesos de realimentación. El ordenador almacena y combina los símbolos que el hombre introduce en su memoria, pero, a diferencia de la inteligencia humana, ni los crea ni los entiende: tiene la sintaxis, no la semántica.

Intencionalidad. Del latín in-tendere: tender hacia. Se dice que los

hechos psicológicos son intencionales porque se dirigen a algo distinto de sí mismos: el entendimiento se dirige a las cosas, la conciencia psicológica es conciencia de algo, la voluntad se dirige a la acción, todo apetito pretende un objeto.

Introspección. Método psicológico que consiste en mirar hacia el interior de uno mismo para comprenderse y comprender mejor la psicología humana.

Intuición. Conocimiento inmediato, es decir, súbito y sin intermediarios. Se opone a razonamiento. La intuición puede ser sensible, psicológica, intelectual y metafísica. Descartes la consideraba más simple y segura que la deducción. Se ha dicho que con la lógica se demuestra y con la intuición se inventa.

Ironía. Figura retórica que hace comprender lo que se quiere decir diciendo lo contrario. Sócrates la utilizaba para sorprender a sus discípulos y conducirles a la verdad.

Irracionalismo. Actitud intelectual que confiere a lo irracional un valor fundamental. Nietzsche es uno de sus principales representantes.

Juicio. Se define en lógica y psicología como facultad y acto del pensamiento por el que se unen dos ideas afirmando o negando su conveniencia; en sentido similar, facultad de discernir lo verdadero de lo falso, el bien del mal. Los juicios pueden ser afirmativos o negativos; universales y particulares; categóricos, hipotéticos y disyuntivos; asertóricos, problemáticos y apodícticos.

Justicia. Del latín iustitia. Virtud cardinal que se define, desde Ulpiano, como constante y perpetua voluntad de dar a cada uno lo suyo. También es el conjunto de todas las virtudes, por el que es bueno quien las tiene. Es la garantía del bien individual (justicias conmutativa y distributiva) y del bien social (justicia legal).

Lenguaje. Conjunto de símbolos orales con los que el hombre

comunica lo que piensa y siente. Por el lenguaje, los seres humanos abarcamos y comunicamos inmaterialmente toda la realidad. El lenguaje es a la vez causa y efecto de la cultura, esencialmente distinto de la comunicación animal, y demostración incomparable de la inteligencia humana, pues es en el oyente donde el sonido adquiere significado.

Ley. El secreto para mantener la armonía social es la ley: un ordenamiento racional dirigido al bien común y promulgado por la autoridad legítima. Parece derivar del latín ligare (atar), en cuanto comporta cierta obligación, y de legere (leer), en cuanto que no es un capricho sino algo que se desprende de la naturaleza humana. En griego se decía nomos: norma. «Por la ley no nos gobierna un hombre sino la razón» (Aristóteles); por eso «debemos defenderla como defendemos las murallas de la ciudad» (Heráclito). Toda ley es educativa y coactiva: enseña y obliga.

Ley natural. Principio intrínseco que ordena el ser y el obrar de la naturaleza y del hombre. Los griegos la denominaron «ley no escrita». Desde la Edad Media se define también como «participación de la ley eterna en la criatura racional», entendiendo por ley eterna el plan divino sobre la creación. Su existencia se pone de manifiesto por el hecho de que estamos sometidos a inclinaciones naturales e innatas, de las cuales tenemos conocimiento racional. La doctrina que afirma y explica la ley natural se llama «iusnaturalismo».

Leyes positivas. Son las promulgadas por el legislador humano. Deben respetar siempre a la ley natural y aplicarla a la infinita variedad de situaciones que el hombre es capaz de crear. El positivismo jurídico suele negar la existencia de leyes naturales.

Liberalismo. Ideología que exalta la libertad política, económica y de conciencia. Se apoya en algunos principios de derecho natural, como la dignidad, la libertad y la igualdad fundamentales de los hombres. Dichos principios han inspirado instituciones que consagran la separación y el equilibrio de poderes y la democracia parlamentaria, proporcionando el marco para una convivencia real y pacífica. Entre las deficiencias del liberalismo: su individualismo insolidario, que favorece procesos de acumulación de poder

económico y de marginación.

Libertad. Es ausencia de coacción, independencia; pero, sobre todo, es el autodominio con que el hombre gobierna sus propias acciones. En el acto libre entran en juego las dos facultades superiores del hombre: la inteligencia que conoce y delibera, y la voluntad que decide. La libertad reside propiamente en la voluntad, pero sin conocimiento de la verdad no hay libertad. Por ser el hombre un ser limitado, su libertad también lo es, al menos con una triple limitación fundamental, que también es protectora: física, psicológica y moral.

Lógica. Estudio de los elementos del pensamiento humano —concepto, juicio, razonamiento—, y de los métodos del conocimiento científico y filosófico: definición, división, clasificación, demostración y método.

Mal. Se define negativamente como lo que se opone al bien. Alude a defecto, falta, privación de un bien debido. Entendemos comúnmente por mal todo aquello que contraría los deseos, exigencias o necesidades de los seres, originando, al menos en el hombre, sufrimiento y dolor. Hay males físicos y morales. El mal moral es debido al desorden de la voluntad libre. El origen y el sentido del mal es uno de los problemas insolubles de la Filosofía.

Marxismo. Doctrina económica, política y filosófica fundada por Karl Marx (1818-1883). Se funda en la interpretación materialista de la dialéctica de Hegel aplicada al proceso histórico y económico de la humanidad, y es la base teórica del comunismo y de algunos socialismos. Sostiene la tesis de que la fuerza fundamental de la historia es la lucha de clases, que conducirá inevitablemente a la destrucción del capitalismo, a la dictadura del proletariado y, finalmente, al establecimiento de una sociedad comunista sin clases.

Materia. En Filosofía, realidad primaria de la que están hechas las cosas. Según Aristóteles, lo que subyace a los cambios, lo que está indeterminado y en potencia de recibir formas: toda la realidad física está compuesta de materia y forma (hyle y morfé: hilemorfismo). Esa materia prima, principio metafísico esencial de

los cuerpos, no es corpórea, y solo es cognoscible intelectualmente.

Materialismo. Se opone a espiritualismo y a idealismo. Doctrina filosófica que solo concede realidad a la materia. La actividad psicológica del hombre se reduce a los procesos fisiológicos que están en su base; solo se admiten valores materiales: dinero, poder, placer. El materialismo marxista es histórico y dialéctico: la economía determina, según las leyes de la dialéctica, el tipo de sociedad, de política y de cultura.

Mecanicismo. Reducción de lo biológico a lo físico, de lo orgánico a lo mecánico. Explicación mecánica de los seres vivos y de los procesos biológicos y psicológicos. Es una forma de materialismo.

Memoria. Facultad psicológica de retener y recordar el pasado. Entre sus propiedades: fijar y conservar conocimientos pasados, evocarlos, reconocerlos, localizarlos en el espacio y en el tiempo. Aunque la inteligencia es diferente de la memoria, difícilmente podría desarrollarse sin ella, pues necesita integrar lo que ahora conoce con los conocimientos anteriores.

Metafísica. En griego, «más allá de la física». Título dado por Andrónico de Rodas (siglo I d.C.) a la obra de Aristóteles que seguía a sus tratados sobre física. Aristóteles la llama Filosofía primera, ciencia del ser en cuanto ser. Es la parte de la Filosofía que estudia los fundamentos más radicales de la realidad. Para Descartes consiste en el estudio racional del alma y de Dios. Hume inauguró la desconfianza moderna hacia la metafísica, presentándola como un conjunto de elucubraciones sin fundamento racional.

Método. De acuerdo con su etimología griega, camino que conduce al conocimiento verdadero. También equivale a orden; de ahí que Balmes lo definiera como «el orden que observamos para evitar el error y encontrar la verdad». El método científico y filosófico tiene en común cuatro fases esenciales: la inducción, la deducción, el análisis y la síntesis.

Mito. La palabra griega mythos significa relato fabuloso y se opone a logos, lo que es racional. Casi todos los pueblos primitivos poseen mitos en los que aparecen mezclados hombres y dioses, acontecimientos naturales y sobrenaturales. En las civilizaciones

greco-romana, babilónica, islandesa y germánica, los mitos abordan cuatro cuestiones fundamentales: el origen de los dioses, el origen y el fin de la tierra, el destino humano después de la muerte.

Moral. Del latín mos, moris: costumbre. Es el estudio filosófico y teológico de la conducta humana en relación con su bondad o malicia. Funda sus juicios en criterios universales que proceden de dos fuentes con importantes puntos en común: la voluntad divina y la razón humana. La moral filosófica es equiparable a la ética, y deriva del estudio de la naturaleza humana y de la experiencia.

Movimiento. Cambio, alteración, variación. Aristóteles lo concibe como paso de la potencia al acto, y distingue cuatro: espacial, cuantitativo, cualitativo y la generación-corrupción.

Muerte. Constituye una de las coordenadas fundamentales de la existencia humana, y por eso se ha contemplado desde todas las facetas imaginables: desde la fría descripción biológica hasta el supremo significado religioso. Santayana dijo que «una buena manera de probar el calibre de una filosofía es preguntar lo que piensa acerca de la muerte». En cualquier caso, escapa a todo intento de comprensión racional exhaustiva, pues la mente humana queda encerrada en una experiencia siempre anterior. Dada la posibilidad metafísica de supervivencia, el hecho de morir expresa solo el carácter irreversible del cambio.

Natural. Lo que deriva de la naturaleza de las cosas. Se opone a lo que procede del hombre: el arte, la técnica, la cultura. Se habla de derecho natural y leyes naturales, de razón natural.

Naturaleza. La voz latina natura deriva de natus, participio del verbo nascor: nacer. A su vez, natura traduce el término griego physis, que deriva del verbo phyo: producir, crecer. Por tanto, physis y natura son términos equivalentes, y ambos se traducen correctamente por «naturaleza», expresión de lo que surge, crece y se desarrolla ordenadamente. Naturaleza es el mundo animado por un dinamismo que se expresa en leyes universales como la gravitación, la constante de Planck, la velocidad de la luz, el número de Avogadro, etc.

Nihilismo. Del latín nihil: nada. Negación de cualquier verdad y de cualquier valor moral o político. Una especie de negación dogmática de la misma realidad. Nace en Grecia, de la mano de sofistas como Gorgias, Trasímaco y Calicles, y llega hasta Nietzsche.

Normal. Que respeta la norma (nomos, en griego). Equivale a natural, y no debe confundirse con lo mayoritario.

Objetivo. Lo que existe realmente, fuera del sujeto que lo conoce. Relativo al objeto en sí y no a nuestro modo de pensar o sentir. Se opone a subjetivo.

Objeto. Del latín obiecto: lo que está delante. Todo lo que puede ser conocido o querido por un sujeto. También significa el término hacia el que apunta una actividad consciente, su finalidad.

Ocasión. Circunstancia favorable para la actuación de una causa.

Opinión. Se trata, para Platón, de un conocimiento intermedio (doxa) entre la ignorancia y la ciencia, propio de realidades contingentes que no pueden ser conocidas con certeza. Como «conocimiento de apariencias» es el modo natural de acceso a un mundo siempre cambiante, pero el filósofo no debe ser «amigo de la opinión», debe buscar el conocimiento universal e inmutable de las esencias, el conocimiento de las causas y los efectos.

Órgano, orgánico. Del griego órganon y del latín organum: instrumento. Órgano es la parte de un ser vivo que ejerce una función. A diferencia de lo mecánico, lo orgánico se refiere a los organismos vivos. El mecanicismo se esfuerza por reducir lo orgánico a lo mecánico.

Panteísmo. Doctrina monista que identifica a Dios con el mundo, negando la concepción de Dios como Trascendencia pura. Suele concebir la naturaleza como una especie de emanación necesaria de Dios. Han sido panteístas Parménides, Plotino, los estoicos, Hegel... Es famosa la fórmula panteísta de Spinoza: Deus sive natura.

Paradoja. En griego y en latín, paradoxa significa «contrario a la opinión (doxa)», idea sorprendente, contraria a la opinión común, que encierra una aparente o real contradicción.

Pasión. Del griego pathos y del latín passio: padecer, ser afectado. En Aristóteles es la categoría o modo de ser contrario a la acción. La psicología clásica designa como pasiones del alma ciertos estados afectivos: movimientos anímicos violentos en favor o en contra de alguien o de algo, afectos intensos que se centran en personas, cosas o ambientes. Su protagonismo en la conducta humana es constante, y también sus connotaciones éticas. Entre las pasiones más frecuentes: el amor, el deseo, el gozo, la esperanza, y sus contrarios.

Paz. Se asocia a tranquilidad, sosiego, quietud, armonía, equilibrio. Denota ausencia de conflicto psicológico, social o militar. El sentido positivo de la paz social es la concordia, la convivencia en el orden y la justicia. Es un elemento fundamental del bien común.

Pensamiento. Como facultad de pensar, equivale a inteligencia y entendimiento. También significa la misma actividad mental y su resultado: lo pensado por medio de conceptos. Se diferencia del conocimiento sensible.

Percepción. Elemento primordial del conocimiento humano. Proceso mediante el cual no solo captamos la realidad exterior, sino que además la interpretamos y ordenamos en totalidades coherentes. En este sentido, puede haber sensación sin percepción, pero no percepción sin sensación. Los órganos de los sentidos producen sensaciones que, en unión con conocimientos anteriormente adquiridos, se convierten en percepciones.

Persona. La máscara que usaban los actores en el teatro se llamaba prosopon en griego, y persona en latín. Servía para dar resonancia a la voz y para identificar al personaje que representaba. Todo eso significa «persona»: el que representa un papel, y también la interioridad que actúa en nosotros tras la fachada corporal. Es clásica la definición de Boecio: «sustancia individual de naturaleza racional». La dignidad de la persona se ha hecho derivar de su condición inteligente, libre y responsable, y en último caso de su condición de criatura divina.

Personalidad. Uno de los conceptos psicológicos más debatidos. Conjunto de cualidades heredadas y adquiridas, cognitivas y emocionales, que hacen de cada ser humano un individuo único y original. Supone integración del carácter y del temperamento, autocontrol o posesión de sí mismo, y capacidad de adaptación: así va consiguiendo la persona vivir en armonía consigo misma y con los demás. La instancia educativa más importante en la formación de la personalidad es la familia. Edificar la propia personalidad constituye la tarea primordial de una vida.

Personalismo. Concepción filosófica, política y social que da primacía a la persona y defiende su dignidad. Reacciona por igual contra los graves errores producidos por el individualismo y el totalitarismo. En el siglo XX, pertenecen al pensamiento personalista filósofos como Berdiaeff, Marcel, Max Scheler, Maritain y Mounier.

Placer. Satisfacción física o anímica producida por muy diversas causas: desde el sabor de un buen vino hasta la práctica del deporte o la conversación con una persona amiga. Se opone a dolor, y el binomio placer-dolor constituye uno de los principales resortes de la conducta humana, pues por naturaleza buscamos el placer y rehuimos el dolor. La confusión del placer con el bien se llama hedonismo, y su control racional se llama templanza.

Política. Del griego polis: ciudad. Arte de gobernar. Actividad de los que gobiernan o aspiran a gobernar. La filosofía política estudia las formas de gobierno y las instituciones que las encarnan.

Positivismo. Esta postura científica y filosófica, inaugurada por Augusto Comte, pretende atenerse solo a los «hechos positivos», entendiendo por tales los que pueden ser captados directamente por los sentidos y ser sometidos a verificación cuantitativa. Descarta a priori cualquier consideración metafísica, y tiende a identificarse con posturas materialistas. Supuso un importante avance para las ciencias empíricas, pero implica al mismo tiempo una reducción arbitraria del conocimiento humano, derivada del agnosticismo kantiano y del racionalismo.

Potencia. Concepto consagrado por Aristóteles para explicar la constitución metafísica de la realidad. Todos los seres están

esencialmente compuestos por dos coprincipios radicales: potencia y acto. La potencia equivale a capacidad de cambiar, de adquirir nuevas formas, nuevas actualizaciones, y solo así es posible el movimiento: paso de la potencia al acto. Al hacer derivar el movimiento del ser-en-potencia, Aristóteles resuelve las aporías que lo derivaban del ser o del no-ser.

Principio. Viene del latín principium y se corresponde con el griego arché: origen de algo. Hay principios del ser, del movimiento, del conocimiento; hay principios lógicos, científicos, morales... Entre los principios universales de la ciencia se pueden mencionar el principio de no contradicción, el de tercio excluso, el de conveniencia y discrepancia, el de razón suficiente.

Providencia. Providentia significa en latín visión anticipada de lo que puede ocurrir. En sentido teológico y filosófico, acción de Dios sobre el mundo, sabiduría divina que rige y conserva el mundo.

Prudencia. Virtud cardinal que consiste en ser capaz de poner en práctica el conocimiento teórico del bien. Es como el marco de todas las demás virtudes (genitrix virtutum). Es una virtud teórica y práctica, pues empieza conociendo y termina actuando. Requiere dominio de lo que se hace, experiencia, conocimiento de los principios morales, reflexión ponderada, atención a las circunstancias, petición de consejo, decisión y ejecución. La palabra «prudencia» procede del latín providentia y providere: prever.

Psicoanálisis. Término concebido por Freud como «método para la investigación de procesos anímicos», y como «método terapéutico de perturbaciones neuróticas». Pero también es una teoría antropológica global, una interpretación que reduce todas las dimensiones de la vida humana a las tensiones entre el principio del placer (manifestación del instinto sexual) y el principio de realidad, que constantemente se opone al placer. El propósito de Freud era, según sus propias palabras, «hacer de la teoría sexual un dogma, una fortaleza inexpugnable». Hoy se reconoce en el psicoanálisis un grave lastre apriorístico y artificial.

Psicología. Del griego psyché (alma) y logos (tratado). Hasta hace poco se definía como la parte de la Filosofía que estudia el alma y sus facultades. Hoy, por los nuevos medios de observación y

experimentación, el campo de lo psicológico tiende a ceñirse a los fenómenos psíquicos observables, y hace posible la existencia de psicologías empíricas, fisiológicas, analíticas, clínicas, etc.

Psiquismo. Actividad psíquica. Conjunto de fenómenos mentales conscientes o inconscientes.

Racionalismo. Uso exclusivo de la razón en la interpretación de la realidad. Postura filosófica que solo concede valor cognoscitivo a la razón. Debe mucho al auge moderno de las matemáticas y de las ciencias, al positivismo y a la Ilustración. Tiende a confundirse con el subjetivismo y el relativismo. Históricamente desemboca en el idealismo absoluto de Hegel y en el marxismo. Dice Pascal que «el último paso de la razón es reconocer una infinidad de cosas que la sobrepasan; y es débil si no alcanza a ver esto».

Razón. Del latín ratio: cálculo, consideración. Facultad de conocer intelectualmente, de calcular, de discurrir. Como facultad anímica superior, equivale a entendimiento, inteligencia o mente, y forma pareja inseparable con la voluntad. Entra en la definición de hombre: animal racional.

Razonamiento. Operación intelectual que consiste en encadenar lógicamente varias proposiciones para llegar a una conclusión.

Real, realidad. Real equivale a «lo que es», pues proviene del latín res: cosa, objeto, lo que existe. Decir que algo es real es reconocer su existencia. Se opone a aparente, potencial y posible. También significa, por contraposición a ideal y mental, lo que tiene existencia objetiva, fuera de la mente. La realidad es el carácter objetivo, no imaginario, de lo existente; y también el conjunto de todas las cosas existentes, físicas y psicológicas.

Realismo. En Filosofía, postura que afirma una realidad exterior al sujeto humano, fuente de conocimiento y de verdad. Se opone a idealismo y a subjetivismo. Hay un realismo ingenuo que cree de forma acrítica lo que dicen los sentidos, y un realismo crítico que es el fundamento de la ciencia. El realismo define la verdad como

adecuación entre el entendimiento y la realidad; en cambio, para el racionalismo y el idealismo, la verdad es la coherencia interna del pensamiento consigo mismo.

Reflexión. Presenta cuatro sentidos filosóficos: conocimiento de lo que se conoce, conocimiento discursivo o comparativo, conciencia o conocimiento de sí mismo, y autopresencia activa de un ser. En psicología es sinónimo de introspección. El retorno de la mente sobre sí misma y sobre sus propios actos es una facultad claramente inmaterial.

Relación. En sentido filosófico, desde Aristóteles, importante modo de ser accidental que no está en el objeto sino en su ordenación hacia otro objeto: «Cualidad de varios objetos por la que se conciben en un acto intelectual único, el uno con referencia al otro». Son relaciones las espaciales y las temporales, las de causalidad, paternidad, amistad, y un larguísimo etcétera. Lo peculiar de la relación es que no se da «en» una cosa sino «entre» una cosa y otra. Son importantes en la medida en que constituyen y fundamentan el orden universal: no se entienden las cosas si no entendemos sus relaciones.

Relativismo. Se refiere tanto al conocimiento como a la moral. En sentido epistemológico es la tesis que niega la existencia de verdades absolutas, universales y necesarias: todas las verdades son relativas para el relativismo, dependen de diversas condiciones y circunstancias que las hacen particulares y cambiantes. Es claro que todo en la realidad es relativo en el sentido de que todo está relacionado; pero la realidad, siendo relativa, es objetiva al mismo tiempo; en cambio, el relativismo niega la posibilidad de establecer verdades objetivas.

Relativismo moral. Afirma que no hay nada de lo que podamos decir que sea bueno o malo absolutamente. De ser cierto, todas las acciones podrían ser buenas; y también podrían ser buenas y malas a la vez; todas las leyes podrían estar equivocadas, y debería imponerse el «todo vale». Si no hubiese absolutos morales tampoco tendría sentido hablar de moral.

Relativo. Que no es absoluto. Que está limitado por la relación a una persona o cosa.

Responsabilidad. Del verbo latino respondere: responder. Es la obligación y la capacidad de asumir las consecuencias de los propios actos libres, de responder por ellos. ¿Responder ante quién? La respuesta clásica dice: ante los demás, ante la sociedad y ante Dios, en la medida en que nuestros actos les afecten. La responsabilidad es inseparable de la libertad: si esta es la capacidad de elegir, aquella es la aptitud para dar cuenta de esas elecciones.

Sensación. Impresión que en la conciencia psicológica deja lo conocido por los sentidos. Se trata de un fenómeno cognoscitivo primario, por el que captamos las propiedades materiales de los objetos corpóreos. Si el concepto es una representación intelectual y abstracta, la sensación es una representación individual y concreta de una cosa. Desde Aristóteles se afirma que no hay nada en el entendimiento que no proceda de los sentidos.

Sensible. Que puede ser conocido por los sentidos. Equivale a material. Se opone a inteligible y conceptual.

Sentidos. Facultades del conocimiento sensitivo. Cada una de las capacidades psicológicas que tiene un ser vivo de percibir la realidad por medio de órganos corporales. En el hombre, los sentidos externos son cinco: tacto, gusto, olfato, oído y vista. Los internos son cuatro: sentido común, imaginación, memoria y estimativa.

Sentido común. En sentido corriente, sinónimo de cordura, de buen sentido. En Filosofía, sentido interno que unifica y regula la multiplicidad sensorial de los sentidos externos, y sirve de enlace entre estos y los internos. Su función es necesaria si pensamos que el ojo no oye, ni el oído siente la dureza: por tanto, la primera unificación de los diversos datos sensibles de un objeto se debe llevar a cabo por comparación entre ellos.

Sentimientos. Estados de ánimo influidos por formas de placer o dolor referidas a valoraciones no sensibles. Son más suaves y duraderos que las sensaciones, y hacen más referencia al pensamiento y a la imaginación que a la conducta motora. Constituyen el supuesto radical de toda experiencia interna, y son independientes de cualquier regulación voluntaria: el sujeto percibe solo sus efectos. Son agradables o desagradables, y en esto radica su

peculiaridad. Pueden ser muy elementales (emociones) y muy complejos (felicidad o depresión).

Ser. Como verbo es sinónimo de existir y afirma la realidad de una cosa. También es verbo copulativo y predicativo. Como sustantivo es sinónimo de ente y tiene dos sentidos: el acto de ser (existencia) y el sujeto del ser (esencia). Concepto filosófico por excelencia, pues es fundamento último de todo lo que existe. No se puede definir, pues no hay un concepto o género que lo abarque. Es un término análogo, no unívoco ni equívoco («el ser se dice de muchas maneras», escribió Aristóteles).

Sexualidad. Actividad específica y directamente relacionada con la condición sexuada de los seres vivos diferenciados morfológicamente en orden a su reproducción. Si es instintiva en los animales, en la especie humana, aun cuando supone y reclama un instinto básico, tiene connotaciones profundamente morales y psicológicas.

Síntesis. Mientras que el análisis procede de lo complejo a lo simple, la síntesis es el método intelectual por el que se estudia un todo a partir de sus diferentes elementos. Es esencialmente el proceso de unificación de lo múltiple.

Socialismo. Doctrina social, política y económica que propugna la propiedad y administración pública de los medios de producción, así como la regulación estatal de la distribución de la riqueza y de las actividades económicas y sociales. Busca una igualdad entendida como igualitarismo. Se opone al liberalismo individualista frecuentemente encarnado en el capitalismo. Marx calificó su doctrina «socialismo científico», por contraposición a los llamados «socialismos utópicos».

Sociedad. Del latín societas: asociación, reunión, comunidad. Conjunto de personas cuya unidad se debe a un fin común: desde un club deportivo hasta una confederación de Estados. La división de funciones y la autoridad justa son elementos esenciales de toda sociedad, así como la continuidad en el tiempo y la convivencia, entendiendo por tal no el mero vivir juntos sino la cooperación. Dos tipos de sociedades superan a todas las demás en el orden natural: la sociedad conyugal y la sociedad civil; los griegos pensaban que si

un hombre no necesita de ellas «es una bestia o un dios».

Sociología. Ciencia que estudia las características y el desarrollo de las sociedades humanas. Fue Augusto Comte el primero que concibió los hechos sociales como objeto de observación empírica y elaboración científica. Durkheim aportó su carácter definitivo y describió el hecho social por su exterioridad respecto a las conciencias individuales.

Sofisma. Razonamiento aparentemente lógico y verdadero con el que se quiere defender lo que es falso. Son sofismas las aporías de Zenón: en la de Aquiles y la tortuga, el error consiste en tomar el espacio y el tiempo como cantidades discontinuas cuando son continuas.

Solidaridad. Del latín sodalitas (camaradería, familiaridad), y solidus (macizo, consistente). Apoyo y adhesión a los puntos de vista y a los intereses de los demás. Es una necesidad social, un hecho empírico en las sociedades humanas y es una obligación moral basada en una exigencia natural.

Subjetivismo. Primacía excesiva de lo subjetivo. Actitud del que no juzga las cosas y los acontecimientos con objetividad, sino con una marcada deformación subjetivista. Viene a ser una forma de escepticismo y de relativismo. Afecta al conocimiento de la realidad, a los juicios de valor y a los criterios que guían la conducta personal.

Subjetivo. Concierne al sujeto. Relativo al modo humano de pensar o sentir.

Subsidiariedad (principio de). Del latín subsidium: ayuda desde la reserva, desde una instancia que no es la directamente responsable de lo que ocurre. Hace referencia a la ayuda que el Estado debe prestar a los particulares cuando estos no sean capaces de cubrir sus necesidades, pero sin suplantarlos nunca. El Estado no debe realizar lo que pueda ser hecho por las instituciones, y estas no deben hacer aquello que puedan realizar los particulares. Se trata de un importantísimo principio general de ordenación de la vida social, que salvaguarda la libertad y la iniciativa.

Substancia. Se puede decir sustancia, pero la ortografía clásica refleja mejor su etimología latina: substantia, que corresponde al infinitivo substare (estar debajo). Esencia o naturaleza de una cosa. La Filosofía la entiende como entidad metafísica que sostiene a las cualidades o accidentes de una cosa, sirviéndoles de soporte; por eso permanece (subsiste) a través de los cambios accidentales. Es también lo que hace que determinadas cualidades aparezcan siempre juntas en individuos de la misma especie.

Sujeto. Del latín subiectum: lo que está debajo. Significa todo aquello que sustenta o a lo que se atribuye alguna propiedad o atributo. Se aplica principalmente al sujeto racional o persona, porque debajo de su exterioridad física hay una riquísima interioridad psicológica. El ser humano también es sujeto en contraposición al mundo exterior, puesto frente a él como un objeto.

Teleología. Del griego telos: fin. Estudio de las causas finales: de la finalidad inconsciente que se observa en la naturaleza y de la finalidad consciente del hombre. Que el obrar humano es teleológico es evidente. Respecto a la naturaleza, a pesar de la invocación mecanicista al azar, es grande la evidencia racional de la finalidad: «No es temerario creer que el ojo está hecho para ver» (Claude Bernard). Voltaire escribió que «hay que taparse los ojos y el entendimiento para no ver ningún designio en la naturaleza; y si hay designio hay causa inteligente».

Tiempo. Del griego kronos y del latín tempus. Una de las realidades más difíciles de entender, como atestigua san Agustín: «Si nadie me lo pregunta, sé lo que es; pero si quiero explicárselo a quien me lo pregunta, no lo sé». Significa duración o permanencia, y también la medida de esa duración: «Medida del movimiento según un antes y un después», dice la magnífica definición aristotélica. El tiempo es una creación mental con fundamento real en la duración sucesiva de los seres.

Tolerancia. Del latín tolerare: soportar, sufrir. Su significado clásico es «permitir el mal sin aprobarlo». ¿Cuándo? Siempre que quien puede reprimir el mal considere que va a ser peor el remedio que la

enfermedad. Es un arte muy difícil, cuyo cultivo exige prudencia para conocer a fondo la situación, valorar lo que está en juego, anticipar las consecuencias, pedir consejo y decidir. Hay dos evidencias claras: que hay que ejercer la tolerancia, y que no todo puede tolerarse. Hoy día, la tolerancia tiene un segundo significado: respeto a la diversidad, aceptación del pluralismo legítimo.

Totalitarismo. Hegel afirmó que el Estado debe ejercer la «totalidad» de las funciones, y Mussolini calificó de «totalitario» su propio régimen. El DRAE lo define como régimen político que ejerce fuerte intervención en todos los órdenes de la vida nacional, concentrando la totalidad de los poderes estatales en manos de un grupo o partido que no permite la actuación de otros partidos. Surge como nazismo y fascismo en países vencidos en la primera guerra mundial, y al poco tiempo su mejor encarnación será el marxismo.

Trabajo. Es la actividad mediante la cual el hombre cubre sus necesidades de comida, vestido, vivienda, bienestar y defensa. Supone una especie de comunicación inteligente del hombre con las cosas, en las que imprime el sello de su personalidad: por eso, además de necesario, es algo muy personal. Su dimensión social deriva de las relaciones que establece y la cooperación que exige. Además de un derecho y un deber, es un atributo del ser humano.

Trascendencia. Del latín trans: más allá, y scando: escalar. Significa pasar de un ámbito a otro, atravesando el límite que los separa, sobrepasar un determinado límite. San Agustín dice que los platónicos trascendieron el mundo físico buscando a Dios. Se opone a inmanencia. El realismo epistemológico es trascendente, a diferencia del idealismo, porque afirma que más allá de nuestras ideas está la misma realidad conocida. También hay una trascendencia metafísica: la que separa radicalmente a Dios del mundo.

Universo. Totalidad de lo que existe en el espacio y en el tiempo.

Utilitarismo. Doctrina ética que hace de la utilidad el valor principal. Equiparable al pragmatismo. Fue iniciado por J. Bentham y J. Stuart Mill, en la Inglaterra de finales del XVIII. Para Bentham, utilidad significa placer, bien y felicidad. Mill destacó el carácter

cualitativo del placer y proclamó la superioridad de los placeres intelectuales y de los sentimientos morales. Como lo útil se juzga por los resultados, el utilitarismo es una ética consecuencialista.

Valor, valores. Valor es la condición de algo que sirve y es deseable. Entre sus principales acepciones, la económica, la matemática, la filosófica, la psicológica y la ética. Es uno de los conceptos que fundamentan la Economía. Para la ética es el bien; para la estética, la belleza.

Verdad. Del latín veritas: adecuación, conformidad. La verdad está en la realidad (verdad ontológica) y en el conocimiento (verdad lógica). A diferencia de lo irreal, aparente o ilusorio, de las cosas reales se dice que son verdaderas. El conocimiento y las proposiciones son verdaderos cuando se ajustan a la realidad. También se habla de verdad moral para expresar la conformidad entre lo que se dice, lo que se hace y lo que se piensa. El respeto a la verdad es uno de los elementos fundamentales de la personalidad humana, de la convivencia y de las sociedades.

Vida. Concepto que se adquiere espontáneamente al contemplar un mundo lleno de seres que se mueven por sí mismos. Es propio de los seres vivos —vegetales, animales y racionales— desarrollar su existencia entre el nacimiento y la muerte, integrando en ese tiempo procesos de crecimiento y reproducción que no se dan en los seres inertes. La vida incluye, además, actividad, organización funcional y mantenimiento de la forma estructural individual a través de los cambios corporales constantes. Al principio formalizador de un cuerpo vivo, irreductible a la materia, se le denomina alma.

Virtud. Del griego areté y del latín virtus: fuerza. Desde muy pronto fue entendida como hábito, propiedad o manera de ser de una cosa (hay plantas con virtudes curativas). Se dice propiamente del hombre, y tiene un sentido ético: hábito operativo bueno. Aristóteles distinguió entre virtudes éticas e intelectuales. Tomás de Aquino añadió las teologales, que tienen a Dios por Objeto. Ambos dedicaron a las virtudes estudios minuciosos. San Agustín propuso una definición que se hizo célebre: «Orden del amor».

Voluntad. Del verbo latino volo: querer. Significa tanto la voluntad de querer como el acto de querer o volición. Entendimiento y voluntad son las dos facultades superiores del hombre, las que gobiernan toda la actividad propiamente humana. Voluntario es lo que procede de un principio intrínseco con conocimiento del fin. Por tanto, no es voluntario lo violento, lo no viviente y lo viviente no cognoscitivo. El atributo de la voluntad es la libertad: la potestad de elegir entre los medios más adecuados para alcanzar el fin propuesto.

Yo. Realidad a la que se refieren todos los hechos psíquicos de la vida humana. Principio metafísico al que atribuimos lo que sentimos, pensamos, hacemos y somos. Puede entenderse como la conciencia de la propia individualidad.

JOSÉ RAMÓN AYLLÓN escritor, da clases de Antropología en la Universidad de Navarra.

Con este libro se propuso, hace años, conectar el aula con la Filosofía y con la vida.

Suele pronunciar conferencias –en España y América– sobre las claves de la educación.

Su web: www.jrAyllon.es